

LEOPLAN

REVISTA POPULAR ARGENTINO



número, dos obras famosas completas:

LOS ASESINATOS DEL CANAL

novela policial de GEORGES SIMENON

MI RIVAL EL DIFUNTO

novela argentina de PILAR de LUSARRETA

21 junio 1964

30

reclamos en
todo el país

Amos por correo, desde el año 1923

SABER LEER Y ESCRIBIR

relatividad a sus ojos, en sus **MOMENTOS LIBRES**, hasta llegar al final de su estudio y recibir su **DIPLOMA**.

NUESTRA ORGANIZACIÓN, moderna y perfecta, incluida en el **EDICIÓN PROPIO**, con un curso de Profesores competentes, unamos a las **TECNICAS** administrativas y elementos mecánicos, que permiten a las **ALUMNOS LATINOAMERICANAS** ofrecer una enseñanza práctica, útil y eficaz a un costo reducido.

PIEDA USTED gratuitamente la **"GUÍA DE ENSEÑANZA"**. **¡Hagalo AHORA MISMO!**

ARGENTINA

ARGENTINA

Inscrito como alumno en las

recibirá algunos de los siguientes obsequios:

VELOCIGRAFIA, "el nuevo método de escritura rápida": Regalamos el material de estudios y la enseñanza completa de **VELOCIGRAFIA**. Es suficiente un mes de estudio para poder escribir y leer con rapidez.

RADIO F. M. (Frecuencia Modulada). Una enseñanza superior para los alumnos inscriptos en el curso de Radio, autorizada especialmente por su inventor, ingeniero Aratrón, de Estados Unidos.

DICCIONARIO: 512 páginas y 50,000 palabras.

CARNET DEL ESTUDIANTE: en
cuero legítimo, con letras doradas
y terminación artística

Si no tienes receptor de radio, puedes comprarlo en cualquier tienda de electrónica.

GRATIS
Plume y
caviens

Las Cerezas Latino-Americanas
Las Cerezas, S.A.
Buenos Aires

PIÙ FORA MISMO.

FORMA TÉCNICO,
ESCUELAS

en EDIFICIO

ar al final de

POKVENIR ASEGURADO

Sil Panizza

1

1

1

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 138.577

Págs.

LOS ASESINATOS DEL CANAL, texto íntegro de la famosa novela policial de Georges Simenon.....	56
RIVAL EL DIFUNTO, texto íntegro de la famosa novela de Pilar de Lusarreta.....	4
UNA NOCHE EN EL FARO DE MAR DEL PLATA, nota anecdótica, por Mario de Almaraz.....	8
EL DOBLE SACRIFICIO, cuento humorístico, por Juan Valera.....	12
¿CONOCE USTED... NUESTROS PLAZAS?, interrogación a los lectores.....	16
LA LOCURA DEL CAPITAN MAC GEE, cuento del mar, por Hector Pedro Blomberg.....	18
ACTUALIDADES GRAFICAS.....	20
METURO CANCELER, VERSUS EL PROFESOR LANDORAY, reportaje al autor de "Tres malos portafolios", por Julia Elena de la Sota.....	22
PRISION Y MUERTE DE FRANCISCO RAMIREZ, evocación histórica, por Valentín de Padua.....	24
LA SEÑORITA MIMI, otro episodio de "Escenas de la vida bohemia", la popular obra de Enrique Murguía.....	26
EL VICEPRESIDENTE WALLACE CUIDA SU MUERTO, una semblanza del segundo mandatario norteamericano, por Ricardo E. Admold.....	30
EL ESPAÑOL QUE FUE PRINCIPE DEL ISLAM, andanzas de un aventurero hispano por tierras árabes, por Avelino Rodríguez Elias.....	32
¿DÓNDE EL RIPO ANDA SUELO?, el marginado cancionero criollo, por José Luis Lanzetta.....	34
¿MUCHOS CHECOS EN LA UNIVERSIDAD DE OXFORD, de la vida londinense, por J. R. Glanney Belton.....	36
FIGURAS DE LA ORATORIA ESPAÑOLA.....	38
¿SON MELQUIADES ALVAREZ, otro colaboración exclusiva del ex jefe del Estado español, don Niceto Alcalá Zamora.....	40
EL RELOJ, UN ABUELO Y UNA TIA, cuento festivo, por Carlos V. Wornes.....	42
LA BARONESA QUE QUERIA LA PAZ, nota biográfica, por Rosario Beltrán Núñez.....	44
EL REY DEL MONTE, cuento chaqueno, por Hércules Hurt.....	46
¿JÓVENES, O VIEJOS?, un curioso estudio sobre la edad en que el hombre es más útil, por el doctor Lewis Gállego.....	
LA DERROTA DEL ALCALDE VILLAGRA, un proceso espectacular en el Tucumán del si-	

Sumario

Págs.

glos XVII, por Eduardo Alonso Crespo.....	48
CUANDO LA PANTALLA REFLEJA HISTORIA, a propósito del film "Las aventuras de Marco Polo", por Rolando W. Varela.....	50
LOS DOS TENDEROS, cuento cómico, por Max y Alice Fischer.....	52
AQUELLA ACTRIZ QUE AMO BAUDELAIRE, los amores del poeta de "Las flores del mal", por Alberto Gini.....	54

Págs.

PARA MATAR EL TIEMPO, sección recreativa.....	98
AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "Leopoldo".....	98

Ilustraciones de: ARTECHE, RAUL VALENCIA, VALDIVIA, VILLAFARE, FAIRHURST, MARIANO ALFONSO y GUBELLINI. - Historietas de: CAO, VILLAFARE, TOONDER, HALEBLIAN y DEL CASTILLO, HERGOTT, GONZALEZ FOSSAT, J. CHRISTIE M., etc.



JEAN PARKER, timonel

El cinematógrafo es el crisol moderno donde, ante los exigencias de cada argumento, adquieren los actores las más diversas personalidades. Por eso Jean Parker, la conocida estrella de Hollywood, oficia aquí de timonel de un barco imaginario, luciendo un atavío que, si bien no está de acuerdo con su flamante cometido, le permite, en cambio, lucir su estilizada silueta.

En el próximo número:

GUY MANNERING

LA FAMOSA OBRA DE
WALTER SCOTT

LA REINA DE ESPADAS

novela dramática de
ALEJANDRO PUCHKIN

y trabajos de: ANATOLE FRANCE,
EDUARDO MALLEA, JACINTO OCTAVIO
PICON, CAMI, etc., etc.

"Leoplán" aparece el 3 de julio
treinta centavos en todo el país

Mi rival el difunto



Dos distinciones consagradoras recaídas recientemente sobre Pilar de Lusarreta, hacen obvio cualquier intento apoloógico de su obra literaria. Nos referimos al *perdido* que declaró "Amor a los setenta" —escrita en colaboración con Arturo Cansela—, la mejor comedia del año 1942, y al premio municipal que acaba de otorgársele por su libro "Cinco dandys portieños".

El ensayo, la biografía, el cuento, la novela y el teatro han sido cultivados con dignidad por la brillante escritora, que dio también a la cátedra y al periodismo su aporte generoso.

"Job el opulento", "Celmena sin corazón", "La herencia del bárbaro", "Vida, pasión y locura de Doña Juana", "Sinopsis romántica de Lope de Vega", "El suicidio de Essex", "Un drama para Shakespeare", "Iconología de Manuelita", "Suicida por amor", "Los tres encuentros del caballero y la muerte", "Sergas del caballero de las seis cruces" y "Un paladín de Cristo" son, con las dos ya nombradas, algunas de las obras que cimentan el prestigio literario de Pilar de Lusarreta, la autora que incorporamos hoy, con "Mi rival el difunto", a nuestro cuadro de colaboradores.

CAPITULO I

ENTRO EN RELACION CON UNA FAMILIA PROVINCIANA

A CABABA de regresar a París, cuando, por medio de un aviso de periódico, me puse en contacto con la familia Bilgert, en cuya casa había habitaciones para alquilar a "persona honorable".

La madre, madame veuve Louis Filippe Bilgert, una catalana de la frontera, había casado, siendo muy joven, con un maquinista del "Express", y cuando este fiel servidor público, atacado de catarro crónico, obtuvo su retiro, ambos esposos se instalaron en Saint Rambert-Sur-Rhone, donde poseían una casita con jardín, en condominio con un pariente. Pero la enfermedad de su marido dejó a la viuda —después de morir éste, naturalmente— lo que suele decirse en la calle. Entonces, la enérgica mujer se vino a París, logró emplear a sus hijas y tuvo la idea salvadora de realquilar.

Yo le simplifiqué mucho la situación, tomándole todo el piso alto de su casa, después de haber oído tres o cuatro veces, considerablemente alargada por las digresiones del momento, la pequeña y conmovedora historia, resumida en las líneas antecedentes.

A mi vez acababa también de llegar de Portugal, mi tierra, donde tengo hacienda y viña, que descontado lo que metódicamente me sisa Manoel Silveira, mi apoderado, déjame bastante para vivir con holgura donde me plazca.

He viajado algo, estudié pintura en Berna y obtuve algunas lecciones de Urrabieta, allá por el 96. Sin jactancia, puedo asegurar a ustedes que el arte ha sido la grande afición de mi vida, y que algunos de mis cuadros han gustado mucho.

Cuando me instalé en casa de la familia Bilgert, había pasado ya la cuarentena; el peligro de las crisis sentimentales parecía haberse alejado de mí para siempre. Desde la calle Mazagran, donde vivíamos, hasta el boulevard de la Bonne Nouvelle, donde tengo instalado estudio hace más de veinte años, solía acompañar paternalmente a las chicas que se marchaban al trabajo: Gabriela, la mayor, era dactilógrafa en una legación de la calle Laffitte; María Carlota, cajera en una zapatería de La Madeleine.

Ellas tomaban el ómnibus y yo entraba en mi estudio, donde, generalmente, la modelo me esperaba haciendo el café. Al regresar, ya atardecido, tenía, invariablemente, un ratito de charla con madame Bilgert; entonces se quejaba de sus agobios domésticos; me informaba del precio de las patatas, me hacía



TEXTO INTEGRO
de la famosa novela de
PILAR DE LUSARRETA

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST





confidencias sobre los incumplimientos conyugales que precedieron a la enfermedad de Bilgert y, por último, después de manifestar que una mujer sola no puede abrirse camino en la vida, criticaba el proceder demasiado parisiense de su Gabriela, que, según parte de una vecina, se dejaba acompañar por un joven, que hasta la había querido hacer subir a un automóvil. Mme. Bilgert opinaba que su hija debía haberla consultado antes de aceptar tales galanteos, y que si no lo hacía por algo era...

De María Carlota no tenía queja; se lamentaba, eso sí, de su carácter retraído.

—Vive en otro mundo —solía decirme.

María Carlota era una de esas muchachas estáticas, que pasan por insignificantes para la gente poco observadora. Pero yo había descubierto en ella una gracia de estampa japonesa. Era como esos tonos finos, que sólo el ojo avezado de un pintor des-

linda en las claridades del amanecer. Muy calladita, y generalmente mal vestida, excitaba un impulso de atención que anulaba su mirar vago, tan ausente, que borraba a quien mirase.

Cierta noche, después que ya me había retirado, oí amenazas en el piso bajo. Hundido en la lectura de una novela, la "Historia de Juan y Mateo Cantacuceno"—, no hice caso, y los gritos fueron a unirse al callejero rumor de la indiferencia del oyente anula.

No sé cuánto tiempo transcurrió así; había llegado a la culminante escena de la usurpación, cuando, repentinamente —sin entenderlo— otro ruido inmediato y perentorio me avisó que estaba yo a muchas leguas del presente, que el pensamiento use de las acreditadas botas de Pata para andar por las dilatadas rutas de la imaginación, y que a veces más perentoria.

mi lengua profirió maquinalmente un "adelante". Llamé al chirriar de la puerta al abrirse, precedió como un fantasma la entrada de Mme. Bilgert. Confieso que, al respecto, el gallo negro que simboliza el egocismo en el ritual de Cornelio Agripa, cantó tres veces en mi alma, sosteniendo aún el picaporte con su tosca mano que aprieta a cebolla, musitó roncamente.

—¡Pedro...! María Carlota también...
Comprendí. Fijos los ojos en la chimenea, traté de parecerme.

—La vida, Mme. Bilgert.

—La vida en París —corrigió ella.

—Como hallara un interrogante en mis ojos:

—Peor; mucho peor que lo de la otra! Parece mentira... No puedo hablar con él... en su cuarto; no sé cómo lo ha hecho, ni dónde lo ha escondido, pero estaba hablando con un tal Fernando.

—Independes respecto al amor son amplias y en general escépticas de toda la vasta literatura amorosa, prefiero al más cruel de los libros: el "Adolphe", de Benjamin Constant. Sin embargo, hecho de que, inspeccionadamente, aquella jovencita huérfana, tras los límites de lo lícito, me molestó un poco. El padre y el hermano, que se llenan de irrazonado furor, hecho de que un hombre seduzca ese ser para ellos

desde aquel momento Carlota se transformó a mis ojos, en el clásico de la mariposa se materializó; y aunque yo me daba cuenta que nada podía interesarme todo aquello, la verdad es que la historia de los Cantacucenos no pasó adelante aque-

CAPITULO II

OBSERVO A MARIA CARLOTA

El siguiente día comencé a observar a María Carlota, a la manera de un pesquisante novel. De cuando en cuando, caminaba la viuda una mirada de inteligencia, que demostraba que en aquellos momentos me amparaba, y hasta acepté algunas recomendaciones de la buena mujer.

—¡Dígame usted, señor Pedro; aconséjela... A mí no me caso... ¡Jesús, quién me lo hubiera dicho!

—Fue cómo empecé a seguir a María Carlota por las calles de la ciudad con ella el encontradizo. Me fatigaba mucho, por causa de escurrirse entre los vehículos y andaba muy de prisa para hacérselo ex profeso, tomaba para regresar a su casa el tiempo más largo y extraviado. Por lo demás, no lograba el indicio de su amante: aquel hombre parecía invisible. —¡Dígame, señora —dijo una tarde a Mme. Bilgert, limpiando el barro adherido a los tacones—, que usted está equivocado. María Carlota no se hace acompañar por nadie. Todo de imaginaciones de usted...

—Un suspiro de escepticismo; movió la gruesa cabeza, melena pobre y deslucida era un feo exponente de la vida y comentó:

—¡Ah! Ustedes los hombres con cualquier cosa se engañan...

—Poco lo he visto nunca al sinvergüenza ese, ¡bien se sabe! pero estoy muy segura de que existe y de que me roba el tiempo...

—¡Obrévela usted por las noches, señor Pedro; aun cuando presente, tengo la impresión de que se me escapa a la parte...; no se interesa por nada, no habla; parece que ella y nosotras hay siempre un muro. Si la llamamos, como asomada a eso, y luego otra vez a zambullirse en meditaciones. Cuando una muchacha piensa tanto, no es bueno, créame usted. El mejor día se marcha y no vuelve. Cuando mi hermana Genoveva se escapó...

—Entonces la triste historia de su hermana Genoveva, estaba ahora sirviendo y apenas podía, con su salario, pagar los estudios de su vástago.

—¡Dígame usted, obsérvela usted.

—En verdad, María Carlota tomaba a ojos vistas un aire tan triste, tan meditabundo, que no pude menos que decir a la señora:

—Tiene usted razón; debe de haber algo, algo...

—Comprendí que a pesar de su falta de tacto, por su amor, ha-

bía ido la madre mucho más allá que yo mismo en las observaciones; tan cierto es que sólo por el amor logra el hombre el perfecto conocimiento.

Para que mi pesquisa fuese más completa, empecé a bajar por las noches a la velada de la familia. Gabriela, con los pies apoyados en el guardafuego de la chimenea, parloteaba frívolamente, burlándose de los sudamericanos que visitaban la legación:

—Son muy simpáticos y tienen buenos ojos; pero, mientras aguardan el despacho del pasaporte, se le declaran a una y la invitan a comer... Cuando viajan con sus mujeres ya es otra cosa, ¡pero si vienen solos!... Yo llevo la cuenta; ha habido veces que hasta ocho en una mañana se me han declarado a mí...

Entonces, yo me reía estrepitosamente y miraba a María Carlota, absorta como si leyese en un libro interior, ajena a nosotros y a la modesta sala. Por estar más tiempo con ella, yo hojeaba allí mi diario y mi correspondencia —cartas de Portugal en las que mi prima Lourença D'Aviz me conminaba a volver, y cuentas siempre optimistas de Silveira—, y con el permiso de la viuda fumaba, a veces, mi pipa.

Luego ensayaba la narración de una aventura, la descripción de algunas costumbres de los indígenas de las Islas Marquesas leídas en Stevenson, o contaba a la maravillada Mme. Bilgert las excursiones al Polo, las características de los pingüinos o

(CONTINUA EN LA PAGINA 22)



Untisal al pecho...

Untisal


Una noche en el faro de Mar del Plata

EL ASTRO ENCADENADO • MAR DEL PLATA EN SOMBRAS
• HISTORIAS DE FAROS • UN LOCO Y UN HERIDO EN LA
TORRE • APENDICITIS EN LA ISLA LEONES • LOS PINGÜINOS

Por María de Alvarado

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFÍAS DE CARNAGRI Y MONTAÑA



Catorce naufragios y una muerte accidental parecían haber marcado el faro con un sello de mal augurio. Pero todo eso, que se relata aquí, es ya historia pasada. Hoy, el faro es salvaguardia de navegantes; por eso está plena de sugestión la sonrisa de esta bello varoncete que recorta su silueta junto a la del gigante vestido de blanco y negro.

Los olas de Cabo Corrientes de la ciudad bonaerense, constantemente azotada por el mar, que en esas latitudes se enfurece con frecuencia dificultando la navegación. Pero para esos casos, allí está el faro.



Junto a un astro encadenado

Unos pocos escalones nos acercan a la meta. Seguimos subiendo cincuenta y uno, ciento cuarenta y tres, ciento cincuenta y seis. Un diamante cálido y luminoso parece palpitar en mil facetas, gira ante nuestros ojos. ¿Un diamante estrella?... ¡Ah!, ese era el secreto: un hombre silencioso que nos precede un astro al cielo y lo encadenó en el cielo. El pobre astro gira, gira... Ansioso de huir lo mueven... Da vueltas alejarse, y el pobre sólo gira sobre sí mismo...

—Esta farola es relativamente nueva. La voz del señor Augusto Gómez

del faro de Mar del Plata, nos arranca del mundo irreal que la traviesa imaginación nos suñiera...

Hace cincuenta y dos años, cuando el faro se inició, la era a kerosene. En 1916 se cambió el sistema de iluminación implantándose uno a vapor de petróleo. Y en 1928 se cambió todo el aparato óptico por este de tres lentes tipo Zeiss. Alimentado y accionado por gas de acetileno.

Mientras oímos la explicación, miramos a nuestro alrededor. Estamos en un ambiente circular. Todo es vidrio en torno. En el centro, la gran farola se incendia en luces. En cada uno de los muchos que la forman brilla un destello... El luminar que gira y gira nos atrae... Arrastra nuestras miradas y nos hunde en el luminoso maelstrom del recuerdo. Aquellas hogueras de los tiempos primitivos que ardían en las grandes alturas para guiar a los navegantes... La isla de los faros a la que deben su nombre todos los faros. La imponente torre cuadrada de mármol blanco que en aquella isla se levantó... La hoguera enorme que se encendía en lo alto de la torre blanca... Las llamas que se alzaban como brazos oscuros para señalar a los navegantes el camino. ¡La séptima maravilla de aquellos siglos!... Y ahora esto... Esta pesonera a la que sólo se le permite girar. Y que como hermana gemela a través del tiempo, es una cálida fuente de esperanza y de guía..."

Por aquí solemos tener nieblas fuertes — continúa Gómez

— Especialmente en julio. A veces, durante ciento y siete horas, estamos envueltos por la cerrazón... La visibilidad apenas si alcanza a los cien metros.

Entonces la luz no será muy visible?

No... Pero para esos casos tenemos la sirena y el radio-Donde no llega la luz, llega el sonido.



El Atlántico oculta sus aguas bajo los reflejos argentados de la luna y quiebra blandamente sus olas en las arenas de Mar del Plata. Cuando el astro de la noche se levanta, en torno al faro todo se transforma en un mundo irreal.

Paisajes de sombras

Un resplandor leve se adivina a través de los cristales. Nos acercamos a los ventanales. Oprimimos nuestros rostros contra el vidrio para evitar la luz de adentro. Se ha levantado la luna. Envuelta en los últimos rezagos de la niebla, parece una dama coqueta que se adorna con tules color del tiempo. Siluetas recorridas crean sombras y bultos, que la imaginación trueca en monstruos agazapados, en floraciones extrañas, en montañas irreales. Todo un paisaje apócrifo que bien pudiera ser marco de raras aventuras de trastos y duendes. Una cinta blanquecina, surcada a ratos por destellos luminosos, parece una larga oruga cenicienta, que duerme bajo la luz lunar. Un cabrillar de plata hace pensar en extraños fantasmas de usureros que cuentan sus tesoros al amparo de la noche...

—Esas sombras son las rocas y los árboles. Aquello blanco es el camino a Miramar. Las luces móviles son los faros de los autos. Eso que brilla allá abajo es el mar.

Nuevamente la vida cobra realidad ahuyentando las fantasmagorías. Mas en la realidad también hay belleza. Para



Una simpática visitante, que se halla dispuesta a subir los 156 escalones que llevan hacia lo alto, posa, en la escalerilla de entrada, junto al jefe del faro, señor Gómez Calvet.



Junto a la entrada del faro, y sobre el artístico brocal, la cámara fotográfica da fe de lo visito. Es de día y el coloso descansa, cerrado su único ojo de ciclope.

El faro de Mar del Plata lleva nuestro recuerdo hacia otros faros, perdidos en la inmensidad del mar. ¡Cuántas historias extrañas encierran esos torres en cuya tope hay un astro encadenado!

demostrarlo basta ver el incesante cabrillear de las aguas inquietas, en las que la luna borda flores de nácar y de cristal...

—Aquella luz roja y esa otra amarilla son las luces de las balizas que hay en las escolleras.

—¿Bajamos?

Seguimos al jefe del faro por la estrecha y empinada escalera.

—¿Hace mucho que está usted en este faro?

—Como jefe, algo más de dos años. Pero ya antes vivía por aquí. Mi padre también fué torrero mayor de este faro.

Historia de faros

Después de descender los ciento cincuenta y seis escalones, seguimos hasta su casa al joven jefe. En su escritorio nos presenta a José N. Gómez.

—Mi padre.

—Otra gaviota de faro — broncea mi interlocutor—. En 1910 ingresé en el servicio de Faros Argentinos y allí estuve hasta el retiro. Pero ya ven... En cierta forma soy..., ¡al estar mi hijo!

—¿Usted estuvo en este faro?

—Sí... Creo que fui su quinto jefe. Mis tiempos estos estaba... más o menos. Pero allá por el año en que fué jefe el Sr. Fernando Müller, era algo bravo. La tormenta a Mar del Plata resultaba larga, pues no muchos medios de locomoción. ¡Eran aquellos tiempos en que se podía llegar hasta la punta si el caballo quería... y, si no, ¡había que aguantarse! ¡Tiempos duros!

—Este faro debe ser de los primeros.

—Creo que el primero, pues data de 1891. Un recuerdo triste está ligado a su inauguración...

—¿Algún naufragio?

—No; otro suceso trágico. La primera vez que se colocó la bandera al tope del faro, un hombre que realizaba tal tarea se cayó lo alto, matándose. En aquellos tiempos pensó que esto era de mal augurio, y los naufragios posteriores en el Banco de Pampas parecieron confirmar tal agorera. Después del hundimiento del "Menéndez" cuando ya el radio-faro podía orientar a los buques hasta una distancia de 150 kms., que la "guigne" se quebró.

Un loco y un herido en un faro lejano

—La vida ha de ser dura en los faros.

—Algo de eso hay — responde Gómez —. Aunque ahora no tanto como antes. Por ejemplo; una vez en el faro de Bahía Blanca, debido a varias interrupciones de la luz, debí pasarme la noche en un viaje hasta lo alto de la torre...



¿Podría usted referirnos, señor Gómez, algunos viejos recuerdos de
activa en los faros?

¡Ciertamente tendría mucho que contar... Aquellos eran los tiempos
en que los faristas teníamos la soledad y la distancia por com-
una vez... Fué en Recalada. ¡El hombre del diablo aquel! Era
bando. Nunca se portó mal... Un poco serio, quizá, pero por lo
... ¡Aquel día! Aquel día... Yo no sé, ¿se enloqueció? La cues-
que se tragó un puñado de pastillas de bicloruro. ¡Suerte que
verlo! Ahí no más lo tomé del cuello y lo aferré de tal manera
que echó lo que había tragado...

¿Decir — comenta el hijo — que para salvarlo de morir envene-
casi lo estrangulaba...

¿Qué quieres que hiciera? Así había una probabilidad, mientras
esperaba auxilio del poblado, contravenenos o remedios, javiados
... Otra vez... cuando aquel cabo se peleó con un mari-
La herida era en la cara y la hemorragia fuerte...
¿qué pasó?

¿Fue a caballo un marinero para que contara el suceso en la estan-
cercana y salió con el herido rumbo al pueblo. A mitad de ca-
nos encontró el amigo a quien había mandado avisar. Nos alzó en
Y... tres horas después llegábamos a lo del médico. El hom-
no tenía pulso. Pero Dios ayuda... Después de una hora, mi
pudo abrir los ojos, y al cabo de un mes ya estaba en fun-

en la Isla Leones

La resultar triste el enfermarse en un faro, lejos de todo, sin
médica...

de lo que se imagina. Recuerdo que una vez, allá por el 18,
en el faro de Isla Leones, se me enfermó un hombre. Sabrán
que desde la tal isla sólo se podía llegar a tierra en un bote de
cuatro remos. Mi hombre se enfermó de noche. ¡Qué noche
Viento. Oleaje... Ni pensar en dejar el faro. Esa noche menos
podía descuidarse su atención ni tan sólo por un segundo.
de consuelos y de té de yuyos pasó toda la noche el enfermo.
aquí". "¡Dios!... Si será apendicitis". "Eso ha de ser
mi jefe. ¿Y qué hago? "¡Demonios! Tirar hasta mañana, que
apunte el día, ya veré yo de hacer algo". Y así fué. Con las
luces embarqué en el bote. Remé hasta Bahía Pasaje. Caminé a
nueve leguas que me separaban de Camarones. Una vez allí me
a la ligera potencia profesional que había por esos lados en aque-
tiempos. ¡Un idóneo de farmacia! Luego, vuelta a desandar las
leguas. Nuevamente en el bote hasta la isla. El enfermo, de miedo,
había curado. Y salió por fin del trance.

En esa Isla Leones he pasado algunos momentos!
¿verdad?

El agua escaseaba. Cierta era que había un aljibe de 24.000 litros,
era para agua llovida, ¿y como nunca llovía!... También había
espumas, pero la resaca de los pinguinos contaminaba el agua de
Habo veces en que debí racionar el líquido a un litro por hombre.
para beber. ¡Que de lavarnos, hasta nos habíamos olvidado!
esta vida en verdad. ¡Pero dice usted que había pinguinos por ahí?
muchos. Venían por octubre, a los efectos de la cría... Y se iban
abril, cuando ya los pichones estaban fuertes. ¡Me parece verlos!
noche a la mañana se veía la isla cubierta de pinguinos... Parecía
saca llena de hombres de frac...

No los comían?

De carne dura y fea. Sólo los huevos pueden aprovecharse. Los
se hervir y utilizábamos las yemas.

¿Charlas e historias ha transcurrido la noche. Una claridad indecisa
por la entreabierta ventana,

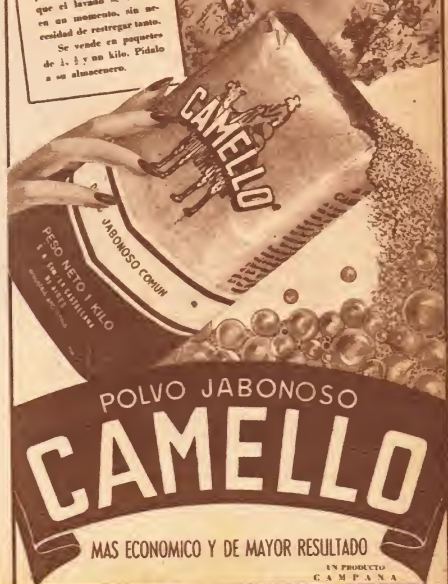
¿subiéramos a ver cómo nace el sol?

Se atreven...

Finalmente ascendimos los ciento cincuenta y seis escalones. Arriba,
de la farola ha empalidecido. Una claridad opalescente marca el
de la noche... Sobre el mar azul oscuro las olas festoneadas de espu-
ma difunden levemente de rosado. A esa hora el mar tiene un raro matiz.
El horizonte surge un semicírculo de oro brufido... El agua se ilu-
mina y destella. Una tranquilidad muy grande... Un revolver de gavi-
no. Parece que a la espuma le hubiesen brotado alas... Una ola llega
a la plaza y deja su húmeda huella un poco más atrás que la ola anterior.
¿es de día! ☼

Ahora se lava más y mejor con Polvo Jabonoso CAMELLO

El jabón en polvo
CAMELLO se disuelve en
el agua, produce abundante
espuma y su gran
poder limpiador permite
que el lavado se realice
en un momento, sin ne-
cesidad de restregar tanto.
Se vende en paquetes
de 1.1 y en kilo. Pídale
a su almacén.



POLVO JABONOSO CAMELLO

MAZ ECONOMICO Y DE MAYOR RESULTADO

UN PRODUCTO
CAMPANA

El
cuento humorístico

El doble sacrificio

Por
JUAN VALERA

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

El Padre Gutiérrez a don Pepito.

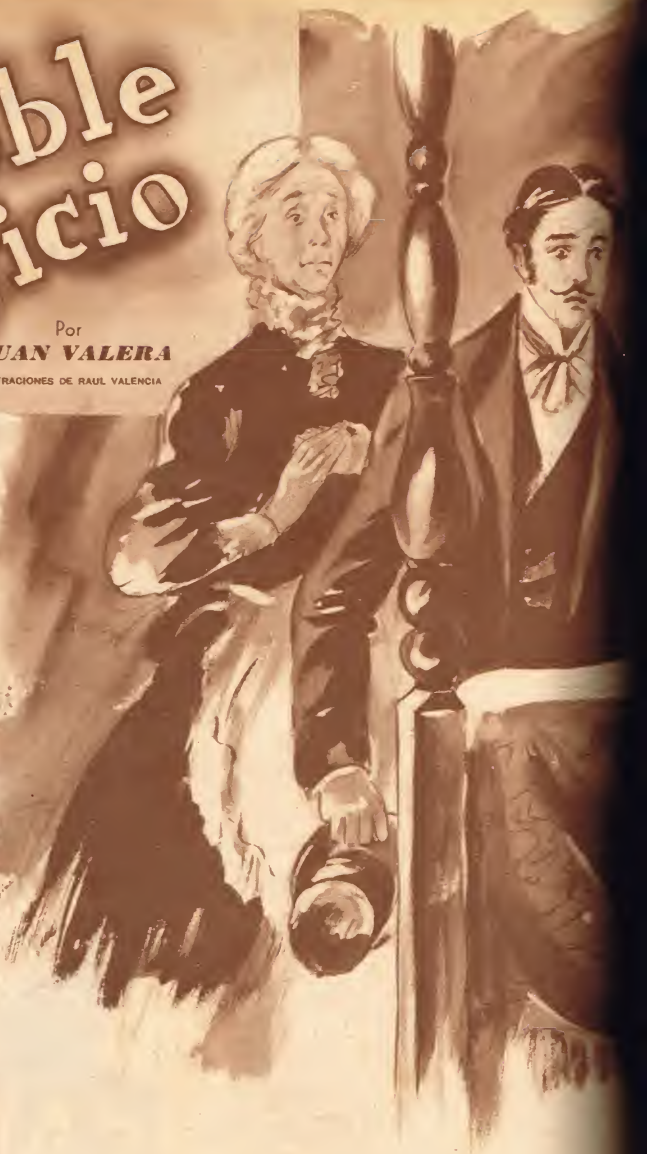
Málaga, 4 de abril de 1842.


Mi querido discípulo: Mi hermana, que ha vivido más de veinte años en ese lugar, vive, hace dos, en mi casa, desde que quedó viuda y sin hijos. Conserva muchas relaciones, recibe con frecuencia cartas de ahí y está al corriente de todo. Por ella sé cosas que me inquietan y apesadumburan en extremo. ¿Cómo es posible, me digo, que un joven tan honrado y tan temeroso de Dios, y a quien enseñé yo tan bien la metafísica y la moral, cuando él acudía a oír mis lecciones en el Seminario, se conduzca ahora de un modo tan pecaminoso? Me horrorizo de pensar en el peligro a que te expones de incurrir en los más espantosos pecados, de amargar la existencia de un anciano venerable, deshonrando sus canas, y de ser ocasión, si no causa, de irremediables infortunios. Sé que frenéticamente enamorado de doña Juana, legítima esposa del rico labrador D. Gregorio, la persigues con audaz imprudencia y procuras triunfar de la virtud y de la entereza con que ella se te resiste. Fingiéndote ingeniero o perito agrícola, estás ahí enseñando a preparar los vinos y a injertar las cepas en mejor vidueño; pero lo que tú injertas es tu viciosa travesura, y lo que tú preparas es la desolación vergonzosa de un varón excelente, cuya sola culpa es la de haberse casado, ya viejo, con una muchacha bonita y algo coqueta. ¡Ah, no, hijo mío! Por amor de Dios y por tí bien, te lo ruego. Desiste de tu criminal empresa y vuélvete a Málaga. Si en algo estimas mi cariño y el buen concepto en que siempre te tuve, y si no quieres perderlos, no desoigas mis amonestaciones.

De don Pepito al Padre Gutiérrez

Villalegre, 7 de abril.

Mi querido y respetado maestro: El tío Paco, que lleva desde aquí vino y aceite a esa ciudad, me acaba de entregar la carta de usted del 4, a la que me apresuro a contestar para que usted se tranquilice y forme mejor opinión de mí. Yo no estoy enamorado de doña Juana ni la persigo como ella se figura. Doña Juana es una mujer singular y hasta cierto punto peligrosa, lo confieso. Hará seis años, cuando ella tenía cerca de treinta, logró casarse con el rico labrador D. Gregorio. Nadie la acusa de infiel, pero sí de que tiene embaucado a su marido, de que le manda a zapatazos y le trae y le lleva como un zarandillo. Es ella tan presumida y





tan vana, que cree y ha hecho creer a su marido que no hay hombre que no se enamore de ella y que no la persiga. Si he de decir la verdad, doña Juana no es fea, pero tampoco es muy bonita; y ni por alta ni por baja, ni por muy delgada ni por gruesa llama la atención de nadie. Llama, sí, la atención por sus miradas, por sus movimientos y porque, acaso sin darse cuenta de ello, se empeña en llamarla y en provocar a la gente. Se pone carmín en las mejillas, se echa en la frente y en el cuello polvos de arroz, y se pinta de negro los párpados para que resplandezcan más sus negros ojos. Los esgrime de continuo, como si desde ellos estuviesen los amos lanzando enherboladas flechas. En suma: doña Juana, contra la cual nada tienen que decir las malas lenguas, va sin querer alborotando y sacando de quicio a los mortales del sexo fuerte, ya de paseo, ya en las tertulias, ya en la misma iglesia. Así hace fáciles y abundantes conquistas. No pocos hombres, sobre todo si son forasteros y no la conocen, se figuran lo que quieren, se las prometen felices, y se atreven a requebrarla y hasta a hacerle poco morales proposiciones. Ella entonces los despidió con cajas destempladas. En seguida va lamentándose jactanciosamente con todas sus amigas de lo mucho que cunde la inmundicia y de que ella es tan desventurada y tiene tales atractivos, que no hay hombre que no la requiebre, la pretenda, la acose y ponga asechanzas a su honestidad, sin dejarla tranquila con su don Gregorio.

La locura de doña Juana ha llegado al extremo de suponer que hasta los que nada le dicen están enamorados de ella. En este número me cuento, por mi desgracia. El verano pasado vi y conocí a doña Juana en los baños de Carratraca. Y como ahora estoy aquí, ella ha armado en su mente el caramillo de que he venido persiguiéndola. No hallo modo de quitarle esta ilusión, que me fastidia no poco, y no puedo ni quiero abandonar este lugar y volver a Málaga, porque hay un asunto para mí de grande interés, que aquí me retiene. Ya hablaré de él a usted otro día. Adiós por hoy.

Del mismo al mismo.

10 de abril.

Mi querido y respetado maestro: Es verdad: estoy locamente enamorado; pero ni por pleno de doña Juana. Mi novia se llama Isabelita. Es un primor por su hermosura, discreción, candor y buena crianza. Imposible parece que un tío tan ordinario y tan gordiflón como D. Gregorio, haya tenido una hija tan esbelta, tan distinguida y tan guapa. La tuvo D. Gregorio de su primera mujer. Y hoy su madrastra doña Juana la ceba, la muele, la domina y se empeña en que ha de casarla con su hermano D. Ambrosio, que es un grandísimo perdido y a quien le conviene este casamiento, porque Isabelita está heredada de su madre, y, para lo que suele haber en pueblos como éste, es muy buen partido. Doña Juana aplica a D. Ambrosio, que al fin es su sangre, el criterio que con ella misma emplea, y da por seguro que Isabelita quiere ya de amor a D. Ambrosio y está rabiando por casarse con él. Así se lo ha dicho a D. Gregorio, e Isabelita, llena de miedo, no se atreve a contradecirle, ni menos a declarar que gusta de mí, que yo soy su novio y que he venido a este lugar por ella.

Doña Juana anda siempre hecha un lince vigilando a Isabelita, a quien nunca he podido hablar y a quien no me he atrevido a escribir, porque no recibiría mis cartas.

Desde Carratraca presumí, no obstante, que la muchacha me quería, porque involuntaria y

candorosamente me devolvía con gratitud y con amor las tiernas y furtivas miradas que yo solía dirigirle.

Fiado sólo en esto vine a este lugar con el pretexto que ya usted sabe.

Haciendo estaría yo el papel de bobo, si no me hubiese deparado la suerte un auxiliar poderosísimo. Es éste la chacha Ramoncica, vieja y lejana parienta de D. Gregorio, que vive en su casa como ama de llaves, que ha criado a Isabelita y la adora, y que no puede sufrir a doña Juana, así porque maltrata y tiraniza a su niña, como porque a ella le ha quitado el mangoneo que antes tenía. Por la chacha Ramoncica, que se ha puesto en relación conmigo, sé que Isabelita me quiere; pero que es tan tímida y tan bien mandada, que no será mi novia formal, ni me escribirá, ni consentirá en verme, ni se allanará a hablar conmigo por una reja, dado que pudiera hacerlo, mientras no den su consentimiento su padre y la que tiene hoy en lugar de madre. Yo he insistido con la chacha Ramoncica para ver si lograba que Isabelita hablase conmigo por una reja; pero la chacha me ha explicado que esto es imposible. Isabelita duerme en un cuarto interior, para salir del cual tendría que pasar forzosamente por la alcoba en que duerme su madrastra, y apoderase además de la llave, que su madrastra guarda después de haber cerrado la puerta de la alcoba.

En esta situación me hallo, mas no desisto ni pierdo la esperanza. La chacha Ramoncica es muy ladina y tiene grandísimo empeño en fastidiar a doña Juana. En la chacha Ramoncica confío.

Del mismo al mismo.

15 de abril.

Mi querido y respetado maestro: La chacha Ramoncica es el mismo demonio, aunque, para mí, benéfico y socorrido. No sé cómo se las ha compuesto. Lo cierto es que me ha proporcionado para mañana, a las diez de la noche, una cita con mi novia. La chacha me abrirá la puerta y me entrará en la casa. Ignoro a dónde se llevará a doña Juana para que yo no nos sorprenda. La chacha dice que yo debo desconfiar, que todo lo tiene perfectamente arreglado y que no habrá el menor percance. En su habilidad y discreción pongo mi confianza. Espero que la chacha no habrá imaginado nada que esté mal; pero en todo caso, el fin justifica los medios, y el fin que yo me propongo no puede ser mejor. Allá veremos lo que sucede.

Del mismo al mismo.

17 de abril.

Mi querido y respetado maestro: Acudí a la cita. La pícara de la chacha cumplió lo prometido. Abrió la puerta de la calle con mucho tiento y entré en la casa. Llegué de la mano me hizo subir a oscuras las escaleras y atravesé un largo corredor y dos salas. Luego penetré conmigo en una grande estancia que estaba iluminada por un velón de dos mecheros, y desde la cual se descubría la espaciosa alcoba contigua. La chacha se había valido de una estratagema infernal. Si antes me hubiera confiado su proyecto, jamás hubiera yo consentido en realizarlo. Vamos... si no es posible que adivine usted lo que allí pasó. D. Gregorio se había quedado aquella noche a dormir en la casería, y la perversa chacha Ramoncica, engañándose, acababa de introducirme en el cuarto de doña Juana. ¡Qué asombro el mío cuando me encontré de nanos a boca con esta señora! Dejo de referir aquí, para no pecar de



prolijo, los lamentos y quejas de esta dama, las nuestras de dolor y de enojo, combinadas con las de piedad, al creerme víctima de un amor desesperado por ella, y los demás extremos que hizo, y a los cuales todo atortolado no sabía yo qué responder ni cómo justificarlos. Pero no fué esto lo peor, ni se limitó a tan poco la maldad de la chacha Ramoncica. A D. Gregorio, varón pacífico, pero celoso de su honra, le escribí un anónimo revelándole que su mujer tenía a las diez una cita conmigo. D. Gregorio, aunque lo creyó una calumnia, por lo mucho que confiaba en la virtud de su esposa, acudió con D. Ambrosio para cerciorarse de todo.

Bajó del caballo, entró en la casa y subió las escaleras sin hacer ruido, seguido de su cuñado. Por dicha o por providencia de la chacha, que todo lo había arreglado muy bien, D. Gregorio tropezó en la obscuridad con un banquillo que habían atravesado por medio y dió un costalazo, haciendo bastante estrépito y lanzando algunos reniegos.

Pronto se levantó sin haberse hecho daño y se dirigió precipitadamente al cuarto de su mujer. Allí oímos el estrépito y los reniegos, y los tres, más o menos criminales, nos llenamos de consternación. ¡Cielos santos! — exclamó doña Juana con voz ahogada: — Huya usted, sílveme; mi marido llega. No había medio de salir de allí sin encontrarse con D. Gregorio, sin esconderse en la alcoba o sin refugiarse en el cuarto de Isabelita, que estaba contiguo. La chacha Ramoncica, en aquel apuro, me agarró de un brazo, tiró de mí, y me llevó al cuarto de Isabelita, con agradable sorpresa por parte mía. Hallé D. Gregorio tan turbado a su mujer, que se acercaron sus recelos y quiso registrarlo todo, seguido siempre de su cuñado. Así llegaron ambos al cuarto de Isabelita. Esta, la chacha Ramoncica como tercera, y yo como novio, nos pusimos humildemente de rodillas, confesamos nuestras faltas y declaramos que queríamos remediarlo todo por medio del santo sacramento del matrimonio. Después de las convenientes explicaciones y de saber D. Gregorio cuál es mi familia y los bienes de fortuna que poseo, no sólo ha consentido, sino que ha dispuesto que nos casemos cuanto antes. Doña Juana, a regañadientes, ha renido que consentir también a lo que ella entiente para salvar su honor. Y hasta me ha quedado muy agradece-

da, porque me sacrifico para salvarla. Y agradecida ha quedado a Isabelita, que por mismo motivo se sacrifica también, a pesar de enamorada que está de D. Ambrosio.

No he de negar yo, mi querido maestro, la tramoya de que se ha valido la chacha Ramoncica tiene mucho de censurable; pero una ventaja grandísima. Estando yo tan enamorado de doña Juana y estando Isabelita enamorada de D. Ambrosio, los cuatro corríamos grave peligro, si mi futura y yo quedásemos por aquí. Así tenemos razón para brada para largarnos de este lugar, no bien eche la bendición el cura, y huir de dos apuestos personajes como son la madrastra Isabelita y su hermano.

De doña Juana a doña Micaela, hermana de Padre Gutiérrez.

4 de mayo.

Mi bondadosa amiga: Para desahogo de corazón, he de contar a usted cuanto ha ocurrido. Siempre he sido modesta. Disto de creerme linda y seductora. Y, sin embargo, yo no sé en qué consiste; sin duda, sin que yo y hasta sin sentirlo, se escapa de mí un fuego infernal que vuelve locos a los hombres. Ya dije a usted la vehemente criminal pasión que en Carratraca inspiró a Pepito, y lo mucho que éste me ha atormentado y perseguido viniéndose a mi lado. Crea usted que yo no he dado a ese audaz motivo bastante para el paso, o, diré, para el precipicio a que se arrojó algunas noches. De rondón, y sin decirlo, me entró en mi casa y en mi cama para asaltar mi honestidad, cuando estaba mi marido ausente. ¡Que peligro me he arrojado! ¡Qué compromiso el mío y el de D. Gregorio! Llegó cuando menos lo pensé. Y gracias a que tropezó en un banquillo, un bateazo y soltó algunas de las cosas que él suele soltar. Si no es por eso, me sorprende. La presencia de espíritu de la Ramoncica nos salvó de un escándalo y de un drama sangriento. ¿Qué hubiera sido mi pobre D. Gregorio, tan grueso como yo, saliendo al campo en desafío? Sólo de pensar me erizan los cabellos. La chacha, por una vez, se llevó a D. Pepito al cuarto de Isabelita, y nos salvó. Yo le he quedado muy agradecida. Pero aun es mayor mi gratitud hacia el cuñado D. Pepito, que, por no comprometer a mi marido, fingió que era novio de Isabel, y se hizo propia hija política, que ha renunciado a su amor por D. Ambrosio y ha dicho que me quería al igual que al joven malagueño. Ambos han dado un doble sacrificio para que yo no me tranquilizara ni mi crédito. Ayer se casó y se fueron en seguida para esa ciudad. Olviden, ahí, lejos de nosotros, la pasión que me inspiró, y yo los hemos inspirado. El cielo que, ya que no se tengan un amor fervoroso, lo cual no es posible cuando se ama con fogosidad a otras personas, me bren mutuamente aquel manso y tibio amor que es el que más dura y el que mejor viene a las personas casadas. A mí, entiendo, todavía no me ha pasado el susto. Y estoy escarmentada y recelo tanto al ir de este lunario fuego abrasador que brota de mis ojos, que me propongo no mirar a nadie más que a la vista clavada en el suelo. Consérvese usted bien, mi bondadosa amiga, y pídale a Dios en sus oraciones que me vuelva el sosiego que tan espantoso lance me había robado. *

SE HIZO FAMOSO...

estudiando en su casa!



Jaime Watt sólo recibió una instrucción muy rudimentaria, porque su estado de salud le impedía asistir con regularidad a la escuela.

Pero estudiando en su propia casa y animado por una decisión inquebrantable, logró vencer todas las dificultades, hasta transformarse en uno de los físicos más famosos del siglo XVIII.

Antes era una hazaña realizar estudios en el hogar, porque era muy difícil conseguir los medios e imposible hacerse asesorar por expertos.

Hoy, gracias a la enseñanza por correo de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, es tan fácil y económico que todos pueden hacerlo. No crea, pues, que la falta de conocimientos le impide triunfar. Piense que ya más de 40.000 de nuestros ex alumnos alcanzaron el éxito anhelado y decídase a imitar su ejemplo.

IMPORTE DE LOS CURSOS PARAGUAYOS EN PEQUEÑAS CUANTAS MENSUALES

Tratado de Librería.....	\$ 40
Contador General.....	\$ 190
Contador Mercantil.....	\$ 120
Libro Oficial.....	\$ 100
Empedrado Bancario.....	\$ 95
Libro.....	\$ 40
Libro de Comercio.....	\$ 40
Comercio.....	\$ 40
Secretariado.....	\$ 95
Administración.....	\$ 10
Supervisión.....	\$ 45
Act. Ing. Civil.....	\$ 175
Legis. mercantil.....	\$ 30
Caligrafía.....	\$ 30
Arquitectura Comercial.....	\$ 20
Industria y Fotografía.....	\$ 37
Medicina Pública.....	\$ 54
Proyección.....	\$ 150
Proy. y M. Farmacia.....	\$ 120
Química Industrial.....	\$ 125
Física en	
Vozes y Letras.....	\$ 100
Industria y Perfumes.....	\$ 100
Fotografía (c. dental).....	\$ 110

Técnicos en Pinturas

Berateros y Matemáticas	
Calentamiento.....	\$ 40
Actores y Gram.....	\$ 80
Plano Artístico.....	\$ 100
Algebra Ing. y Com.....	\$ 305
Algebra de Finanzas.....	\$ 100
Reducción.....	\$ 170
Electrónica.....	\$ 100
Construcción.....	\$ 120
Arquitectura.....	\$ 125
Mezclas Automáticas.....	\$ 140
Medios e Explosión.....	\$ 140
Partes Agrícolas.....	\$ 195
Alas de Colación.....	\$ 140
Tecnicas Industriales.....	\$ 40
Mecánica Agrícola.....	\$ 65
Analisis.....	\$ 45
Jard. y Jardinería.....	\$ 70
Refrigeración.....	\$ 140
Carre y Construcción.....	\$ 30
Reducción.....	\$ 145
Ingles (c. dental).....	\$ 150

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Ochoa, Medellín

BOLIVIA
Calle Bolívar y Diva Novena
(Medellín) 411, Casilla de Correo 1307, La Paz.

PARAGUAY
Rumbos Ochoa Cabreria
Brasil 142, Asunción

Mandese este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulid, Director de la "Universidad Popular Sudamericana" Rivadavia 2465 (R. 25) - Buenos Aires

NOMBRE
DIRECCION
LOCALIDAD

¿Conoce Ud...?

¿C ONOCE usted, lector, nuestro país? He aquí una pregunta a la que no todos los habitantes de la República podemos responder como sería de desear — afirmativamente.

La Argentina es grande y no siempre nuestras posibilidades están en relación con nuestro de recorrerla. Pero, ¿conocemos al menos nuestras ciudades, nuestros lugares históricos, nuestros

NUESTRA



...es característicos, nuestros paseos, nuestros tem-
...o nuestras estatuas?

Poner a prueba el conocimiento que el lector tie-
...de todo eso es el objeto de la presente sección.

Identifique, pues, las plazas cuyas fotografías
...stran las presentes páginas, y recurra... si lo
...necesita, a los datos que damos de ellas en "Aquí le
...testamos".

PLAZAS ?



DESDE las encrucijadas de la calle Australia hasta los baldíos rrio de los amarillos, nadie dudaba en la Dársena Sur que Mac Gee estaba loco de remate.

Lo que ignoraban todos era el origen de su decadencia. Porque bastaba escucharle durante un par de horas, en las mesas de Juliette la francesa, incrustado en un recodo de la calle de Mendoza, para convencerse de que era, o había sido, un hábil.

Y no era tan viejo el capitán Mac Gee. Podría tener unos y cinco años, y su físico hacía pensar en una estatua de bronce pda en alcohol...

Un negro jamaicano le pañaba siempre, como bra, como un mal espíritu negro sordomudo que cocinero en uno de los que comandó Mac Gee rroso pasado, y que solía como reemplazante en nes de Nino el Italiano. Dock Sur, o en los rros genoveses de la Vuelta de Mac Gee era, entre otra un ebrio consuetudinario. gaba sus copas más que negro sordomudo, que a Jimmy Kingston, le centavos ganados en le de los figones riberños.

Pero el crédito del cap Mac Gee era poco menos que

La locura del capitán Mac Gee

Por **HECTOR PEDRO BLONBERG**

ILUSTRACION DE VALDIVIA

Las zonas portuarias. Porque en las encrucijadas de los puertos internacionales, llámense Buenos Aires, Montevideo, Trinidad, La Haya o Marsella, los capitanes de barco, aunque estén en decadencia, siempre gozan de crédito. Y uno sabe cuándo volverán a mandar en los pailebotos de muchas toneladas.

La locura del capitán Mac Gee era singular. Todos en la Dársena Sur estaban hartos de historia, contada hasta el cansancio. Bastaba al pobre Mac Gee bebiera un par de copas y comenzara el relato del hundimiento de la goleta "Miriam", para que todos, desde el francés hasta Girini, el dueño del Garibaldi, lo dejaran solo, narrando el legendario y borroso suceso a las litografías de las faros reales que adornaban la pared.

El único a quien la historia de la goleta "Miriam" parecía interesar vivamente, era al negro sordomudo.

Como el negro era sordomudo, es de presumir que no oía una sola palabra del relato. Pero, como si siguiera por los ademanes de Mac Gee, se estremecía violentamente, poniéndose de pie y describiendo con detalles lúgubres aquella terrible tragedia de las olas.

¿Jimmy Kingstoun hubiera podido hablar... Porque él había presenciado el hundimiento de la goleta "Miriam". Era el cocinero de a bordo.

Mac Gee interrumpiase a veces en su narración y enjugándose el sudor que corría por sus mejillas, señalaba al antillano, y decía al audaz:

—Este negro lo sabe... Se salvó conmigo cuando se hundió la "Miriam"...

Por espacio de tres años, Mac Gee, el jamaicano y la historia de la goleta anduvieron por la ribera de Buenos Aires, hasta que la leyenda de la locura de Mac Gee fué un hecho reconocido por todos.

Naturalmente, no faltaron espíritus suspicaces que hicieran extrañas afirmaciones sobre la perturbación mental del navegante, y su afán de repetir la historia de un velero de segundo año que se hundió frente a Fidihi hacía muchos años.

Pero eran habladurías, seguramente. Mac Gee y el negro, si es que algún secreto había en todo aquello, lo guardaban cuidadosamente. Sobre todo el jamaicano...

Fué un mediodía de invierno, en pleno agosto, cuando al capitán Mac Gee le dió el primero de los tres ataques reglamentarios de *seizure tremens*, en el bar de Juliette la francesa.

Estaba lloviendo y el bar hallábase solitario. Jimmy vió caer al suelo a su capitán, retorciéndose extrañamente, con los ojos fuera de las órbitas y la boca llena de espuma, y creyó que iba a morir.

Juliette la francesa, que estaba dentro, acudió a oír el ruido de las copas que caían, y también creyó que Samuel Mac Gee emprendía el viaje al infierno.

Pero los dos estaban equivocados. Porque Mac Gee reaccionó, y siguió cargando combustible líquido por espacio de quince días, hasta que una mañana de sol, a principios de septiembre, un segundo ataque dió en tierra con el navegante.

Jimmy miró a su capitán, y después dirigió sus ojos relucientes hacia el gran canal de la Dársena Sur.

Estaba entrando un velero, un velero pintado de rojo sucio, con las velas plegadas, arrastrado por un remolcador estridente y afanoso.

En la proa, al lado de un destruido Eolo que hacía de mascarón, leíase en letras blancas un nombre: "Miriam".

Emitiendo ruidos extraños, el antillano se ocultó debajo de la mesa, mientras Mac Gee seguía arrojando espuma por la boca.

Juliette la francesa se acercó asustada.

—Los dos están locos — murmuró, enviando en busca de la policía y de la Asistencia Pública.



Samuel Mac Gee ya no deambulaba por los malecones ni por los chamizos de la Dársena Sur.

Pero cada vez que los parroquianos de la "Campana Azul", del bar Garibaldi, de "Las Armas de Cardiff", del "Droning Maud", del café Dalmacia, y los patronos de las balleneras que traen narajales del Paraguay ven pasar a Jimmy el antillano, idiotizado, taciturno y harapiento, recuerdan la historia de la goleta "Miriam". Mac Gee, antes de irse al infierno, la contó por última vez y confesó la verdad.

El había llevado la goleta "Miriam" a la catástrofe, deliberadamente.

Los dos cajones de libras esterlinas que embarcaba en Liverpool con destino a un Banco de Melbourne, Australia, le hicieron pensar en un naufragio. Encalló el velero frente a las islas Fidihi, saliendo un poco de las grandes rutas del tráfico oceánico; dejó que se ahogaran sus veintiséis tripulantes, y resolvió esperar un año o dos, a fin de que nadie entrara en sospechas.

Jimmy fué su cómplice.

Pero Jimmy era un negro ignorante, y aunque cocinó durante veinte años en los barcos del mar, era capaz de perderse solo, en el Caribe o en el Mediterráneo, como un niño de dos años en una casa a oscuras...

Después del hundimiento de la goleta "Miriam" empezaron a decirse cosas feas de su capitán, en Suva, la capital de las islas Fidihi, en Melbourne y hasta en Liverpool. Sam Mac Gee fué citado por los diarios.

Por eso estaba oculto en las tabernas de la ribera de Buenos Aires, soñando con aquel tesoro siniestro que velaban veintiséis esqueletos de antiguos compañeros, a pocas brazas de profundidad, entre las rompientes.

Ahora Sam Mac Gee estaba muerto. El pailebote "Miriam", matrícula de Helsingborg, surgió ante sus ojos alcoholizados como el espectro de aquella goleta "Miriam", matrícula de Liverpool, que dormía con sus cajones de libras esterlinas y sus esqueletos bajo las aguas azules del Pacífico, desde hacía ocho años. Y el espectro, junto con el whisky, lo mató.

Algunas personas en la Dársena Sur, entre ellas Juliette la francesa, soñaban vagamente con aquel tesoro criminal que yacía al otro lado del planeta, casi al alcance de la mano...

Pero nadie sabía a ciencia cierta dónde se había hundido la goleta "Miriam". Sólo dos personas podían informar sobre el sitio exacto. Una de estas personas estaba en el infierno.

Y la otra era un negro sordomudo que pedía limosna en la calle Pedro de Mendoza, desde las encrucijadas de la calle Australia hasta los confines del barrio asiático. ♦



Ortopedia Científica

La ortopedia moderna ha realizado grandes conquistas en su técnica. TOUNSON las ha aplicado y las proporciona en todos sus aparatos ortopédicos, así como en sus miembros artificiales, livianos, cómodos y, en una palabra, perfectos.

CONSULTAS GRATUITAS

Seriedad-Responsabilidad-Prestigio

INSTITUTO ORTOPEDICO

TOUNSON

PUEYREDON 1318 - U. T. 41, PLAZA 9708

SOLICITE FOLLETOS

Nombre

Domicilio

Localidad F. C.

LOS FIAMBRES

"ganan"



CON

SAVORA

Realza el sabor de las comidas

¡Usted será más hermosa!

Usando los productos de

RAPHAEL DUFOUR

Aprobados por el Departamento Nacional de Higiene.



LAS MASCARAS DE BELLEZA LAS APLICA PERSONALMENTE RAPHAEL DUFOUR

Desaparecerán de su piel, manchas, acné, puntos negros, pecas, arrugas, cutis grasoso o seco, asperezas y todas las imperfecciones cutáneas.

CREMAS,

POLVOS

y EMULSIONES

Precio por cada producto, \$ 5 %

Pida prospecto ilustrativo gratis y sin compromiso para usted o

RAPHAEL DUFOUR

PARAGUAY 631 ☆ Bs. As. ☆ Tel.: 32-0475

Los productos Dufour se venden en Farmacia Franco Inglen, Farmacia Nelson y casas de reputación en esta capital.

EL

**Piorri
Brisol**

LIQUIDO
MANTIENE
LA BOCA
FRESCA E
HIGIENICA

USELO DIARIAMENTE

ACTUALIDAD



El primer magistrado de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, pronunciando su mensaje, que fue escuchado en todos los ámbitos del país. Le acompañan en la fotografía los miembros del gobierno nacional.

EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION DEL 4 DE JUNIO

La misa de campaña oficiada en la plaza de la República, de Buenos Aires; la apertura de la obra realizada por las autoridades nacionales y el mensaje dirigido a la Nación por el jefe del Estado, general Edelmiro J. Farrell, fueron los actos culminantes de todos aquellos locales, autoridades y pueblo, celebraron juntos, en todo el país, el primer aniversario de la revolución del 4 de junio. La misa de campaña constituyó un acto solemne; asistió a ella el



ACTO PUBLICO. — El titular de la sección 20ª de Policía, comisario José Antonio Sapia, pronunciando un expresivo discurso durante el acto público realizado en dicha sección con motivo de la celebración de la efeméride patria de mayo, acto que alcanzó mucho lucimiento.



EN HONOR DEL PERIODISMO ARGENTINO. — Monseñor hace uso de la palabra durante el almuerzo que la Asociación Católica de Empleados, de la cual es su ilustre prelado, ofreció en la Casa de la Empleados del periodismo argentino. Habló también durante el acto el presidente de la Federación, señorito Elisa Espósito.



CONCIERTO. — La Asociación Argentina de Concierdos, que dirige el maestro Carlos Olivares, realizó en el salón de actos de la Biblioteca del Consejo de Mujeres una de sus acostumbrados conciertos, en el cual actuaron como solistas María Luisa Ritterstein, Carlos Campanone y Félix Marafioti, quienes opusieron en la fotografía junto al maestro Olivares.



EXPOSICION. — En los próximos días de la exposición de las obras de Benito Quinquela Martín en la galería Witcomb, una muestra de sus obras. En ella, el argentino podrá apreciar de un intervalo de más o menos la labor del destacado

GRAFICAS



El momento del imponente cuadro que ofrecían autoridades nacionales y eclesiásticas, y el público reunido en la plaza de la República, durante la realización de la misa de campaña.

La Nación con todos los ministros y demás colaboradores de su gobierno. La inauguración de nuestra obra gubernativa alcanzó su momento culminante cuando, momentos después de la misa del primer mandatario, y luego que el cardenal Copello bendijera las instalaciones que inauguraban, ejecutó el Himno Nacional. Por la noche del día 4, y desde el Circulo Militar, el señor Farrell puso un patriótico colofón a las diversas ceremonias del día, dirigiendo un mensaje

DE DEL
— Aca-
— aporcer
— mada edi-
— esta obra
— Raquel
— favorable
— acogido
— oportuni-
— de la crisis
— y público



NOTA DEL SEÑOR D. A. MONTEIRO. — Se encuentran en nuestra capital el distinguido publicista brasileño A. Monteiro, gerente de la Oficina de San Pablo Conn Erickson Corp. do Brasil. El señor Monteiro, en compañía de su señora esposa, con quien en la fotografía, alternará sus actividades de con diversas gestiones vinculadas al medio publicitario en que actúa.



ACTO LITERARIO-MUSICAL. — Lo Peño Ferroviaria inauguró su temporada oficial del corriente año, con un acto literario-musical que se realizó en las salones de la Administración de los Ferrocarriles del Estado. En la fotografía se ve parte del público asistente, escuchando el conceptuoso discurso con el cual el presidente de la institución, señor Juan B. Morales, abrió el citado acto.

APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS.

Toda persona tarde o temprano necesitará colocar dientes artificiales, que los mecánicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA. No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Fide inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor pase a conversar personalmente. — Escribanos hoy mismo.



Profesional ilustrado para ambas cosas.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021
NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA
Nombre
Calle
Localidad L. 242

ARGENTINIDAD



San Martín merece el homenaje de la unanimidad; para conseguirlo, ofrecemos, al precio de un peso, magnífico retrato a 8 colores 25 x 32, que vale mucho más y que dice: "Este hogar es presidido por el más virtuoso de los argentinos: don José de San Martín. Yo soy un instrumento de la justicia y la causa que defendiendo es la causa del género humano".

DIFUSORA MARTÍN FIERRO
SANTA FE 3269 - 3° A.

PRODUCTOS CAPITATYS

ABSOLUTAMENTE VEGETALES

LOCIÓN CAPITALAR: Preserva y detiene la calvicie; tonifica, fortalece y favorece el crecimiento del cabello. Evita y combate la caspa y seborrea. Flaco, de 150 c. c., \$ 4.50; de 250 c. c., \$ 7.-, y de 500 c. c., a \$ 12.-.



SHAMPOING, para el lavado e higiene de la cabeza. Frasco 100 c. c., \$ 0.90, y de 250 c. c., \$ 2.50.

FIJADOR LIQUIDO VEGETAL, exento de grasas y aceites; no produce caspa; fija, da brillo y seducción al cabello. Frasco de 50 c. c., \$ 0.80; de 100 c. c., \$ 1.50, y de 160 c. c., \$ 2.50.

Venta en perfumerías, farmacias y tiendas, y si no los encuentra en la casa de su preferencia, pidan hoy mismo, previo envío de giro o honos postales, directamente a:



LABOR. CAPITATYS Bdo. Irigoyen 1299 - (U. T. 23 - 8048) Bs. As.

Arturo Cancela, versu



Arturo Cancela

ARTURO Cancela es un humorista, pero no de esos de cansadas comisarías y humor tétrico que destilan trabajosamente pícaras agrialdres, capaces de hacer reír con la imperiosa exigencia del gas hilarante.

La risa de Cancela es sana, contagiosa y juvenil. Podría decirse que es el primero en tre sus lectores. Su propio gozo sírvele de pauta y de termómetro para dosificar la alegría que se propone suscitar.

Algo de duende malicioso, de trago indiscreto y sibilino, posee este escritor capaz de descubrir en el mundo que lo rodea el sesgo por el cual los acontecimientos y los seres, solemnes o circunspectos, derriban hacia la trivialidad o la tontería.

Como Don Quijote contra los molinos de viento, Cancela arremete contra las estatuas de humo.

Eso es lo que se propone y cumple el autor de "Tres relatos porteños", pero sin saña ni rencor, con la crítica educada por la sonrisa, como si su "castigar riendo mores"—valga por una vez este latín



de Petit-Larousse—, aportara también su buena ráfaga de júbilo desenfadado.

Donde nace un nuevo profesor

Ocurre que Arturo Cancela demuestra predilección por los profesores. Si, como dijo alguna vez: "un libro es un hijo", se complace en proveer al mundo de nuevos catedráticos. Quizá ahora los días en que era respetuoso alumno del profesor Otto Schulze, hace de esto un tercio de siglo. El hecho es que, después de haber infundido vida a Augusto Herrlin, el inefable descubridor del cocobacilo del mismo nombre y protagonista de uno de sus "Tres relatos porteños", se dispone en la actualidad a dar a conocer las aventuras gozadas o padecidas en nuestro medio por Abel Du Bois Landormy, miembro del Instituto, profesor de ar-

queología griega en el Colegio de Francia y huésped benemérito de Buenos Aires.

—Me propuse escribir un libro tipo siglo XVIII—nos dice Cancela cuando le entrevistamos—. Pretendí, mediante él, realizar una experiencia que juzgo interesante. La novela de nuestros días suele pertenecer a un género híbrido, carente de lo esencial. No se preocupa por la creación de tipos, de figuras...

Autónomas, por así decirlo, capaces de alentar con vida propia. Recordemos que, ineludiblemente, el arte narrativo exige la creación de seres vivos, de personajes. Y la misión del novelista es la de crear una gran alucinación.

"Por eso, cada uno de los engendros que echan a andar—y casi por su cuenta, como veremos más adelante— debe poseer su propio lenguaje, su peculiar elocuencia..."

"La "Funambulesca aventura del profesor Landormy"—añade Cancela riendo— es un auténtico brevario de discursos.

La anomancia, ciencia infusa

—Y aun hay más— prosigue el escritor— un personaje exige imperiosamente que atribuya el nombre que le corresponde que anticipa y prefigura su destino. En bre—valga por una vez la antigüedad de la anomancia— es, en cuanto a la ficción, el ámbito cerrado en el cual el autor le está permitido su propio y libre citamiento. Esa es la razón por la cual el profesor se llama Abel Du Bois Landormy, nombre que habría de permitir que —apenas hollado el hipotético territorio de la novela— un cronista desaprensivo se dijera que componía fonéticamente una variante del título de un cuento de Perrault: "La belle au bois dormant", y lo rebautizara sin más trámites.

—¿Cómo nació Abel Du Bois Landormy?— repite su progenitor tras escuchar nuestra pregunta—. Pues, por el año 1925 y en dos apuntes sucesivos. Después, lo abandoné. Posteriormente, me propuse componer en la figura un nuevo relato porteño comencé a trabajar, en noviembre del pasado, el relato se transformó en novela. Alrededor de Landormy crearon personajes, plenos de exigencias y tensiones. Reclamaban, también, la novela requiere una digresión.

Sancho Panza contra Miguel de Cervantes

—¿Sabe usted de la tiranía de los tipos?...—prosigue Arturo Cancela—, creados comienza, entre el autor y el lector, algo así como un juego de forcejeo. Eso es, a mi juicio, lo que ocurrió a Cervantes con Sancho Panza para crear un campesino simple y sincero, y nació un campesino simple, de carne y de sangre, astuto, independiente y valiente.

—¿Sabe usted de la tiranía de los tipos?...—prosigue Arturo Cancela—, creados comienza, entre el autor y el lector, algo así como un juego de forcejeo. Eso es, a mi juicio, lo que ocurrió a Cervantes con Sancho Panza para crear un campesino simple y sincero, y nació un campesino simple, de carne y de sangre, astuto, independiente y valiente.

—¿Sabe usted de la tiranía de los tipos?...—prosigue Arturo Cancela—, creados comienza, entre el autor y el lector, algo así como un juego de forcejeo. Eso es, a mi juicio, lo que ocurrió a Cervantes con Sancho Panza para crear un campesino simple y sincero, y nació un campesino simple, de carne y de sangre, astuto, independiente y valiente.



el profesor Landormy

EL PROTAGONISTA DE LA ÚLTIMA OBRA DEL CELEBRADO ESCRITOR, HABÍA NACIDO PARA COLMAR BREVE RELATO, PERO IMPUSOLE A SU CREADOR LA TAREA DE SEGUIRLO A TRAVÉS DE LAS PÁGINAS DE UNA LARGA NOVELA

Por
Julio Ellena de la Sota

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Dibujos de RAÚL VALENCIA

pelos en el rostro y en la lengua.

guay del escritor que en corregir sus crías

Se le morirán entre brazos y seguirá, después, empujando sumisos

de eso me ocurrió a lo que se refiere a

entre Cervantes y con los numerosos

que desfilan, opacaban por las páginas

"Funambulesca aventura profesor Landormy", no-

la que existe una es-

de trasfondo del Qui-

cual, en mi entender, imitado en lo exter-

no en lo íntimo...

plagiado—añade Can-

celencia— todos los ti-

posibles de Cervantes...

la premiosa lectura del índice que

al voluminoso rimero de originales

resguardarlo: "Donde se presenta a los

a la vez que ante Su Señoría, la

de "Al amor de los Marineros"; o

descomunal y nunca vista batalla que

entre los Machados y una viuda, un sar-

y tres vigilantes"; o "Del sorprendente

lo que el profesor descubrió entre los

ros y los egipcios y del temor que le

oció con ese motivo"; para finalizar

el capítulo que se titula: "Donde M.

Landormy se aleja de Buenos Aires, Lajeneu-

rece una herencia y el ingenioso autor

esta fidedigna historia—o viceversa—

termino a su empeño, cuelga, como Cide



do hasta un martes, para ser más preciso.

Personajes en libertad

No terminamos de formular una pregunta, cuando Canceleda replica con viveza:

—No; nada de eso... Por la novela no ambulan gentes identificables o medianamente reconocibles. Si alguna hubiera, ya no existe—comenta con malicia—. Como toda labor de creación requiere un sustento de viva realidad, puede que alguno de los personajes haya sido compuesto con datos extraídos de la vida, con detalles aislados y recogidos mediante la observación del contorno, para ser recreados después, en su totalidad, sin fisuras, libres de herencias y de parecidos, en pleno goce y disfrute de su peculiar autonomía.

—Esá tiranía de los personajes a que aludí hace un instante—añade Canceleda—, ese apetito que cada uno de ellos siente por pasar al primer plano, descosos de intervenir cumplidamente, sin supeditarse por completo al destino del protagonista, a cuya vera discurren, me obligó, también, a no extraviar ninguna de mis criaturas en un recoveco de la novela.

—Todas, desde que penetran en la obra, permanecen en ella hasta que se arriba a su límite material. Y, en cierto momento, actúan simultáneamente en escena, impelidas, arrebatadas por el cúmulo de peripecias en sucesión irresistible que desencadenará el profesor Landormy cuando se le

ocurrió asegurar que había reconocido en el sinsonte legendario de los mayas al ave misteriosa de los cretenses.

—¿Acaso la novela gira en torno de un misterio?

—En cierto sentido, sí. Escribí algo que podría denominarse novela policial al revés. Pues, si bien los lectores conocen el equívoco inicial, es la policía la que persigue por los escabrosos senderos de la hipótesis la verdad resbaladiza... o alada.

Otra novela porteña

Arturo Cancela ha escrito, pues, otra novela escencialmen-



Profesor Landormy

te porteña. Fustiga en ella, tal como lo hizo en anteriores, viejos hábitos, inveteradas costumbres, supersticiones colectivas.

Se propuso reunir en torno del profesor Landormy, que buscaba en tierras nuevas la Fuente de Juventud para su nonbradía declinante, un muestrario de flaquezas humanas. Abel Du Bois cumple, entre las gentes que lo circundan, persiguen y agasajan sañudamente, función de catalizador. Actúa sobre ellas por acto de presencia.

Y la humanidad que lo asedia afánase y se precipita, viviente y reconocible, hasta quedar al fin al desnudo, como sorprendida por una cámara indiscreta que la inmovilizara para siempre en risueña e incómoda actitud de calambre. ♦



UNA partida santafecina persigue a Ramírez, que derrotado en las inmediaciones de Río Seco intenta ganar la frontera de Santiago, para ponerse a salvo bajo la sombra protectora de su amigo Ibarra.

Marcha el caudillo derrotado con la impresión penosa del terrible entrevero en el que ha visto deshechas las últimas fuerzas que le quedaban. Pero no está abatido: tiene treinta y cuatro años, una formidable energía, una naturaleza excepcionalmente dotada para la acción, un espíritu indomable, y, sobre todo, tiene a su Delfina, que en aquella mañana del 10 de julio de 1821 galopa a su lado junto al grupo de fieles amigos que lo acompaña.

El encuentro con esta bella criatura, hace tres años, en sus andanzas por la Banda Oriental, cuando era teniente de Artigas, decidió su destino. Con ella a su lado, galopó desde entonces

PASION Y MUERTE DE Francisco Ramírez



Francisco Ramírez, el "Supremo Entrerriano".

LUCHANDO POR SU DAMA CAYO CON EL
CORAZON ATRAVESADO POR UN BALAZO
EL "SUPREMO ENTRERRIANO"

Por
Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

vertiginosamente de triunfo en triunfo. No hay lumbré semejante a la de los negros ojos de aquella mujer para encender el fuego en los corazones: fuego de amor, fuego de heroísmo, en el que arden todas las voluntades. Y la primera, la del jefe. En la entrega que ella le ha hecho de su corazón, ven los hombres que lo siguen el más claro signo de su superioridad. Ella es su orgullo y su aureola. Dijérase que su amor lo consagra con el título que la veneración popular le ha dado: el "Supremo Entrerriano".

Francisco Ramírez es, por derecho propio, el señor de los verdes castillos de Entre Ríos, cuya arquitectura vegetal no ha sido superada por ningún alarife de la tierra. Salió de ellos cuando hasta allí llegó el grito de Independencia dado en Buenos Aires, para convertirse en

paladín de la libertad. Y ¿cómo no había de ser así, si él es la libertad misma, que estaba —riento huracanado— encadenada en estas selvas, y ahora corre de un lado para otro, sin que nadie pueda detenerla, rotas todas sus ligaduras?

De Entre Ríos a Buenos Aires, de Buenos Aires a Entre Ríos, galopa en triunfo con sus hombres, y la tierra se estremece bajo los cascos de sus caballos, como en sus horas juveniles, cuando surgían de la espesura tropieles de centauros. Lleva con él aquella ninfa que un día encontró en la floresta y de la cual ya nunca habrá de separarse: una ninfa que fue una walkiria.

Pero un día, este centauro de la mitología gaucha, pierde el favor de los dioses. Dijérase que le habían sido propicios mientras encarna-

ba el espíritu de la libertad en su originalidad, inconcreto, anárquico; pero de ahora en adelante, cuando ha nacido su ambición, y, de pronto, cuanto hasta ayer le fué favorable, le es adverso. De nada le ha valido triunfar en Buenos Aires, de nada le vale haber derrotado a Artigas. Se encuentra acosado y perseguido por las tierras de Córdoba, con los restos de su ejército, y no tiene más remedio que huir. En la última carta, según él mismo dice.

Y la pierde, a orillas de Río Seco. Ahora lo que importa es salvarse. En la frontera santiagueña, sentirse libre de la pesadilla de sus perseguidores, que no le han dejado descansar en toda la noche.

Pero la noche ha pasado ya. La luz le trae una nueva esperanza. Aquella que se acumula en su torso, momentáneamente.

... se levantará como antes, para que
... del caudillo recobre su prestigio. Los
... que van atravesando le comunican su
... energía; le traen el recuerdo de sus sel-
... errianas, los verdes castillos de los que
... y señor...

... más absorto está en sus pensamientos,
... que Delfina no está a su lado. Es co-
... aquellos sueños hubiese prescindiendo
... despertara de pronto estremecido por
... sentimiento. ¿Cómo soñar con el triunfo
... junto a él su inspiradora? ¿Dónde es-
... Delfina?

... a sus compañeros, vuelve gru-
... correr en su busca.

... mismo instante en que sus sueños que-
... interrumpidos por un presentimiento.
... bolas de los santafecinos que van
... persecución alcanza la cabalgadura de la
... esa, que se ha quedado rezagada

... de gozo la jauría, por haber dado al-
... aquella presa.

... Ramírez las voces de auxilio que
... morada. ¿Y qué mayor acicate para
... Lanza a todo galope su caballo
... lugar en que la soldadesca se apiña en
... mujer.

... va se halla cerca, un pistoletazo lo
... seco; y, mientras el animal cae a tierra,
... sobre sus enemigos, empuñando su
... un don Quijote que va a librar des-
... batalla en defensa de su dama. El solo
... mado, porque sus compañeros, sin sos-
... aquella trágica aventura, siguen su ca-

... aquel instante es cuando mejor se di-
... perfil de héroe legendario. El solo se
... tener a raya a los enemigos que lo
... para ir dejándolos fuera de combate
... xpes de su lanza. Y hasta hubiera po-
... rarse al Cid castellano, cuando dice:

*"Con ciento luché en Zamora
y a los ciento los vencí..."*

... contra los romances del valor se han
... las armas de fuego. La fuerza legen-
... su brazo, que se habría bastado por sí
... para vencer a aquella partida, se rindió
... traidora que atravesó su corazón.

... grito de Delfina, al verlo caer exánime,
... grito de dolor y de protesta, puso pa-
... sus atacantes, que retrocedieron sobre-

... cedió ella sobre el cuerpo sin vida de
... tre, lo tomó en sus brazos, le llamó
... vez enloquecida, buscó su mirada; pero
... estaba muda, la llama fascinadora de
... ojos, bellos y terribles, se había apagado.
... a descansar aquella cabeza adorada en
... brazo...

... ¡ay! que aquella cabeza ya no le per-
... va es sólo un despojo de la victoria,
... el triunfador reclama; y el "degollador"
... acerca, en la mano el cuchillo con que
... de cercenarla... ♦

Tome TODDY caliente



EL DESAYUNO MAS RICO EN SABOR Y CALORIAS



TODDY es preferido por grandes y chicos. Alimenta, vigoriza y abriga más que diez ponchos juntos! Prefiera el tarro grande que rinde mucho más. También en económicos estuches familiares que apenas cuestan unas moneditas.

Escuche a la soprano DORA PEYRANO y la orquesta clásica de Washington Castro, TODDY los martes y viernes a las 22.05 hs. por RADIO BELGRANO y su cadena.

PRUEBE TODDY UNA VEZ Y LO TOMARA TODDYTA SU VIDA!

Oh, amigo Rodolfo! ¡Qué ha sucedido, pues, para que hayas cambiado así? ¡Debo creer en los rumores que corren y en que el infortunio ha logrado abatir a tal extremo tu robusta filosofía? ¿De qué manera podré yo, vulgar historiador de tu epopeya bohemia, tan llena de carcajadas, de qué manera podré yo referir en tono suficientemente melancólico, la penosa aventura que pone un crespon en tu constante alegría, deteniendo de pronto el campanilleo de tu regocijo?

¡Oh, Rodolfo, amigo mío! Admito que el dolor sea grande; pero, la verdad, no lo es hasta el punto de que haya que arrojarse al agua. Por consiguiente te invito a poner cuanto antes una cruz sobre el pasado. Huye, sobre todo, de la soledad, poblada de fantasmas que eternizarían tus penas. Huye del silencio, donde los ecos del recuerdo estarían aún llenos de tus alegrías y de tus penas pasadas. Echa valerosamente al viento del olvido el nombre que tanto has amado, y échalo juntamente con todo lo que te queda todavía de aquella que lo llevaba... Bucles de pelo mordidos por los labios locos del deseo; frasco de Venecia donde aun duerme un resto de perfume, cuya aspiración sería ahora más peligrosa para ti que la de todos los venenos del mundo. Al fuego las flores, las flores de gasa, de seda y de terciopelo; los jazmines blancos, las anémonas empurpuradas por la sangre de Adonis, los miosoris azules y todos aquellos encantadores ramilletes que ella confeccionaba en los lejanos días de tu breve felicidad. Entonces yo la quería también a tu Mimi; yo no veía peligro en que tú la amases. Pero, ten en cuenta mi consejo: al fuego las cintas, las lindas cintas rosas, azules y amarillas con que se hacía collares para llamar la atención. Al fuego los encajes y las cofias y los velos y todos aquellos trapos coquetos con que se engalanaba para ir a liacer el amor matemático con el señor César, con el señor Jerónimo, con el señor Carlos, o con cualquier otro galán de la temporada, mientras tú la esperabas a tu ventana, tiritando en la niebla y en los hielos de invierno. Al fuego, Rodolfo, y sin compasión, todo lo que le ha pertenecido y pueda hablarte de ella. Al fuego las cartas de amor. ¡Toma! Aquí hay, precisamente, una sobre la cual has llorado como una fuente. ¡Oh, amigo infortunado!


"Como no vuelves, salgo para ir a casa de mi tía. Me llevo el dinero que hay para tomar un coche, Lucila."

Aquella noche, ¡oh, Rodolfo!, tú no cenaste; ¿te acuerdas? Y viniste a mi casa a arrojarle un fuego artificial de bromas que atestiguaban la serenidad de tu ánimo. Porque creías que Mimi estaba en casa de su tía y si yo te hubiera dicho que no, que estaba en casa de César o de un actor de Montparnasse, seguramente que hubieras querido degollarle. Al fuego también esta otra misiva que tiene toda la ternura lacónica de la primera.

"Voy a encargarme unas botitas; es absolutamente necesario que encuentres dinero para que vaya yo a recogerlas pasado mañana."

¡Oh, amigo mío, aquellas botitas han bailado no pocas contradanzas sin que fueras tú la pareja! A las llamas todos aquellos recuerdos y al viento sus cenizas.

Pero, ante todo, ¡oh, Rodolfo!, por amor a la humanidad y por la gloria de *El Velo de Iris* y de *El Castor*, vuelve a tomar el cerro del buen gusto que habías abandonado durante tu egoísta sufrimiento, pues de otro modo pueden acontecer cosas terribles de las que serías responsable. Volveríamos a las mangas de jamón, a los pantalones ceñidos y veríamos de moda otra vez ciertos sombreros que irritarían al universo y atraerían las iras del cielo...



La señorita



Mimi

Otro episodio de

"ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA"

la popular obra de

ENRIQUE MURGER

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

Y ahora ya podemos referir los amores de nuestro amigo Rodolfo con la señorita Lucila, conocida por el nombre de Mimi. Tenía Rodolfo veinticuatro años cuando sintió el corazón súbitamente atacado por aquella pasión, que tanto había de influir en su vida. Por el tiempo en que encontró a Mimi, llevaba Rodolfo la existencia accidentada y fantástica que hemos tratado de describir en las precedentes escenas de esta serie. Era, en verdad, uno de los más alegres soportadores de miseria que hubiese en el mundo de la bohemia. Y cuando al terminar el día había tenido una mala cena y una buena frase, caminaba más orgulloso sobre el pavimento, que frecuentemente le servía de lecho; más orgulloso en su levita negra clamando auxilio por todas las costuras, que un emperador en su túnica de púrpura. En el cenáculo en que vivía Rodolfo conforme a un amaneramiento harto común entre algunos jóvenes consideraban el amor como una cosa de lujo, un tema de bromas. Gustavo Colline, que estaba desde hacía tiempo en relaciones con una chalequera a quien deformó, de cuerpo y alma, a fuerza de hacerle copiar día y noche los manuscritos de sus obras filosóficas, pretendía que el amor era una especie de purgante, bueno para tomarlo al comienzo de las estaciones como medio de limpieza de humores. Entre aquellos falsos escépticos, Rodolfo era el único que se atrevía a hablar del amor con cierta reverencia. Cuando, por desgracia, le dejaban tocar tal cuerda, tenía Rodolfo materia para una hora de arrullos elegíacos sobre la dicha de ser amado, el azul del lago apacible, la canción de la brisa, el concierto de estrellas, etcétera, etcétera. Aquella manía le había ganado el apodo de *Armonium*, que le aplicaba Schaudann. También Marcelo había hecho a aquel propósito una frase muy linda, en la que, aludiendo a las tiradas sentimentales de Rodolfo, así como a su precoz calvicie, le llamaba el *mosotis calvo*. La verdad verdadera era ésta: Rodolfo creía entonces seriamente haber acabado con todas las cosas de la juventud y del amor; entonaba insolentemente el *de profundis* en su corazón que él creía muerto cuando en realidad sólo estaba inmóvil, pronto a despertarse, fácil a la alegría y más dispuesto que nunca a todos los caros dolores que no esperaba ya y que hoy le tenían a mal traer. Tal lo has querido, ¡oh Rodolfo!, y no te tendremos lástima, pues el mal de que sufres es de los más envidiados, sobre todo por quienes se imaginan curados del mismo para siempre.

Rodolfo encontró, pues, a la joven Mimi, a la que había conocido en otro tiempo cuando era la amante de un amigo. Y la hizo suya. Primeramente hubo una sorpresa general entre los bohemios cuando se enteraron del matrimonio de Rodolfo; pero como la señorita Mimi era muy simpática y nada moigata, y aguantaba sin marearse el humo de la pipa y las conversaciones literarias, se acostumbraron a ella y la trataron como a una camarada. Mimi era una encantadora mujer y de un temperamento que se acomodaba particularmente a los ideales plásticos y poéticos de Rodolfo. Tenía veintidós años. Era pequeña, delicada, traviesa. Su rostro parecía el esbozo de un rostro aristocrático, pero sus facciones, de extrema finura, y como suavemente iluminadas por el brillo de sus ojos azules y limpios, tornaban, en ciertos momentos de fastidio o de mal humor, un aspecto de brutalidad casi feroz, en el que un fisiólogo quizá hubiera reconocido indicio de un profundo egoísmo o de una gran insensibilidad. Pero más frecuentemente había en su rostro una sonrisa juvenil y fresca, y miradas tiernas y llenas de irresistible coquetería. La sangre de la juventud corría ardorosa y rápida por sus venas, coloreando de rosa su diáfana piel de blancura de camelia. Aquella hermosa enfermiza se seducía a Rodolfo, hasta el punto de que pasaba a menudo largas horas de la noche coronando de besos la pálida frente de su amante dormida, cuyos ojos, húmedos y cansados, brillaban nédico cerrados bajo la cortina de su magnífica cabellera negra. Pero lo que, sobre todo, contribuyó a que Rodolfo se enamorase locamente de Mimi fueron sus manos, que, a pesar de las ocupaciones domésticas, se conservaban aún más blancas que las manos de la diosa Ociosidad. Sin embargo, aquellas manos tan delicadas, tan diminutas, tan suaves para la caricia de los labios; aquellas manos infantiles, en las que Rodolfo había depositado su corazón, de nuevo florecido; aquellas manos blancas de la señorita Mimi, no tardarían en desgarrar el corazón del poeta con sus uñas de color de rosa.

Al cabo de un mes empezó Rodolfo a advertir que se había unido



a una tormenta y que su amor era un gran defecto. *Como madre*, dice, y se pasaba la mayor parte del tiempo en casa de las mujeres del barrio, con quienes había relaciones. Pronto resurgió el amor de Rodolfo hacia Mimi, y aquellas relaciones, contraídas con un amante, la opulencia variable de aquellas flamantes, había hecho nacer una selva de amor en el pecho de la señorita Mimi, hasta entonces sólo había tenido modestos y se contentaba con lo mejor posible. Mimi se dio a sedas, terciopelos y encajes. Y de las prohibiciones de Rodolfo, no frecuentando la amistad las mujeres, empeñadas todas suadri a Mimi de que rompiera el bohemio que apenas podía de cincuenta francos para un traje.

—Tan linda como eres —le aconsejara—, encontrarás fácilmente posición mejor. No hay sino ir.

Y la señorita Mimi se puso a Testigo de sus frecuentes y vocadamente motivadas, Rodolfo en la vía dolorosa de las. Pero tan pronto como advirtió de la infidelidad, se apretaba la venda que le tapaba los ojos de no ver nada. Fuera como fuera a Mimi. Sentía por ella un celoso, empecinado, pendeñoso, vagante, que la joven no le permitiera que no experimentara por Rodolfo sino la inclinación resulta de la costumbre. Y la mitad de su corazón se había sumido en la época de su primer amor.

Ocho meses transcurrieron de aquel modo, alternando los dables con los desagradables. Mientras tanto, Rodolfo había veinte veces a punto de separarse de la señorita Mimi, que con él todas las perversas crueldades de la mujer desamoras. Pero Rodolfo se había habituado a aquellas disputas diarias, y al fin de aquel estado de cosas, porque presentaba que con el fin para siempre los ardores de la juventud y las agitaciones había vuelto a sentir desde hacía tanto tiempo. Y, además, decirlo también, había momentos en que la señorita Mimi olvidaba a Rodolfo todas las sospechas que le desgarraban. Había instantes en que se doblaba en sus rodillas como un niño el encanto de su mirada azul, aquel poeta a quien ella había la perdida poesía, aquel joven a quien ella había devuelto la y que, gracias a ella, había vuelto a encontrar el equilibrio. Dos o tres veces al mes, en medio de sus tempestuosas querencias y Mimi se detenían de común acuerdo en el fresco oasis de amor y de dulces pláticas. Entonces Rodolfo tomaba los brazos del rostro sonriente y animado de su amiga, y durante se pasaba hablándole aquel admirable y absurdo lenguaje sión improvisa en sus trances de delirio. Mimi le escuchaba los comienzos, más bien sorprendida que emocionada; pero, elocuente entusiasta de Rodolfo, ya tierna, ya alegre, ya la ganaba poco a poco. Sentía fundirse al contacto de aquellos hielos de la indiferencia que altargaban su corazón; fiebres sus comenzaban a agitarla, y se arrojaba al cuello de Rodolfo con besos todo lo que no hubiese podido decirle con palabras la sorpresa el alba, enlazados uno al otro, mirándose a los manos encadenadas a las manos, mientras que sus bocas, ardientes, murmuraban aún la frase inmortar:

bace desde cinco mil años antes

bace brotar la noche en labios de la amante.

Pero al día siguiente el más trivial pretexto daba origen a una, y el amor, asustado, huía otra vez por largo tiempo.

Sin embargo, finalmente, Rodolfo se hizo cargo de que si precauciones, las blancas manos de la señorita Mimi le arrastraban a un abismo donde dejaría su porvenir y su juventud. Por una austeridad habló en él con más fuerza que el amor, y se le presentaron oportunos razonamientos, apoyados en pruebas, de que se no le amaba. Más aun: se convenció de que las horas de que ella le concedía no eran otra cosa que un capricho de los que mejeante al que algunas mujeres casadas experimentan por su cuando arden en deseos de tener un cachemir, un vestido

su amante está ausente, conforme a lo que dice el proverbio de "a falta de pa' buenas son tortas". En una palabra, Rodolfo podía verlo todo a su querida, excepto que no le quisiera. Tomó, pues, determinación heroica, y advirtió a la señora Mimi, que, viendo Rodolfo se mantenía firme en su decisión y la recibía con la tranquilidad cuando volvía a casa después de una noche de pasados fuera, comenzó a inquietarse un poco ante aquella firmeza a la que no estaba acostumbrada. Entonces se mostró cariñosa dos o tres días. Pero su amante no se volvía atrás, y se limitó a preguntarle si había encontrado ya alguno.

—¿Siquiera lo he buscado? —respondió ella.
—¿Había buscado, y aun antes de que Rodolfo se lo hubiese aconsejado, y la había puesto primeramente en relaciones con un bostón que había hecho brillar ante los ojos de Mimi un horizonte de cachemires de la India y de mobiliarios de palisandro. Pero, al ver de la misma Mimi, aquel colegial quizá supiera mucha algo — estaba distante de ser docto en amor. Y como a Mimi no le gustaba educar, plantó al novicio enamorado con sus cachemires, que estaban en las praderas del Tibet, y sus muebles de palisandro, en las hojas en los bosques del Nuevo Mundo.

—¿Estudiante no tardó en ser reemplazado por un hidalgo bretón, que a Mimi se había prendado rápidamente y no tuvo necesidad de mucho tiempo para convertirse en condesa. A pesar de las promesas de su amante, Rodolfo tuvo la sospecha de una intriga, y quiso saber exactamente en qué consistía, una mañana, después de una noche en que la señorita Mimi no había vuelto a casa, corrió al sitio donde suponía que la encontraría, y allí pudo a su gusto hundirse en el corazón de una de aquellas pruebas en las que hay que creer cuando no se quiere. Con los ojos ribeteados de voluptuosidad, y la señorita Mimi salir de la mansión en que se había hecho enamorar, colgada del brazo de su nuevo dueño y señor, quien, a decir verdad, no parecía estar tan satisfecho de su conquista como lo estuvo el guapo pastor griego, después de raptar a la bella Elena. Pero, al ver llegar a su amante, la señorita Mimi pareció algo sorprendida. Se acercó a él, y durante cinco minutos conversaron muy tranquilamente. Se despidieron luego, marchando cada cual por su lado. La señora estaba resuelta.

—¿Rodolfo volvió a su casa y pasó el día empaquetando todos los objetos que pertenecían a su amante.

—Al día que siguió al divorcio de su querida, Rodolfo recibió visita de varios amigos suyos, a quienes explicó lo sucedido. Todos le felicitaron por aquel acontecimiento como por una gran dicha. —Te ayudaremos, ¡oh, mi poeta! —le decía uno de los que habían conocido a Rodolfo—, te ayudaremos a retirar tu corazón de manos de una criatura tan malvada. Y dentro de poco tiempo estarás curado y en condiciones de correr con otra Mimi los verdes senderos de Aulnay y de Fontenay-aux-Roses.

—¿Rodolfo que habían acabado para siempre duelos y desesperanzas. Hasta se dejó conducir al baile de Mabillet, donde su descuidada conducta representaba bastante mal al *Velo de Iris* que le facilitaba las entradas para aquel hermoso jardín de la elegancia y el placer. Allí Rodolfo a otros amigos, con quienes se puso a beber, contó su desventura con un deroche inaudito de estilo raro. Y durante una hora estuvo ebrio de inspiración y de entusiasmo.

—¿Ay, ay! —suspiraba el pintor Marcelo al oír la lluvia de ironías que caía de los labios de su amigo—. Rodolfo está muy contento, ¡deseo estarlo!

—¿Está encantador —respondió una joven a quien Rodolfo acababa de besar un ramillete—. Y aunque está muy mal puesto me encantaría a bailar con él si quisiera invitarme.

—¿Antes después, Rodolfo, que había oído las palabras de la joven, se puso a sus pies envolviendo su invitación en un discurso aromatizado con todo el almizcle y todo el benjuí de una galantería a 80 grados de ebullición. La muchacha se quedó confundida ante aquel lenguaje de adverbios deslumbrantes y de frases cortmanceadas a la Remy, hasta el punto de hacer ruborizar los tacones de Rodolfo que había sido tan cumplido cortésano, a lo Sevres antiguo... La invitación fue aceptada.

—¿El mismo ignoraba Rodolfo los primeros elementos del baile que se le enseñaba. Pero estaba impulsado por una extraordinaria audacia. Se vació, pues, en improvisar un baile desconocido entre todas las coreografías pasadas. Era una danza a la que él llamó de las penas y suspenso, y cuya originalidad obtuvo un éxito increíble. Aun cuando los mil mecheros de gas parecieran sacarle la lengua como para burlarse de él, Rodolfo bailaba siempre y lanzaba, sin tregua, a la cara de los demás un puñado de nudrágales completamente inéditos.

—¿Ay! —exclamaba Marcelo—. Esto es increíble. Rodolfo me hace efecto de un borracho que cayese entre vasos rotos.

—Mientras tanto, se ha hecho una soberbia conquista —comentó otro amigo a Rodolfo que se marchaba con su pareja.

—¿Eh! ¿No nos dices adiós? —le gritó Marcelo.
—Volvíase Rodolfo junto al pintor y le tendió la mano. Aquella mano estaba fría y húmeda como una piedra mojada.

(CONTINUA EN LA PAG. 36)

APENAS 1 CENTIMETRO DE KOLYNOS



Basta para Hermosear su Sonrisa

Tenga siempre a flor de labios esa sonrisa que cautiva! Cuide y embellezca sus dientes con KOLYNOS, la crema dental que más se vende. Con KOLYNOS usted conseguirá que su dentadura luzca en todo su radiante esplendor y tenga la fragancia de las flores. Sonría con franqueza y belleza!... Pero antes, hermóse su sonrisa con KOLYNOS!

Kolynos limpia y refresca
Desde mi hermanito menor hasta mi papá, todos encontramos un gran placer en lavarnos los dientes con KOLYNOS!... Limpia!... Refresca!... Es muy económico por su rendimiento!

HAGA DE SU DENTISTA SU MEJOR AMIGO



RITMO Y LEYENDAS DE AMERICA con el cuarteto vocal GOMEZ CARRILLO. Se irradia por RADIO BELGRANO todos los miércoles y domingos a las 22.05 hs. ¡No deje de escucharlos!

Un agricultor



En un pequeño terreno escondido tras el amplio parque de la legación suiza de la ciudad de Washington, uno de los hombres más importantes de los Estados Unidos olvida cada mañana sus preocupaciones de orden político, para dedicarse al beneficioso trabajo de hacer rendir sus frutos a la tierra.

Su nombre, Henry A. Wallace; su importancia, la de ser en la actualidad el vicepresidente de la nación norteamericana.

Henry A. Wallace tiene una ascendencia de famosos agricultores. El mismo lo es, y en sus campos de Iowa aprendió a luchar desde temprano con las dificultades propias de la agricultura y de la ganadería. Inició sus estudios orientándose hacia tales actividades, aunque más tarde la política dió un nuevo giro a su vida. Pero Mr. Wallace sigue siendo hombre del campo. Por eso, ahora, después de diez largos años en Washington, como ministro de Agricultura y como vicepresidente, se dedica en estos días a cultivar su pequeño huerto; su jardín, el "jardín de la victoria".

Para Mr. Wallace, las labores de su huerto constituyen un pasatiempo que, a la vez que le permite descansar por unos instantes de sus múltiples ocupaciones de orden político, le hacen recordar sus tiempos pasados pero siempre gratos de la juventud. Sus vecinos verlo cada mañana, con la pala o con el rastrillo, dedicando toda su atención a cada una de las variedades de legumbres que consume orgullo de agricultor.

Un hombre

"Hanky", como le llaman sus familiares, se precia de no haber seguido nunca de esa línea de conducta que le marcaron sus ascendientes. Fué periodista, y luchó por sus ideas desde las columnas de la prensa. publicó numerosos libros, fué estudiante y dedicóse luego a la agricultura. Pero, en el fondo, quedóle siempre ese amor al campo, a la tierra. Hoy le hace volver a ella, aunque sólo sea como distracción, en el "jardín de la victoria".

Mr. Wallace es un hombre reposado, tranquilo, que sustenta sus ideas y orienta sus esfuerzos según su propio criterio y no según la mayor o menor popularidad que pueda brindarle. Es que, como todo hombre de verdad, sabe que tarde o temprano la verdad se abre paso. De esa conducta surgió un día la anécdota...

Quemado... en efígie

Mal interpretados los esfuerzos que desde el Ministerio de Agricultura hacía en pro de los agricultores de sus propios coterráneos, sus amigos de Iowa, en un cierto día una manifestación pública en la que Mr. Wallace fué quemado... en efígie.

Mr. Wallace no alteró su gesto sereno ante la acusación de la incomprensión. Pero a los periodistas que le preguntaban tratando de arrancarle una declaración para sus periódicos, les dijo:

Examinando una planta de tomates que, como se ve, en forma satisfactoria. El huerto de "Hanky" es uno de los más productivos de Washington.



Empujando la pala, ya que no el arado, Mr. Wallace olvida las preocupaciones de orden político, en su huerto de Washington.

Un huerto

Quienes logran atisbar en el huerto del vicepresidente, quedan sorprendidos por la variedad de legumbres y hortalizas que allí se cultivan. Algunas de ellas poco conocidas en el ambiente. Esto se explica: Henry A. Wallace llevó a Washington, después de su última gira por los países de Centro y Sudamérica, gran cantidad de semillas de legumbres, que le fueron obsequiadas teniendo en cuenta, precisamente, su carácter de agricultor. Esas semillas son las que fructifican hoy en su huerto de la capital de los Estados Unidos.



...ento el error que se comete con esa protesta simbólica... por-
...adas murió ahorcado.

...logo, filósofo a ratos, orador de nota, fué a buscar en los textos
...os, a los que respeta profundamente por convicción, la respuesta
público y brutal.

...aquí, en pocas líneas, un esbozo que pinta a Mr. Wallace firme-
...plantado en medio de su huerto. Las fotografías que ilustran
...darán al lector, por otra parte, un fiel y gráfico reflejo de
...ciudadano y agricultor. ☉

Su hermana María,
la esposa del mini-
stro de Suiza en los
Estados Unidos, tie-
ne, como él, arraiga-
do el cariño a la tie-
rra. Aunque, natu-
ralmente, prefiere las
flores.



Un pantalón y una
camisa de campe-
sino, y a cavar, o sen-
tir alor a tierra.
Henry Agard Wallace
aparece aquí en el
rincón de su huerto,
donde cultiva maíz.

El vicepresidente Wallace cuida su huerto...

DESCENDIENTE DE AGRICULTORES, EL SEGUNDO
MANDATARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS EMPLEA
LAS HORAS QUE LE DEJAN LIBRES SUS TAREAS DE
ESTADISTA, EN EL CULTIVO DE TODA CLASE DE
HORTALIZAS Y LEGUMBRES.

Por
Ricardo E. Mármol
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

El misterio del África Central

AFRICA, a las puertas de Europa, ligada a ésta y al Asia por decenas de siglos de historia, era en los comienzos del siglo XIX muy poco conocida que el Nuevo Mundo, descubierta cuatrocientos años antes.

Conociase, sí, su contorno, desde el Egipto milenario hasta el Marruecos sumido en su fatalismo musulmán; recorriéransse y domináranse sus costas, desde el cabo Espartel hasta el de Buena Esperanza; contorneárase el continente, desde el extremo sur hasta el estrecho de Bab-el-Mandeb, y sabíase lo que el mar Rojo bañaba de aquellas tierras caldeadas por un clima de fuego.

Mas era solamente la corteza lo que se conocía. ¿Qué había en el interior del continente? Misterio. Y aun habían de pasar muchos años antes de que los ingleses Livingstone y Stanley, y los portugueses Serpa Pinto, Brito Capello y Roberto Ivens se decidieran a cruzar el Continente Negro, cuando ya un español, nacido para la aventura, se propusiera hacer lo que aquellos exploradores hicieron.

Carlos IV quiso anexionarse Marruecos

Pero si este español no logró que se le facilitasen los recursos para anticiparse en medio siglo a los nombrados, consiguió, en cambio,



Carlos IV, que apoyó en un momento los proyectos de Badía, pero que no tuvo los fines científicos del mismo miras políticas.

Viaje hacia Oriente

Los sucesos de Europa hacían desviar de Marruecos hacia el norte la atención de los gobernantes españoles, y el plan de anexionarse Marruecos, con su consecuente anexión, quedó abandonado por parte de Carlos IV y de su sucesor Godoy.

Falto de apoyo del gobierno español, con el cual había estado tan sólo en comunicación, Domingo Badía volvió a sus propósitos científicos, sólo que en lugar de ir hacia el corazón de África, por la ruta oriental, y fué visitando el continente, y siempre bajo su nombre, y rango de príncipe Ali-Bey de los territorios de Argelia, Túnez, Egipto, Arabia, Siria, Turquía, Grecia, cuyos bajás lo agasajaban espléndidamente, proporcionaron y dieron todo género de facilidades para sus estudios científicos, sorpre-

EL ESPAÑOL QUE FUE PRÍNCIPE



El sultán Osman, de quien Domingo Badía decíase descendiente, inventando para ello una genealogía en virtud de la cual resultaba ser príncipe de Abisinia.

las exploraciones en África. Lo que pudiera haber allá dentro, era cosa que al ambicioso ministro tenía sin cuidado. La gloria de iniciar las exploraciones africanas para España, valía menos, para D. Manuel, que el ceñir una hipotética corona. Porque después de haberse elevado desde simple guardia de corps hasta favorito de los reyes, debió de tender la vista hacia el trono del Mogreb, como luego la dirigía hacia un fantástico principado de los Algarbes.

Y en lugar de ayudar a Badía en su empresa de explorar el interior del continente africano, se le encargó penetrar en Marruecos, hacerse allí influente, promover una revolución y justificar la intervención de España, con la consiguiente anexión.

Un príncipe de Abisinia

Pero no convenía, para esto, que Badía se presentase como español, sino como un auténtico musulmán. Se le inventó una genealogía, por virtud de la cual resultaba príncipe de Abisinia y descendiente de Osman Bey.

Badía aceptó todo esto, porque la aventura que iba a correr estaba muy de acuerdo con su espíritu. Provisto de toda la documentación necesaria y precedido de ciertos anuncios diplomáticos, se presentó en Marruecos como tal príncipe, en visita al soberano imperial, Muley Soliman.

Este sultán, que gobernó desde 1792 hasta 1822, acogió con la mayor satisfacción y alegría al príncipe Ali-Bey-el-Abassi, que así resultó llamarse el español Domingo Badía en su calidad de falso musulmán.

Tanto ascendiente adquirió Badía en el ánimo de Muley Soliman, que cuando anunció ardentemente que se iba a retirar de Marruecos, el sultán quiso retenerlo, y lo consiguió por de pronto, regalándole un palacio y varias mujeres de su harén.



Godoy aconsejó al rey que aprobara los proyectos de Badía. Su ambición le hacía verle la mirada hacia el trono del Mogreb.

legar su nombre a la posteridad, con la fama de aventurero extraordinario.

Era este hombre singular, Domingo Badía Leblich, natural de Vizcaya, nacido en 1766, y muerto en 1818 en Damasco, o en 1822 en Alepo.

Desde muy joven le atraerón los estudios orientalistas, y de tal modo llegó a dominarlos que la lengua árabe y varios de sus dialectos o ramas le fueron familiares. Y así pudo, como se verá, pasar por un verdadero musulmán y hasta adquirir la condición de príncipe del Islam.

En 1801 presentó al gobierno español un proyecto de viaje científico al centro de África. Aconsejado por su favorito, Godoy, el rey aprobó ese proyecto, pero variándolo totalmente y convirtiéndolo de científico en político.

Ni a Carlos IV ni a Godoy le interesaban

que un príncipe del Islam abandonase su muelle, para correr tierras y estudiar.

Los doctores del Islam le consultan

En la Arabia visitó la Meca. Un creyente no podía dejar de hacerlo. Se alojó en la ciudad santa de los mahometanos, el fausto que correspondía a su alta linaje las limosnas de rigor.

• Su conocimiento del Corán le permitió partir con los doctores del Islam, que quisieron a consultarle algunos puntos de la doctrina del Profeta. Sus grandes conocimientos en su talento cultivado le permitieron pasar de esta prueba, y ello le valió el visitar los lugares sagrados donde jamás un cristiano había pisado. Así pudo conocer, hasta lo más íntimo, las Baith Allah (Casa de Dios) y la Kaaba (La Santa), el monte Arafat, donde se celebró la peregrinación, y otros lugares de los más sagrados de la Meca.

monte Arafat se postró y oró tan fervorosamente, que dejó a los propios doctores de la Ley Islámica.

en España y general en Francia

a España en 1808, y despojado de su falsa condición de musulmán, abrazó el partido de los afrancesados y se puso a de José I. El rey intruso lo nombró intendente de Segovia, gobernador de Córdoba.

Se José I de España y restablecerse la soberanía nacional en Patria, Badia Leblitch se refugió en Francia, donde publicó de sus viajes y aventuras, sin dejar de mencionar los peligros a expuesto y los escollos que con suprema habilidad tuvo para poder sostenerse en su papel de príncipe oriental.

no francés, reconociendo los servicios que le había prestado, a Domingo Badia el nombramiento y el sueldo de general, nueva investidura y en gracia a sus conocimientos de los países, fué designado para desempeñar una delicada e importante en Siria.

de los otomanos

por llevar esa misión, volvió Badia a tomar los modos y el príncipe islamita, con el nombre de Ali Osmán. Volvió a ser como un príncipe de verdad. Pero llegó un día en que sus fueron sospechosos para las autoridades turcas, y de esto a una falsa condición principesca y musulmana, sólo hubo un paso. Luego, aquellas autoridades supieron disimular, y Badia siguió alzado y atendido como un príncipe y un creyente. Y un día con el bajá de Damasco, murió repentinamente, o mejor víctima de un activísimo veneno.

que ocurrió esto en 1818; pero también se dice que el hecho en Alepo, en el año de 1822. ☼

EL ISLAM

STRUMENTO DE UNA INTRIGA POLITICA,
DOMINGO BADIA LLEGO AL AFRICA IN-
VESTIDO DE UNA FALSA DIGNIDAD MU-
SULMANA Y ACABO SUS ANDANZAS EN-
VENENADO POR EL BAJA DE DAMASCO

Por **Avelino Rodríguez Elías**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



la bella ciudad de Oriente, donde, víctima de un activismo ve-
noso, murió Domingo Badia Leblitch, a la mesa del bajá.

ORGULLO DEL BUEN TIRADOR..



ESCOPETAS-RIFLES-CARABINAS

CENTAURO
+ LA MARCA DE LOS ENTENDIDOS +

Se fabrican en di-
versos modelos y
con todos los calibres y se venden con certificado
de garantía.



SI SU VENDEDOR NO LAS TIENE SOLICITELAS A

● **LEANDRO REDAELLI** SALTA 1071 - Bs. AIRES ●



**COLONIA
BRANCATO**

El perfume
de moda

AL MARGEN DEL CANCIONERO CRIOLLO

DONDE EL RIPIO



UNA de las maneras de disparatar preferidas del criollo es la narración frustrada. Parece que va a contar algo y, cuando ha creado una expectativa, el relato se desvanece repentinamente.

Señores, escuchenmén:
tuve una vez un potrito
que de un lao era tordillo
y del otro lao también.

Citando esta copla, Jorge Luis Borges intenta iluminar un aspecto de la indole criolla, diferenciándola de la española. "El andaluz — escribe en *Inquisiciones*, E. A., 1925 — alcanza la jocosidad mediante el puro disparate y la hipérbole; el criollo la recaba, desquebrajando una expectación, prometiendo al oyente una continuidad que infringe de golpe".

Para confirmar su sospecha agrega estas dos coplas ejemplares:

A orillas de un arroyito
vide dos toros bebiendo.
Uno era coloradito
y el otro... salió corriendo

Cuando la pardiz canta,
fuihlado viene;
no hay mejor señal de agua
que cuando llueve.

Aquí el disparate se toca con la perogrullada. Y aunque es evidente la fruición que pone el criollo en esta socarrona manera de disparatar, lo cierto es que los clásicos de la literatura española se divertían con lo mismo.

Góngora usó este chiste al principio del romance de don Gaiferos:

Desde Sansueña a París,
dijo un medidor de tierras
que no había un paso más
que de París a Sansueña...

Un soneto de Baltasar de Alcázar tam-

bién nos amaga con un relato que nunca llega:

Yo acuerdo revelaros un secreto
en un soneto, Inés, bella enemiga:
mas por buen orden que yo en este siga
no podrá ser en el primer cuarteto.

Y al final es claro que no revela nada, y se queda tan vacío como el de Lope de Vega a Violante, y otros por el estilo. El mismo Lope, en otro soneto, describe un monte sin saber qué ni para qué, cuyo último terceto dice, desengañadoramente:

Y en este monte y líquida laguna,
para decir verdad, como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna.

Tengamos en cuenta aun una última categoría de disparates criollos. Las coplas ripoosas no son, sin duda, privilegio de ningún país, pero en nuestro cancionero popular abunda el ripio voluntario, el ripio consentido, el ripio alegre, buscado como desbaratador de la realidad y motivo de alegría.

Ahí están todos esos animales que suspiran en el fondo o en el medio o en la orilla de la mar.

En el fondo de la mar
suspiraba una ballena,
y en el suspiro decía:
quien tiene amor tiene pena.

En el medio de la mar
suspiraba una gaviota,
y en el suspiro decía:
echale sebo a las botas.

A veces el inevitable suspiro llega de donde menos se piensa, de manera tan sorpresiva que hasta la rima queda bur-lada:

En la orilla de la mar
suspiraba una carreta,
y en el suspiro decía:
esperate que están cuarteando.

Decir las cosas en verso suele ser más eficaz que decir las simplemente en prosa. De ahí la desesperada búsqueda de cualquier consonante que apuntele con su ruido lo que hemos pensado decir. En nuestras coplas populares suele bastar la invocación a una flor o a una planta

cualquiera que saque del paso al visador:

Planta de ajís
flor de tomate
el que no traiga yerba
no toma mate.

También las cintas de colores serviciales:

Me gusta la cinta verde
porque es color de esperanza.

dice un principio de copla muy La dama celosa o despechada puzarlo a su modo para acomodar su



ANDA SUELTO

Por
José Luis Lanuza

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIONES DE VILLAFANE

Me gusta la cinta verde
también la cafecita,
me han dicho que andás noviendo
una de aquí cerquita.

La falta de disimulo en el ripio suele
llegar a la eficacia de la copla. En
de apuro, el improvisador puede
tomar de todo el repertorio acumu-
lado en su memoria y formar coplas híbri-
das con la cabeza de una y la cola de otra.
Está el enamorado en trance de
desvarío, que no sabe decir más que
"quero", pero tiene que decirlo en cua-
ntos versos:

Es tanto lo que te quiero
y lo que te quiero es tanto,

que ángeles y serafines
dicen: santo, santo, santo.

Y el que es capaz de perder la vida por
su amor, sin darle importancia a su he-



roísmo, pero para decir todo eso le sobran
dos versos:

Metó la mano al bolsillo,
saco una cuenta morada,
si por vos pierdo la vida
digo que no pierdo nada.

¿Y el que necesita armar toda una copla,
complicando a la meteorología, para for-
mular un simple pechazo?

Esta noche va a llover
y mañana va a haber barro.
Echá la mano al bolsillo
y convidá con un cigarro.

Las coplas para cantar flor en el truco
suelen ser a su vez flor de disparate. El
ripió consentido campea en ellas con una
alegría casi explosiva. En ellas una sola
palabra tiene sentido. Las demás son di-
simulo puro.

Por el río Paraná
venía navegando un piojo,
con un hachazo en un ojo
y una flor en el ojal.

Las coplas del truco no quieren tener
nada que ver con la realidad. El mundo
que pintan no tiene sentido. Suelen ser el
ensayo más aproximado de disparate in-
tegral. Tienen algo de fórmula mágica o
de recreación del caos. A veces se valen
de versos sueltos barajados de nuevo,
como aquel de Luis Domínguez (la pampa
tiene el ombú), ya separado, para todo
servicio, de su décima inicial.

Por ejemplo:

La pampa tiene el ombú
y el ombú la hoja verde,
perro que ladra no muerde,
disculpe si tengo flor.

Copla disparatadísima y muy digna de
cerrar este largo capítulo de disparates. ♦



DOMINGO
VILLAFANE



ALUMNOS CHECOS



Una vista de las cúpulas y torrecillos que coronan los diversos cuerpos de edificio de la Universidad de Oxford, donde estudian actualmente los estudiantes checos de la Universidad de Charles.



La biblioteca de la Universidad de Charles, en Praga, cuyos alumnos emigraron hacia Oxford, cuando aquella fue clausurada.

EN la Europa de la actualidad, los que por azares de la fortuna pueden decir su trágico fin en los campos de deambulantes desorientados; pues todo lo que tituía su razón de vida ha sido transformado en su más pura esencia.

Las fábricas ya no trabajan para crear cosas que sirvan al hombre, sino para aniquilarlos. En los laboratorios, la ciencia se desvive en el mismo afán de muerte.

Todo lo que constituía una esperanza se trunca, deshecho.

Tal lo sucedido con la Universidad de Charles, una de las más antiguas del mundo. Fundada en Praga, en el año 1348, por el rey de Bohemia Carlos IV, fué desde esa época, y a través de casi seis siglos, el principal centro de estudios para los universitarios checos.

No obstante, el 17 de noviembre de 1939 las autoridades alemanas procedieron a su clausura. Creyóse en un principio que esa medida tendría una duración de tres años, pero pronto se supo que sería definitiva si el curso de la guerra no daba un nuevo giro a los acontecimientos.

Ante tal perspectiva, los estudiantes, acostumbrados de continuar los cursos, ya que en demás casas similares también habían intervenidas, propusieron a la Universidad

EN LA UNIVERSIDAD DE OXFORD

represivas que contra ella se hubiesen adoptado.

Con esta medida, la Universidad de Oxford ha admitido en la severa austeridad de sus aulas a los estudiantes checos, salvando así el porvenir intelectual de muchos jóvenes, castigados por la adversidad de esta época de confusión.

Cuando esos hombres lleguen al término de sus respectivas carreras, nadie seguramente discutirá la justicia y el profundo sentido humano con que procedieron las autoridades de la mencionada Universidad inglesa.

Por encima de las pasiones se le-

Por

J. R. Glorney Belton

vantará otra vez la cordura para reconocer los gestos de nobleza, dondequiera que ellos hayan tenido lugar.

Oxford, por otra parte, ha hecho honor a su tradición, ya que en la guerra pasada también ofreció hospitalidad a los estudiantes servios. Así lógicamente debía ser, pues ella misma debe su existencia a una dispersión de estudiantes franceses. ♦



En el estudio de las proposiciones de los estudiantes checos por parte de las autoridades de Oxford, obtenida esta fotografía del presidente de la Universidad de Oxford, Mr. G. S. Gordon, del colegio Magdaleno, de la Universidad.

entre otras cosas, que declarara "vires" el cierre de aquel centro; la Universidad de Oxford "adoptó" la de Charles, y finalmente, en caso de ser rechazadas las propuestas anteriores, se dieran a los universitarios checos facilidades especiales para asistir libremente a los cursos de conferencias de los representantes de la Universidad, así como para tener acceso a las bibliotecas y realizar otras reuniones dentro de su re-

comendadas las propuestas en largas deliberaciones, las autoridades de la Universidad llegaron a la conclusión de que las dos primeras podrían surgir objeciones de orden legal; por lo tanto decidieron descartarlas.

Cuando a la tercera, fué aceptada, es de notar, además, que si bien era menos significativa que las anteriores, salvaba el principio de que los estudiantes de la Universidad de Charles pertenecían a una institución con fueran cualesquiera las acciones

COMUNICACIONES

Ayer...

TELEFONO



HOY...

RADIO



ESTO DEMUESTRA
LA IMPORTANCIA

ADQUIRIDA POR ESTA CIENCIA LLENA
DE POSIBILIDADES PARA EL PORVENIR...

PREPARESE

siguiendo el famoso Método "ROSENKRANZ" que lo capacitará en corto tiempo y en su propio caso, para desempeñar las variadísimas ocupaciones que ofrece la RADIO-ELECTRONICA, no sólo en COMUNICACIONES, sino en la RADIO-TELEFONIA en general. Este curso es el más completo y moderno que existe, teniendo el ventaja, además, de emanar de la más prestigiosa Institución Educativa de los E. U. A., que funciona desde 1905 y que cuenta con SUCURSALES diseminadas por toda la América Hispana.

LA NATIONAL SCHOOLS ha tenido la distinción de haber sido seleccionada por el Gobierno Americano para encargarse del entrenamiento técnico de millares de miembros del Ejército de los Cuerpos de Señales y Comunicaciones.



Pida este Libro GRATIS

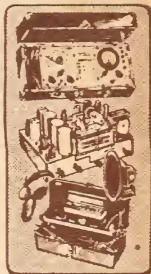
NATIONAL SCHOOLS (de Los Angeles, California)

SUCURSAL en la Rep. ARGENTINA — VICTORIA, 1556, BUENOS AIRES
Mándame su libro GRATIS sobre RADIO-TELEFONIA

NOMBRE..... EDAD.....

DIRECCION.....

LOCALIDAD..... PROV.....



GRATIS!

GRANDES
EQUIPOS
EXPERIMENTALES, HERRAMIENTAS Y TODO LO NECESARIO PARA LAS PRÁCTICAS.



También, impartimos enseñanza Personal en Clases Prácticas sobre Radio Superior, Radiotécnica, Armado y Operador Radiotelegrafista en nuestra Sucursal, CURSOS DIURNOS Y NOCTURNOS. Visítanos.



por *Niceto Alcalá Zamora*

ESPECIAL PARA
"LEOPLÁN"

Su significación política; su vida y su muerte

En relación con el ambiente político, ya que no con el oratorio, dentro de los cuales desenvolvió su vida, Alvarez fué en cierto sentido un retardado. Aquel espíritu, idealista, soñador y apasionado, permaneció influido por el de la Revolución francesa, respecto de la cual, así como del enciclopedismo filosófico que la



El temperamento opasionado de Alvarez le impulsaba a occionar briosamente. Se le ve aquí pronunciando uno de sus tentos discursos políticos.

precediera, ha habido tantas prolongaciones de supervivencia o de resurgimiento en todos los países, señaladamente entre los de nuestra raza. Lo selló aquella primera revolución, que suprimiera a Luis XVI, y, permaneciendo dentro de su ambiente, casi no llegó a la otra de 1848, menos convulsiva y más honda, que destruyó a Luis Felipe. Por todo eso, Alvarez vivió obsesionado por el tipo de estructura nacional política, y en las más modernas preocupaciones económicas y sociales dettóvese casi ante lo más jurídico y orgánico, patrocinando el derecho de asociación obrera como forma de defensa y progreso de la clase trabajadora.

Varias causas, de lógico y natural influjo, trazaron el rumbo de su existencia y fueron moldeando su pensamiento. Hicieronle: demócrata siempre, y republicano casi siempre, el ambiente que como iniciación le envolvió; templado las experiencias del mundo y los nuevos horizontes, a que en él ascendiera; hombre de orden, al serlo de ley, la profesión de sus vocaciones y sus entusiasmos; gubernamental el encadenamiento de todo lo anterior y la influencia prestigiosa, afectiva y modeladora de Azcárate, cristalizó la evolución en el partido reformista (reformista de la Constitución ante todo), que significó el resurgimiento, y pretendió ser el complemento de aquella otra esperanza, treinta

años anterior en fecha, representada por el posibilismo castelano, para transigir con una monarquía sinceramente constitucional y democrática. A Castelar dióle satisfacción en las leyes la reina regente, por mediación de Sagasta y con el asentimiento de Cánovas; Alvarez fué total y escandalosamente defraudado por Alfonso XIII, en 1923, sirviéndose como instrumento de Primo de Rivera.

Aquella burla audaz y cruel debió causar honda impresión en el tribuno asturiano, quien nacido para jefe de gobierno, nunca llegó a ser ministro, pero por excepcional y merecido salto en la carrera política ocupaba entonces la presidencia del Congreso. Desde ella cumplió, sin vacilar, junto con Romanones, presidente del Senado, el claro, penoso e inútil deber de protestar ante el rey por la violación constitucional, que implicaba la disolución de aquellas Cortes sin la convocatoria de otras dentro del plazo obligatorio e improrrogable. Ante el reiterado desengaño de la regia indiferencia, Alvarez llevó la energía de su convicción democrática a la formación del grupo constitucionalista, y en la acción resuelta al movimiento, que acudido por Weyler y Aguilera, con manifiesto cuyo autor fué el propio don Melquíades, abortó en Valencia en la noche de San Juan de 1926. Incluso en tal actitud, que fué la máxima decisión de su energía, Alvarez se aferraba, como los pretéritos doceañistas respecto de Fernando VII, a la fórmula de restaurar, pero también sostener, como rey constitucional al que por su voluntad y perjurio se había declarado absoluto.



Una de las últimas fotografías de don Melquíades Alvarez, el político cuyo estilo oratorio recordaba la majestad castelana y el encanto del clasicismo antiguo.

Nada ni nadie logró sacar a Alvarez de aquella tibieza contradictoria, y por paradójico que ello fuese, el antiguo republicano, apenas monárquico condicional, pesó para detener en el camino de la república a los otros personajes del grupo constitucionalista, cuya voluntad fué Sánchez Guerra, cuya dirección estuvo en Villanueva, y cuyo tesón lo representó Burgos Maro, los tres menos reacios, aun siendo todos de abolengo monárquico, conservador el primero y derechista el último. La actitud de Alvarez obedeció sin duda a un temor infundado hacia el reproche de falta de seriedad, por lo reciente

D. Melquíades

de su evolución, que había de rectificarse. Sin embargo, ninguna actitud cana era más fácil y justificada que la que él sabía como gran jurista que las relaciones recíprocas se resuelven por el consentimiento en las de la otra parte, y fue la que, habiéndole prometido una vía ultrademocrática, retrocedía al absolutismo nandino. Ni siquiera eran de temer, y todavía fundadas, las ironías acerca de su genialidad engañada, ya que él prestó su fianza nada menos que sobre esa particular y solemne, que la enfática expresionesana ha llamado el crédito de la razón. Con todo, ni cuando cayó Primo de Rivera decidió Alvarez a romper abiertamente con la monarquía. El discurso, pronunciado por el orador reformista en el teatro de la Real en abril de 1930, fué a la vez el más alto y el menos feliz de Alvarez. En él puso sus facultades prodigiosas renovó las ideas de las filípicas y de las catilinas, gélidamente, harto de razón y magnífico en su sencillez, la imponderable deslealtad de la monarquía; y cuando el público aplaudía esos entusiasmos, surgió en brusca contraposición todos los fundamentos de la sentencia transigente, conciliador y en realidad torio. Heláronse los entusiasmos; y cuando la extrañeza y el desencanto ya protestaban, el desencanto político había alcanzado la estración soberana del éxito oratorio.

Alvarez habló poco en las Cortes de la Segunda República, cuya constitución y votó, habiéndola combatido y queriendo dar, con previsor acierto, en dos de sus discursos, al restringirse la disolución de la guardia de la verdadera soberanía del país; y al preferirse la política antirreligiosa con renuncia de la paz que asegura al Estado la concordia, crimínaronle por esto último, y sus extremas izquierdas, y no le perdonaron derecha pretéritos alardes verbales.



El occionado nervioso y hasta impresionado típico en don Melquíades. Esta foto fué obtenida en Gijón, mientras hablaba en el teatro de los Campos Elíseos.

GRATIS

enviamos este libro
de 24 páginas, con
glosas, modelos y
descripciones.

"LA
GUITARRA:
SEIS
CUERDAS Y UN
CORAZON"

MANDE ESTE CUPON y 10 chvs. en
estampillos por gastos de franqueo
y lo recibirá a vuelta de correo.

CASA AMERICA
"Una tradición en guitarras"
Av. de MAYO 959 — Bs. AIRES

NOMBRE

CALLE

No.

LOCALIDAD

F. C.

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer media "La Moderna", con la que usted puede obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le enseñamos gratis su manejo. AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO. Visítenos o solicite folletos ilustrados.

THE KNITTING MACHINE CO

Salta N° 482

Buenos Aires

Regalos

DE CALIDAD
A PRECIOS DE COSTO
Art. 599. Finitimo CRUCIFUJO, en
madera lacada, 32 x 22 cm. Imagen
de porcelana blanca o de pasta,
decorada a mano. \$ 14.—



Art. 112. Magnífico
VELADOR, base
transparente, finis-
simas facetadas; pan-
talla confeccionada
a mano, esmerafi,
plegado y plisado; 27
por 28 cm. Comple-
to. \$ 16.—

Art. 386. Precioso JUEGO
DE TE, blando, con
decoración estufada en la ba-
se; marrón o verde, a ele-
cción. Las tres piezas, de
gran calidad (6 modelos)
..... \$ 8.40

CASA

Achats

CORDOBA 1478

U. T. 42 - 4205

Al interior se despacha en el día, contra reembolso

Alvarez

ingenua, y menos todavía que somera, a programas de partido y no a doc-

el clero, a artículos de la constitución,

de la fe.

uerte de Alvarez, asesinado en la cárcel

de Madrid por los extremistas de iz-

en el verano de 1936, fué el más absur-

los inicuos e. ignominiosos crímenes

rocidad de los dos bandos cometió du-

guerra civil. Prenderle fué ya enorme

matario, monstruosidad insuperable,

adiosa en cuanto intentara envolverse

experiencias crueles, profanación mayor

partida. El asesinato extinguió la vida

de los grandes oradores de quienes se

elo, Cánovas y Canalejas, y se frustró

por dos veces al atentar contra Mau-

ra aun cuando nunca hubo ni podía ha-

berificación, excusa ni disculpa, en aque-

se descubre la trayectoria del pensa-

criminal, que se borra en el asesinato

Canovas, conservador en lo oficial,

no en los métodos y soberbio en el

temiento, había luchado contra la más

y extendida explosión del anarquismo

Canalejas, sin renegar de su democra-

activa y honrando la firmeza del go-

acababa de hacer frente a la amenaza

social revolucionaria general, ante todo

en la de ferrocarriles. Maura, hombre

de y sincera y cristiana democracia,

reprimir la "Semana trágica" de Bar-

la más fuerte entonces de las convul-

sión políticas españolas, aun cuando hubieran

aralarla después la hora de cualquier ciu-

dan el día de alguna aldea. Pero a Al-

varez no fué nunca de extrema izquierda,

condenarse como traidor, que no go-

bera imposible que fuese tirano, y que

fué democrata no cabía odiarse como

demócrata.

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Alvarez

Un reloj, un abuelo

No menos de ochenta años tenía cuando llegó a nuestra casa. De los brazos de mi esposa, que le condujo con ternura, como a un hijo más, pasó a ocupar un lugar sobre el aparador. Pronto la familia supo de su arribo y todo lo abandonó para reunirse cerca del recién venido.

La primera explicación fué para los chicos, quienes nunca habían visto cosa igual:

—Es un reloj de péndulo...; da campanadas cada quince minutos. ¡Y cuidado con tocarlo porque se descomponen!

—¡Qué vieja y descascarada está la caja! —exclamó la mayor de mis cuñadas—. Quedará lo más mono con una mano de barniz y filetes dorados.

Trabajo me costó quitarle de la cabeza su brillante idea, y, como siempre, se alejó refunfuñando. Entretanto, y con tiempo de sobra para dar su dictamen, habló el abuelo:

—Los años que tiene y sigue caminando... ¡Ah, de estas máquinas ya no se construyen!

Mi mujer dió un corte al asunto, empujando a la familia hacia la mesa tendida:

—Me lo regaló tía Lola; lo tenía en el attilto entre un montón de cosas viejas... Dice que su esposo lo compró allá por el año ochenta y tantos...

El entusiasmo de la familia por el reloj duró dos días. Durante ellos, me oíuse tenazmente a todas las sugerencias: cambio de caja, resajes, barnizados, etc.

—Una cuerda nueva reventaría esta máquina —argumentaba—. Piensen, también, que la composura de este reloj debería encomendarse a un relojero de su época...

—¡Pretenderás que salgamos a buscar a un relojero de ciento o más años?

—¡Y que cuando se enferme el abuelo lo atienda el propio Hipócrates, que debió ser su contemporáneo?

Las observaciones eran acertadas, y tuve que esforzarme para encontrar una salida airoso.

—El abuelo no es un reloj, evidentemente...; pero ya que del abuelo hablamos, propongo que sea él quien diga la última palabra: ¿Debemos introducir en esta maquinaria piezas que transformarán el ritmo de los viejos engranajes? ¿Dejaremos que un relojero de 1944 ponga sus manos sacrílegas en este aparato octogenerio?

El abuelo—yo bien lo sabía—decidió la cuestión: el reloj era intocable.

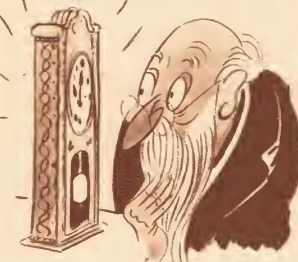
Y milagro o no, en aquel momento y como queriendo agradecerme la defensa, el viejo reloj, cuyas manecillas señalaban las cuatro y veinte, nos regaló con once campanadas. Toda la familia soltó la risa, y el muchacho más chico gritó, alborozado:

—¡Este reloj está loco! ¡Si faltan quinientos minutos para las nueve!

El abuelo se quedó serio.

La marcha de aquel reloj empezó a preocuparme. Si es que la anarquía puede reinar de alguna manera, reinaba den-

tro de aquella caja, en la cual nunca estaban de acuerdo las distintas partes del mecanismo. Repentinamente, la vieja máquina se largaba a tocar campanadas, acusando horas que sólo existían en su imaginación; otras veces, creo que distraído o malhumorado, dejaba pasar horas, medias y cuartos sin dar señales de vida; después, como queriendo recuperar los cuarenta y tantos años de inactividad, apurábase jadeante, pero la violencia de su impulso le hacía adelantar cuatro o cinco horas sobre la oficial, trastornando con ello las costumbres de los seres de este y de otros mundos, como en aquella oportunidad cuando muy orondo dió las doce campanadas que esperaban las brujas y los duendes para hacer sus rondas habituales y los pobres llevaríanse un so-



focon al hacer el ridículo con sus muecas y cabriolas a media tarde.

Deteniase luego, procurando ponerse a la par del reloj eléctrico que le acompañaba en la habitación, pero venía pronto el cansancio y nuevamente se quedaba atrás, desconcertado, abatido, sin ganas de seguir viviendo.

La familia le perdió el respeto. ¿Para qué sirve un reloj sino para trabajar con precisión y sin descanso? ¿Qué era eso de dar campanadas a la buena de Dios y en eterno desacuerdo con la hora de los informativos radiotelefónicos? Además, planteábase a menudo en la casa problemas complicados.

—¿Oyen? —decía alguien—. Está dando las cuatro, pero... ¿Las cuatro de cuándo?

—¿Cómo de cuándo? —intervenia el abuelo—. Está dando las cuatro y se acabó.

—¡Ah, no, no, no! Está dando las cuatro, sí, pero, ¿de la mañana o de la tarde? ¿Del año en que dejó de funcionar o del que ahora vivimos? Imagínense que ahora está señalando las cuatro de la mañana del 14 de agosto de 1904...

—Ya está imaginado... —dije—. ¿Qué ocurre con eso?

—¡Pues casi nada!... En primer lugar, que estaríamos en pleno invierno y levantados de madrugada sin necesidad...

Algunos, los más sugestionables, achucharón de frío, pero aun les aguardaba un golpe terrible. El que hablaba continuó:-

—Y si suponemos que está dando las horas del año 1904, llegaremos a la conclusión de que cuantos estamos a excepción del abuelo, no hemos nacido...

Son mis familiares gentes tras la y la teoría de no haber nacido, por aquel insensato, estuvo a punto de provocar una tragedia. Mi mujer, su instinto de madre, reunió a los muchachos, y apretándolos fuertemente contra su pecho, exclamó:

—No hagan caso de esas cosas queridos... ¡Todos nosotros hemos nacido, y no hay reloj en el mundo que pueda probar lo contrario!

El abuelo le amaba. Eran de una época, y ambos vivieron tiempos cuando gobernaba el general Roca, cuando sobresaltó alguna descarga la revolución del '90; uno y otro aclamaron a Pellegrini... Ahora, el abuelo se esforzaba en meter una cuña en las conversaciones del hogar, mantenidas sobre la terminología extraña: "sulfato, penicilina, hormonas, televisión, cohetes..." y el reloj atribuía a cada día observando la hora del reloj eléctrico, del ventilador, de la heladera eléctrica, de los autos eléctricos... El solamente la vieja máquina que marchaba por el afecto de un viejo abuelo, cuya vida no era menos milagrosa, y el poseedor de la familia, que compartía la vida más pequeño de los vástagos:

—¡Este reloj está loco!

Lo llevaron a la habitación y las cosas no mejoraron. El abuelo no quería regir su existencia por indicaciones del reloj, y almorzaba a las cinco de la tarde, desayunaba a las once de la noche, cenaba al alclar y a las five o'clock tea a las once de la noche. En vano fueron ruegos y amenazas para que se amparase en las horas de aquella máquina, "de esas que no se construyen", y todo el mundo le dio la razón antes de escuchar los labios, y por milésima vez, el primer viaje de "La Portena".

Fué en marzo cuando el abuelo salió para Mar del Plata. La mujer que el mismo día de nupcias llegó a casa, y especialmente por la familia, el barbudo propietario de un negocio de compra y venta, que emocionado por la presencia de hombres, mujeres y niños que le con curiosidad, examinó el reloj, la sensacional oferta de cuatrocientos pesos.

Así comenzó la cruenta lucha, en la cual el pobre hombre cedía en dosis de cincuenta centavos, y cuando nuestro tren llegó a su destino, el gremio de cambio acababa de hacer un nuevo negocio: la familia descansaba tranquila, embolsada los veintidós pesos de los centavos que dejó el dueño de la máquina.

y una tía

por **Carlos V. Warnes**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

En lo que respecta al abuelo, le dirían su regreso que habían entrado ladrones que, enamorados sin duda de aquella preciosidad, cargaron con ella. Mentira pudenta, si las hay, porque permitiría al viejo hablar de los valores del reloj, elegidos por los cacos entre algunos objetos de valor. Incluso ese antipático y pretencioso reloj eléctrico...

Regresamos a los doce días. Nos recibimos en la estación, y para aquella fecha nadie se acordaba del reloj. Llegamos a la casa, y, a la hora del almuerzo, el abuelo ocupó su lugar en la mesa puntualmente y no habló una palabra acerca de la má-

quina ausente. La familia quedó satisfecha; todo parecía indicar que íbamos a pasar un día amable, cuando...

Sonó el timbre y alguien corrió a la puerta. Era la tía Lola que llegaba muy nerviosa y seguida de un muchacho que cargaba un paquete.

—Cariños para todos, hijos. Vengo agitada. ...; anduve por el centro y...

Mientras hablaba cortaba piolines y apartaba papeles. Todos, cerca de ella, seguíamos sus movimientos con explicable curiosidad, no faltando quien le simplificara el trabajo con un tijeretazo oportuno.

¡Y apareció el reloj! El mismo reloj, el reloj que un día mi mujer trajo a la

casa y que otro día vendieron a un camabalachero...

—Lo traje para ti, Julio... —la tía Lola se dirigía al abuelo—; he sabido que te gustaba mucho el reloj que os robaron y te traigo este otro idéntico que encontré en un negocio... ¡Me costó ciento ochenta pesos, pero me di el gusto!

El viejo reloj, al que ya habían dado posición vertical y cuerda, saludó a sus amigos con ocho campanadas.

—Pero entonces nadie soltó la risa —dijo a manera de epílogo el amigo que me contó la historia—. Y el menor de la familia comprendió que no causaría la menor gracia repetir su frase ingeniosa: "¡Este reloj está loco!" ♦



LA BARONESA QUE QUERÍA LA PAZ

"UNA GUERRA ENGENDRA SIEMPRE OTRA GUERRA" - VATICANO BERTA KINSKY EN "¡ABAJO LAS ARMAS!" Y SE CUMPLE SU PROFECÍA



La baronesa Berta de Suttner, autora de "¡Abajo las armas!", obra que fue rechazada en principio por los editores por atrevida, pero a la cual se adjudicó en 1905, el premio Nobel de la Paz.



Viena, la vieja ciudad que una vez se escondió ante la fuga de la condesita Kinsky, y lloró ante la muerte de la ilustre pacifista.

El romance de la condesa Berta Kinsky

1862. La aristocracia de Austria baila al son enervante de las orquestas desoyendo el rumor de espadas con que se anuncian posibles conflictos bélicos.

Entre las figuras más descolantes de las fiestas de palacio y de los salones de la nobleza, cuéntanse Berta Kinsky y su madre, la condesa Sofia, viuda de un feldmariscal y chambelán del emperador, miembro, como su esposo, de una familia de generales austriacos, cuyos antiguos blasones fueron bruñidos en los campos de batalla.

Berta, belleza fina y vivaz, no tiene par entre las adolescentes de su rango recién presentadas en la Corte. Su talento, su cultura y su gracia enorgullecen a la madre, que ha vivido vigilante y celosa de la educación de su niña.

Posce Berta cuanto puede hacer feliz a una mujer, mas su espíritu no se encuentra en sí, parece girar siempre algo inclinado hacia un lado u otro de su propio eje: la vida mundana. Anhela ser una gran cantante. O bien algo... algo que aun es incapaz de definir, pero que puede algún día aplomar su existencia fuera del círculo estricto de aristocracia y frivolidad al que parece destinada por su nacimiento. ¿Acaso el amor aclararía su inquietud espiritual colmando su corazón?

Una noche, en un castillo de Praga, ante una concurrencia que luce en salones y terrazas, Berta canta. Pero no lo hace sólo con su timbrada voz, canta con la mirada, con la sonrisa, con todo su espíritu exquisito, porque toda ella está pendiente, de uno solo de los espectadores: el príncipe Adolfo de Wittgenstein.

La fascinación de Berta es poderosa. Tras del canto, él baila. Y pocos días después Adolfo pide la mano de la condesita Kinsky.

Se aman con el deslumbramiento de una juventud feliz. La boda se apresta con rapidez. El príncipe, por asuntos particulares, ha de hacer un viaje a Norteamérica, y apenas regrese se efectuará el enlace en Viena.

Berta olvida en el hechizo sentimental sus ambiciones de cantante y aun más: aquellas otras indefinidas e inquietantes que arrebatan su espíritu a ensueños cuyo vago dintorno surgía entre nieblas más allá de los salones de

baile. Sin embargo, el destino velaba en lo innaginado por sus sueños. Berta es una criatura de privilegios y han de cumplirse sus sueños, aun aquellos vagos e indefinidos. Han de cumplirse en el dolor, en la madurez que sigue a las grandes conmociones espirituales. El príncipe Adolfo de Wittgenstein muere en el mar cuando descomenta en el calendario los días que aun faltaban para su dicha.

Encuentro con el destino

Los diecinueve años de Berta maduran de golpe. Se retira de la vida mundana y vuelve al estudio. Para combatir aquella pesada angustia en la cual parece que se hunden para siempre las potencias de su espíritu, la madre la obliga a viajar. Ha comenzado su aprendizaje para un gran destino, para aquel en el cual se agita tan extrañamente su adolescencia, en la desconformidad y la ambición no colmada por el fasto de los salones.

Poco después la guerra asuela a Austria y da a Berta una visión pavorosa del más bárbaro y grande flagelo de la humanidad. Siéntese como nunca desconforme con su mundo y con su pasivo destino de mujer. Hasta que al fin, un día, en medio de aquel caos espiritual en que se agita, encuentra la verdadera orientación para su vida: la paz será su apostolado.

Le ha sido descubierto el camino por donde debe ir sin claudicaciones y a lo largo del cual ha de salir al encuentro la felicidad y el triunfo. Ella ignora este dichoso epílogo, pero acepta, con verdadera embriaguez, los sinsabores de la lucha.

Escándalo en Viena

Pero, ¿cómo? Ella, culminación de un antiguo espíritu de militares que no ha oído hablar desde niña sino de la gloria de los campos de batalla, ¿va a innular su juventud al ideal de la paz? ¡Imposible!

Toda la familia, aun más, todo el mundo se alza contra ella. Berta siente alrededor de sí el vacío, pero en lo recóndito de su espíritu hay una armoniosa serenidad, que antes le era desconocida.

Pero es posible que en ese círculo de elegantes sólo ella aliente para aquel gran vuelo del espíritu?

A varias leguas de Viena vive en su solariego un apuesto noble, hombre también por sus ideas a su propio modo las tradiciones de su casa: Arturo Gubáro de Suttner.

Tras la trivial fórmula de las presentaciones, un mutuo cambio de ideas. Y de ahí la sorpresa: la armonía espiritual. ¿Berta hace tiempo que se encuentra sola a la soledad, y Arturo, a su vez, no cree en el espíritu ni en la inteligencia de ninguna.

Sin embargo, ambos se atraen, se conocen y encuentran por amarse apasionadamente. Ya están los dos frente a ese hostil mundo de aristócratas, unidos como dos árboles de una sola y fuerte raíz: el amor y el sueño villosos de la obra común. Pero he aquí que familias de ambos se oponen irreductiblemente a la culminación del romance. La madre no se resigna a que su hija, educada en el príncipe, y a la cual viera ya del príncipe Adolfo de Wittgenstein, fracasase en barones Suttner. Los parientes de él no simpatizan una mujer rebelde a las tradiciones de su familia y a los antiguos cánones de la aristocracia.

El escándalo, estalla en la Viena elegante. Kinsky huyó con el barón de Suttner, la rebelde no podía concluir de otra manera.

Pero cuando aun el carruaje que los del humeante hervidero social rueda por los caminos de Austria, se aplacan las voces enarmonadas encontrándose casados secretamente desde pocos días antes.

El término del romanesco viaje es el caso. Hospédales allí la princesa de Metternich. Mas no están dispuestos ninguno de los dos a la vida apacible y señorial. Poseen escasos días de vida y anhelan trabajar, realizar una obra bella, gozando de una independencia posible hasta entonces para ambos.

Juntos recorren las localidades más remotas del Sur de Rusia dando lecciones de ruso, enseñando canto e idiomas ella. Comienzan a escribir cuentos y artículos que aparecen en revistas de categoría. Publican con éxito, gracias a los cuales vuelve a la vida de ellos en las altas esferas de Viena. Los padres de Arturo Gundakhar pierden y ambos vuelven felices, cada día más

Por
Rosario Beltrán Núñez
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



El inventor de la dinamita, Alfredo Nobel, tuvo como secretaria a Berta de Suttner, que fue quien le ayudó a legar su fortuna para la creación de premios que llevan su nombre.

amor, la lucha y el triunfo, a instalarse en la antigua residencia solariega de los cabales de Suttner. Comienza para Berta una definitiva etapa.

las armas!"

La publicación de "¡Abajo las armas!", en el cual pinta fogosamente el horror y la inutilidad de la guerra, prestigia en el mundo entero el nombre de la baronesa de Suttner. Leen la obra millones de hombres y mujeres, y la insigne autora es invitada desde entonces, desde La Haya y otros centros de paz, a dar conferencias y presidir congresos por la paz. Los gobiernos de distintos países honran en el pecho de la ilustre baronesa las más altas distinciones.

Secretaria e inspiradora de Nobel

Alfred Nobel, el inventor de la dinamita, agoniza más que vive, mientras el otoño sobre las primeras flores de nieve en los bosques y praderas de su Suecia natal. No sólo la vejez, sino el remordimiento, han apesadumbrado los estragos del tiempo y la fatiga en la existencia entregada por entero al estudio, al encierro de los laboratorios de química, al invento de la dinamita! ¡Cuánto duelen a Suttner esos cinco breves vocablos que le recuerdan ante el mundo como el generador de fuerza demoníaca!

Al fin, el 10 de diciembre de 1896, Alfred Nobel entra en el reposo absoluto, mas he aquí que el mundo se mueve tranquilo, satisfecho de sí mismo, gracias al benéfico influjo de un espíritu benévolo.

Berta de Suttner era desde hacía tiempo su fiel secretaria. Nobel la admira de corazón. Fácil le fué a ella, con su clarividencia, que se desvanecieron sus preocupaciones induciendo a legar su inmensa fortuna para la creación de los premios Nobel.

El 20 de junio. La baronesa de Suttner muere en la milenaria e imperial Viena, ignorando que empieza ya a cumplirse su predicción de "¡Abajo las armas!". "Una guerra entra siempre otra guerra". Y que ni aun después de veintiocho años de su muerte, han de envejecer sus palabras ni su libro, permanentemente renovados con el desangre de la humanidad.



GUITARRAS

CUERDAS FINAS

"SONORA"

EN CUOTAS POR
DESDE \$ **5.-** MES

SOLICITE CATALOGO GRATIS
REMITIMOS CONTRA - REEMBOLSO

CAP. SOCIAL \$ 300.000

Celestino Fernandez

Bne. MITRE 975 - U.T. 35 - 1556 - 3334 - Bn. Aires

En el interior de la República, el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS cuenta con el dispensario número 3 en la ciudad de Santa Fe, San Jerónimo 1823, y el número 4 en Tucumán, Las Heras 879; la atención en los mismos es completamente gratuita.

Grandes Sastrieras THE CITY

CREDITOS A SOLA FIRMA

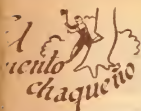
ANEXOS: BONETERIA Y CALZADOS



La elegancia en el vestir es un aliento de optimismo para usted y para los demás. Vista bien y experimentará ese optimismo comunicativo que es la clave de todos los éxitos. Pero para ello recuerde que las Grandes Sastrieras The City significan corte irreprochable y casimires de más alta calidad, elementos hábiles del bien vestir.

La organización más moderna y rápida para obtener un crédito liberal, a sola firma, la encontrará en las Grandes Sastrieras The City.

**VICTORIA esq. PIEDRAS
a un paso de Av. de MAYO**



El rey del monte

TAC-TAC!" Las hachas brillaban y rebrillaban al tajar los troncos de los quebrachos...

Eugenio se quitó el casco para secarse la frente con su gran pañuelo. ¡Había sido muy ruda la jornada! ¡Como la del día anterior y la de muchos, muchos días atrás, por años y años! ¿Años? ¡Siglos de calor, plagas, incomodidades, soledad!... ¡Pero al fin, tantos sacrificios rendían óptimos frutos! Cuando llegaba al Chaco no poseía más que juventud, inmejorables dotes físicas y morales y la mejor voluntad del mundo para labrarse una posición con sus propias manos, que eran fuertes y honradas, pero que estaban vacías. Trabajó mucho y duro, hasta llegar a ser jefe del más importante obraje de una gran firma de explotación forestal. Y ahora lo ascendían a técnico de la fábrica, sita en la villa principal de la compañía. A más de un señalado y promisorio adelanto en su carrera, significaba volver a vivir en medio de la civilización, gozando de una sociabilidad y de unas comodidades relativamente buenas. Y, para culminación de gozo, le permitiría brindar un hogar seguro a la cariñosa y fiel muchacha que lo esperaba por tantos años.

La recién llegada cuadrilla de refuerzo acababa de entregarle una comunicación de la Gerencia, donde le confirmaban su nombramiento, anunciándole también la pronta llegada de su sustituto en el obraje. Abarcó, pues, con una amplia mirada, que parecía un anticipado abrazo de despedida, el cuadro brío de sus hacheros en plena labor, enorgullecidos al pensar una vez más, que gracias a ellos se construían durmientes para tender vías hasta el infinito y se extraía tanino para llenar bodegas y bodegas. No obstante, lo inquietaba algún remordimiento al abatir tanto magnífico árbol: lapacho, urunday, guayacán, palo santo, guabiyú, y ¡al rey del monte chacuño: el quebracho! "Lo

abatirnos en unas horas, a él, que necesita doscientos años para crecer. Por eso propiciaba, dentro de su compañía, un movimiento en plan de repoblación forestal, que parecía a punto de cristalizar en plan de Sería un gran estacionamiento de capital, pero en beneficio de las generaciones venideras y, con ellas, del país.

Si con la mano derecha había blandido el hacha, con la izquierda plantar. Y el quebracho debía saberlo, porque le había rendido generosamente toda su riqueza, sin cobrarse revancha alguna... ¡En cambio con su amigo Felipe!... A propósito, ¿qué sería de él?...

—¡Ciriaco! No se han tenido noticias de don Felipe?

Su capataz se le acercó prestamente:

—¡Cierito, pa! Esta tarde se nos vino a buscar trabajo otro de peones de su obraje; dice que todo marcha al revés... Y... ¡desde murió el guano!

—Bueno, ya se va el sol, basta de faena por hoy. Vigile todo, que me dará una vuelitita hasta el obraje 14...

—Mi cherubichá, vaya por la picada chica que acaban de abrir tres hombres, así ahorrará camino, por más que la "14" está a poca distancia... ¡Si don Felipe hubiera seguido mi consejo de saludar como yo al quebracho cuando recién llegó, no sufriría ahora tantas desgracias!...

Con un preocupado: "¡Hasta luego!", Eugenio taloneó a su dura haciéndola zigzaguar por el accidentado terreno del claro, hasta a la sazón de troncos derribados. Pasó junto a los chachapés, donde los peones cargaban los rolizos, y rumbió por la estrecha picada del "monte fuerte" adelante... Se había hecho tanto al misticismo por el pago, que le parecía ver y oír entre las frondas multiformes los espíritus del bosque murmurando las últimas palabras de Ciriaco: don Felipe hubiera seguido mi consejo de saludar con respeto al quebracho cuando recién llegó, no sufriría ahora tantas desgracias!...

Ambos jóvenes, muy amigos y compañeros, llegaron juntos al obraje para labrarse un porvenir. Aquel prototipo de los hijos del monte era Ciriaco, los había guiado por su reino paterno, advirtiéndoles la primera vez que se encontraran frente a un quebracho, debían saludarlo con respeto, porque es el rey... Si no lo hacen, enviará contra ellos a todos sus poderes maléficos, pestes, alimañas... Si lo hacen, decora lo hacen en pleno corazón, brindándose generosamente en su honor sobre las mismas manos que lo hayan herido... ¡Es la ley del quebracho!"

Felipe había reído burlonamente, negándose a ello, alegando que las burdas supersticiones de montaraces ignorantes. "El quebracho es más que un árbol y el hombre es el rey de la creación. Con mi brazo y con mi brazo puedo demostrarlo fácilmente, ¡y lo demostraré!"

En cambio Eugenio se inclinó respetuosamente frente al coloso chacuño. No tanto por abandono a la superstición que alienta en el corazón humano por proyección ancestral, cuanto por romanticismo juvenil sensible.

Y comenzó la brega, en que ambos fueron luchadores esforzados. En principio, Felipe pareció triunfar del monte con las solas armas de su "cerebro" y de su "brazo". Tanto así, que mucho antes que su amigo tuviera un obraje bajo su dirección y hasta un hogar, pues trajo consigo a su esposa y a su hijo de corta edad. Fue entonces, en plena orgía del triunfo y de la dicha, sin duda para causar por contrariedad mayor dolor posible, cuando el monte comenzó su revancha...

¡El monte, el "monte fuerte" chacuño! En un principio parecía que lo que define la geografía: "Formación cerrada de bosque, impenetrable a causa del monte bajo que forma el sotobosque... Naturaleza cuando no milenaria, virgen y brava, pero... ¿qué hay sobre la tierra que el hombre no pueda destruir?... Mas, luego, viviendo en ella, comienza a sentirse como si se fuese solamente una de sus plantaciones, con las raíces fuertemente clavadas en esa tierra, que no se puede arrancar, con las mismas propiedades de excitante efímero y venenoso placable de un alcaloide. ¿Cómo se puede seguir pretendiendo dominar al quebracho? El se agiganta mientras uno se empedra. Para destruirlo, cuando no más ya que para resistirlo, se piden fuerzas para vencer al alcohol, y aquellas que no se llevó el monte, concluye por perderse en intereses monstruosos este terrible usurero.

¡Entonces se ve con claridad que el quebracho es rey, rey en el poder de su gloria, pero rey acaso hasta en la misma noche! Y más tarde o más temprano aniquila al que cometió contra él el crimen de orgullo.

Porque Eugenio se mostrara respetuoso, el quebracho fué su protector. Porque Felipe no hiciese lo propio, se declaró su enemigo implacable; lo retenía preso en la selva por embrujo montaraz y lo clurrió por natarlo cruelmente, ¡era su inexorable ley!

Y principiaron las desgracias: al niño lo minó el clima agobiado



Por Helvecia Hirt

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
ILUSTRACIONES DE MARIANO ALFONSO



al poco tiempo de tísis galopante. Como la madre, debilitada y doliente, parecía a punto de enfermar también, Felipe le envió rápidamente de sus padres en Santa Fe, y le mentó carta tras carta, que él muy bien y que no la necesitaba, para que no regresase, para salir de aquella superstición que comenzaba a tomar cuerpo de terrible realidad. No quería dar su brazo a torcer reconociéndolo frente a los ojos, pero consigo mismo no podría menos de hacerlo: ¡Las áreas de la vida se asignaban para explotar se incendiaban, sus jangas se perdían, venes que llevaban sus rollos descarrilaban, sus peones se accidentaban, casi a diario..., su hijito había muerto, su esposa estaba enferma, y él mismo sufría de chuchó!

Indomable era su espíritu varonil de lucha por la existencia, que lo convenciente le había dicho a Eugenio días atrás, la última vez que se vieran: "Esto... no ha sido más que casualidad. Me río ahora que, nunca de todas las supersticiones. ¡Voy a arrasar el monte, sacando de raíz a los quebrachos, para mostrarles lo que es y lo puede el hombre!..."

Era noche cerrada cuando Eugenio llegó al obraje 14. Una única luz iluminada lo invitó a entrar; correspondía a la proveeduría, donde relaban algunos peones entreteniéndose con poca conversación y mucha ginebra.

Don Eugenio! ¡Güepa con la sorpresa!... ¿Que cómo anda el papá? Y... el "mal del quebracho" lo tiene apurado. Busca consuelo en la ginebra y resulta peor... Se fué a dormir gritando que nadie lo moleste, pero a usted, cherubichá, lo va a recibir con gusto... ¡Y de no!... Menoscando la cabeza preocupadamente, Eugenio hizo a grandes zancadas los metros que lo separaban del rancho de Felipe. Llegaba casi a la entreabierta puerta, cuando una singular forma rastreada que de ella lo paró en seco de sorpresa. La iluminó rápidamente con su linterna, alcanzándole a ver el dibujo característico sobre la piel humana, antes de que desapareciera entre los matorrales vecinos: "Una araña! ¿Cómo seguirla en la oscuridad para matarla? Y quizá fuese el mal del quebracho, porque de haber ya morido, no le restaría veneno... ¡Felipe!" Ese extraño silencio auguraba muerte... "Cherubichá!" Los peones llegaban, también curiosos y angustiados, trayendo candiles... Abierto del todo la puerta por un premioso empujón, las luces dieron lleno sobre el cuerpo de Felipe, caído en tierra. Los rígidos dedos de su diestra apretaban aún el palo de quebracho colorado que le servía de traca para la ventana... Eugenio se inclinó, mirándose en aquellos ojos cristalizados que le anegaba el cerebro, porque creyó leer en esas pupilas, retrospectivamente, lo que había sucedido... Entre las nubes de alcohol y del sueño, surge la cabeza ondulante de la yarára. Felipe mira del lecho y toma el palo de quebracho para matarla, pero es tan pesado que no le deja mover el brazo, no sería efecto de la borrachera?... Acaso la vibora misma no fuese más que una pesadilla de ebriedad! Pero no... ¡Lo ha morido!... ¿Por qué no puede levantar el brazo para destrozar a esa maldita?... Por el peso del palo y de la horrible mordedura que va subiendo desde la mordedura del antebrazo... Intenta pedir auxilio, pero su voz es un estertor... El brazo le pesa tanto, que cuando se le se fuese hundiendo poco a poco en la tierra... Se ahoga... se ahoga... ¡Unas raíces se enlazan a su cuello y aprietan, aprietan hasta estrangularlo!...

¿Delirio? ¿Locura?... Eugenio se apartó trastabillando y corrió desalentado hacia el primer quebracho que distinguió a la fría luz lunar. Tenía aquel ejemplar un hacha clavada en la profunda herida de su tronco, pero aún así estaba erigido con toda la majestad de un rey leonardario. El hombre cayó de rodillas a sus plantas, rezándole abrasadamente entre hipo de llanto:

—¡Rey del monte... Tama quebracho... Rey del monte!... ◆



..... y también al mirarse en su espejo, éste le diga, como en el famoso cuento, "eres la más hermosa del mundo". Para lograrlo, recuerde que el cuidado de su cabellera, la belleza de su permanente y la hermosura de su cutis le son indispensables.

LA ESMERALDA

La mejor y más grande Peluquería de Señoras en Sudamérica

con su personal realmente experto le aseguran esa belleza que usted busca.

PERMANENTES PRINCESA

SUAVES Y SEDOSAS
PERMANENTES
CORONITA \$5
MAGNÍFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES PARA PEINADOS

PLUMA

PERMANENTES
AL OLEO CREMA COMO SEDA

PERMANENTES

Al Vapor "ROBERTS" perfectos

PERMANENTES

AUTOTERMO DE BUCLES
MARAVILLOSOS

TINTURAS

Policrom, al aceite,
colores naturales, \$6.-

Retoque de Tinturas
COLOR UNIFORME \$4.-

MASAJES

Modernos Hollywood \$3.-

BAÑO FACIAL

Limpieza del cutis \$1.50

DEPILACION GENERAL



Nuestro Casa Central
Carlos Pellegrini 425

Permanentes especiales para cabellos teñidos y oxigenados

LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

Casa Matriz: PIEDRAS 79. U. T. 34-1019 (Casi esquina)

Casa Central: C. PELLEGRINI 425. U. T. 35-0645-1231

Soc. Central: Lavalle 736 U. T. 31-0720	Soc. Flores: Rivadavia 7100 U. T. 66-0030	Soc. Boca: Rivadavia 2579 U. T. 48-2267	Soc. Belgrano: Cabrillo 2242 U. T. 74-4617	Soc. Bordo: Bordo 783 U. T. 45-4160	Soc. M. del Plata: Santo Fe 1740 U. T. 8732
---	---	---	--	---	---

PRODUCTOS DE BELLEZA LA ESMERALDA

Creaciones nobles
Arrugas
Aceite de Flores

GUILLERMINA SCHWARTZ
Las CANAS Envejecen
Tinturas "POLICROM"

CUTINET

a base de bálsamos y aceites de flores. Un leve masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las Arrugas, Patas de Gallo o Bolsas de los Ojos. Frascos de \$ 2, 3 y \$ 5. Al Int. c/embolso.

dan aspecto juvenil. Es la tintura mejor experimentada en todos los tonos. Caja completa, para un retoque de tintura, \$ 2; doble, \$ 3.50, y caja gigante, \$ 6. Al interior contra reembolso.



EN VENTA: LABORATORIOS LA ESMERALDA, C. Pellegrini 425,

Francia-Inglaterra y Farmacias y Perfumerías.

CONSULTAS sobre Estética y Belleza dirigirse a GUILLERMINA SCHWARTZ, directora del Instituto de Belleza LA ESMERALDA.

Habla un viejo... joven

Por qué van las juventudes a la guerra?— se preguntaba France. E inmediatamente aconsejaba: —Debiéramos ir los viejos, así el mundo quedaba en la plenitud de su fuerza y se libraba del pesado lastre de la vejez. Y Anatole France contaba entonces 60 años, edad de viejo, y seguía produciendo aquellas maravillosas páginas que habían de deleitar y conmover a millares y millares de lectores...

Cabe entonces preguntarse: ¿Depende de los jóvenes o de los viejos el bienestar del mundo? ¿Son los primeros o los últimos los que crean, los que inventan, los que transforman en arte, en mecánica, en ciencias? France, a quien siempre sobraban razones para defender sus razones, nos diría que no valía la pena la averiguación. En el mejor de los casos, si llegáramos a demostrarle que eran los viejos los creadores, él nos respondería que salvar a la juventud de hoy era "reservar una buena vejez para mañana."

Medicina y psicología

Pero para adentrarnos un poco en el estudio

de este problema, sería necesario establecer previamente una división oportuna de las edades del hombre, tomando los setenta años como término medio de vida. 14 años corresponden a la infancia, cuatro a la adolescencia, siete a la primera juventud, de la que es raro esperar ningún fruto definitivo..., y ya tenemos al hombre en los veinticinco años. Comienza entonces la juventud seria, si así pudiera llamarse, y ella se prolonga diez años más. A los treinta y cinco años nace la madurez y a los cincuenta y cinco la vejez. Esta división más o menos caprichosa he podido realizarla sin valarme de las etapas clásicas. La medicina atiende, para señalar estas diversas etapas de la vida, al mayor florecimiento o desgaste del organismo, pero llega a la desoladora comprobación de que todos los organismos son distintos y que no puede fijarse la duración de la máquina humana como la de un motor a explosión. La psicología enfoca solamente el brillo del espíritu y recuerda a la juventud un tono de alegría, a la madurez de serenidad y a la vejez de tristeza.

Así para el psicólogo hay jóvenes viejos y ancianos capaces de juventud.

Estadística curiosa.

Obreros

Yo he recurrido a una estadística fácil. Sobre cincuenta individuos he estudiado la evolución del organismo y del ca-

rácter a través de los años, y ese estudio me permitió arribar a mi tabla de edades con noventa por ciento de exactitud. Veamos resultados:

En los cincuenta individuos observados, treinta y seis obreros, ocho empleados de escritorio, dos boxeadores, dos escritores, dos maestros de escuela. Los obreros tuvieron su época de mayor rendimiento, según declaración propia y de testigos, entre los 16 y los 35 años. Diecinueve años de rendimiento extraordinario que les permitió ganar los mayores jornales como trabajadores a destajo. Luego se aflojaba la fuerza de la mano, y el martillo, la cuchara o el albañil o el pico tenían menos eficacia. Desaparecieron los jornales o la frecuencia de trabajo y mantuvieron malamente viviendo de su labor hasta los 55 años. De ese límite sólo cuatro salieron relativamente.

Oficinistas

De los ocho empleados de escritorio, cuatro hicieron una carrera lenta hasta los 25 años. De ahí para arriba consiguieron sus mejores ascensos y fueron reconocidos por superiores como hombres de verdadera gerencia de una gran fábrica de tejidos.

—Esa tarea aparentemente sencilla de libros, de controlar una contabilidad, de hacer una corresponsalía comercial, es más de lo que parece. No se necesitará un especial, pero en cambio se requieren otras

Los empleados de escritorio hacen una carrera lenta hasta los 30 años; de ahí para arriba consiguen sus mejores ascensos. Es el triunfo de la edad madura.



Victor Hugo.



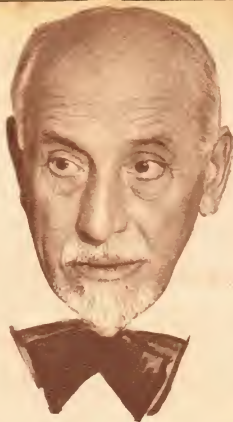
Georges Clemenceau.

¿JOVENES?

diciones especiales y por cierto raras: claridad mental, comprensión rápida, orden y por el trabajo. Hasta que uno se acerca al cumbre de los treinta años es difícil que se reúnan estas cuatro condiciones: la claridad, el orden y el amor por el trabajo. El hombre joven, inquieto, afanoso por el trabajo, no puede ser verdaderamente útil en esas condiciones de contabilidad, donde el sistema de las vacaciones es siempre perjudicial. Yo recuerdo que durante los primeros diez años de mi trabajo en escritorio, me empeñaba todos los días en modificar algo: proponía un nuevo sistema de asientos, aconsejaba un fichero en lugar de un libro, quería cambiar la redacción de esas gastadas pero insustituibles cartas-fórmulas que se utilizan en las relaciones comerciales. Y siempre mi jefe o algún empleado antiguo terminaban por mostrarme mi error. Después de los treinta años reconocí que el tema de contabilidad que utilizábamos era excelente, que las cartas decían precisamente lo que queríamos decir y que eso bastaba. Los libros se ajustaban a las exigencias legales. Dejé de ser el revolucionario del trabajo y convertí en un productor útil. Esa es la historia y la de muchos de los que como yo comenzamos siendo "pinches" de escritorio. Entre los cincuenta años somos útiles, capaces, productores. Después, ya generalmente el rendimiento aumenta la habilidad para que nosotros podamos vivir tranquilamente.



León Tolstói.



Luis Pirandello.



Anatole France.

① VIEJOS ②

¿A QUE ALTURA DE SU VIDA ES EL HOMBRE MAS UTIL A LA HUMANIDAD?

Por el Dr. Lewiss Cilley

Boxeadores

El caso de los dos boxeadores era más sencillo. Hasta los 22 años uno y hasta los 18 el otro habían actuado en el amateurismo. Llegaron al profesionalismo ya con fallas en el organismo que más siente esta terrible actividad: el cerebro. A ambos les traté varias veces durante su vida pugilística. Entre los 24 y los 27 años su rendimiento mayor. Ganaron las mejores peleas y obtuvieron las más abundantes bolsas. Actuaban en el ring con valentía y decisión y entusiasmaban al público. Una noche de ellos sufrió un K.O. sensacional. Un fuerte punch de su adversario en el mentón le levantó en el aire y le hizo caer luego sobre el tapiz con un desmayo que le duró tres minutos largos. Fui llamado a su camarín. El hombre lloraba. Tenía miedo. No quería pelear más. Y no volvió a pelear. Luego, en mi consultorio, me confesaba:

—Fui a aquella pelea con miedo, doctor. Hasta ya como dos meses que me sentía con miedo, se lo confieso. Estaba en todo el poder de mi punch, pero me sentía asustado...

Efectivamente. Al hombre le había llegado la edad de tener miedo. Los boxeadores fallan todos por ese lado: un día se asustan y se acaban el hombre. Los golpes, la vida trágica del training aceleran el proceso de su existencia. Diez años de utilidad, entre los 20 y los 30 años, constituyen el período de rendimiento mayor.

El otro boxeador al que estudié, llegó sobre el ring a los 30 años. Pero también desde los 28 estaba acobardado. Fue desde entonces el clásico noqueado, el hombre a quien le pagan unos pesos para que al primer golpe de su adversario se tire sobre la lona. Terminó su carrera una noche en que peleó en Marsella y unos marineros advirtieron su estratagema. Po-

cos días después llegó a mi consultorio con dos tajos en la cara y el cuerpo lleno de moretones, declarándose:

—Doctor: se acabó el ring...

Maestros

La tarea de enseñar frente a un inquieto grupo de jóvenes o de niños, no es tarea —así lo indican las estadísticas— para hombres de excesiva juventud. El magisterio exige reposo cerebral y un bien formado carácter, que sólo se adquiere en la madurez. Hasta la voz ha de tener tal pausada entonación que es difícil encontrar en los hombres que aun no han entrado en la edad de la madurez.

El maestro de escuela que se encuentra entre los que he estudiado, me confesaba:

—Comencé a actuar desde joven y los comienzos fueron muy duros. Hoy estoy convencido de que aquellos muchachos no me tomaban en serio. Y habiendo perdido el respeto de mis alumnos, de poco valían mis diarias lecciones, tanto me llegó a impresionar mi evidente falta de ascendiente que tuve que luchar mucho tiempo con un verdadero complejo de inferioridad frente al alumnado.

Ahora, lo que no conseguía mi entusiasmo y mi tesón, lo obtiene mi cabeza blanqueada por los años. Me siento seguro frente a la clase, porque tengo la convicción de que mis palabras son escuchadas y de que he adquirido el apto necesario para concentrar la atención de los educandos.

Los escritores - Voltaire, Victor Hugo, Pirandello

En el campo de la literatura es donde, quizá, se destaque más el triunfo de la madurez sobre la juventud. Hombres que, de jóvenes fueron oscuros ciudadanos o ignorados es-

critores, se revelaron de pronto con verdaderas obras maestras.

Pirandello, por ejemplo, tenía sesenta años de edad cuando daba al teatro las obras que lo han hecho inmortal.

Victor Hugo, Clemenceau, el viejo "Tigre", producían páginas inolvidables cuando ya habían pasado siete décadas de su existencia. Y así otros muchos. Al escritor brillante, al autor teatral que impone sus piezas en largas temporadas a través del tiempo, hay que buscarlo entre los hombres que ya han dejado atrás los cuarenta años de edad. Ahí están el "Diccionario Filosófico", que Voltaire escribió a los 70 años; "La importancia de la revolución rusa", que Tolstói redactaba cuando iba a cumplir los 80 años.

Y así, larga sería la serie de ancianos que han mantenido latentes las hermosas cualidades del intelecto. "El hombre interior en vez de envejecer, renuévase cada día", ha dicho Bossuet. Y James ha declarado: "Sólo es viejo aquel que no ha sabido mantenerse joven".

Desde luego que muchos hombres jóvenes han producido obras brillantes y de extraordinario éxito, pero eso confirma la regla. Porque toda regla, como es sabido, tiene su excepción. ♦

Los boxeadores hacen sus mejores peleas y obtienen mayores bolsas entre los 20 y los 30 años. Después llega la edad de tener miedo.





Por

Eduardo Alonso Crespo

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

—¿Cómo pudo quitarse los grillos?

—Los rompió con una lima que le dieron.

No se convence el P. Medina. Es tímido. Vacila. Por fin dice:

—Esperemos el regreso del P. Serrano. El es el juez vicario. Dentro de un par de días estará de vuelta.

Jerónimo protesta razones de apuro. Hay que evitar cualquier sentencia. Exige al P. Medina que exhorto al alcalde la restitución de Cristóbal a la ermita de la que fué sacado, responsabilizándole de que no se guarden al retraído las inmunidades de la Iglesia.

Trubea el eclesiástico ante un problema teológico y un caso de conciencia. Entre vacilaciones accede a la petición.

Al día siguiente, el P. Medina visita al alcalde y le entrega el escrito.

Desparten amigablemente. El alcalde dice confiado: Jerónimo de Escobar no podrá probar la evasión del reo.

No quedó satisfecho Jerónimo con el texto del exhorto. Lo halló débil y presume su ineficacia. Escribe otro en su carácter de defensor y presenta apenas el P. Medina se retira del Cabildo. Don Juan de Villagra lo lee. ¡Qué tono acre, con asomos de despecho! El juez parece trocado en reo. Los que empiezan a soplar son vientos de tormenta...

Don las 12. El alcalde va a su casa preocupado por este escrito. Isabel se espera contenta.

—¿Qué felicidad! — le dice —. Ya puedes abandonar ese endiablado proceso.

—Abandonarlo? ¿Cómo?

—Acaba de irse doña Gregoria de Abreu, la tendera. Vino a implorar piedad para Cristóbal de Cobos. Dijo que el muchacho se fugó de la cárcel, se refugió en lugar sagrado y que ahora es el cura vicario quien debe juzgar.

—Inexacto. Se trata de una industria de Jerónimo de Escobar para impedir la condena del manco.

La alegría de Isabel se nubla súbitamente. Luego, pregunta con pesadumbre:

—¿Y qué piensas hacer?

—Proseguir la causa. No puedo permitir que se oscurezca la buena administración de la real justicia.

Calla el alcalde, perdida su imaginación en los vericuetos del sumario. Isabel, pensando en la amenaza de excomunión que se ciernen sobre el esposo, si no liberta a Cristóbal.

El proceso sigue su curso. El alcalde no se amilana y decreta al pie del escrito de Jerónimo: "Vista esta petición, mando que se ponga en manos y se ratifiquen los testigos de la sumaria, por cuanto no me consta que haya ninguna".

Se ratifican plenamente los testigos. Jerónimo lo hace de mala gana. El reo declara luego, colocado en el peso de tormento, que él solo hizo el delito, que nadie fué en su compañía y que, pues fué él solo, solo quiere pagar. Y el 2 de septiembre, el alcalde pronuncia en acto público su sentencia, condenando a Cristóbal de Cobos a muerte.

VI

Jerónimo de Escobar anda contrariado, pensando lo que ha de hacer para derrotar al alcalde. Si derrota le importa ahora tanto como la libertad de su defendido.

Ya ha vuelto el P. Serrano de su estancia. Lo entrevista en la vicaría y le expone el caso de Cristóbal, cargando el relato con tintes sombríos. El clérigo se horroriza. Y el tribunal eclesiástico entra a funcionar el mismo día de la sentencia. Con la velocidad de la luz, se instruye un sumario para que Jerónimo pruebe la evasión que el reo hizo de la cárcel. Tres testimonios se reúnen. Pobres son los tres y de muy poca fuerza probatoria. No obsta para que el cura vicario, a pedido de Jerónimo, exhorto al alcalde, en la madrugada del día siguiente, que restituya al retraído Cristóbal a la ermita, sin poner excusa alguna, en el término de una hora, mandándole, si fuese necesario, en virtud de santa obediencia y su pena de excomunión mayor.

A las 7 horas, el promotor fiscal notifica el exhorto al alcalde en su domicilio. La rebelión asoma al espíritu del capitán Don Juan de Villagra, pero la contiene. Reflexiona y se notifica sin protestar ni prometer.

Son las 8 y la restitución no se ha hecho efectiva. Jerónimo pide al vicario que declare al alcalde excomulgado con toda agravación por su inobediencia y contumacia. El P. Serrano le libra un nuevo oficio, por el que le cita para que manifieste por qué no ha cumplido las órdenes que se le han dado.

No presta el alcalde esta declaración. A las 9 señala por cárcel eclesiástica la tienda de doña Gregoria de Abreu y allí remite al reo hasta que el procurador general del Obispado determine si le valen o no las inmunidades de la Iglesia.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 90)

MUEBLES

ALMAGRO

NUESTRA
FABRICA
SIEMPRE
AL VISTASORDERO DORMITORIO CLASICO FRANCES, CONSTRUCCION ESME-
RADA, EN PLACA MACIZA Y CAOBA IMPORTADA; ropero 2 m, desarme;
cama, elástico reforzado; cómoda con espejo biselado; 2 mesas luz, \$

795.-

DORMITORIO, "REGIO PROVENÇAL", MACIZO, REPLANADO; ropero
2 metros, desarme; cama, elástico reforzado; bonito espejo; cómoda
de estilo; 2 mesas de luz, \$ 735.—. Otros modelos. \$

390.-

4054 VICTORIA 4060

GOMINA
UNICO FABRICANTE
BRANCATOPARA PEINARSE
A LA MODARechace las
imitaciones

CUANDO LA PANTALLA REFLEJA

"LAS AVENTURAS DE MARCO POLO", FILM QUE TORNA A LAS CARTELERAS, SE BASA EN LOS RELATOS

Una nueva tendencia del cinematógrafo

HACE unos años notóse en el cinematógrafo una tendencia que habría de reportar muchos beneficios, a la par que iba a dar lugar a la realización de películas calificadas como "extraordinarias": la de llevar a la pantalla los grandes sucesos de la historia o las figuras de personajes célebres. Recordemos, entre otras películas de tal tendencia, "Motín a bordo", que revivie el motín de la fragata "Bounty"; de la Marina Real Inglesa, y el extraordinario viaje de su capitán, abandonado en una chalupe en medio del océano; "Mayerling", que trata de los trágicos amores del archiduque Rodolfo de Austria con María Vetsera; "Juárez", cuyo personaje central es la figura del presidente de México, Benito Juárez; "La vida privada de Enrique VIII", que describe los amores de ese monarca inglés; "Las aventuras de Stanley y Livingstone", sobre la desaparición del célebre explorador Livingstone en el África y su búsqueda por el periodista Stanley; "La gran tragedia de Luis Pasteur", que describe la lucha del ilustre sabio francés contra la incompreensión de sus contemporáneos; "Las aventuras de Robin Hood", que recuerda las hazañas del arrojado personaje que vivió en la época de Ricardo Corazón de León, y tantas otras. Entre las películas de ese carácter merece una mención especial: "Las aventuras de Marco Polo", cuyo tema se nutre de las aventuras que corrió en Oriente el célebre viajero veneciano.

El cine y la historia

En efecto, diversos factores contribuyeron a hacer de "Las aventuras de Marco Polo" una producción excepcional: el argumento, extraído de "El libro de Marco Polo", memorias de viaje que el aventurero dictó a Rusticiano de Pisa cuando se hallaba prisionero de los genoveses; el director del film, Archie Mayo, cuya competencia para las obras de acción es bien conocida; el autor, a quien Goldwyn encargó la tarea de escribir el argumento cinematográfico,

y cuyo nombre es toda una garantía de éxito, pues se trata del dramaturgo Robert E. Sherwood, y, finalmente, los recursos empleados en el film: cientos de extras, enormes decorados y todo el despliegue de lujo y colorido de que sólo son capaces las grandes productoras.

Con tales films el cine se vinculó a la historia, y de entre las páginas del libro del tiempo, amarillas de años y de siglos, fueron surgiendo personajes célebres, hechos famosos, que cobraron otra vez vida y movimiento merced a la magia del "séptimo arte". El público acogió con agrado esas producciones, en las cuales se amalgaman la ficción y la realidad y que, a la par que le brindan un momento de solaz, le permiten recordar hechos pasados.

Desde luego, el cinematógrafo, arte del movimiento por excelencia, tiene exigencias propias. De ahí que los argumentistas deben siempre ingeniarse para conciliar dentro de los estrechos límites de la verdad, el hecho histórico

con el episodio cinematográfico. En ese sentido el escritor Robert E. Sherwood cumplió con "Las aventuras de Marco Polo", una labor bresiliente. Sobre todo, si se tiene en cuenta que el experimentado Polo, cauto y sabio, muy poco habla de sí mismo en su libro, dedicando toda su prosa a relatar "hechos vistos u oídos". Pero, sin duda, durante los 25 años de su vida que transcurrieron en Oriente, muchos hechos aun el romance que toda película exige y Sherwood trató con mano maestra, habiéndose basado en la existencia del célebre aventurero.

Ficción y realidad

Eso, en cuanto se refiere al personaje central. Por lo demás, los detalles de conjunto, las armaduras, mentas, tipos, costumbres, etc., etc., han sido cuidados en sus menores detalles de manera que el espectador se siente transportado a su butaca, y a través del tiempo, hacia



Los personajes principales de "Los aventuras de Marco Polo", en su posey de film, en el cual se han cuidado todos los detalles para situarlo en la época. Por otro parte, el físico de Gary Cooper, alto y delgado, se presta como ninguno para caracterizar al viajero náufrago.



Una emotiva escena del film, en la que intervienen Gary Cooper y Basil Rathbone. Ambos realizaron uno de los más notables trabajos de su carrera artística.

legendarias regiones entonces tan poco conocidas. Tras setecientos o más años de vida histórica y cuando sus huesos no se ven que polvo entre el polvo, aquellos personajes vuelven a vivir una vez más y a renovar sus pasiones y sus intrigas, sus aventuras. Mi agrado éste que sólo puede dar el cinematógrafo. Los ojos del espectador, en rápida síntesis, todo aquel pasado, todo el fausto de las cortes orientales, hechos y costumbres desconocidos y llevados por la mano maestra de Sherwood, el espectador viaja desde Venecia, donde se inicia la acción, hasta el fabuloso reino del Jai-lai; asiste a las reuniones de su corte y ve cómo el soberano acoge al intrépido de otra raza. Más tarde, a medida que el

HISTORIA

Por
Rolando W. Varela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FAMOSO VIAJERO VENECIANO.

...y cobra relieve de calidad, se esbozan
...mores de la hija del Jan con Marco Polo
...ve, poco a poco, extenderse y cerrarse la
...de intrigas del rival, astuto y solapado mi-
...del soberano, que pretende dar muerte al
...jero que le disputa la mano de la princesa
...creía suya. Tal, en síntesis, el argumento
...Las aventuras de Marco Polo", en rapidí-
...síntesis, porque el film, de desarrollo ex-
...tal, escapa a los estrechos límites de una

Personajes históricos y sus intérpretes

...estas películas históricas, los directores
...arion, desde el primer instante, con el
...veniente de la adaptación del actor al per-
...No solamente era necesario elegir un
...de primera fila, un astro, sino que éste de-
...adaptarse, dentro de lo posible, al per-
...histórico que iba a encarnar. Y el pú-
...nistió entonces, no sin asombro, a las re-
...del arte *sui-generis* del maquillaje.
...Laughton creaba un Enrique VIII que
...arrancado de las páginas de la historia;
...Muni transformábase en Pasteur o, por
...decir, Pasteur se erguía ante el público,
...es de Paul Muni, para volver a vivir mo-
...molvidables de su existencia.
...un cuadro de Tranquilo Cremona, el fa-
...pintor nos ha legado la figura de Marco

Polo en la corte del rey de Tartaria. Es un cuadro que figura en el Museo de Arte Moderno de Roma. Basta echarle un vistazo para comprobar con cuánta perfección se adapta Gary Cooper, el astro del cinematógrafo norteamericano que encarna a Marco Polo, a su personaje. Del trabajo del actor, siempre sobrio y de calidad, huelga hacer comentarios. Por su parte, Sigrid Gurie, actriz hasta entonces poco apreciada en su labor, revelóse al público encarnando a la princesa oriental. Basil Rathbone, en su papel de ministro, y Alan Hale, en el de régulo del Jan, cumplen una labor calificada como sobresaliente. Los demás elementos del film contribuyen a crear ese marco de grandiosidad que ha hecho de "Las aventuras de Marco Polo" un film de excepcional calidad.

Ha sido, pues, todo un acierto la decisión de la Guaranteed Pictures de volver a reponer la película en las carteleras cinematográficas, va que se trata de uno de esos films de grato recuerdo que el público espera siempre volver a ver una vez más. ♦



Luis Pasteur, tal como lo interpretó Paul Muni.



La reina Victoria, a través de la caracterización de Ann Neagle.



Charles Laughton, transformado en Enrique VIII.



Napoleón III, según el actor Claude Rains.

Marco Polo, es decir, Gary Cooper, en otro pasaje de la película que se repondrá en breve en las carteleras porteñas. Una magnífica ocasión para volver a ver al mundo oriental a través de este film, en el cual se invirtió más de un millón de dólares.



Los dos tenderos

M Grantalot era el propietario de la tienda: *Pañería y Sedería*, situada en el número 6 de la plaza de la Mairie.

Un cliente, hacia mediodía, entrebrió, durante un instante, la puerta de su tienda:

—Buenos días, M. Grantalot... Luego enviaré a mi sirviente por un metro de sarga gris. No logró encontrarla. Acabó por convencerse de que no le quedaba en la tienda ni un retal de aquella tela.

Si esto le ocurre el día anterior, hubiera pensado: "¿No me queda más sarga gris? Pues no tengo que hacer más que una cosa: rogar a mi cliente que espere veinticuatro horas y telegrafiar en seguida a mi abastecedor de Roubaix". Pero aquella mañana, su competidor — que tiene la tienda enfrente, en el número 12 de la plaza de la Mairie — le ha hecho rogar por su empleado que le cediera un metro de cinta. Y, en consecuencia, él acaba de preguntarse por qué, puesto que su competidor no ha dudado en acudir a su casa para abastecerse, se va a mostrar él más discreto.

Y ha ordenado a su dependiente:

—Escucha, pequeño. Atraviesa la plaza y ve a rogar a M. Charpiat que nos ceda un metro de sarga gris de tres francos.

En posesión del trozo de sarga gris que su empleado acaba de traer de casa de Charpiat, se dispuso a envolverlo con destino a su cliente.

Maquinalmente lo ha medido.

—¿Eh? — se ha asombrado —, ¡Sin embargo, no estoy soñando! Este pedazo de tela no

tiene más que noventa y siete centímetros.

Lo ha medido dos, tres, cinco veces.

—¡Sí, sí, no cabe duda, no tiene más que noventa y siete centímetros!... ¡Toma, toma! ¡También usted, M. Charpiat!... ¡Usted también, cuando le pagan un metro no da más que noventa y siete centímetros!... ¡Toma, toma, toma! ¡Me alegro mucho de saberlo!

II

Todos los días, hacia la una, M. Colleiry, el maestro, al volver a la escuela, pasaba por delante de la puerta de Grantalot.

Aquella tarde, Grantalot le detuvo al pasar.

—¿Cómo va esa salud, M. Colleiry? ¿Hoy no necesita usted nada?

—No; gracias, no.

—¡Tanto peor! Pero, si necesita usted alguna cosa, M. Colleiry, en interés suyo le conviene más, créamelo usted, comprarlo aquí que en casa de Charpiat.

Grantalot añadió:

—Si de veras que sí, M. Colleiry. ¡Y no es que le diga esto únicamente porque Charpiat sea mi competidor! Mire, aquí tiene usted tres francos. No me pida explicaciones... Tómese únicamente la molestia de atravesar la plaza. Entre en casa de Charpiat. Cómprele usted un metro de sarga gris. Y vuelva usted aquí en seguida. Le voy a hacer a usted ver algo que le va a parecer edificante.

M. Colleiry no tardó en volver provisto de su compra.

Grantalot le tendió su metro.

—Lo que usted ha pagado es un metro así? ¿Cuánto debe tener un metro? ¿Cuántos metros? ¡Bueno!... Pues midalo M. Colleiry... ¡Sí, midalo!... ¿Qué, cuánto? ¿Noventa y siete centímetros?... ¡Pruebe! Es todo lo que deseaba hacerle probar... Tendré mucho gusto en volver pronto M. Colleiry.

Todos los días, alrededor de la una y media, M. Chaumette, el recaudador de contribuciones, pasaba por delante de la puerta de Grantalot, de vuelta a su oficina.

—Reciba usted mis saludos, M. Chaumette... murmuró aquella tarde Grantalot... ¿no necesita usted nada? ¡Tanto peor! si necesita usted alguna cosa, en interés suyo le conviene más, créamelo usted, comprarlo aquí que en casa de Charpiat.

M. Grantalot había ofrecido tres francos a M. Colleiry para adquirir un metro de sarga gris en casa de M. Charpiat. Ofreció igualmente a M. Chaumette tres francos destinados a otro fin.

M. Grantalot había tendido su metro a M. Colleiry cuando volvió provisto de su compra. Ahora, se lo había tendido igualmente a M. Chaumette, rogándole también a él que fuera a la tienda despachada por Charpiat.

—¿Noventa y siete centímetros, M. Chaumette?... ¡Perfectamente, perfectamente! Es todo lo que deseaba hacerle comprar.

III

Al cerrar la tienda aquella noche, hacia las siete y media, M. Grantalot se senta



Por **MAX Y ALEX FISCHER**

ILUSTRACIONES DE GUBÉLLINI



... y media a siete, sesenta y dos personas
pasado sucesivamente por delante de la
de su tienda. A todas ellas les había
tres francos. A todas ellas les había
que fueran a casa de Charpiat para com-
un metro de sarga gris.

... cierto que tuvo que desembolsar una su-
mamente importante. Pero, ¿no es evidente que
sesenta y dos personas, en adelante, se
guarían muy mucho de hacer sus compras
casa de Charpiat? ¿No es evidente asimismo
estas sesenta y dos personas se apresurarian
a pagar el hecho de que han sido testigos?
Con un aire más vivarachito que de costumbre,
arrió al *Café de las Artes*.

... acababa de estrechar la mano de los nume-
consumidores. Acababa de pedir su ajen-
cundo Charpiat abrió la puerta del estable-
cimiento.

... distinguir de lejos a Grantalot exclamó:
—Buenas noches, Grantalot, ¿Vamos, creo
ya es hora de que le dé las gracias!... No
ningún ingrato y...
—¿Y de qué tiene usted que darme las gra-
Charpiat?...

—¿De qué?... De lo amable que ha sido us-
esta mañana consintiendo en venderle a mi
un metro de cinta.

... en presencia de M. Colleery, de M. Chau-
y de las sesenta y dos personas que ha-
estado a comprarle sarga gris aquella tarde,
sospechar la confusión en que sus palabras
a sumir a Grantalot, Charpiat explicó:

—Figúrense ustedes que, al abrir la tienda es-
mañana, me ha sido imposible acordarme de
de había guardado mi metro el día anterior.
revuelto durante un cuarto de hora todos
ejones sin lograr encontrarlo... Estaba
aderadamente fastidiado... ¿Cómo sustituir
objeto tan indispensable?... Entonces tuve
feliz inspiración, mi querido Grantalot, de
andar a su casa a comprar un metro de cin-
... Ese metro de cinta me ha servido a mi
medir a mi vez durante todo el día, que
sé por qué, ha sido, desde luego, un día par-
ticularmente brillante... Una vez más, muchas
gracias, mi querido Grantalot, muchísimas gra-

LAS FAJAS DE CASA PORTA

SON DE UNA INSUPERABLE CALIDAD

Si usted no ha hallado, hasta el presente, faja que le sea cómoda, pruebe con CASA PORTA. Nuestros fajistas son hábiles en su oficio y sabrán interpretar fielmente lo que su forma de cuerpo necesito, no importa cuáles sean sus medidas.

La especialidad de CASA PORTA abarca todos los tipos de fajos, tanto de hombre como de señora, para vestir y para uso medicinal. (Estómago caído, riñón móvil, operados, maternidad, etc.). Si usted reside en el interior solicite nuestro catálogo "F", indicando si es para hombre o señora.

Antigua **CASA PORTA**

VICTORIA 755 Buenos Aires

LICOR LA RÁBIDA



Hoy como ayer... se brinda con La Rábida.

Tenga siempre en su casa una botella de tan exquisito licor.



DESTILERIAS "LA RÁBIDA"

Edición 1934 - C. R. L. S. 20.000
D'ONOFRIO 130/34 - CIUDADELA F. C. O. - U. T. 653 674

AQUELLA ACTRIZ QUE AMO BAUDELAIRE...

Por Alberto Girri
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Charles Baudelaire, ce frisson nouveau de la poésie française du siècle XIX. Este retrato la pinta tal cual era, arrogante, de aire aristocrático, mirada penetrante y manos de belleza femenina.



Después
Baudelaire
97
1866

La Bizarre déité brune dans les nuits, con quien el poeta tuvo, durante años, una vinculación dlarosa y mbrida. Jeanne Duval, según un retrato de...

La vida amorosa de Charles Baudelaire no tiene ni el prestigio ni lo espectacular de otras figuras del siglo XIX — piénsese en la trilogía Musset, Sand, Chopin—, pero en cambio es trágica y dolorosa como pocas. El gran poeta ocultó con un nunca perdido pudor las locuras a que lo llevaron su extraño temperamento y su cansada fisiología. Tuvo amantes ocasionales, mujerzuelas de la peor índole, a cuyo lado pasó muchas horas cual un siniestro y profundo “dilatante” del vicio. En *Les Fleurs du Mal* no faltan referencias.

Lo que conmueve y admira es ver que, a pesar de los extravíos y mistificaciones, Baudelaire, *ce frisson nouveau* de la poesía francesa, como le llamó Hugo, nunca mezcló a eso su arte superior. La clásica pureza de sus versos —porque en el fondo Baudelaire es un clásico—, la visión de

mundos y cosas hasta entonces desconocidos poéticamente, la increíble y a veces aterradora profundidad de muchos de sus poemas, hacen de este hombre el poeta más extraordinario de su siglo. Su personalidad, dice Theodoro de Banville, viene directamente de Shakespeare, o mejor dicho, de Hamlet.

Un dandy bohemio

Hacia 1842 se incorporaba a los grupos de jóvenes literatos y pintores de la “rive gauche”, una nueva figura. Arrogante, de aire aristocrático, la litografía de Duruy muestra su mirada penetrante e inquisidora y la femenina belleza de sus manos. Provenía de una familia de la alta burguesía francesa, y era hijo de François Baudelaire, un septuagenario treinta y cuatro años mayor que su esposa. Quizá Baudelaire

pagara las consecuencias de un matrimonio tan desigual, y alguna vez dijo: “...estoy enfermo, tengo un mento execrable por culpa de mis amores”. A la muerte de François Baudelaire, la joven viuda casó con el general, un hombre de cierta fortuna y de grandes influencias. Para el niño fue un golpe. Había vivido en la adoración de su madre, y al casarse sintió desposeído y ultrajado. Conoció a su padrastro un odio que duró el resto de su vida. Discusiones, peleas; la madre culpando siempre los arrebatos de su hijo y el general queriendo hacer del niño un futuro personaje de la diplomacia y la política. Para hacerle olvidar llamaban sus absurdas veleidades “el capitán”, amigo de Aupick, prometido de la hija del joven. Viajan hacia Océano...

que aquel crucero, Baudelaire conservará
sus recuerdos que luego asomarán en
el famoso "Albatros" y en su soneto "A
la dama criolla":

*Un pays parfumé que le soleil caresse
connu, sous un dais d'arbres tout em-
[pourpres]
de palmiers d'où pleut sur les yeux la
[pareisse]
dame créole aux charmes ignorés.*

En su regreso, ni su carácter ni sus am-
ores han cambiado. Insolente, injusto
y profundo, pero incomprometido, odiando
vez más al hombre que le quitó a su
amiga querida, como la llama
cartas, exige la herencia paterna.
Necesita el dinero, y se va casi sin des-
de su madre. Tiene ya el aire es-
y el natural desprecio del vidente,
propone cumplir su destino de artista.
Se recordaba los primeros poemas de
de los *Louis le Grand*. Su dinero fá-
promete además aventuras inéditas.
Es imposible precisar cuándo tuvieron
las primeras experiencias amorosas
poeta. El mismo cuenta que en sus
de estudiante pasó con éxito los exá-
del bachillerato, gracias a la in-
de la mujer de uno de los exami-
No es imposible que ello sea una
mistificaciones a que lo llevó su
en épater le bourgeois, mas lo cier-
que algo extraño sucede en su

genial y refinado, con la mulata antillana,
de ojos viciosos y anchas caderas? Parece
aceptable la versión de Camille Maucclair,
quien refiere que cierta noche, después
de haber cenado junto a su amigo el po-
eta Gerard de Nerval, Baudelaire, vaga-
bundo impenitente, llegó a cierto teatro
de infimo orden, cuyos espectáculos gro-
tescos y obscenos divertían, por extraña
contradicción, al esteta que era Baudelaire.
Se representaba "El sistema de mi tío",
un acto con couplets. Entra en escena una
mulata, para decir: "la cena está servi-
da", o algo semejante, y allí termina su pa-
pel. El poeta queda impresionado; sien-
te ya por esa mujer una atracción desco-
nocida e imperiosa, se acerca a ella y cor-
teja, con sus modales refinados, a aque-
lla mulata de orígenes oscuros, llegada,
sabe Dios cómo, desde Santo Domingo. So-
bre los atractivos de Jeanne, las opiniones
son dispares; un amigo de Baudelaire dice
que no era ni muy negra ni muy bella,
de pecho hundido y elevada estatura.
Theodoro de Banville, en cambio, ve en
Jeanne una criatura con algo de divino y
algo de bestial.

Después de algunas entrevistas, una no-
che Baudelaire va a la pobre habitación
de la mulata, y se inicia la vinculación do-
lorosa y mórbida, que ataría a la pareja
durante casi veinte años. Cada vez que
abandona la "rue" de la Femme sans Tête
—así se llama la calle donde ha instalado
a Jeanne—, el poeta siente la bajeza de
su relación con esa mujer, obscena, pere-
zosa y estúpida. Pero su atracción física
lo vence. Vuelve a ella una y otra vez y
volverá siempre. En 1856, en una carta
dirigida a su madre, dice: "...nuestras
relaciones de hace más de catorce años
se han roto. Hice lo humanamente posible
para que eso no sucediera. La lucha duró
quince días; ella sostenía que mi carácter
es intratable y que por otra parte, algún
día le habría de agradecer esa resolución"
y luego: "...esa mujer era mi única dis-
tracción, mi único placer, mi único ca-
marada".

Consciente de la servidumbre sexual en
que el poeta vive, Jeanne le hace la vida
imposible. Mucho del indudable valor con-
fesional que tienen *Les Fleurs du Mal*, hay
que buscarlo en la genial transfiguración
poética que Baudelaire opera con la im-
agen de esa mujer, y la conciencia de la
bajeza que significa estar a su lado.

Las peleas entre los amantes son con-
tinuas. Se engañan mutuamente: ella con
cualquiera; él vuelve a las mujerzuelas.
Una noche, borracho, la golpea con un can-
delabro y la hierre. Se separan, mas ella
lo persigue buscándolo los pocos francos
que restan a Baudelaire de su herencia. Es
el final o casi, y sin embargo el poeta no
la abandonaría nunca. Ya no vivieron jun-
tos, pero esporádicamente acudía a ella,
que fue la única mujer con quien el amor
no resultó un fracaso doloroso y humi-
llante:

"...Je t'adore à l'égal de la route nocturne
O vase de tristesse, o grande taciturne." ♦

EL SECRETO DEL PODER

Para el hombre y la mujer, al alcan-
ce de su mano, por sólo m\$N. 4.50
c/l. (único desembolso) y a vuelta de
correo recibirá certificada una mara-
villa de la ciencia que le abrirá los
ojos para brillar en la vida como bri-
lla en el firmamento una estrella de
primera magnitud, sin talismanes,
mascotas ni otras supersticiones.

La organización editora "Sueca
SKÄ", siembra felicidad y riquezas
positivas a seres ambiciosos de un
futuro mucho mejor.

Gire por correo o banco, sin temor
y sin dilación, el importe de \$ 4.50, a:

Sr. Gerente de "SKÄ"
LAVALLE 1362 • Buenos Aires

IMPORTANTE: No omita su nombre y
dirección postal.

UN EMPLEO POR \$ 5 MENSUALES

Usted puede seguir el curso de
VENDEDORES

para ambos sexos que dictamos por correspon-
dencia, y, al FINALIZAR EL MISMO, le daremos
un puesto en una importante Empresa, a la
que debemos proveer de personal.

Enviando \$ 6.00 en estampillas recibirá una lección de muestra.

Solicite informes a

AMCAR

Diag. Roque Sáenz Peña 615 - Buenos Aires

GUITARRAS
FABRICANTES DESDE 1870
DESDE \$18 HASTA \$1.500
PREPARADAS POR
CONCERTISTAS
Y MAESTROS
COMPROMETIDOS
GUITARRAS
ANTIGUA
CASA NÚÑEZ
SUC. DIEGO & GRACIA
SARMIENTO 1573 - Bs. As.
LOS REMITIDOS
GRATIS

**DURAN QUE
DA GUSTO**
**REPASADORES
ORO y PLATA**
COLORES FIRMES
GARANTIZADOS

Devol.
Bourre déité brune dans les nuits
llama Baudelaire a Jeanne Duval en
canto famoso. ¿Cómo se encontraron?
extrañas afinidades unieron al poeta



Baudelaire, vagabundo impenitente, gustaba re-
correr los barrios sórdidos de la ciudad en busca
de espectáculos grotescos u obscenos que, por
extraña contradicción, divertían su alma de es-
teta. Fue en un teatro de esos barrios donde
conoció a Jeanne Duval.

LOS ASESINATOS

(EL CARRETERO DE "LA PROVIDENCIA")

TEXTO INTEGRAL
de la famosa novela policial de
GEORGES SIMENON

TAPA E ILUSTRACIÓN DE ARTECHE



I

LA ESCLUSA 14

DESPUÉS de reconstituidos con la mayor minuciosidad los hechos, del expediente no se desprendía otra cosa sino que era poco menos que imposible hallar el rastro del descubrimiento hecho por los dos carreteros de Dizy.

Aquel domingo 4 de abril, la lluvia comenzó a caer a torrencios a partir de las tres de la tarde.

En ese preciso momento estaban en el puerto, a la altura de la esclusa 14, que forma la unión entre el Marne y el canal lateral, dos barquitos de los llamados chalanas de motor, que descendían por el canal a favor de la corriente; un barco en descarga, y una draga.

Poco antes de las siete de la tarde, en el instante en que comenzaba el crepúsculo, un barco-cisterna, el *Eco III*, habíase anunciado y penetraba en el perímetro de la esclusa.

Su arribo había provocado el mal humor del encargado de la esclusa, que tenía en casa la visita de unos parientes, y que hizo un gesto negativo al personal de un barco, tirado desde la orilla por dos caballos, que llegaba inmediatamente después, arrastrado lentamente por las caballerías.

De regreso en su casa, el encargado de la esclusa no tardó en ver llegar al carretero, a quien conocía.

—¿Puedo pasar? El patrón desearía dormir mañana en Juvigny...

—Pasa si quieres, pero si tú mismo te encargas de cerrar las puertas...

La lluvia caía cada vez con mayor violencia. Desde su ventana, el encargado de la esclusa vio la silueta rechoncha del carretero, que iba pesadamente de una puerta a la otra, hacia avanzar a sus caballos hasta dentro del barco, yataba los cabestros a la borna de amarre.

La chalana fué entrando en la esclusa, ele-

vándose poco a poco en el agua, hasta la altura de los muros. El timón era gobernado, no por el patrón, sino por su mujer, una bruxelense gorda, de cabellos de un rubio chillón y voz aguda.

En pos del *Eco III*, a las siete y veinte, la chalana *La Providencia* llegó hasta detenerse frente al *Café de la Marina*. Se hizo entrar a bordo a los caballos que remontaban la embarcación contra la corriente desde la orilla, y el carretero y el patrón se dirigieron hacia el café, en el que se hallaban otros marineros y dos pilotos de Dizy.

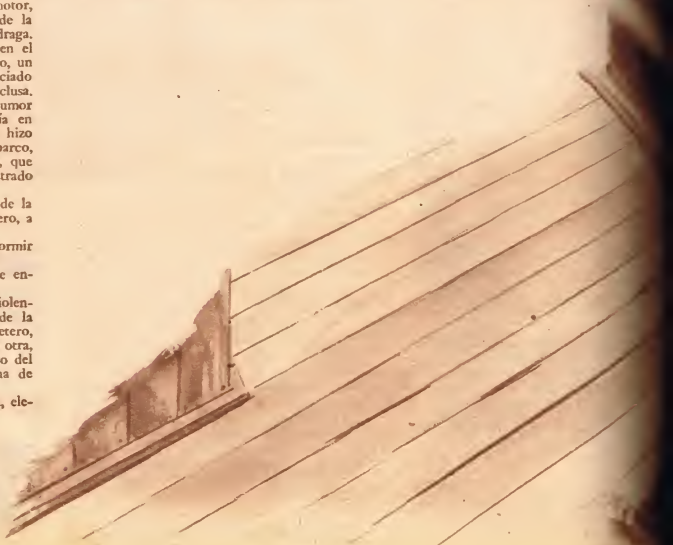
Ya había caído por completo la noche y eran las ocho cuando llegó un remolcador, encabizando los cuatro barcos que arrastraba.

Todo aquello engrosó el contingente del *Café de la Marina*; pronto se llenaron seis mesas. Sus ocupantes se intercambiaron una a otra. Los hombres, que comenzaban entrando, dejaban tras de sí regueros de cenizas y sacudían sus botas enlodadas.

Las mujeres se ocupaban de las pizcas en la pieza inmediata, iluminada por una lámpara para petróleo.

Reinaba una atmósfera densa y los contertulios discutían acerca de algún suceso ocurrido en la esclusa 8 y de los barcos que podían sufrir los barcos que pasaban por la corriente.

A las nueve, la marinera de *La Providencia* vino a buscar a su marido y al carretero.



DEL CANAL



partieron después de dirigir un saludo general.

Y a las diez se habían apagado las lámparas en la mayoría de los barcos. El encargado de la esclusa acompañó a sus pacientes hasta la carretera general de Epernay, que atravesaba el canal, a dos kilómetros de la esclusa.

Nada vió el hombre de anormal. Como pasara, al regresar, frente al *Café de la Marina*, lanzó un ruido hacia adentro y fué llamado por un piloto:

— ¡Ven a echar un vaso! Estás empapado... Sin sentarse siquiera, bebió un vaso de ron. Dos carreteros, que en aquel instante se levantaban, con el aire entorpecido por el vino tinto y los ojos brillantes, se dirigieron hacia la caballeriza próxima al café, en donde dormían sobre la paja, junto a sus caballos.

No estaban completamente borrachos; pero habían bebido lo suficiente para dormirse con un sueño de plomo.

En la caballeriza, iluminada tan sólo por una lámpara protegida y a media luz, había cinco caballos.

Eran las cuatro de la mañana cuando uno de los carreteros despertó a su compañero y ambos comenzaron a limpiar a los caballos. Los hombres oyeron cómo se sacaba a los animales de tiro de *La Providencia* y se los unía.

El patrón del café, que se levantaba a la misma hora y encendía la lámpara en su habitación situada en el primer piso, oyó también cómo *La Providencia* se ponía en marcha.

Comenzó a recargar el motor Diesel del barco-cisterna a las cuatro y media, pero el barco no partió hasta un cuarto de hora después, luego que el patrón hubo ingerido un grog, en el café cuyas puertas acababan de abrirse.

Apenas si había abandonado el café y el barco no había llegado al puente, cuando los dos carreteros hicieron su nacabro descurbrimiento.

Mientras uno de ellos conducía sus caballos hacia el camino de sirga, el otro, que buscaba entre la paja su látigo, sintió que su mano tocaba un cuerpo frío.

Impresionado, creyendo ver un rostro humano, provióse de una linterna, y con ella iluminó el cadáver que iba a trastornar a todo Dizy y a agitar la vida del canal.



Tales eran los hechos que el comisario Maigret, de la Primera Brigada Móvil, se ocupaba de recapitular, situándolos en su cuadro correspondiente.

— Ocurría esto el lunes por la noche; aquella misma mañana, el juez de Instrucción de Epernay se había trasladado al lugar del hecho, y el cuerpo había sido conducido a la morgue, después de las comprobaciones de la Identidad Judicial y de los médicos forenses.

Continuaba lloviendo, ahora caía un agua menuda, cernida y fría, que no había cesado durante la noche y el día enteros.

Iban y venían las siluetas humanas, en torno a las puertas de la esclusa, sobre cuyas aguas elevábase un barco lentamente.

El comisario sólo se ocupaba, desde hacía una hora, en familiarizarse con aquel mundo, nuevo para él, que por primera vez descubriría y acerca del cual sólo tenía a su llegada nociones falsas o confusas.

El guardián de la esclusa le había dicho: — No había casi nada en el tramo del canal: dos barcos a motor, descendentes, otro de subida, que salió de la esclusa a mediodía, una chalana y dos "Panamá". Y luego el remolcador que llegó con sus cuatro barcos a la rastra...

Y Maigret tomaba nota de que un "caldero" es un remolcador y de que un "Panamá" es un

barco que no tiene ni motor, ni caballos a bordo, y aulica a un carretero y sus caballos para hacer un recorrido determinado, lo que constituye la navegación en pleno día.

A su llegada a Dizy, sólo había visto un estrecho canal, situado a tres kilómetros de Epernay, y un pueblito de escasa importancia junto a un puente de piedra.

Vióse forzado a hundir sus pies en el lodo, a lo largo de todo el camino hasta la esclusa, a que a su vez estaba situada a dos kilómetros de Dizy.

Allí había encontrado la casa del encargado de la esclusa, que tenía sobre sus piedras grises el cartel: Oficina de Declaraciones.

Y seguidamente el *Café de la Marina*, la segunda y única construcción del contorno, en el que entró.

Tenía el establecimiento un salón pobre, con sus naves recubiertas de hule y sus muros, pintados la mitad de oscuro y la otra mitad de color amarillo sucio.

Pero reinaba allí un olor característico y que bastaba para marcar la diferencia con un café de una ciudad campesina. Aquí olía a caballeriza, a monturas, a brea, almácen, petróleo y gas-ol.

La puerta de entrada tenía una pequeña campanilla y en los cristales había pegados anuncios transparentes.

Dentro, el local estaba atiborrado de mercaderías: impermeables de hule, zuecos, trajes de marineros, bolsas de papas, barmiles de aceite comestible y cajas de azúcar, de arvejas, porotos, todo ello necezlado con legumbres y cachorros de lora.

No se veía un cliente. En la caballeriza no había más que el caballo que su propietario enganchaba para ir al mercado, un gran animal tordo, tan manso como un perro, que no estaba nunca arado y que de vez en cuando se pasaba por el corral, en medio de las gallinas.

La nota general dominante era que todo chorreaba del agua que caía; y las gentes que pasaban iban con sus impermeables negros y relucientes, todas inclinadas hacia adelante.

A unos cien metros, un trencito de vagones de lora y venía en una cantera, y su conductor, sentado detrás de una locomotora en miniatura, había fijado en ella un paraguas, bajo el que procuraba mantenerse, friolento y con los hombros encogidos.

Aljándose del borde del canal, una chalana avanzaba lentamente, hacia una esclusa, de la que salía otro barco gemelo.

— ¿Cómo había venido allí la mujer? ¿Y por qué? Tal era la pregunta que la policía de Epernay, el juez de instrucción, los médicos y los técnicos de Identidad Judicial, se habían dirigido asombrados, y que el propio Maigret revolvía en su pesada cabeza.

La mujer había sido estrangulada — tal era la primera comprobación — y la muerte debió ocurrir el domingo por la noche, aparentemente hacia las diez y media.

Y el cadáver había sido descubierto en la caballeriza, poco después de las cuatro de la mañana.

Cerca de la esclusa no pasa ningún camino. Nada puede atraer hasta allí a nadie que no se ocupe de navegación. El camino de travesía es demasiado estrecho para permitir el paso de un automóvil, y en cuanto a ir caminando... — aquellos noche hubiera sido preciso hundirse hasta media pierna en los charcos y en el barro.

Ahora bien; la mujer asesinada pertenecía a una clase social que se traslada de un punto a otro en coche de lujo y en pullman, más bien que a pie.

Vestía tan sólo un traje de seda color crema y zapatos de ganuza blanca, que más bien parecía calzado de playa que de ciudad.

El vestido estaba arrugado, pero no sentaba ni una mancha de barro. Sólo la de su zapato izquierdo estaba todavíajada en el momento en que se descubrió el cadáver.

— ¡De treinta y ocho a cuarenta años! — había afirmado el médico después de examinarla.

Losaros de sus orejas eran dos perlas gráficas, que valían alrededor de quince francos. Una pulsera, de oro y platino, celada según el gusto extra moderno, era estética que costosa, pero llevaba la de un joyero de la plaza Vendôme.

Tenía los cabellos oscuros, ondulados, muy cortos en la nuca y las sienes.

En cuanto al rostro, desfigurado por estrangulación, había debido ser de una belleza bastante llamativa.

Una mujer brillante, en suma.

Sus uñas, cuidadas por manicura y esmalizadas, estaban sucias.

No se había hallado cartera alguna al cuerpo. La policía de Epernay y de Reims y París, provistas de una foto del cadáver, trataban en vano, desde mañana, de establecer su identidad.

Y la lluvia caía sin tregua sobre el paisaje. A izquierda y derecha se veía el horizonte, limitado por colinas de rayas blancas y negras, sobre cuyas viñas parecían, en aquel momento estación, cruces de madera en un campo del frente.

El encargado de la esclusa, que seguía tan sólo por su gorra con galones teñidos, daba vueltas, con aire anonadado, en torno a la esclusa, en la que el agua estaba a agitarse cada vez que abría las puertas.

Refería la historia a todos los que cada vez que un barco bajaba o subía la corriente.

Algunas veces, después de firmadas las reglamentarias, ambos interlocutores daban a zancadas al *Café de la Marina* cieban unos vasos de ron o de vino.

En su conversación, el guardián iba con un gesto de su barbilla a Maigret, vagando sin finalidad precisa, debiendo un aspecto de gran emoción.

Era indiscutible que el asunto se trataba de una manera francamente anormal, siquiera fuera un testigo a quien buscar.

Porque el juez de instrucción, tras de explorado largamente al encargado de la esclusa, y de haber conversado con el dueño de puentes y rutas, había resuelto ir a todos los barcos en libertad de su camino.

Los dos carreteros fueron los últimos a partir, hacia las doce, llevando cada uno un "Panamá".

Como a cada tres o cuatro kilómetros hay una esclusa, y todas están unidas telefónicamente, podía saberse en cualquier momento el lugar en que se encontraba de los barcos e interceptar el paso.

Por otra parte, un comisario de policía Epernay había interrogado a todo el mundo y Maigret tenía a su disposición las actas de aquellos interrogatorios, de los que sacaba en limpio que la realidad era tan como inverosímil.

Cuando se se hallaban la víspera en el *Café de la Marina*, eran conocidos, ya del dueño del encargado de la esclusa, si no ambos.

En cuanto a los carreteros, dormían no menos una vez por semana, en la caballeriza, y siempre en el mismo vecino a la embriaguez.

— ¡Hágase usted cargo! En cada esclusa echaba un trago... Casi todos los días venden bebidas...

Poderoso Atractivo

Una mujer sin perfume es como una flor sin aroma. Su belleza se ve por los ojos. Por su aroma se la presente, y ese aroma se recuerda, como se recuerda su imagen.

Posea Ud. el poderoso atractivo que presta a toda mujer el sugestivo aroma de Loción CHIPRE de PREAL.

En todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

Camauër y Cia. - Soc. de Resp. Ltda.

Capital \$ 200.000.— 5%.

Inclán 2839/47 - Buenos Aires

REPRESENTANTES:

URUGUAY: José C. Codenazzi y Cia. Paysandú 906, Montevideo.

PARAGUAY: Vicente Scavone y Cia. Palma 224-26, Asunción.



MARJORIE REYNOLDS
Artistas Unidos



EXTRACTO
Y LOCION

Chipre de PREAL

(El perfume femenino por excelencia)

El barco-cisterna, llegado el domingo después de mediodía, y que volvió a salir el lunes por la mañana, transportaba nafta y pertenecía a una fuerte compañía del Havre.

Y *La Providencia*, cuyo patrón era su propietario, pasaba veinte veces por año con sus dos caballos y su viejo carretero, ¡Y otro tanto ocurría con los demás!

Maigret estaba nohino. Entró cinco veces en la caballería y luego en el café o en el almácen.

Viósele caminar hasta el puente de piedra, con aire de ir contando sus pasos o buscando algo en el barro; y hosco, chorreando agua, asistió por lo menos a diez partidas de barcos de la esclusa.

Todos se preguntaban cuál era su idea acerca del caso: la verdad era que no tenía ninguna. Ni siquiera trataba de descubrir un indicio; se entregaba tan sólo al esfuerzo de impregnarse del ambiente, de apesarse aquella vida del canal, tan diferente de todo lo que él conocía.

Habíase asegurado de que le podían prestar una bicicleta en el caso de que deseara alcanzar a uno u otro de los barcos.

El encargado de la esclusa le había puesto entre las manos la guía oficial de la navegación interior, en la que localidades desconocidas, como aquella de Dizy, toman, por razones topográficas, o a causa de un enlace, de un cruce, de la presencia de un puerto, de una grúa, hasta de una oficina de declaración, una importancia insospechada.

Trataba el comisario de seguir con el pensamiento a las chalanas y a los carreteros: "Ay — Puerto — Esclusa N° 13".

"Marcel-sur-Ay — Astillero — Puerto — Zona de viraje — Esclusa N° 12 — Cota 74,36..."

Luego: Bisseuil — Tours-sur-Marne — Condé — Aigny..."

Allá, al final del canal, sobre la meseta de Langres, que los barcos escalaban, esclusa por esclusa, y que descendían luego, sobre la otra vertiente, hasta el Saone, Châlon, Mâcon, Lyon...

—¿Qué vino a hacer aquí esta mujer?

¡A una caballería, con sus perlas en las orejas, su pulsera de estilo y sus zapatos de blanda guma!

Debía llegar en vida, puesto que el crimen se había cometido después de las diez de la noche.

Pero, ¿cómo?, ¿y por qué? ¡Y nadie había oído nada! ¡No había gritado, entonces! ¡Los dos carreteros no se habían despertado!

¡Sin el lágrimo extraviado, no se hubiera descubierto el cadáver hasta después de quince días, acaso de un mes, al remover la paja!

¡Y otros carreteros hubieran venido a poner cal allí, al lado de aquel cuerpo de mujer!

No obstante la fría lluvia, flotaba en la atmósfera algo pesado e implacable. Y el ritmo de la vida era lento.

Gentes calzadas con botas o con zuecos, se arrastraban sobre los muros de la esclusa o a lo largo del camino de sirga. Algunos caballos, calados de agua, esperaban el vaciado de la esclusa para partir de nuevo, curvados en un esfuerzo progresivo y apoyándose en sus patas traseras.

Iba el sol a ocultarse otra vez, desde la vispera. Ya las chalanas que ascendían el canal no continuaban su ruta, sino que eran amarradas para el transcurso de la noche, mientras que los marineros, entorpecidos, se dirigían en grupos hacia el café.

Maigret fué a echar una mirada a la habitación que acababan de prepararle, junto a la del patrón. Permaneció allí unos diez minutos, cambió de calzado y limpió su pipa.

En el instante en que volvía a bajar, un yacht, conducido por un marinero con su impermeable de hule, se adelantaba por la orilla, lentamente, daba marcha atrás, y se detenía, sin chocar, entre dos bormas.

Todas esas maniobras fueron realizadas únicamente por el marinero. De la cabina salieron un poco después dos hombres, que miraron con fastidio en torno suyo y acabaron por dirigirse al *Café de la Marina*.

También ellos estaban cubiertos por dos impermeables de hules, pero cuando se los sacaron, aparecieron vestidos con camisas de franela, abierta sobre el pecho, y pantalones blancos.

Los marineros les miraron, sin que los recién llegados manifestasen la menor molestia. ¡Ay, contrario! Aquella vestimenta parecía serles familiar.

Uno de ellos era alto, grueso, de cabellos encanecidos, con una tez color ladrillo y ojos salientes de color verde azulado, que se deslizaban sobre las personas y los objetos como si no los vieran.

Dejóse caer sobre una silla de paja, atrajo otra para apoyar los pies, e hizo chascar sus dedos para llamar al patrón.

Su compañero, que aparentaba tener unos veinticinco años, le hablaba en inglés con una negligencia que denunciaba snobismo.

Este último fué el que pidió, hablando sin ningún dejo particular:

—¿Tiene usted champaña natural?... ¿No espumoso?...

—Tengo...

—¿Traigame una botella...

Ambos fumaban cigarrillos con boquilla de cartón, importados de Turquía.

La conversación de los marineros, cortada durante un instante, reanudóse vivamente.

Poco después que el patrón hubiera servido el vino pedido, entró el marinero, vistiendo también pantalón blanco y jersey de marino con rayas azules.

—Aquí, Vladimir...

El más gordo bostezaba, expresando de este modo su exuberante aburrimiento. Vacío su vaso, con un gesto que sólo denotaba una mediana satisfacción.

—¿Una botella!... murmuró dirigiéndose al más joven.

Y este repitió en alta voz, como si estuviera habituado a transmitir así las órdenes:

—¿Una botella!... ¡Del mismo vino!...

Maigret salió de su rincón, en donde había tomado asiento ante un vaso de cerveza.

—Perdón, señores... ¿Puedo permitirme hacerles una pregunta?...

El más viejo designó a su compañero con un gesto que quería decir:

—¿Diríjase usted a él!

No demostraba ni sorpresa ni interés. El marinero, que se servía de beber, cortó después el extremo de un cigarrillo.

—¿Llegan ustedes por el Marne...

—Sí, desde luego, por el Marne...

—¿Estuvieron ustedes amarrados lejos de aquí la última noche?

El gordo volvió la cabeza, y dijo en inglés: —Contéstale que eso no le importa!

Maigret fingió no haber comprendido, y, sin añadir palabra, sacó de su cartera la fotografía del cadáver y la depositó sobre el hule de la mesa.

Los marineros, sentados, o en pie ante el mostrador, seguían la escena con la mirada.

Movió apenas los ojos, para mirar la fotografía el hombre del yacht; examinó luego a Maigret, y exclamó con un suspiro:

—¿Policia?

Tenía un marcado acento inglés y una voz cansada.

—¿Policia judicial! Se ha cometido aquí un crimen la última noche. La víctima no ha podido ser aún identificada.

—¿Dónde está? —preguntó el otro levantándose y designando la fotografía.

—En la morgue de Epemay. ¿La conocen ustedes?

El rostro del inglés era impenetrable. Pero Maigret, sin embargo, observó que su enorme y apolético cuello se volvió violáceo.

Tomó su gorra blanca, la clavó en su calvo, y comenzó a gruñir primero en mientras se volvía hacia su compañero: —¡Nuevas complicaciones!

Por último, indiferente a la atención de los marineros, declaró después de dar una pata a su cigarrillo:

—¿Es mi mujer!

Oyóse aún más claramente el tintineo de la lluvia sobre los cristales y hasta el de las manivelas de la esclusa. Durante segundos, pesó un silencio absoluto, en toda la vida hubiera quedado en el agua.

—Encárguese de pagar, Willy...

Y echándose el impermeable sobre los hombros, sin meterse las mangas, el inglés culló dirigiéndose a Maigret:

—Venga usted al barco...

El marinero a quien había llamado Willy, acabó primero la botella de champagne y luego partió, como había venido, en el yate de Willy.

Lo primero que vió el comisario al bajar a bordo del barco, fué a una mujer acurrucada, los pies desnudos y el cabello, que dormía sobre una cucheta de ciopelo granate.

Tocóle el inglés el hombro, y como no ton con que había hablado antes, le pizca de galantería, le ordenó:

—Vete fuera...

Luego esperó, tendiendo su mirada sobre la mesa plegadiza, en la que había frasco de whisky y media docena de cigarrillos, acompañados de un ceniciento, bordado de puntas de cigarrillo.

Maquinalmente, terminó por servirse beber, y con una pizca la botella hacia él, en un gesto que quería decir:

—Si gusta usted...

Una chalana cruzaba a ras del agua del barco, y a cincuenta metros de él el carretero hacía parar a sus caballos, campanillas se oía tintinear.

II

LOS HUESPEDES DEL SOUT CROSS

Maigret era, poco más o menos, fuerte y robusto como el inglés; su placer era hecho legendaria entre el personal de Jefatura de Policía; pero, a pesar de eso, estaba ahora impaciente ante la calma del interlocutor.

El caso era que aquella calma le hacía la consigna que reinaba a bordo del yate del marinero Vladimir hasta la mujer que había de ser despertada de su sueño. Él, igual era indiferente o no sabía lo que hubiera creído ser a quienes le daba del pecho al día siguiente de una común borrachera.

Un detalle, entre otros mil: al bajar a la cabina, mientras que buscaba la caja de la mujer vió la fotografía que el inglés había depositado sobre la mesa, y que era el corto trayecto del *Café de la Marina* y el yate se había mojado.

—¿Mary?... —preguntó con un acento estrechecimiento,

—¿Mary, sí!

¡Y eso fué todo! La mujer salió corriendo, y Maigret, que estaba en la puerta que daba hacia la proa, y que quería conducir al lavabo.

Willy, que llegaba al puerto, inclinado la escotilla. El salón era reducido, estaba de madera de caoba barnizada, eran blancos y debían dejar oír todo desde el fondo, porque el propietario miró hacia aquel lado, frunciendo el entrecejo, luego hacia el joven, al que dijo con impaciencia:

—¡Vámonos!... ¡Entre!...

Y dirigiéndose a Maigret, agregó mente:

—Sir Walter Lampson, coronel retirado
Ejército de la India!
A la vez que acompañaba su propia presen-
cia con un leve y seco saludo y un ges-
to con el que designaba la banqueta.
—¿Y el señor?... —preguntó el comisario
viéndose hacia Willy.
—Un amigo... Willy Marco...
—¿Español?

El coronel se encogió de hombros. Mai-
escurtaba con la mirada el rostro mani-
estamente israelita del joven.
—Griego por parte de padre... Húngaro
de la madre...

—Me veo obligado a dirigirle ciertas pre-
guntas, sir Lampson...

Willy se había sentado con aire desentru-
ado el brazo de un sillón y se balanceaba,
dejando fumar su cigarrillo.
—¿Le escucho?

—Pero en el momento en que Maigret iba
a hablar, preguntó:

—¿Quién es el autor? ¿Se sabe?

—Habla del autor del crimen.

—No se ha descubierto nada hasta ahora.
eso será usted muy útil a la investigación,
mándome acerca de algunos extremos...

—Con una cuerda? —agregó aún, lleván-
do la mano al cuello.

—No! El asesino ha usado simplemente las
manos. Cuando vió usted a mistress Lamp-
son por última vez?

—Willy...

—Previamente, Willy era el hombre en-
cargado de todo; de pedir las bebidas y
contestar a las preguntas dirigidas al co-

—En Meaux, el jueves por la tarde —dijo
Maigret.

—¿Y no denunció usted su desaparición
a la policía?

—Lampson se servía en aquel momento
un nuevo whisky.

—Por qué? Ella hacía lo que quería, ¿no
es así?

—Desaparecía a menudo de esa manera?

—De vez en cuando...

—Se oía la lluvia caer sobre el puente, por
encima de sus cabezas. El crepúsculo iba ce-
rrando el paso a la noche y Willy Marco
giró el conmutador eléctrico.

—¿Están cargados los acumuladores? —pre-
guntó el coronel en inglés —. ¿No pasará lo
otro día?

—Maigret hacía esfuerzos para dar a su in-
terrogatorio un sentido preciso; pero sen-
tía cesar solicitado por nuevas impre-

—A pesar suyo, todo lo miraba y en todo
había a la vez, de modo que tenía la ca-
beza llena de una confusión de ideas.

—Sentíase aún más molesto que indignado
por aquel hombre que, en el Café de la
Pauze, había lanzado una ojeada al retrato,
mirando con un estremecimiento:

—¿Es mi mujer...

—¿Es Mary?...

Y ahora Willy Marco continuaba balan-
zándose sin cesar, con el cigarrillo prendido
entre los labios, mientras que el coronel se ma-
nifestaba inquieto por los acumuladores!

—Era indudable que en la atmósfera neu-
tralizada de su oficina, el comisario hubiera lleva-
do a buen fin un interrogatorio ordenado.
Willy comenzó por quitarse el abrigo, sin que
nadie le hubiera invitado a ello, y recuperó
el retrato, que era siniestro, como todas las
fotografías de cadáveres.

—¿Vive usted en Francia?

—En Francia, en Inglaterra... Algunas ve-
ces en Italia... Siempre con mi barco, el
Southern Cross.

CACHETS FUCUS ANTINEURALGICO

HOMBRES DEBILES

Nuevo método matutino (Hidro-Neumático) BIER y KUHNE alternado, para
combatir en privado los TRASTORNOS GENESICOS y restaurar sin drogas el
VIGOR MASCULINO PERDIDO. NUEVA PATENTE concedida por el SUPERIOR
GOBIERNO DE LA NACION ARGENTINA BAJO EL N° 44.485.

GRATIS

Pidan folleto explicativo "L" a Ortopedia "JUPITER", Casilla Correo 1924
Bs. Aires, incluyendo \$ 0.30 para franqueos.

ALBUM DE TEJIDOS

tricot de moda



Reproducción en tamaño
mucho reducido del Album
y de los grabados que
ilustran uno de los mo-
delos;



Todas las novedades exclusivas en materia de tejidos, para las cuatro estaciones del año, apa-
recen en este hermoso Album, lujosamente presentado y que pertenece a la nueva Colección
"MARIBEL".

Las mujeres habilidosas que lo esperaban con tanta ansiedad, no quedarán defraudadas, pues
hallarán en él cuanto necesitan para la realización de las prendas más bellas, desde formas,
puntos y nuevas combinaciones de colores, hasta las explicaciones claras y concisas que
facilitarán su tarea.

Originales pullovers, blusas, chalecos y chaquetas, creados por el delicado buen gusto de la
señora Elizabeth de Faludi exclusivamente para TRICOTS DE MODA, están en esta forma a
disposición de las lectoras, quienes, sin duda, se apresurarán a adquirirlo, como fuente segura
de inspiración para las más bonitas labores que hayan ejecutado nunca...

Con tapas en fino cartón, papel especial y encuaderna-
ción sistema Avon, perforado, con alambre sin fin, que
permite doblar la página en la labor escogida, protegiendo
su mejor conservación a pesar de su uso continuado.

Tamaño 31 x 23 centímetros.

Se vende al extraordinario precio de \$ 8.- (Flete: 30 ctvs.)

Solicítelo a su librero o a la
EDITORIAL SOPENA
ARGENTINA, S. R. L.

Capital \$ 3.600.000

Esmeralda 116 - U. T. 33 - 0063

Adjunto \$ 8.30 para que me remitan por certificado
y a vuelta de correo el album TRICOTS DE MODA.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 242

¡AQUÍ ESTÁ!

anuncia: GÜEMES, EL SEÑOR GAUCHO

Biografía novelada de
la más romántica y
legendaria figura
de nuestra historia.

La Epopeya de
los días de la
Independencia
en un heroico
rincón de la
Patria: Salta.

GÜEMES, EL SEÑOR GAUCHO

Güemes, adorado por su pueblo y Güemes
incomprendido y perseguido por los poderosos;
Güemes, elegante caballero de los salones, y
Güemes, gaucho vestido de jirones en las que-
bradas de Humahuaca; Güem'es, comandante
de desordenadas partidas gauchas, y Güemes,
estratega de alta escuela...

El destacado escritor y periodista MANUEL M.
ALBA ha buscado en el documento histórico
y en la verdad popular de la leyenda los ele-
mentos para realizar esta serie intitulada:

GÜEMES, EL SEÑOR GAUCHO

cuyo primer capítulo comenzará a publicarse en las páginas de
¡AQUÍ ESTÁ! a partir del próximo número Jueves 22 de Junio



—¿Viene usted de...?
—¡Paris!— contestó Willy al que el coronel había hecho signo
hablar—. Hemos permanecido allí unos quince días, luego de
pasado un mes en Londres...
—¿Vivían ustedes a bordo?
—No! El barco estaba en Auteuil. Nos alojamos en el Hotel Ru-
pail, en Montparnasse...
—El coronel, su mujer, la persona que acabo de ver aquí y usó
—¡Sí! Esta señora es la viuda de un diputado sudamericano: Madame
Negretti.
Sir Lampson, lanzando un suspiro de impaciencia, recurrió de
al inglés, para decir:
—Explíquese de prisa; si no estará aquí todavía mañana por la
mañana...
Maigret no movió un músculo. Sólo que a partir de entonces,
sus preguntas con un dejo de brutalidad.
—¿Es parienta suya madame Negretti? —preguntó a Willy.
—En absoluto...
—Es completamente extraña, tanto a usted como al coronel...
re usted decirme cómo están situadas las cabinas?
Sir Lampson bebió un trago de whisky, tosió y encendió un
garrillo.
—En la proa está la cabina de la tripulación, en donde duermen
diminir, que es un ex asistente de la marina rusa... Formó parte
la flota de Wrangel...
—¿No hay otro marinero? ¿No hay sirviente?
—Vladimir se encarga de todo...
—¿Y después?
—Entre la cabina de la tripulación y este salón, se encuentra
derecha la cocina y a la izquierda el cuarto de baño...
—¿Y en la popa?
—El motor...
—Entonces eran ustedes cuatro en esta cabina?
—Hay cuatro cučetras... primero las dos banquetas que ve
que se transforman en divanes... Y luego...
Vladimir dirigióse hacia una de las paredes, abrió una especie
cho cajón, y puso a la vista un lecho completo.
—Hay uno a cada lado..., ya lo ve usted...
En efecto, Maigret comenzaba a ver allí un poco más claro, y
prendía que no tardaría en estar al corriente de los secretos de
lla singular habitación.
Los ojos de coronel estaban glaucos y húmedos, como ojos de
rracho. Parecía desinteresarse de la conversación.
—¿Qué ocurrió en Meaux? Pero, antes de todo, ¿cuándo
allí?
—El miércoles por la noche... Meaux está a una jornada de
Habíamos llevado a dos amigos de Montparnasse...
—Continúe...
—Hacía muy buen tiempo... Hemos hecho funcionar la
y bailado sobre el puente... Hacía las cuatro de la madrugada
a nuestras amigas hasta el hotel; debieron tomar el tren del
guiente...
—¿Dónde estaba amarrado el Southern Cross?
—Cerca de la esclusa...
—No surgió ningún acontecimiento durante el jueves?
—Nos levantamos muy tarde, tras de haber sido despertados
nudo por el ruido de una grúa que cargaba piedras en una
cerca de nosotros... El coronel y yo tomamos el aperitivo en
dad... Por la tarde... espere usted... El coronel se durmió
jugué al ajedrez con Gloria... Gloria es madame Negretti...
—Sobre el puente?
—Sí... Estoy seguro de que Mary salió a pasear.
—¿Y no volvió?
—¡Perdón! Primero comió por la noche... El coronel propo-
sar la noche en un dancing y Mary se negó a acompañarnos...
regresamos, hacia las tres de la madrugada, Mary no estaba
—¿No realizaron ustedes ninguna gestión para buscarla?
Sir Lampson recleaba con sus dedos sobre la barnizada mesa.
El coronel nos había dicho que su mujer era libre de ir y
a su gusto... La esperamos hasta el sábado y volvimos a poner
marcha... Ella conocía el itinerario y sabía en dónde podía
con nosotros...
—¿Iban ustedes al Mediterráneo?
—A la isla de Pourquerolles, frente a Hyères, en donde pasa-
mayor parte del año... El coronel ha adquirido allí un antiguo
el Petit Langoustier.
—¿Permanció todo el mundo a bordo durante el viernes?
Willy vaciló un momento y contestó con cierta vivacidad:
—Yo fui a París...
—¿Para qué?
El joven rió con una sonrisa desagradable, que imprimía a su
una torsión anormal.
—Ya le he hablado de nuestras dos amigas... Tenía ganas
volverlas a ver... Al menos a una de ellas...
—¿Quiere usted darme sus nombres?

—Sus nombres propios... Suzy y Lia... Están todas las noches la *Coupele*...; habitan en el hotel de la esquina de la calle de Grande-Chaumière...
 —Son dos profesionales de la galantería?
 —Dos buenas niuchachitas...
 Abrióse la puerta y apareció madame Negretti, que se había puesto un traje de seda verde.
 —¿Puedo entrar?
 El coronel le contestó con un encogimiento de hombros. El hombre estaba en su tercer whisky, y los tomaba con muy poca agua.
 —Willy... Pregúntele usted... Para las formalidades...
 Maigret no tenía necesidad de intermediario para comprender. La muchacha absurda y desdenosa de dirigírle preguntas, comenzaba a insistirle.
 —Está claro que deben ustedes comenzar por reconocer el cuerpo... Después de practicada la autopsia obtendrán indudablemente el permiso para enterrarla. Designarán ustedes el cementerio y...
 —Se puede ir inmediatamente? ¿Hay aquí un garage para alquilar un auto?
 —Lo hay en Epernay...
 —Willy... Pida por teléfono un coche... Pero en seguida, ¿lo quiere...?

—En el *Café de la Marina* hay teléfono! —dijo Maigret, mientras que el joven, con visible mal humor, se ponía su impermeable.
 —¿Dónde está Vladimir?
 —Le oí regresar hace un momento...
 —Dígame que comeremos en Epernay...
 —Madame Negretti, que era gorda, de negros y relucientes cabellos y piel muy blanca, se había sentado en un rincón, debajo de donde estaba el barómetro, y asistía a toda la escena con la barbilla apoyada en el mano y un aire lejano de profunda reflexión.

—Vendrá usted con nosotros? —le preguntó sir Lampson.
 —No lo sé aún... ¿Sigue lloviendo?
 Maigret tenía ya los nervios de punta; la última pregunta del coronel no contribuyó a calmarle.
 —¿Cuántos días cree usted que se necesitará para todo?
 Entonces, ferozmente, contestó:
 —Contando con el entierro, supongo
 —¿Sí... ¿Tres días...?

—Si los médicos forenses entregan el permiso para inhumar y si me da instrucción no se opone a ello, podría usted materialmente acabar en veinticuatro horas...
 —Comprendí el inglés la amarga ironía de aquellas palabras?
 Maigret, por su parte, sintió necesidad de contemplar de nuevo el retrato de la muerta; un cuerpo tronchado, manchado, estrujado; un rostro que había sido bello, empolvado, con el rojo perfumado sobre las mejillas y en los labios, y cuya mueca no podía mirarse sin sentir frío en la espalda.

—¿Quiere usted beber?...
 —No, gracias...
 —Entonces...
 Y sir Walter Lampson se levantó para demostrar que consideraba terminada la conversación, y llamó:
 —Vladimir!... ¡Un traje!...
 —Tendré seguramente que hacerle otras preguntas —dijo el comisario—. Acaso me sea obligado a examinar el yacht a fondo...
 —Mañana... Antes Epernay, ¿no es así?... ¿Cuánto tiempo hace que está en coche?...
 —Me voy a quedar sola? —preguntó espantada madame Negretti.
 —Con Vladimir... Puede usted venir con nosotros...
 —No, estoy vestida...
 Entró Willy, como un huracán, quitándose el impermeable.

—El auto estará aquí dentro de diez minutos...
 —Entonces, comisario, si usted tiene a bien...
 Y el coronel le mostraba la puerta:
 —Tenemos que vestimos.
 Maigret al salir hubiera deseado abofetear a alguien, tan irritado estaba. Sintió, que cerraban la escotilla tras de él.

Hacia afuera no se veía otra cosa que la luz de los faroles de ocho portillitas, juntamente con el fanal blanco colgado del palo mayor. A menos de diez metros se dibujaba el perfil de la popa blanca de una chalana y sobre la orilla un gran montón de carbón. Acaso era sólo una ilusión, pero el comisario tuvo la impresión de que la lluvia redoblaba y que el cielo era el más negro y pesado que había visto jamás.

Dirigióse hacia el *Café de la Marina*, en donde todas las voces enterrecidas se le llegaron. Los nariñeros formaban un círculo en torno a la estufa de hierro fundido. El encargado de la esclusa estaba apoyado de codos en el mostrador, junto a la hija de la casa, una muchacha alta, de pelo rojo, que calzaba zuecos.
 Sobre el hule de las mesas se veían frascos de vino, vasos, restos de líquido.

—¿Y qué? ¿Es, en efecto, su mujer? —acabó por preguntar el patron, decidiéndose a abordar el tema.
 —¡Sí! ¿Díme cerveza! ¿O mejor dicho, no! Algo caliente..., un grog...

POMADA MAN ZAN

Descongestionante y calmante

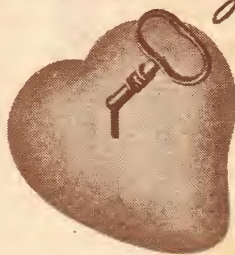
EN POMOS PROVISTOS DE UNA
CÁNULA ESPECIAL QUE PERMITE
UNA LIMPIA Y FACIL APLICACIÓN



4 FUNDAMENTOS EN QUE SE BASA VIRILINETS

- 1 Fórmula del Dr. RICHARD WEISS.
- 2 Materias primas seleccionadas.
- 3 Elaboración de primer orden.
- 4 Desde su lugar de origen al mostrador en envases inviolables.

Abra su corazón!



Hágase socio
Envíe su adhesión
Solicite formulario
Asociación Cooperadora
de la Asistencia Pública

Esmeralda
48



U.T. 34-4001
Buenos Aires

La Fábrica HOMEDES, Lobardén 222, Buenos Aires, que con tanto éxito lanzó al mercado argentino su

PANTUFLA - CHINELA (SLIPPER)



Art. 102. Forro de cos badono.

Art. 102. Modelo con suela de material, a pesos **2.50**

PRESENTA SUS MODELOS DE INVIERNO



ARTICULO 111

ARTICULO 112



Art. 111 - 112. Colores: negro, azul, rojo, marrón y gris; suela de material con toco, forro de lana. Precio por par, o... **\$ 3.50**

Envíos contra reembolso agregar \$ 0.50.

FABRICA HOMEDES, LABARDEN 222 — BUENOS AIRES

Tenemos algunas variantes de Representantes, disponibles para poblaciones importantes del interior. Los interesados deberán ser personas o firmas solventes, que estén dispuestos a adquirir contra reembolso los nuevos muestrarios.

UN BUEN EMPLEO

con sueldo elevado, estará SIEMPRE a su disposición, si usted estudia AHORA en su casa, durante sus ratos desocupados, una profesión. Envíenos lleno este cupón y recibirá informes muy interesantes sobre nuestros cursos RAPIDOS, ECONOMICOS Y FACILES de aprender. Aproveche usted hoy mismo esta magnífica oportunidad que le ofrecemos para mejorar su posición y ganar PRONTO más dinero. Estos famosos escuelas fundadas en 19151 enseñan por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCTOR, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENDERO DE LIBROS, SECRETARÍA, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFIA, CALIGRAFIA, ARITMETICA, etc.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
AVENIDA MONTES DE OCA 695 - BUENOS AIRES

Director: PATRICIO C. RYAN
Bochiller y Contador Público Nacional

Nombre

Dirección

5-6 Localidad.....

Los marineros reanudaron poco a poco su charla. La muchacha trajo un vaso humeante, rozando el hombro de Maigret con su delantal.

El comisario creía ver a los tres personajes, vistiéndose en la estrecha cabina, acompañados además por Vladimir.

Imaginaba muchas cosas más, pero vagamente y no sin repugnancia.

Maigret conocía la escuela de Meaux, tanto más importante cuanto que, como la de Dizy, sirve de unión entre el Marne y el canal, y tiene un puerto en forma de semicírculo, siempre abarrotado de chalanas, apretadas unas contra otras.

Y allí, en medio de los marineros, se representaba al *Southern Cross*, con las dos mujeres de Montparnasse, la gorda Gloria Negretti, madame Lampson, Willy y el coronel, bailando todos al son de la gramola y bebiendo...

En un rincón del *Café de la Marina* dos hombres vestidos con blusa azul comían unos salchichones que iban cortando lentamente, a la vez que el pan, empleando su corralplumas y consumiendo vino tinto.

Alguien estaba refiriendo un accidente ocurrido durante la mañana en la "bóveda", o sea el lugar en donde el canal se hace subterráneo, durante un recorrido de ocho kilómetros, a fin de franquear la parte más alta de la meseta de Langres.

Un marinero se había enganchado un pie en la cuerda de los caballos. Gritó, sin lograr hacerse oír del carterero, y en el momento en que las caballerías se ponían de nuevo en marcha después de un alto, había sido lanzado al agua.

El túnel no estaba iluminado; el barco no llevaba más que un farol, que apenas si lanzaba algunos reflejos sobre la agua. El hermano del marinero de aquella chalana, que se llamaba *Los Dos Hermanos*, había saltado al canal.

Únicamente se había logrado extraer a uno, cuando estaba ya muerto, y se buscaba al otro...

—Sólo les quedaban dos anualidades pendientes de pago de su barco, pero parece que, según el contrato, las viudas no tendrán que pagarlas...

Entró un chofer con gorra de cuero, y buscó con la mirada a alguien.

—¿Quién es el que ha pedido un auto?

—¡Yo! —dijo Maigret.

—Me he visto obligado a dejarle en el puente... No tengo ganas de caermene en el canal...

—¿Come usted aquí? —vinó el patrón a preguntar al comisario.

—No lo sé aún...

Y salió con el chofer. El *Southern Cross*, pintado de blanco, formaba una mancha lechosa en medio de la lluvia, y dos chiquillos de una chalana vecina estaban fuera, a pesar de la lluvia, contemplándolo con admiración.

—¡José!... —gritó una voz de mujer—. ¡Entra con tu hermano! ¡Mira que te la vas a ganar!

—*Southern Cross*... —leyó el chofer en la proa—. ¿Son ingleses?

Abrió la puerta Willy, que estaba ya listo, elegante con su traje oscuro; en el fondo se veía al coronel, congestionado y sin la chaqueta; Gloria Negretti le anudaba la corbata.

Olía a agua de Colonia y a brillantina.

—¿Llegó el auto? ¿Está ya aquí?

—En el puente, a dos kilómetros...

Maigret permaneció fuera, oyendo vagamente al coronel y a Willy que discutían en inglés. Por fin el joven vino a decirle:

—No quiere hundirse en el barro... Vladimir echa la canoa al agua... Espérennos allá...

—¡Hum!... ¡Hum!... —masculló el fer, que había oído.

Diez minutos después, Maigret y el se seaban sobre el puente de piedra, junto al che, cuyos faros estaban atenuados. Temió currió todavía media hora antes de que oyese el ruido de un motorcito de dos voluciones.

Por fin oyóse a Willy gritar:

—«¿Sí aquí, comisario?...

—«Sí, aquí

La canoa motora, luego de describir un círculo, abordó. Vladimir ayudó al chofer a desembarcar y tomó órdenes para el regreso.

Dentro del auto, sir Lampson no pronunció una palabra. No obstante su complexión era de una evidente elegancia. De rostro colorado, flemático, muy cuidado en detalles, encarnaba el perfecto gentleman inglés, tal como le representan los grandes del siglo anterior.

Willy Marco fumaba un cigarrillo en otro.

—¡Qué cafetera! —protestó al sentir el coche en un badén.

Maigret observó que llevaba en el dedo solitario, un grueso brillante amarillento en platino.

Cuando entraron en la ciudad, con su zado chorroando agua, el chofer empezó levantando el vidrio:

—¿En qué dirección debo...?

—¡A la morgue! —contestó el chofer.

La diligencia fué breve y el coronel apenas entreabrió los apretados labios. También había un guarda en el local, donde apenas tres cuerpos tendidos sobre las losas.

A aquella hora estaban cerradas ya las puertas; oyóse el chirrido de las llaves de las cerraduras y fué necesario encender luz.

Maigret levantó la sábana:

—¡Yes!

Willy estaba más emocionado, más inclinado por huir del espectáculo.

—¿Usted la reconoce también?

—Sí, es ella misma... ¿Se le vea palidez? No acabó la frase. Se le venía el color de los labios. Sin duda alguna se había desvanecido, si el comisario no le hubiese arrastrado fuera del local.

—¿No sabe usted quién la ha...? —beó el coronel.

Quizá su voz traicionaba una turbación apenas perceptible. Pero no era el efecto de los numerosos vasos de whisky?

—Sin embargo, Maigret observó que ve flaqueza.

Encontráronse de nuevo en la acera iluminada por un reverbero, frente al chofer no había abandonado el baque.

—¿Quiere usted cenar? —dijo aún sir Lampson, sin volverse siquiera hacia Maigret.

—Gracias... Voy a aprovechar mi aquí para efectuar algunas diligencias...

El coronel inclinó sin insistir.

—Venga usted, Willy...

Permaneció un momento Maigret en umbral de la morgue, mientras que el patrón se conferenciaba con el inglés, se iba hacia el chofer.

Trataba de saber cuál era el mejor restaurante de la ciudad, circuleando algunas por las por la calle, así como los tranvías, minados y trepidantes.

Durante algunos kilómetros se alargaba el canal, y en sus riberas, cerca de las esclusas reposaban las chalanas, que partían hacia las cuatro de la madrugada, envueltas en el olor de café caliente y de caballería.

EL COLLAR DE MARY

Maigret se metió en el lecho, en la habitación cuyo olor aristocrático no dejaba de incomodarle, complaciéndose durante largo tiempo en confrontar en su pensamiento dos imágenes.

Maigret era en Eprenay, a través de los ventanales iluminados de la sala, el mejor restaurante de la ciudad; el coronel y Willy, sentados ante una mesa, rodeados de camareros de

trascendidos apenas media hora desde la visita a la morgue. Maigret Lanippon manteníanse un poco estirado, y la impasibilidad de su rostro rojizo, coronado de escasos cabellos plateados, era pro-

por su elegancia, o mejor dicho, la de su raza, la de Willy, a la de su desenvoltura, marcaba el contraste.

Maigret había comido en otro restaurante y se había comunicado por teléfono, con la Prefectura primero, después con la policía de

tarde había recorrido solo y a pie, en medio de la noche iluminada la larga cinta de la carretera hasta ver las luces iluminadas de *St. Bern Cross*, frente al *Café de la Marina*.

Maigret había sentido la curiosidad de presentarse en el barco, con el riesgo de haber olvidado una pipa.

En la cabina de Vladimir, vistiendo siempre su jersey rayado de marino, con el cuello entre los labios, estaba sentado frente a Madame Negretti, los cabellos acicalados caían de nuevo sobre sus mejillas.

Maigret jugaban a las cartas -al sesenta y seis- un juego de la Europa.

Un pequeño instante de estupor. ¡Pero ni un estremecimiento! Maigret se alientó en suspenso por unos segundos. Después de lo cual, se levantó para buscar la pipa. Gloria Negretti había permanecido inmóvil.

¿Vuelven aún?... ¿Era de verdad Mary?... ¿

Maigret estuvo tentado de montar en su bicicleta y seguir con el designio de llegar hasta las chalanas que habían pasado el domingo al lunes en Ditz. Pero la contemplación del paisaje y del cielo entoldado le habían hecho desistir de ello. Maigret llamó a su puerta, dióse cuenta antes de abrir los ojos, los cristales de la ventana dejaban pasar a la habitación la luz del alba.

Maigret tenía un sueño agitado, lleno de ruido de pasos de las confusas llamadas, de pisadas en la escalera, de los vasos entrechocando abajo y de las valaradas de café caliente y ron.

¿Quién es?... ¿Puedo entrar?... Maigret, empujando la puerta y estrechó la mano tibia que le tendía su jefe por

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

Maigret se sentó y se averiguó. ¿No está demasiado cansado, Maigret?

MIRANDO AL CELO...

Con frecuencia solemos elevar nuestra mirada al cielo, como tratando de descubrir su impenetrable misterio. ¿Quiere usted enterarse, por medio de la ciencia, si es factible el anhelo humano de dominar las rutas del cielo y descubrir sus arcanos? Adquiera entonces estos libros de divulgación científica que merecen ser leídos por su interés y contenido.



LA ESTRATOSFERA

Por IGNACIO PUIG, S. J.

Uno de los estudios más interesantes de la época actual en el mundo sabio: la investigación estratosférica, encarándola desde el punto de vista que podrá interesar al lector. La amplitud de su contenido y la claridad de su exposición de los problemas que en este libro se hacen, tornan fácil y sencilla la comprensión de todas las explicaciones que el autor presenta. (Flete, 20 ctvs.). \$ 2.50. Encuadernado a la rústica.

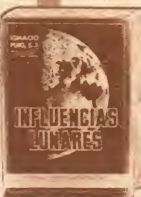


¿EXISTEN OTROS MUNDOS HABITADOS?

Por IGNACIO PUIG, S. J.

De manera altamente sugestiva y a través de diez capítulos amenos, cuyos títulos dan una idea aproximada de la inteligencia con que se plantea la cuestión, tales como "Condiciones de habitabilidad de otros astros", "Fenómenos de soñadores", "Los famosos canales de Marte", "Proyectos de visitas astrales" y otros más, el autor expone en esta obra sus observaciones, con la erudición y el conocimiento que le han dado merecida fama en nuestros medios científicos.

En un volumen notablemente ilustrado, esta importante obra se vende al precio de \$ 2.50. (Flete, 20 centavos.)



INFLUENCIAS LUNARES

Por IGNACIO PUIG, S. J.

¿Hasta qué punto ejerce la influencia de la Luna sobre la Tierra? ¿Influye la Luna en las plantas? ¿Influye la Luna en los hombres? ¿Influye la Luna en los animales? Tales son las apasionantes interrogaciones que responde en forma precisa, el reverendo padre Puig en esta interesante obra. Difícilmente se encontrará un tema que en ningún tiempo, haya suscitado tan encontrados pareceres como éste, no hay fenómeno natural que, un día u otro, no haya sido relacionado con nuestro satélite. Con razón, pues, pudo escribir un autor que, entre las influencias de la Luna, la menos discutida es la que ejerce sobre la curiosidad humana.

Con láminas a todo color, grabados interiores en negro, impreso en papel especial, este libro se vende a \$ 2.50. (Flete 20 centavos.)



A LA CONQUISTA DE LA ESTRATOSFERA

Por EDUARDO A. OLIVERO

En forma sencilla y amena refiere el autor todo cuanto se ha hecho hasta el presente para "llegar al cielo", describiendo los éxitos y fracasos de los distintos proyectos. El valor de su contenido hace que este libro sea leído con el mayor interés, por cuya razón ningún aficionado a estas cuestiones, y sobre todo el argentino, debe dejar de leer esta apasionante obra. Precio del volumen \$ 2.50. (Flete, 20 centavos.)

CUPON

Editorial Sopena Argentina - Emeralda 116
Acompaña \$..... para que me envíen a.....
vuelta de correo los libros señalados con
esta X.
Nombre.....
Dirección.....
Localidad..... L. 242

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS. Para pedidos por correspondencia utilice el cupón que se al pie.

El perfume destaca
la personalidad

y crea en torno de la silueta femenina una atmósfera viviente,
una perdurable primavera.

El perfume es uno de los principales elementos de seducción de la mujer; se revela con él la femineidad, se demuestra la distinción y la elegancia.

LOCION ORIGAN, modernizada por de Preal, sigue siendo el perfume femenino por excelencia.

LOCION ORIGAN de Preal pone en torno de quien la usa una aureola invisible de encanto y particular atracción.

Se vende en todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

CAMAUËR y Cía., Soc. de Resp. Ltda.

Capital \$ 200,000.—

Inclán 2839/47 - Bs. Aires

Representante:

PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía., Palma 224/26 - Asunción



Ella Raines
Paramount Pic.

EXTRACTO
Y LOCION

Origan de PREAL

{ Destaca su personalidad }

el cuello... Fingiendo bromear, mord
de las perlas... Bueno, pues eran de
auténticas... Y no se trata de un
millonaria americana, pero sí algo
por lo menos cien mil francos... Ahora
cuando unas muchachitas de ese
prefieren sándwiches o chocolate a
cocktails...

Maigret, que fumaba su primera pipa, fué a abrir la puerta a la camarera que traía el café. Luego lanzó a través de la ventana una mirada al yacht, en el que había aún traza aparente de vida. El dueño de una chalana que pasaba junto al *Cross*, sin abandonar la mano de la pipa, dirigió al yacht una mirada de admiración irridada.

—Y entonces... Continúe...

—Me las llevé a otro sitio, a un tirado...

"Allí les mostré mi placa, señale y lancé arriesgándome a todo:

—Las perlas de Mary Lampson, así?

"Mis compañeras no sabían sin Mary había muerto. En todo caso,

"Tardaron algunos minutos en Suzy fué quien terminó por aconsejarme."

—Pero, puesto que sabe ya tanto
¡dile la verdad!

—Y me han referido una linda historia.
¿Quiere usted que le ayude, patron?
Era que Maigret hacia esfuerzos para
atrapar los tiradores que pendian de
pantalones.

—Ante todo, el punto principal: las
han jurado que fue la misma Mary
quien les dio las perlas el viernes
Paris, en donde fue a visitarlas.
debe comprender todo esto mejor
ya que conoce el asunto; yo sólo
me ha dicho usted por teléfono...

"Les pregunté si Mary Lampson iba pañada de Willy Marco. Las chicas dicen que no; afirman que no han visto Willy a partir del jueves, cuando le vi en Meaux..."


—¡Alto!— interrumpió Maigret, se hacía el nudo de la corbata frente al espejo desvaído que deformaba la imagen. El *Souther Cross* llegó a Meaux el día siguiente por la noche... Esas dos nuca-
das a bordo... Pasan la noche alegre con la compañía del coronel, Willy, Mary y la Negretti...

“Ya muy tarde, llevan a su hotel :
Lía, y ambas se van en tren el jueves
mañana... ¿Es que les dieron dinero

—Quinientos francos, según dicen —

—¿Corrocieron al coronel en París?

—Algunos días antes...

—¿Y qué sucedió a bordo del  Lucas tuvo una sonrisa rara.

—Cosas no muy lindas, en verdad
ce que el inglés no vive más que
whisky y las mujeres... Madame
es su amante...

—¿Lo sabía su mujer?

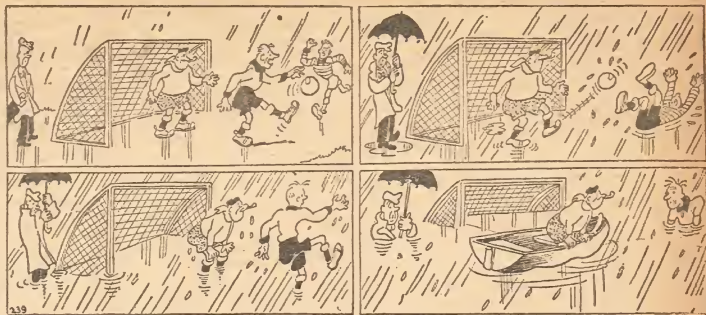
— ¡Diantre! Ella era a su vez la de Wily... Lo que no les hizo impedir con ellos a Lia y a Suzy... ¿de usted?... Y por añadidura, Wily bailaba con unas y otras... Ah, hubo una disputa, a causa de que Weinstein pretendía que los quinientos no eran más que una limosna... El ni siquiera le contestó, dejando eso a Wily... Todos estaban ebrios... gretti dormía sobre la cubierta y tuvo que transportarla a la cabina.

Plantado ante la ventana, Maigret vagar su mirada sobre la línea negra; a la izquierda podía ver el pequeño de vagonetas que acarrecaba contra tierra y grava.

Serafin el ingeniero

A PESAR
DE TODO

Por Barta



...continuaba gris, con nubes negras, pero no llovía, después?

—¡Casi todo... El viernes, según dicen, cuando fué a París, encontrando en la casa las dos damiselas.
—¡Ah, tómen ustedes esta bagatela!... ¡De eso! Se lo dió con la comisión y yo de entregarle a ella la mitad... Pretendía que su marido no le diera dinero alguno...
—¡El amarillo del papel floreado cubría la habitación de Maigret, el cuadro del lavabo ponía una nota

...sario vió al encargado de la esclusería apurado, en compañía de un hombre y su carterero, para beber un vaso de mosto.

—Es todo lo que puede obtener de Maigret Lucas... Las dejó a las dos madrugadas, encargando al inspector que las vigile con discreción. Luego, fue a la Prefectura de policía, para sacar los ficheros. Allí he encontrado a Willy Marco, expulsado hace cuatro años de Mónaco, a consecuencia de un asunto no muy claro; denunciado el año siguiente en Niza, por una americana, a la que de algunas alhajas. Pero la denuncia era de Willy Marco dejado en libertad, no sé. ¿Cree usted que sea él quien...? No creo nada. Y le juro que soy sincero en esto. No olvide que el crimen fue el domingo, después de las diez de la noche, mientras el *Southern Cross* estaba en la Ferté-sous-Jouarre...

—¿Se piensa usted del coronel? —Señalando de hombros, Maigret hizo un gesto a Vladimir, que salía de la puerta de proa y se dirigía al *Café de la* vistiendo pantalón blanco, alpargatas y una gorra inclinada hacia adelante.

—¿Puntan por teléfono por M. Maigret a gritar la mucama a través de la

usted conmigo, Lucas...

—¿Teléfono hallábase en el corredor, junto al

...¡Sí!... ¿Es Meaux?... ¿Como dice usted?... Sí, La Providencia... ¿Qué ha cargado todo el jueves en Meaux?... Salió a las tres de la mañana... ¿Ninguna... El *Eco III*..., que es un barco... ¿No?... El viernes por la noche... ¿No?... Salió el sábado por la mañana... gracias, comisario... Sí, interrogue a quien convenga... ¡Siempre en la dirección!

Lucas había escuchado esta media conversación sin captar su significado. No había tenido tiempo Maigret de abrir los labios para explicarle, cuando apareció en la puerta un agente ciclista.

—¡Un comunicado del servicio de Identidad Judicial... ¡Urgente!

—¡Vaya a secarse un instante y a beber un

grog a mi salud.

El agente estaba manchado de barro hasta la cintura.

Maigret arrastró consigo al inspector hasta el camino de travesía, abrió el pliego y leyó a media voz:

“Resumen de los primeros análisis efectuados en el asunto de Dicy: Han sido halladas en los cabellos de la víctima numerosas trazas de resina, así como de pelos de caballo de color caoba.”

“Las manchas del traje son de petróleo.”

“El estómago contenía, en el momento de la muerte, vino tinto y carne de vaca en conserva, semejante a la que se encuentra en el comercio bajo el nombre de *corned beef*.”

—“Ocho caballos” de cada diez, tienen el pelo del mismo color! —suspiró Maigret.

En el *Café*, Vladimir estaba pidiendo informes acerca del lugar más próximo en donde poder hacer la adquisición de provisiones, y tres personas se ocupaban de informarle, entre ellas el ciclista de Epernay, quien acabó por irse hacia el puente de piedra en compañía del marinerito.

Seguido de Lucas, dirigióse Maigret hacia la caballería, en donde había, desde la víspera por la tarde, además del caballo gris del patrón, una yegua, lesionada en la rodilla y a la que se esperaba de acabar.

De MARTIN FLEURY

El trabajador es la ley,
Porque es preciso alquilar;
No se espongan a sufrir
Una triste situación:
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.



—No es aquí donde ha podido atrapar la resina —dijo el comisario.

Por dos veces recorrió el camino, desde el canal a la caballería, dando la vuelta a las construcciones.

—¿Vende usted resina? —preguntó al propietario, que venía empujando una carretilla llena de papas.

—No es precisamente resina... Nosotros llamamos a eso brea de Noruega. Es con lo que se protege a las chalanas de madera por encima de la línea de flotación... Más abajo, se contentan con la brea de gas, que es veinte veces más barata...

—¿Y tiene usted ahora?

—Hay siempre veinte bidones en el almacén... Pero, con este tiempo no se vende ni uno... Los marineritos esperan el sol para remozar sus barcos...

—El *Eco III* es de madera?

—De hierro, como la mayor parte de los barcos de motor.

—¿Y La Providencia...?

—De madera... ¿Ha descubierto usted algo?

El comisario no le contestó.

—¿Sabe usted lo que dicen ellos? —prosiguió el hombre, que había abandonado su carretilla.

—¿Quiénes son ellos?

—Las gentes del canal, los marineritos, pilotos, encargados de esclusas. Que es cierto que un auto no podría fácilmente seguir el camino de travesía... ¡Pero si una motocicleta!... Y que una moto puede venir desde lejos sin dejar más huellas que una bicicleta...

Abrióse la escotilla del *Southern Cross*, pero aun no se veía a nadie.

Durante un segundo amarilleó un punto del firmamento, como si el sol fuese al fin a aparecer. Maigret y Lucas, silenciosos, paseaban a lo largo del canal.

Pero no habían transcurrido cinco minutos, cuando el viento encorvaba las cañas, y un minuto después la lluvia caía a torrencios.

Con gesto maquinal tendió Maigret la mano, y con igual gesto maquinal tomó Lucas un paquete de tabaco negro de su bolsillo y lo ofreció a su compañero.

Se detuvieron un instante ante la esclusa, que estaba vacía, y que se preparaba, porque un remolcador, todavía invisible, había lanzado tres silbidos en la lejanía, lo que indicaba que venía conduciendo tres barcos.

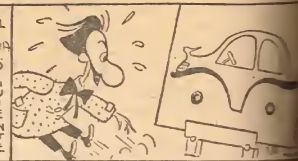
—¿Adónde cree usted que estará La Providencia a esta hora? —preguntó Maigret al encargado de la esclusa.

—Espere un poco... Marcuil... Condé... hacia Aigny hay una docena de chalanas secuestradas que le harán perder tiempo... La esclusa de Vraux sólo tiene dos compuertas en buen estado... Podemos suponer que estará en Saint-Martin...

PINCELITO PURAPOSE

Actualidad

Por DOMINGO VILLALBA



—¿Estará eso lejos?

—Treinta y dos kilómetros justos.

—¿Y el Eco III?

—Debía hallarse en La Chaussée... Pero uno de los barcos descendientes me dijo anoche que se había roto la hélice en la escuela 12... Por consiguiente, le encontrará usted en Tours-sur-Marne, a quince kilómetros... ¡El ha tenido la culpa!... El reglamento prohíbe cargar doscientas ochenta toneladas como se obstinan todos en cargar...

Eran las diez de la mañana. Al montar Maigret en la bicicleta que acababa de alquilar, vio al coronel sentado en una silla plegadiza, instalado en el puente del yacht y abriendo los diarios de París, que acababa de traer el cartero.

—¡Nada especial! —dijo a Lucas—. Quédesse aquí y no le pierda demasiado de vista.

Las ráfagas de lluvia eran más espaciadas. La carretera era una recta. Al llegar a latercera esclusa apareció el sol, un poco débil aun, pero haciendo brillar las gotas de agua sobre las cañas.

De rato en rato, Maigret tenía que descender de su máquina, para pasar a los caballos de una chalana, que, aparejados en dos, caminaban a lo largo del paso, avanzando con un esfuerzo que se marcaba en todos sus músculos.

Dos de estas caballerías eran conducidas por una chiquita de ocho a diez años, vestida de rojo, que llevaba su muñeca entre los brazos.

En su mayor parte, los pueblos estaban bastante alejados del canal, de modo tal que aquella cinta de agua parecía desarrollarse en medio de la más absoluta soledad.

Había de vez en cuando, aquí y allá, un campo, con obreros encorvados sobre la tierra. Pero casi nunca se veían más que bosques. Los cañaverales, altos de metro y medio o dos metros, agregaban una mayor impresión de calma.

Una chalana cargada de yeso cerca de una cantera, se mostraba en medio de una polvareda que blanqueaba su casco y las figuras de los hombres, que se agitaban.

En la esclusa de Saint-Martin había un barco; pero no era *La Providencia*.

—¡Deben estar almorzando en el tramo de Châlons! —anunció la encargada de la esclusa, que iba y venía de una compuerta a la otra, seguida por dos chiquillos que se agarraban a su falda.

Maigret tenía un gesto obstinado. Hacía las once veces sorprendido al encontrarse en medio de un decorado primaveral, en una atmósfera toda impregnada de sol y aire templado.

Ante él se perfilaba el canal en línea recta, durante una distancia de seis kilómetros, mostrando sus dos riberas bordeadas por bosques de abetos.

Al fondo se adivinaban los muros claros de una esclusa cuyas puertas dejaban escapar finos chorros de agua.

Una chalana estaba detenida, un poco atra-

vesada, a mitad del camino. Sus dos caballos, desenganchados y con la cabeza hundida en un saco de avena, comían sin dejar de resoplar.

—¡Aquella era la primera impresión alegre, o al menos tranquila! No se veía ni una casa. Los reflejos sobre el agua encalmada eran amplios y lentos.

Unos golpes más de pedal y el comisario vio, en la chalana, una mesa puesta sobre la barandilla que protegía la barra; un hule a cuadros blancos y azules hacia de mantel sobre la mesa, en donde una mujer rubia depositaba en aquel instante un plato humeante.

El comisario descendió de la bicicleta, después de haber leído sobre la popa redonda, frotada y reluciente: *La Providencia*.

Uno de los caballos dirigió hacia él una larga mirada, agitó las orejas y lanzó un extraño relincho, antes de continuar comiendo su avena.

Entre la chalana y la ribera no había más que una planchada estrecha y delgada, que se hundía bajo el peso de Maigret. Dos hombres alzaban, sin dejar de seguirle con la mirada, mientras que la mujer salía a su encuentro.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mientras se abotonaba su corpiño, medio abierto sobre un busto opulento.

Tenía un acento tan cantarín casi como el de los habitantes del mediodía. No parecía turbada. Esperaba. Tenía el aire de proteger a los dos hombres con su alegre corpulencia.

—Un informe —dijo el comisario—. Sin duda saben ustedes que se ha cometido un crimen en Dizy...

—Las gentes del *Castor* y *Pollux*, que nos han adelantado esta mañana, nos lo contaron... ¿Es verdad?... Es casi imposible, ¿no es cierto?... ¿Cómo habrán hecho?... ¡Y en el canal, donde todo está tan tranquilo!...

Tenía las mejillas enrojecidas por el viento. Los dos hombres continuaban comiendo, sin dejar de observar a Maigret. Maquinalmente, éste lanzó una ojeada al plato colmado con una carne negruzca cuyo olor le parecía extraño.

—Es un cabritillo que he comprado esta mañana en la escuela de Aigny... ¿Quería usted pedirme un informe?... ¡A nosotros, no!... Pero nosotros salimos antes de que se descubriese el cadáver... Y, a propósito, ¿se sabe ya quién era esa pobre señora?...

Uno de los hombres era bajito, de pelo negro, con bigotes que le caían a ambos lados de la boca; había en toda su persona algo de blando y dócil.

Era el marido. Se había contentado con saludar con gesto vago al intruso, dejando a su mujer el cuidado de hablar.

El otro podía tener unos sesenta años. Sus cabellos, muy espesos y mal cortados, eran blancos. Cobría su barbilla y la mayor parte de sus mejillas una barba de tres o cuatro centímetros, y como las cejas eran también muy tupidas, tenía el aspecto de un animal salvaje.

En oposición a esta rudeza, sus ojos eran claros e inexpressivos.

—Es a nuestro carretero, a quien quisiéramos algunas preguntas...

Rióse la mujer.

—¿A Juan?... Le advierto que mucho... ¡Es nuestro oso!... mer!... Pero es también el mío... que pueda encontrarse...

El viejo había dejado en suspenso y miraba a Maigret con ojos de impresionante.

Era una mirrada de esas que suelen dar a los guapos idiotas, que llaman "inocentes" a ciertos animales, acostumbrados a ser tratados bien, cuando de pronto se maltrata a menudo.

Había en ella un poco de atontamiento, también otra cosa imposible de explicar como si su dueño se replegase en sí mismo.

—¿A qué hora se levantó usted con sus caballos?...

—Como siempre...

Tenía unos hombros desmesuradamente anchos, sobre todo si se los comparaba con el corto de sus piernas.

—¿A qué hora se levanta todos los días... y media —dijo, interviendo, la mujer—. Puede usted contemplar a nuestros caballos de hijo... Y por la noche, usted tomará a Juan ni un traque hasta que los acondiciona...

—¿Duermes usted en la caballería? Juan parecía no comprender. Pero quien señaló a una construcción plantada en medio del barco.

—¡Esa es la cuadra! —dijo—. ¡Siempre ahí. Nosotros tenemos una sala de popa... ¿Quiere usted hacer algo?...

El puente era de una limpieza perfecta. Los cobres estaban más relucientes que los del *Southern Cross*, y cuando la mujer abrió una puerta de pino de dos hojas, se vio una escotilla de vidrios de colores, tras un salicóteo coqueto, lleno de flores.

Se veían en él los mismos muebles, estilo Enrique III, que en el salón de los hogares burgueses. La mesa estaba cubierta con un tapete de sedas de diferentes colores, y había vasos, fotografías colocadas sobre una jardinera con plantas vivas.

Sobre un buffet había un paño blanco, y los sillones estaban protegidos por estuches de mármol.

—Si Juan hubiese querido, le habría dado una cama al lado nuestro... Pero que sólo puede dormir en la cuadra... que tenemos miedo de que un día se caiga... Por más que los animales se cansan cuando duermen... ¿No es cierto?...

La mujer se había puesto a comer, y a la vez que comía preparaba los platos para los demás y élite para ella, bocados, sin darse siquiera cuenta.

Juan se había levantado; miraba ya a los caballos, ya al comisario; el patrón se encogió.

—¿Y usted no ha visto ni oído nada? preguntó Maigret, mirando de hito al carretero.

A TODO HOMBRE INTERESA

Conocer el Método Naturista (Neuma-Hidropático) BIER y KHUNE, combinados, para cambiar el INFANTILISMO GENESICO y Desperillar y Regenerar el VIGOR MASCULINO sin drogas, alguno. ÚNICA casa especializada en el país, con 17 años de dedicación continuada a su clientela, siendo ésta la mayor garantía de seriedad que podemos ofrecer al publico.

GRATIS Remitimos el librito científico explicativo de 82 páginas, en sobre cerrado y sin membete, o quien lo solicite, acompañando \$ 0.30 por franqueo.

CASA "A. E. CIDEX" - ESPARTACO Nº 904 (Suc. 6) - BUENOS AIRES

volvió el rostro hacia la patrona, quien por él, con la boca llena: supondrá usted que si hubiera visto al burla dicho.

Se llega la María!... —anunció el marinero inquieto.

El aire desde hacía unos minutos trepidaciones de un motor, y ahora venía a la proa de La Providencia la una chalina.

Se miró a la mujer, la que a su vez miró vacilando.

—usted —dijo al fin— si tiene que Juan le importará mucho hacerlo en La María, a pesar de su motor, ya que nosotros... Si se nos planta antes de llegar a la esclusa, estará dos minutos el paso...

—¿siquiera había esperado las últimas? Había retirado a sus caballos los sacos y los conducía a cien metros antes de ella.

—¿no tocaba una trompeta de la que sonidos escasos.

—¿usted está a bordo?... Ya comprendo que nosotros diríamos cuanto separado del mundo nos conoce en estos días. Llega hasta Lyon...

—¿contraste en la esclusa —dijo Maigret, que se había quedado en tierra.

En la pasarela. Apareció una silueta a puertas de la esclusa y comenzó a moverse. Pusieron en marcha los al compás del ruido de sus casaca, haciendo el pompón rojo que lucían cabeza.

—¿lo iba Juan, lentamente, con su aire

de una de motor, situada doscientos metros, acortaba la marcha, dándose que llegaba demasiado tarde.

—siguió a La Providencia, llevando la bicicleta de la mano. Podía ver a que acababa de comer apresurada, rápido, pequeño, delgado, inconcebible casi sobre la barra de un caballo pesado para él.

IV

EL AMANTE

—¿almorzado ya? —anunció Maigret al Café de la Marina, en donde Lucía instaló junto a una ventana. —¿Agu? —preguntó el patrón—. Mi herido el dueño de la posada...

—¿cómo crezca?... —parecía una burla. Apenas el comiendo sobre su bicicleta, se acercaba, el tiempo comenzaba a encapotarse, y en instantes ráfagas de lluvia cortaban el rayo de sol.

—¿había el Southern Cross en su sitio y no a nadie sobre el puente. No llegaba a guisa de la esclusa y la calma era tan que Maigret tuvo por primera vez que hallarse en el campo al oír a las que caecaban en el patio.

—¿ha ocurrido nada? —preguntó al ins-

—¿no el marinero con las provisiones, y se dejó ver un instante, envuelta hasta azul. El coronel y Willy vinieron a tomar el aperitivo. He visto que han con enojo...

—¿¿tomó el tabaco que su compañero le dio y llenó su pipa, mientras esperaba el patrón, que les había servido, después tras el mostrador.

—¿¿poco tengo yo nada! —murmuró en

—De los dos barcos que podían haber Mary Lampon, uno está averiado, a kilómetros de aquí, y el otro se arrastra el canal, a una velocidad de tres kilómetros por hora.

—¿¿primeros de de hierro... Imposible, por que el cadáver haya manchado allí sus de resina...

"El segundo es de madera... Sus dueños se llaman Canela: Una gordiflora muy trabajadora, que quiso hacerse beber a todo trance un vaso de ron malísimo, y una insignificancia de marido, que pasa el tiempo dando vueltas alrededor de ella como un perro faldero..."

"¿Quedaría entonces el carretero..."

"Este, o se hace el tonto, y es un prodigio de ficción, o es un bruto mazono... Está con los Canela desde hace ocho años... Si el marido es el faldero, ese Juan sería el bulldog..."

"Se levanta a las dos y media de la mañana, limpia y prepara los caballos, bebe una taza de café y comienza a caminar al lado de las caballerías..."

"Se camina así sus treinta o cuarenta kilómetros por día, al mismo paso, y echándose al cuerpo un trago de vino blanco en cada esclusa..."

"Por la noche lleva a la caballeriza los ani-

males, cena sin abrir la boca, y se deja caer sobre su cama de paja, sin desnudarse siquiera la mayor parte de las veces..."

"He visto sus documentos: una vieja cartilla militar, de páginas tan innumeras que apenas pueden tocarse, con el nombre de Juan Li-berge, nacido en Lille, en 1869..."

"Y eso es todo!... ¿Es decir, no lo es!... Porque habría que admitir que La Providencia hubiese embarcado a Mary Lampon el jueves por la noche en Meaux... Pero entonces estaba viva... pues que vivía aún al llegar aquí el domingo por la noche..."

"Y es materialmente imposible ocultar a un ser humano durante dos días en la cuadra del barco..."

"Porque en ese caso serían culpables los tres..."

Y la mueca de Maigret decía claramente que no lo creía ni por un momento.

—Y en cuanto a suponer que la víctima se haya embarcado voluntariamente... ¿Sabe usted lo que va a hacer, viejo? Preguntar a Lampon el nombre de soltera de su mujer... ¿Cuélguese usted del teléfono y búsquele informes acerca de ella..."

Los ravos del sol rasgaban el cielo en dos o tres partes, pero a pesar de ello caía la lluvia cada vez más fuerte. No había apenas salido Lucas del Café de la Marina, dirigiéndose hacia el yacht, cuando vio a Willy que salía del mismo en traje de calle, ágil y despreocupado, con la mirada perdida en el vacío.

Parecía que fuera un rasgo común a todos los huéspedes del Southern Cross aquel aspecto de personas que no han dormido suficientemente y que digieren mal una cantidad excesiva de jibacanes.

Willy y el inspector se encontraron en el camino de sirga; el primero pareció vacilar al ver subir al inspector a bordo, pero en seguida, encendiendo un nuevo cigarrillo en la punta del que estaba fumando, dirigió resueltamente hacia el café.

Buscaba a Maigret, sin tratar de disimularlo. Ni se quitó el sombrero flexible que llevaba, contentándose con tocarlo apenas con los dedos, y murmuró:

—¿Buenos días, comisario... ¿Durmí bien?... Quisiera decirle dos palabras...

—¿Escucho...

—¿Aquí no, si le es lo mismo... ¿No podríamos subir a su cuarto?

No había perdido nada de su desenvoltura habitual. Sus ojos chispeaban, y más bien parecía estar alegre y malicioso.

—¿Quiere fumar?

—No, gracias...

—Es cierto, usted fuma en pipa...

Maigret decidió a hacerse subir a su habitación, que todavía no estaba arreglada. Inmediatamente, y tras de dirigir una mirada al yacht, Willy se sentó sobre el borde de la cama, y comenzó:

—Seguramente ha obtenido usted ya informes acerca de mí...

Buscó con la mirada un cenicero, y, no encontrándolo, dejó caer la ceniza al suelo.

—No son famosos ¿eh?... Pero, por otra parte, nunca pretendía hacerse pasar por un santito... El coronel me repite tres veces al día que soy un canalla...

Lo extraordinario era la expresión franca de

LA MUJER HERMOSA

Hay quienes dicen que no lo es, que tiene la cara así o así, con ojos demasiado estrados, boca también estrada y las mandíbulas salientes; que no es, pues, hermosa. No obstante esos milimetrados que tal dicen porque las medidas no se ajustan con estrictez absoluta a los cánones de la belleza que ellos entienden como única, Michelle Morgan, que es la que tenemos ahora en discusión, sobre el tapete, o sobre el bronce del pozo, que para el caso da lo mismo, Michelle, decimos, es una mujer hermosa. Debemos recordar que los cánones de la belleza griega (los usados por los detractores de los rasgos de esta gran artista francesa) no son los únicos. La belleza "standard" egipcia, por ejemplo, estaba muy lejos de la que hoy damos por buena; la china o japonesa está más lejos aun; entre los hotentotes se tiene por sùmmum de belleza algo que nosotros no podemos concebir por más buena voluntad que pongamos en ello; y hasta entre los germanos y los latinos, con provenir de un mismo tronco racial, los conceptos estéticos son diferentes. Michelle Morgan es una verdadera belleza, y para darse cuenta de esto no hay más que verla, solamente verla, no medirla.



su rostro. Margret se confesaba a sí mismo que su interludio con él le había sido antipático desde los primeros contactos, comenzaba a serle tolerable.

Ofrecía una mezcla extraña: bribonería y astucia; pero a la vez algo chispeante que hacía olvidarlo todo, y también un poco de gracia, que desarmaba en su favor.

—Sepa usted que yo hice mis estudios en Eton, como el príncipe de Gales... Si fuésemos de la misma edad, quizá seríamos también los mejores amigos del mundo... Pero mi padre es comerciante en higos en Esmirna ¡Y yo detesto esa profesión!... La madre de uno de mis camaradas de Eton, para empezar desde franco, me sacó en un momento dado de apuros...

"Puesto que no le doy a usted su nombre... ¿verdad?... Una mujer deliciosa... Pero su marido fué nombrado ministro y ella tuvo miedo de comprometerle..."

"Y después... Ya le habrán contado a usted lo de Mónaco, la historia de Niza... Pero la verdad no es quizá tan fea... Un buen consejo: No crea usted jamás lo que cuente una señora de edad madura, que pasa alegremente su tiempo en la Riviera y cuyo marido llega súbitamente de Chicago... Las alhajas robadas no siempre son robadas... ¡Pero pasemos sobre eso!..."

"Lleguemos a lo del collar... O lo sabe usted ya o no lo sabe aún... Hubiera querido hablarle ayer mismo, pero, dada la situación, acaso no hubiera sido muy correcto..."

"El coronel es, a pesar de todo, un gentleman... Le gusta demasiado el whisky, concedido... Pero tiene excusa..."

"Era uno de los hombres más destacados en Lima, donde estaba en misión, y hubiera debido llegar a general, cuando, a causa de una historia de faldas —se trataba de la hija de un alto personaje indigena—, fué pasado a situación de retiro..."

"Ya le ha visto usted: un hombre magnífico, de formidables apetitos... En América tenía treinta sirvientes, ordenanzas, secretarios y no sé cuántos coches y caballos a su disposición... Y de repente, nada: unos cien mil francos por año..."

"Le he dicho a usted que estubo casado ya dos veces antes de conocer a Mary?... Su primera mujer murió en la India... La segunda se divorció, cargando él con todas las culpas del proceso, después de haber sorprendido a su esposa con un jovencito..."

"Un verdadero gentleman!"

Y Willy, echándose hacia atrás, balanceaba su pierna cadenciosamente, mientras que Margret, con la pipa entre los dientes, permanecía inmóvil, con la espalda adosada al muro.

—¡Ahí tiene usted!... Y ahora pasa su tiempo como puede... En Porquerolles reside en su viejo fuerte, llamado el *Petit Langoustier*... Cuando ha realizado las suficientes economías se va a París o a Londres...

"Pero piense usted que en la India daba todas las semanas comidas de treinta o cuarenta cubiertos..."

—¡Ha venido usted para hablarme del coronel?— preguntó Margret.

Ni un músculo se movió en el rostro de Willy.

—En realidad, trato de ponerle a usted en ambiente... Como usted no vivió nunca ni en la India ni en Londres ni tuvo jamás treinta sirvientes y no sé qué número de lindas muchachas a su disposición...

"No trato de vejarse a usted... En conclusión, me encontré con el coronel hace dos años..."

"Usted no ha conocido en vida a Mary... Era una mujer deliciosa, pero con cerebro de pájaro... Un poco chillona... Si no se ocupaba uno sin cesar de ella, en seguida atrapa una crisis de nervios o armaba un escándalo..."

"Y, entre paréntesis, ¿sabe usted qué edad tiene el coronel?... Sesenta y ocho años..."

"Mary le fatigaba; ¿se hace usted cargo?... Le toleraba sus fantasías —porque el coronel las tiene todavía—, pero era un poco molesta... "Se encaprichó por mí... Y a mí me gustó..."

—Supongo que madame Negretti es la amante de sir Lampson?

—¡Sí!— admitió el joven con una mueca... Es cosa difícil de explicar... Es que él no puede vivir ni beber solo... Necesita que haya gente a su lado... Encontramos a madame Negretti durante una escala que hicimos en Bandol... Al día siguiente permaneció en el barco... ¡Con él basta eso!... Estará ahí todo el tiempo que le agrade..."

"Pero conmigo es otro cantar... Yo soy uno de los pocos hombres que soporto el whisky tan bien como el coronel..."

"Con la excepción de Vladimir, al que ya ha visto usted, y que de diez veces nueve nos tiene que llevar a la cama..."

"No sé si se dará usted cuenta exacta de mi situación... Ciertamente que tengo que preocuparme de las necesidades esenciales... ¡Aunque a veces hayamos estado quince días detenidos en un puerto a la espera de un cheque de Londres para poder adquirir nafta!..."

"¡Vea! El collar de que hablaré en segui-

COMO SE CURABA LA RABIA

Van Helmont, el célebre médico belga que descubrió el jugo gástrico, vió un día a un anciano colgado con unas cuerdas de la verga de un barco, y al preguntar qué significaba tan extraño espectáculo, un marinero le respondió que el viejo había sido mordido por un perro rabioso. "La mar, añadió el marino, es la única cosa que tiene la virtud de curar instantáneamente la rabia".

El tratamiento era curioso. Se dejaba al paciente unos segundos bajo el agua, luego se le sacaba para volverlo a zambullir y se repetía la operación hasta que el pobre enfermo no podía resistir más.

¿DEFINICION?

Cuando a Richelet se le pidió que hiciera alguna definición sobre el amor, dijo: "El amor es una cosa que no se parece a ninguna otra."



da, ha ido veinte veces a pasar al Monte de Piedad...

"Pero eso no importa! El whisky no falta casi nunca."

"No es una vida fastuosa... Pero duermes una hora hartarse... Vamos... Venimos..."

"Por mi parte, prefiero eso a los higos de papá..."

"Al principio de su matrimonio, el coronel había regalado algunas joyas a su mujer y ésta le pedía de vez en cuando dinero..."

"Lo necesario para vestirse y tener algo en el bolso, ¿comprende?..."

"Piense usted lo que quiera, le juro que fué para mí un golpe terrible el saber ayer que era ella, en aquella espantosa fotografía... ¡Y también ella el coronel!... Pero antes se dejaría cortar en pedacitos que dejar traslucir la menor cosa... ¡Es su manera! ¡Y bien inglesal!..."

"Cuando salimos de París, la última —¿hoy es martes, según creo?—, la casa seca... El coronel telegrafió a pidiendo un adelanto sobre su paga, esperábamos en Eprenay... Acaso el llegado ya en estos momentos..."

"Sólo que yo dejaba en París alhajas... Dos o tres veces había yo a Mary por qué no vendía su collar, para decir a su marido que se le había perdido, o que si lo habían robado..."

"El jueves tuvo lugar la fiesta que celebró. Pero no se imagine fantasías, ella es, que en cuanto Lampson vea cosas bonitas, siente la necesidad de borrarlas... Y luego, dos horas más, cuanto se embriaga, me encarga que con el menor cargo posible..."

"El viernes, Mary levantóse mucho temprano de costumbre, y cuando me hicimos, ella estaba ya sobre cubierta..."

"Después del almuerzo, nos que momento solos ambos y ella estuvo sola... Con una ternura particular, triste... Y en determinado momento, se en la mano el collar, diciéndome: "No tienes más que venderlo..."

"Lo crea usted o no, me sentí un poco, conmovido! Si la hubiera visto comprenderla... Así como en las situaciones era desagradable en extremo, era conmovedora... Es que, como yo tenía... Y aunque se defendía bien, cuenta de que era ya el final... Al momento, yo metí el collar en un bulto, y Mary se quedó sola a bordo..."

"Cuando los dos regresamos, ella Lampson no se inquietó, porque la primera vez que se fugaba..."

"Pero no una fuga del género que puede creer! Por ejemplo, una versión de una fiesta en Porquerolles, el *Petit Langoustier* una orgía que duró una semana. Los primeros días Mary más animada de todos. Y al tercer día..."

"Y sabe usted en dónde la encontré... En una posada en Gien, en donde jugando a la mamá con dos chicos lavados..."

"Aquello del collar me fastidió mucho. fui a París. A punto estuve de decirle que me dije que si la cosa se prolongaba a traerme molestias. En las dos chiquitas de la visita, las mujeres se hace lo que uno quiere, de que yo había encontrado a Lisa, sabía que podía contar con ella..."

"Le entregué la alhaja. Por si me preguntaba si le preguntaba a la misma Mary se lo había entregado, lo vendiera."

"Parece la cosa más sencilla ¡Y! Más me hubiera valido quedarme en casa, pero es que si no caigo en manos de los inteligentes, es algo capaz de hacerme perder la cabeza. Me di cuenta cuando supe que ella había sido estrangulada. No le perdí nada que piense. Si he de ser franco, guro de ser detenido. Será un honor no habrá nada que hacer. Ahora bien, usted que yo le ayude, ¿está usted dispuesto a hacerlo? Hay cosas que me gustan, pero que son en realidad muy feas. Escaba ahora casi tendido en el lecho, continuando fumando, con los ojos clavados en el techo..."

"Margret fué a situarse frente a la puerta para ocultar su turbación."

—¡Está el coronel al corriente de todo de usted?

—Ni de esto ni de lo del collar. Nada puedo pedir, y bien lo comprenderá que continuase ignorándolo..."

—¿Y madame Negretti?

—¡Un peso muerto! Es una mujer...

de vivir más que tirada en un diván, furrillos y beber licores dulces. Desde en que subió a bordo, allí ha permanecido. ¿Perdon! Escucha también a los naipes. ¿Es esa su única pasión...

chirridos de hierro enmohecido anuncian que iban a abrirse las puertas de la Pasaron dos mulos por delante de la tendiéndose un poco más lejos, mien- una chalana vacía continuaba desli- sobre el agua, como si fuera a escalar de la orilla.

vechir, Vladimir, con el cuerpo encorvado, echaba el agua de la lluvia que amena- llenar la canoa.

ente de piedra fue cruzado por un au- guiso entrar por el camino de sirga, se realizó algunas maniobras torpes y paró definitivamente.

de él un hombre vestido de negro, que se había levantado, lanzó una ojeda ventana y anunció: pompas fúnebres.

¿Dónde piensa partir el coronel? ¿Dónde después del entierro.

¿Tendrá lugar aquí? ¿Le importa dónde? Ya tiene una en- en Lima, y otra vuelta a casar con un quino y que acabará en suelo ame-

no me miró, a su pesar, como para ver a Willy. Pero Willy Marco estaba serio, con aquella luz equívoca en sus pupi-

tal de que que haya llegado el permiso Porque, si no, los funerales ten- trasarse.

bre vestido de negro vacilaba delan- y se dirigía a Vladimir, quien le sin abandonar su trabajo, hasta que, en un, subió a bordo, y desapareció en

no había vuelto a ver a Lucas. ¿Qué usted! —dijo a su interlocutor, vaciló. Durante un segundo vio cru- sonaba de inquietud por sus ojos. ¿Ha usted a hablar del collar?

¿... conversación había terminado. Recobran- devolviera, Willy rectificó la posición de su hombro, saludó con un gesto de la descendió por la escalera.

Maigret, a su vez, descendió, había el ruido de los marineros, ante un chop

¿... ¿Cómo está en el teléfono —le dijo el Ha pedido comunicación con Mou-

a lo lejos silbar un remolcador y ma- contó Maigret los silbidos, mas- para sí mismo:

¿... vida del canal. Llegaban cinco chala- encargado de la esclusa, calzado con salta de su casa y se dirigía hacia las

¿... ¿Lucas del teléfono; su rostro estaba

exclusa, sin hacer caso de su compañero, y si- guió con la mirada todas las maniobras, pero sin dejar de dar continuamente golpecitos ra- biosos en su pipa con el dedo pulgar.

Poco después, Vladimir se acercó al encar- gado de la esclusa, y, tras de llevar la ma- no a su gorro blanco, le preguntó en dónde podría cargar agua potable.

V

LA INSIGNIA DEL Y. C. F.

Maigret había ido a acostar temprano, en tanto que el inspector Lucas, a quien había dado instrucciones, iba a Meaux, París y Mou- lins.

Al salir de la sala del café había allí tres con- sumidores, dos marineros y la mujer de uno de ellos, que había venido a buscar a su ma- rido y que tejía en un rincón.

El ambiente era aburrido y pesado. Fuera, una chalana había alineado a menos de diez

SI FUERAMOS A LA LUNA

Si pudiéramos llegar a la Luna y ca- minar por sobre su corteza reseca, nos sentiríamos tan livianos que nuestro pri- mer impulso, debido al "don Fulgencio" que todos llevamos dentro, sería correr y saltar. Entonces nuestros saltos resul- tarían prodigiosos. Pues una persona de 60 kilos pesaría allá sólo 9 kilos con 960 gramos.

TORTURA REGIA

El emperador de la China, obligado por la religión, debía ayunar sesenta y cuatro días al año.



COMO CRECE BUENOS AIRES

En 1930, la ciudad de Bs. Aires tenía	Habitantes
1602	500
1763	20.000
1801	40.000
1852	76.000
1885	150.000
1895	663.854
1914	1.576.597
1942	2.433.284

metros del *Southern Cross*, que tenía todas su ventanillas iluminadas.

Bruscamente, el comisario sintióse arrancado de un sueño, tan vago, que si siquiera lo recordaba al abrir los ojos. Era que llamaban a su puerta, con golpes precipitados, mientras que una voz enloquecida gritaba:

—¿Comisario!... ¿Comisario!... ¿Pronto!... ¡Mi padre!...

Corrió a abrir en pijama, y vio a la hija del posadero que, lanzándose sobre él, presa de extraordinaria nerviosidad, se precipitó literal- mente entre sus brazos.

—¡Allí! Vaya corriendo. ¡Pero no! Quéde- se... No me atrevo a quedarme sola. Tengo miedo.

Maigret no le había concedido nunca la me- nor atención. La consideraba como una mu- chacha fuerte, gorda, sin nervios.

Pero ahora se prendía a él, con el rostro al- terado, el cuerpo estremecido, y con una in- sistencia molesta. Mientras trataba de librarse de ella, dirigióse a la ventana, abriéndola.

Remite su nombre y dirección a los Escuelas Literarias, Americanas, Bosc 932, Capital, y a vuelta de correo recibirá GRATIS y SIN COMPROMISO LA "GUÍA DE ENTREVISTAS" de 32 páginas ilustradas, con detalles de los 77 países que nos rodean, por correo. Ver primera página interior.

Debian ser los seis de la mañana. Comenzaba a apurar el día, frío como un amanecer in- vernal.

A cien metros del *Southern Cross*, en direc- ción al puente de piedra y la carretera de Epemay, cuatro o cinco hombres trataban de atrapar algo que flotaba sobre el agua, con ayuda del enorme bichero de una chalana, mientras que un marinero, destacando su bo- te, comenzaba a sirgar.

Maigret no tenía puesto más que su pijama, todo arrugado. Echóse el abrigo sobre los hombros y buscó sus zapatos, que se los puso sin dificultad.

—¿Sabe usted?... ¡Es él...! Le han...!

Libróse con un movimiento brusco del abra- zo de la extraña muchacha, bajó la escalera y llegó en el momento en que una mujer lle- vando un niño en brazos avanzaba hacia el grupo.

Maigret no había asistido al hallazgo del cuerpo de Mary Lampton. Pero el de ahora era quizá más siniestro. El hecho de esta re- peticion de crímenes tendía una angustia ca- si mística sobre aquel extremo del canal.

Los hombres se interrogaban unos a otros. El patrón del *Café de la Marina*, que fué el primero en divisar una forma humana flotan- do sobre el agua, era quien dirigía la mani- obra.

Por dos veces asió el bichero al cadáver, pero el gancho se escurrió. El cuerpo hundió- se algunos centímetros antes de subir a la su- perficie.

Maigret había reconocido ya el traje oscuro de Willy. No podía aún verse el rostro, por- que la cabeza, más pesada, permanecía su- mergida.

El marinero del bote tropezó con ella, asíó al muerto por las ropas y con una sola ma- no le izó. Pero era necesario pasar por el borde de la embarcación.

No pareció sentir el hombre la menor re- pugnanza. Levantando las piernas al cadáver, una después de la otra, lo subió, y lanzando su amara a tierra engóse con el dorso de la mano la frente húmeda de transpiración.

Maigret entrevió un instante la cabeza ad- ornada de Vladimir, que surgía de la escotilla del yacht. El ruso se frotaba los ojos; luego desapareció.

—No toquen nada...

A su espalda protestó un marinero, diciendo que su cuñado había sido devuelto a la vida en Alsacia, después de haber permanecido tres horas dentro del agua.

Pero el patrón del café le mostró el cuello del cadáver. Aquello era claro: había dos huellas negras de dedos, como en el cuello de Mary Lampton.

Esa tragedia fué la más impresionante. Willy tenía los ojos desmesuradamente abier- tos; parecían aún más grandes que en vida. Su mano derecha estaba crispada sobre un puñado de cañas.

Maigret tuvo la sensación de una presencia insólita a su espalda; volvióse y vio al coronel, en pijama, como él, con una bata de seda puesta encima y en los pies unas zapatillas de cabritillo azul.

Tenía los plateados cabellos en desorden y el rostro un poco abotagado. Y era raro verle así, en aquella vestimenta, en medio de los marineros, con zuecos y trajes de paño grueso, y del barro y la humedad del ama- necer.

Era el más alto y robusto de todos. Exhalaba un vago perfume de agua de colonia.

—¡Es Willy! —murmuró con voz ronca.

En seguida dijo algunas palabras en inglés,

demasiado de prisa para que Maigret pudiera comprenderla, inclinóse y tocó el rostro del joven.

La muchacha, que había despertado al comenzar la sollozaba apoyada en la puerta del café. Acudió el encargado de la esclusa.

—Telefoné a la policía de Epemay. Que venga un médico.

Hasta la Negretti apareció, desaliñada, con los pies desnudos, pero no atreviéndose a salir del barco, llamaba al coronel:

—¡Walter! ¡Walter!

En el fondo había gentes a las que no se había visto llegar, el conductor del tren de vagones, unos cavadores, un campesino, cuya vaca, abandonada a sí misma, seguía sola el camino de sirga.

—Que le lleven al café... pero tocándolo lo menos posible.

La muerte no ofrecía duda de ninguna clase. El elegante traje, que no era ya más que un pingajo, arrastróse por el suelo al levantar el cuerpo.

Seguíale el coronel a pasos lentos, y su bata, sus zapatillas azules y su cráneo enojecido, sobre el que el viento hacía danzar algunas largas mechas de cabellos, le daban un aspecto a la vez ridículo y herático.

La muchacha redobló sus sollozos cuando pasó junto a ella el cadáver, y corrió a encerrarse en la cocina, mientras que el patrón gritaba en la cornetilla del teléfono:

—¡Pero no, señorita! ¡Déme con la Policía! ¡Rápido! Es un crimen. No corte. ¡Hola! ¡Hola!

Maigret impidió que entrara el grueso de los curiosos. Pero los marineros que habían descubierto el cadáver y contribuido a sacarlo del agua, se encontraron todos en el café, por cuyas mesas se extendían aún los vasos y botellas vacías de la víspera. La estufa crepitaba. En medio de la sala había una escoba.

Por detrás de una ventana vio el comisario el rostro de Vladimir, que había tenido tiempo para plantarse el gorro de marinero americano en la cabeza. Los otros marineros le hablaban, pero él no les escuchaba.

El coronel miraba sin cesar el cadáver tendido sobre las losas rojizas del suelo y no podía decirse si estaba emocionado, fastidiado o aterrado.

—¿Cuándo le vio usted por última vez? —preguntó Maigret acercándose.

Sir Lampson lanzó un suspiro y pareció buscar a su alrededor a la persona a quien habitualmente encargaba de contestar por él.

—Es muy horrible —pudo decir al fin.

—¿No durmió a bordo?

El inglés señaló con la mano a los marineros que les escuchaban. Era como una apelación al decoro. Aquello quería decir:

—¿Cree usted necesario y conveniente que todas esas gentes...?

Maigret les hizo salir.

—Éran las diez de la noche, ayer. No había whisky a bordo. Vladimir no lo había encontrado en Dizy. Yo quise ir a Epemay...

—Le acompañé a usted, Willy?

—Durante poco trecho... Se separó de mí un poco después del puente...

—¿Por qué?

—Habíamos tenido algunas palabras...

Y mientras que el coronel pronunciaba aquella frase con la vista fija en el rostro deshecho, livido y torcido del muerto, su fisonomía se entenebreció.

—Era, acaso, debido a lo poco que había dormido y a que sus facciones estaban alargadas? El coronel parecía tener aspecto más emocionado. Maigret hubiera jurado que tras de sus espesos párpados había lágrimas.

—¿Riñeron ustedes?

El coronel encogióse de hombros, como si tuviera que resignarse a ese término vulgar y brutal.

—Le reprochó usted algo...

—¡No! Yo quería saber... Le repetía: "Wi-

lly, es usted un canalla. Pero debe usted decirme..."

—Cállate, anonadado, y miró a su alrededor para no dejarse hipnotizar por el muerto.

—¿Le acusaba usted del asesinato de su mujer...?

El coronel levantó de nuevo los hombros, y suspiró:

—Se marchó, solo. Eso ha ocurrido ya alguna vez. Pero al día siguiente bebíamos juntos el primer whisky sin acordarnos más.

—¿Fue usted a pie hasta Epemay?

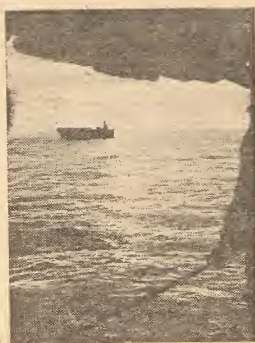
—¡Yes!

—¿Bebió usted?

La mirada que el coronel dejó caer sobre su interlocutor fue de compasión.

—También estuve jugando en el club. Me

DE LA GUERRA MODERNA



Una plataforma es algo que representa la máxima propiedad al poder alcanzado por la inteligencia dedicada a la guerra. Una plataforma que se traslada a las antipodas y en el lugar deseado deja escapar de su interior y de su superficie un enjambre de pájaros metálicos, que arrojan dardos que explotan y destruyen ciudades, es la representación siglo XX de lo que antes era arrojar al rostro del enemigo un enjambre de avispas coloradas. Esta foto que para nosotros encierra una sugerencia especial, para los antiguos habría sido monstruosa y sin sentido; posible es también que para la futura humanidad llegue a resultar completamente elemental todo esto que ahora nos parece grandioso.

dijeron en la Becasse que había un club. Regresé en auto.

—¿A qué hora?

Con un gesto de la mano dió a entender que no podía precisarlo.

—¿No estaba Willy en su litera?

—No. Vladimir, al desnudarme, me lo dijo...

Ante la puerta se detuvo una moto con side-car. Descendió un brigadier con un médico. La puerta abrióse y se cerró tras de ellos.

—¿Policía judicial! —dijo Maigret presentándose ante su colega de Epemay—. ¿Quiérete usted mantener la gente a distancia y telegrafiar al juez de Instrucción?

El médico sólo tuvo necesidad de un breve examen para declarar:

—Estaba ya muerto en el momento de la inmersión. Miren esas huellas en el cuello.

Maigret la había visto. Sabía ya. Alaquinalmente observó la mano derecha del coronel,

que era musculosa, con las uñas como forma cuadrada y las venas salientes.

Huía falta por lo menos una hora el juez de Instrucción con sus colaboradores se trasladara al lugar del hecho. Agentes ciclistas, que formaron un torno al Café de la Marina y al Cross.

—¿Puedo vestirme? —había preguntado el coronel.

Y no obstante su bata, sus zapatillas desnudas, mostróse asombrada mientras que atravesaba la curiosos. Apenas entró en su cabina asonó la cabeza para llamar:

—¡Vladimir!...

Y todas las escotillas del yacht se abrieron. Maigret interrogó al escleroso, cuyos eran requeridos por un barco de guerra. —Supongo que en un barco no hay. Es decir, que un cuerpo debe poner el sitio en que ha sido arrojado...

—En los tranos grandes, de diez kilómetros, así es, en efecto... Pero mo de canal apenas tiene cinco. El barco baja de la esclusa 13, que es la ba que la mía, yo siento la llegada algunos minutos después... Si yo entraba en la esclusa a un barco de extraigo unos cuantos metros cuando el canal, lo que crea una momentánea...

—¿A qué hora empieza usted su...

—Nominalmente, a la salida de las caballerías, cuya marcha es lenta, hacia las tres de la mañana, y a menos las esclusas por sí mismos sin que No se dice nada, porque ya se...

—¿Así, que esta mañana...?

—El Federico, que pasó la noche bió partir hacia las tres y media, la esclusa de Ay a las cinco...

Maigret dió media vuelta. Frente a la Marina y en el camino de sirga formado algunos grupos. Cuando pasaba, dirigiéndose hacia el puente un piloto vivió, con la nariz llena acercóse a él.

—¿Quiere usted que le muestre en que el joven fue echado al agua?

Y miró altanoso a sus camaradas, laban si ponerse en marcha en la recepción.

El viejo tenía razón. A cincuenta del puente de piedra, las cañas aplastadas en una distancia de algunos metros. No sólo se había caminado sobre que se había arrastrado un cuerpo el suelo, porque las cañas estaban dejando ver una ancha y prolongada...

—¿Lo ve usted...? Yo vivo a unos metros en una de las primeras...

Dizy... Al llegar esta mañana para jaban barcos del Marne y me neces huellas me han llamado la atención más, porque he encontrado esto mismo...

El hombre era un poco molesto, muecas maliciosas y las miradas que ba dirigiendo a sus compañeros, seguían a distancia.

Pero el objeto que sacó de sí del mayor interés. Una insignia de namente trabajado, que, además de nia las iniciales: Y. C. F.

—¡Yachting Club de France! —exclamó. —Todos tienen eso en el ojal.

Volvióse Maigret hacia el yacht, veía dos kilómetros más abajo, y palabras Southern Cross, leyó las tras: Y. C. F.

Sin ocultarse más del interlocutor ba entregado la insignia, púsose en marcha hasta el puente. A la extendía la carretera de Epemay, en

cuya cinta, todavía brillante por las de la noche, pasaban como una tromba.

izquierda, el camino hacía una curva pueblo de Dizy. Más allá, en el canal, algunas chalanas en reparación, frente a las de la Compañía General de Nave-

poco febrilmente volvió Maigret sobre sí; el juez llegaría de un momento y durante una o dos horas sería el de costumbre, las preguntas, las ideas y las hipótesis más absurdas.

llegó cerca del yacht, éste continuaba. Un agente de uniforme se paseaba obligando a circular a los curiosos, podía impedir que dos periodistas tomaran fotografías.

no era ni malo ni bueno. Era de lampos y uniforme, como un techo en su esmerilar.

Maigret la pasarela y llamó a la

es— preguntó la voz del coronel.

No tenía ganas de parlamentar.

la Negretti, tan desaliñada como an-

los cabellos pendientes sobre las me-

la nuca; sorbía y enjugaba sus lá-

do en la banqueta, sir Lampon tendía

a Vladimir, que les calzaba con za-

ros, debía hervir agua en algún calentador,

se oía el ruido del vapor.

las chuchetas del coronel y de Gloria

sidio aún hechas. Encima de la mesa

unos espárcidos y una carta de las

avogación de Francia.

el mismo olor de siempre, vago y

que recordaba a la vez el bar, la per-

y la alcoba. Una gorra de *yachting* de

anco estaba colgada en el perchero,

de un látigo con mango de marfil.

rencia Willy al Yacht Club de Fran-

preguntó Maigret con voz que trató

indiferente.

ro que esbozó el coronel le hizo como

la pregunta era ridícula. Y en

era, porque el Y. C. F. es uno de los

estrictos y cerrados.

—dijo sir Lampon—. Y también del

de Inglaterra...

ere usted mostrarme el saco que lle-

por la noche?

mir...—

ca calzado. Levantóse y se inclinó

armarlo que hacía las veces de bar-

ela ninguna botella de whisky. Pero

unos alcoholes; vació cual eligió.

ítime, tomó una botella de cognac, y

se curriólo:

—¿Es usted?

gracias...

nel llenó un vasito de plata que tomó

estarse encima de la mesa, buscó un

movió varias veces las cejas, como el

que ve todas sus costumbres alteradas

re por ello.

re regresó del cuarto de *toilette* con

de *cheviot* negro; su amo le ordenó,

gesto, que lo entregara a Maigret.

ba habitualmente la insignia de Y.

en este caso?

—¡Yes!... ¿Han terminado allí?... Willy

continuó aún en el suelo?...—

Había vaciado su vaso, en pie, bebiendo a

traguntos y dudaba si se serviría otro.

—¿Quiere usted escucharme un momento.

coronel?

Hizo señal de que escuchaba. Maigret sacó

el botón de esmalte de su bolsillo.

—Este botón ha sido hallado esta mañana,

en el lugar donde el cuerpo de Willy fue

arrastrado entre las cañas, antes de ser arrojado en el canal...

La Negretti reuvió un grito, lanzóse sobre

la banqueta de terciopelo granate, y se puso

a sollozar convulsivamente, con la cabeza entre

las manos.

En cuanto a Vladimir, no se movió. Esperaba

que le devolvieran el saco para ir a ponerle

de nuevo en su lugar.

El coronel tuvo una risa extraña y repitió

cuatro o cinco veces:

—¡Yes!... ¡Yes!...

Y al mismo tiempo se servía un nuevo va-

so de alcohol.

—En mi país la policía interroga de otra

manera... Debe empezar por recordar que to-

das las palabras pueden servir en contra del

que las pronuncia... Voy a repetir las otra

vez... ¿No debía usted escribirlas?... No

voy a estar repitiendo todo el tiempo...

“Willy y yo tuvimos unas palabras... Yo

le preguntaba... Poco importa que...”

“No era un canalla como todos los cana-

llas... Hay canallas simpáticos...”

“Yo le dije palabras demasiado duras y él

agarró mi saco por aquí...”

Y le mostraba el revés, lanzando a la vez una

mirada de impaciencia hacia los pies calzados

con zuecos, o a los pesados zapatos que con-

tinuaba viendo por las escotillas o las ventanas.

—Eso es todo... No sé más... Quizá el

botón se cayera... Era al otro lado del puen-

te...

—Y, sin embargo, la insignia ha sido hallada

de este otro lado...

Vladimir parecía no escuchar siquiera. Qui-

taba los objetos esparcidos, desaparecía ha-

cía la proa, volvía sin apresurarse.

Con acento ruso, muy marcado, preguntó a

Gloria, que ya no lloraba, pero que permanec-

cía inmóvil, tendida a todo lo largo y con la

cabeza entre las manos:

—¿Quiere usted algo?

Se oyeron pasos sobre la pasarela. Llamaron

a la puerta y se oyó la voz del brigadier:

—¿Está usted ahí, comisario?... Es el juez

de Instrucción...

—¡Ya voy!...

El brigadier no se movía, invisible tras de la

puerta de caoba con faldita de cobre.

—Una pregunta aun, coronel... ¿Cuándo

tendrá lugar el entierro?

—A las tres...

—¿Hoy?

—¡Yes!... Nada tenía ya que hacer aquí...

Cuando hubo trasegado su tercer vaso de

cognac, dejó ver sus ojos aun más turbios,

los ojos que Maigret había visto ya.

Y flemático, indiferente, en verdadero gran

señor, preguntó al comisario que se disponía

a salir:

—¿Estoy detenido?

Al oírle, la Negretti levantó la cabeza de-

jiendo ver su rostro pálido.

VI

EL GORRO DE MARINERO AMERICANO

El final de la entrevista entre el juez y el coronel fue casi solemne, y no fue Maigret, que se mantenía alejado, el único en observar-

La. La mirada del comisario cruzó con la del sustituto del fiscal, y leyó en ella la mis-

ma impresión.

La instrucción, con el juez, fiscal y secretario, se había instalado en la sala del *Café de la Marina*, una de cuyas puertas daba a la co-

cina, desde la que llegaba allí el ruido de las caacerolas. La otra puerta, cubierta con anun-

cios y avisos de propaganda de pastas y de jabón mineral, permitía entrever las bolsas y las cajas del almacén.

Por delante de la ventana, pasaba y repasaba el kapis de un agente de vigilancia; los curiosos estaban agrupados más lejos, silenciosos, pero obstinados.

Un chop, conteniendo aún un poco de líquido, había quedado, junto a una mancha de vino, encima de una mesa.

El secretario, de rostro desabrido, escribía, sentado sobre un banco sin respaldo.

Una vez terminadas las comprobaciones acerca del cadáver, este había sido depositado en el rincón más apartado de la estufa, y cubierto, por el momento, con un hule oscuro, quitado de una mesa, que dejaba ver ahora sus planchas separadas.

Persistía la mezcla de todos los plotes: especies, caballeriza, brea, vinazo.

Y el juez, que tenía fama de ser uno de los magistrados más desagradables de Epemay—un señor de Clairfontaine de Lagny, muy orgulloso de su nobleza—, limpiaba sus lentes, de espaldas a la estufa.

Desde el principio había dicho al coronel en inglés:

—Supongo que preferirá usted emplear su propio idioma.

El mismo lo hablaba correctamente, acaso con una leve afectación, una torsión de la boca, que es común a los que quieren, en vano, adoptar el acento inglés.

Sir Lampon se había inclinado, contestado lentamente a todas las preguntas, volviéndose hacia el secretario que escribía, y esperando, de vez en cuando, a que éste le alcanzara su exposición.

Repitió, sin añadir nada más, lo que había dicho a Maigret en sus dos entrevistas.

Para aquella diligencia se había vestido con un traje azul marino, de corte casi militar, cuyo ojal estaba adornado con una sola cinta: la Orden del Mérito.

En la mano tenía una gorra con amplio escudo dorado, que lucía las armas del Yacht Club de Francia.

CIENTO PIESFELICES

Una “presa” original

Por CAO



Parécia muy sencillo: un hombre que preguntaba. Otro que se inclinaba cada vez, imperceptiblemente, antes de responder.

Y a pesar suyo, Maigret admiraba, no sin dejar de sentir cierta humillación, recordando sus intrusiones a bordo del *Southern Cross*.

No dominaba lo suficiente el inglés para captar todos los matices. Pero comprendió al menos el sentido de las últimas réplicas.

—Debo pedirle, sir Lampson —decía el juez—, que se mantenga a mi disposición, hasta que estos dos criminales sean esclarecidos. Me veo, además, obligado a denegar, por ahora, el permiso para inhumar a Lady Lampson...

Una inclinación de cabeza.

—¿Tengo autorización para alejarme de Dizy con mi barco?

Y con un gesto elocuente, el coronel designaba a los papanatas, agrupados afuera, el conjunto, hasta el mismo cielo.

—Mi casa está en Porquerolles... Necesito una semana, sólo para llegar al Saône...

Y esta vez tocó al juez inclinarse.

No se estrecharon la mano, pero fue casi lo mismo. El coronel miró en torno suyo y pareció no ver al médico, que tenía un aire molesto, ni a Maigret, que volvió la cabeza hacia otro lado, y saludó al sustituto del fiscal.

—Y un instante después, cruzaba el corto espacio que separaba el *Café de la Marina* del *Southern Cross*.

—Ni siquiera penetró en la cabina. Vladimir estaba sobre el puente. Dióle órdenes y se puso al timón.

Y con gran estupor de los marineros, vió al marinero de jersey rayado bajar a la cámara del motor, poner éste en marcha y hacer saltar desde el puente y con gesto certero las amarras de sus boyas.

A poco, un pequeño grupo se alejaba, gesticulando, hacia la gran ruta en donde esperaban los coches: era el juez de instrucción y sus ayudantes.

Maigret quedó solo en la orilla. Había podido al fin cargar su pipa y hundir sus manos en los bolsillos, con un gesto plebeyo, muy como plebeyo que de costumbre, mientras gruñía:

—Para eso...

—No habría que volver a empezar la investigación?

De las operaciones de la instrucción no surgían más que algunos puntos cuya importancia no se podía apreciar todavía.

Ante todo, el cuerpo de Willy Marco acusaba, además de las huellas de estrangulación, equinismos en las muñecas y en el torso. Según el médico, había que desear la idea de una emboscada y admitir la tesis de un combate con adversario de una fuerza excepcional.

Por otra parte, sir Lampson había declarado que conoció a su mujer en Niza, en donde, aunque divorciada de un italiano llamado Cecaldi, usaba aún su nombre de casada.

No había precisado el coronel. Sus frases, voluntariamente ambiguas, dejaban paso a la suposición de que en esa época, María Dupin, llamada Cecaldi, estaba en situación vecina a la miseria, y vivía de la generosidad de algunos amigos, sin caer por completo en la vida galante.

Se había casado con ella estando de viaje en Londres y entonces fue cuando ella hizo venir de Francia una partida de nacimiento con el nombre de María Dupin.

—Era una mujer encantadora...

Maigret volvía a ver el rostro gordo, digno y enrojecido del coronel a pronunciar aquellas palabras, sin ninguna afectación, con una gravedad sencilla que el juez pareció tener en cuenta.

Tuvo que echarse atrás para dejar paso al cajón que llevaba los restos de Willy.

Y, de repente, alzando bruscamente los hombros, penetró en el café, se dejó caer sobre un banco, y pidió:

—¿Médico litro!...

Se lo sirvió la muchacha, con los ojos todavía rojos y la nariz reluciente. El comisario la miró con interés, y, antes de que pudiera preguntarle nada, ella murmuró, asegurándose de que no podían oírlo:

—Habrá sufrido mucho?

Tenía un rostro nudo, las piernas macizas, gordos y rojos brazos. Era, sin embargo, la única que se inquietaba por el elegante Willy, que acaso la vispera, bromeando, la hubiera pelizcado el tallo, ¡si es que siquiera lo había intentado!

Aquello le recordaba a Maigret la conversación que había tenido con el joven, medio tendido sobre el lecho sin arreglar, mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

Llamaron a la muchacha desde afuera. Un marinero le dijo al pasar:

—Parece que estás muy alterada, Emma...

Y ella trataba de sonreír, mirando a Maigret con un aire de complicidad.

Estaba interrumpido el tráfico desde por la mañana. Siete barcos había; tres de ellos de

había-ladrado, pero, como no prestó atención, no podía decir a qué hora ocurrió.

El camino de sirga, con sus charcos demasiado pisado por los hombres y los perros como para que se pudiesen obtener precisas.

El jueves anterior, Mary Lampson, llena de vida, en aparente estado normal, donaba el *Southern Cross*, en donde se solía.

Antes, según Willy, le había entregado, ante un collar de perlas, la única valor que poseía.

Y se perdía su traza. Por ninguna la volvía a ver con vida. Transcurrían sin que nadie la viera.

El domingo por la noche era extraño escondido bajo la paja de una cama. Dizy, a cien kilómetros de su punto tido, y dos carreteros roncaban junto a dávaler.

Y eso era todo! ¡Por orden del juez, cuerpos se colocarían en una heladera tituto médico legal!

Maigret *Cross* había partido hacia diodia, hacia Porquerolles, hacia el *gouster*, que había contemplado desde

Con la cabeza baja, Maigret daba un torno a las construcciones del *Café de la Marina*. Tuvo que rechazar a un gamo que se dirigía hacia él con el pico en un rapto de cólera.

La puerta de la caballería no duraba y si sólo un picaporte de marro de caza, que rondaba por el la panza demasiado llena, lejos de lanzarse dando saltos de alegría los visitantes.

El comisario abrió la puerta y se frente al caballo gris de propietario, taba desatado, como de costumbre, y vechó la ocasión para ir a caminar

Sólo estaba, tendida frente a su yesca coja de mirada triste.

Maigret empujó con el pie la paja espesa, encontró algo que hubiera su primera inspección.

Mientras lo realizaba, repitió dos o con el mismo mal humor:

—Para eso!...

Sentíase casi decidido a volverse a incluso a París, para rehacer, paso a camino recorrido por el *Southern Cross*.

En la caballería había de todo: los, trozos de arnés, un resto de bota pa rota...

Desde lejos vió una cosa blanca que lla de un montón de heno, y se acercó con confianza. Un instante después, tenía no un gordo de marinero americano, al de Vladimir.

La tela estaba manchada de lodo y deformada, como si se hubiese tirado en todos sentidos.

Pero en vano fue que Maigret buscara alrededores algún otro indicio. En donde fue descubierto el cadáver habían echado paja fresca, a fin de que el cuerpo fuera menos siniestro.

—¿Estoy detenido?

No hubiera podido decir por qué el coronel le venía a la memoria, que se dirigía hacia la puerta de la Veia, a la vez, a sir Lampson, arrojado, degradado a la vez, con sus ojos saliendo húmedos; su embriaguez con un flema habitual.

Evocaba el corto diálogo con el engrizado en la sala de la posada, con las cubiertas de hule oscuro, que las entonaciones, de las actitudes, había formado por un momento en un silencio.

Y manosese aquel gorro, desconfiada mirada cazurra.

—¡Sea prudente! —le había dicho Clairfontaine de Lagny, estrechando la su mano.

CARTA SECRETA

Alfonso Allais tomó, poco antes de su muerte, a una joven bretona, tonta como una ganso. Cierto día le dió una carta para que la echara al buzón. Pero cuando la muchacha se hubo marchado, recordó que no había puesto la dirección en el sobre.

—¡Oh! —pensó Allais—. Se dará cuenta y me la traerá de vuelta.

Pero la sirvienta regresó con las manos vacías.

—¿Y mi carta? —preguntó Allais.

—La eché en el buzón, pues.

—¿No se dió cuenta de que el sobre no tenía ninguna inscripción?

—Sí, señor —contestó la bretona—. Pero supuse que el señor no quería que se supiera a quién le escribía.



motor, frente al *Café de la Marina*. Las mujeres venían a comprar sus provisiones, y a cada instante tintineaba la campanilla del almuerzo.

—Cuando quiera usted el almuerzo... —dijo el patrón a Maigret.

—¡Más tarde!

Desde el umbral se puso a contemplar el lugar en donde estuvo amarrado el *Southern Cross* hasta aquella mañana.

Dos hombres, fuertes y sanos, habían salido de allí durante la noche. Se habían dirigido hacia el puente de piedra. De creer al coronel, se habían separado tras de una discusión, y sir Lampson había seguido su camino por la carretera desierta, recta, de una longitud de tres kilómetros, hasta las primeras casas de Epernay.

Nadie había vuelto a ver a Willy vivio. Cuando el coronel regresó en taxi no advirtió nada anormal.

—¡Ni un solo testigo! ¡Nadie había oído nada! El carnicero de Dizy, que vivía a seiscientos metros del puente, pretendía que su perro

El ganso seguía la pista del caballo di-
diendo sus graznidos como si fueran in-
junturas que el animal, después caer su
cabeza, olfateaba los detritus que lle-
gaban al patio.

En cada lado de la puerta un poyo de
sobre uno de ellos sentóse el comisario,
y el gorro ni su pipa apagada.

En la habitación ante él un enorme montón de
paja, luego un sero, cortado a trechos, y
los campos, en los que no crecía na-
da, la colina, cebrada de blanco y negro,
la cual parecía descansar con todo su
enorme nube cuyo centro era comen-
te negro.

Uno de los extremos de la nube salía un
delicado de sol que ponía algunas chispas
en el estéril.

— *Mujer encantadora* — había dicho el
retrahido de su mujer.

— *Verdadero gentleman!* — había dicho
del coronel.

El sólo Vladimir no había dicho una pala-
bra entendiéndose con ir y venir, comprar las
monedas, la nafta, llenar los taques de agua
y achicar el agua de la canoa y ayudar
a su amo.

En la carretera pasaban unos flamencos ha-
ciendo una alta voz. De repente, Maigret incli-
nó el patio estaba enlozado con piedras des-
cubiertas. Ahora bien: a dos metros de él algo
adoherido por el sol brillante.

Un gemelo de puño de canisa, de oro,
por dos hilos plateados. Maigret ha-
bía unos semejantes, la vispera; estaban
puños de Willy, cuando el joven, tenen-
do la caña del comisario, lanzaba hacia
el humo de sus cigarrillos y hablaba
al silencio.

En ese momento no se ocupó más del ca-
ballo ganso, ni de nada de lo que le re-
cuerdo después hacía girar la manivela del

armay... la morgue, sí!... ¡Policia!...
de los flamencos que salía del café,
para contemplarle con asombro, tan-
to animación.

— ¡Aquí el comisario Maigret, de
Judicial... Acaban de llevar ahí a
¡No! No se trata de ningún accidente...
El del abogado de Dixy... Sí...
en seguida en Secretaría todos sus efec-

Encontrarán ustedes qué botón de ge-
Dixy cómo es... ¡Sí, espero aquí...
minutos después volvía a colgar el re-
informado ya y teniendo en la mano
del gorro y el botón.

— Me servido el almuerzo...
y tomó el trabajo de contestar a la mu-
jer que, sin embargo, le había hablado con
mucho amabilidad. Salí con la impresión
tenía acaso en su mano un hilo de la
madeja, pero también con la angus-
ta que se le escapara.

El gorro en la cuadra... El botón de ge-
del patio... Y la insignia del Y. C. F.
del puente de piedra...

— Puso a canihuar, de prisa, en dirección
del puente. Los razonamientos se perfila-
concretaban a la vez en su espíritu.

— No había recorrido un kilómetro, cuan-
do delante de él cesó de respirar.

Southern Cross, que había salido hacia
de una hora a toda máquina, estaba amia-
da a la derecha del puente, en los cañave-
ros y no se veía a nadie sobre la cubierta.

— Cuando el comisario se encontraba tan
a unos cien metros, sobre la otra orilla,
pero que llegaba de Epernay se paró ante
el y Vladimir, siempre con su traje de
negro, que iba sentado junto al chofer, saltó
y se dirigió corriendo hacia el navío.

— Bien le había alcanzado, cuando se abrió
la canilla y apareció primero sobre el puente
el coronel, tendiendo la mano a alguien que se
iba en el interior.

— Maigret no se ocultaba, no pudo saber si el
coronel le había visto o no.

La escena fué rápida. El comisario no oía
las palabras que se cruzaban. Pero los movi-
mientos de los personajes le dieron una idea
bastante exacta de lo que ocurría.

Era la Negretti, a quien el coronel ayudaba
a salir de la cabina. Se la veía por primera vez
en traje de calle. Hasta a distancia se notaba
que estaba encolerizada.

Vladimir habíase apoderado de dos valijas
que estaban preparadas y las conducía al auto.

El capitán tendió la mano a su compañera,
para ayudarla a cruzar la pasarela, pero ella le
rechazó y lanzóse tan bruscamente que estuvo
a punto de dar con la cabeza entre el caña-
veral.

En seguida se puso en marcha sin esperarle.
El la seguía a algunos pasos, impasible. La mu-
jer metióse en el auto con la misma rabia, y
asomando su cabeza irritada por la ventanilla
gritó algo que debía ser una injuria o una
amenaza.

A pesar de todo, en el momento en que el
auto se ponía en marcha, sir Lampton se in-
clinaba galantemente, la contemplaba alejarse
y volvía a su barco en compañía de Vladimir.

Maigret no se había movido. Tuvo la clara
impresión de que se operaba un cambio en el
inglés.

Ya no se sonreía. Estaba tan flemático como
de costumbre. Pero, por ejemplo, al entrar en
la cabina de comando, tocó con un gesto cor-
dial, casi afectuoso, a la vez que le hablaba,
a Vladimir en un hombre.

La maniobra fué magnífica. El bordo no ha-
bía más que los dos hombres. El ruso, retiró
la pasarela y de un solo golpe soltó las amarras.

La proa del *Southern Cross* estaba embudida.
en el cañaveral; una chalana que llegaba detrás,
tocó la sirena.

La lampson se volvió. Fatalmente tuvo que ver
a Maigret, pero no dejó transparentar nada.
Desembargó con una mano, dió con la otra
dos vueltas a la rueda de metal, y el yacht se
deslizó marcha atrás, lo preciso para despen-
derse del cañaveral, evitó el encuentro con la
chalana, se detuvo a tiempo, y volvió a partir,
dejando tras de sí una estela de espuma.

No había andado cien metros, cuando lanzó
tres llamadas con su sirena para advertir a la
escuela de su llegada.



— No pierda usted tiempo... Siga la carre-
tera... Y si es posible, alcance a aquel coche...

Maigret había hecho parar la camioneta de
un panadero que iba en dirección a Epernay.
Se veía al auto ocupado por la Negretti, a poco
menos de un kilómetro, pero marchando lenta-
mente, porque el macaón estaba enlozado y
escurridizo.

Tan pronto como el comisario hizo conocer
su cualidad, el empleado del panadero le miró
con alegre curiosidad.

— Me bastarían cinco minutos para atrapa-
les, sié usted...

— No, no tan de prisa...

Ahora le tocaba a Maigret sonreír a su vez,
viendo como su acompañante tomaba las pos-
turas que aman a los perseguidores, en los
films americanos.

No hubo necesidad de ninguna maniobra pe-
ligrosa ni dificultad alguna que vencer. En una
de las primeras calles de la ciudad se detuvo
el coche unos instantes para permitir a la via-
jera que parlamentara con el chofer, el cual
volvió a ponerse en marcha, deteniéndose tres
minutos más tarde ante un hotel bastante lu-
joso.

Salí Maigret de la camioneta a cien metros
de allí, y dió las gracias al panadero, que no
quiso aceptar propina, pero, decidido a sacar
mayor fruto de la aventura, fué a situarse en
las cercanías del hotel.

Un mozo se hizo cargo de las valijas. Gloria
Negretti atravesó vivamente la vereda.
Diez minutos después, el comisario se pre-
sentaba al gerente.

La guerra no
impide que lle-
gue al país en
sus envases
originales.

preparado
por los la-
boratorios
en Londres de
Nu-Organic
Remedies Ltda.

VENTAS EN
FARMACIAS

FRASCOS DE 40
Y 100 TABLETAS.

—La señora que acaba de llegar?...
—La habitación número 9... Ya me parecía
a mí que había algo... Jamás he visto a na-
die en tal agitación... Habla con una rapi-
dez vertiginosa, mezclando a la conversación
palabras extranjeras... Creo haber comprendi-
do que no quería que se le molestara y que
debían enviarle cigarrillos y kumel... Al menos
no habrá escándalo, ¿verdad?

—En absoluto! —afirmó Maigret—. Se trata
de pedirle una información...

No pudo contener una sonrisa al llegar jun-
to a la puerta marcada con el número 9. Por-
que en la habitación reinaba una verdadera
tempestad. Los altos taños de la dama golpea-
ban el suelo con una cadencia desesperada.

Iba y venía en todas direcciones. Se la oía
cerrar la ventana, empujar una valija, hacer
correr el agua de la canilla y acabar por úl-
timo enviando un zapato al otro extremo de
la habitación.

Maigret llamó.

—¡Entre!...

La voz vibraba de cólera y de impaciencia.
La Negretti sólo llevaba allí diez minutos y,
sin embargo, había tenido tiempo de cambiar
de ropa, de poner en desorden sus cabellos y,
en suma, de recobrar, todavía más desordenado,
el aspecto que tenía a bordo del *Southern
Cross*.

Cuando reconoció al comisario brilló un re-
lámpero de cólera en sus ojos oscuros.

—¿Qué quiere usted de mí?... ¿Qué viene
a hacer aquí?... ¡Estoy en mi casa!... Pago
esta habitación y...

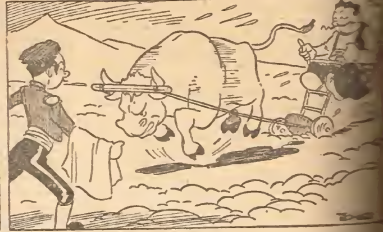
Continuó hablando en lengua extranjera, en
español, sin duda; abrió un frasco de agua de
Colonia y vertió la mayor parte en sus manos
antes de humedecer con ella la frente abrasada.

—Me permite usted una pregunta?...
—Ya he dicho que no quería ver a nadie...
¡Váyase!... ¡Lo oyé!...

PANCHO SOMBRERO

SISTEMA PROPIO

por TOO



Marchaba de un lado a otro, descalza, con medias, y sin duda no debía de llevar ligas, porque las medias comenzaban a deslizarse a lo largo de las piernas, dejando al descubierto una rodilla gordita y muy blanca.

—¿Haría usted mejor en dirigir sus preguntas a quienes podrían contestarlas... Pero no se atreve usted, ¿eh?... Porque es un coronel... Porque es sir Lampson... Bonito sir... ¡Ja ¡ja! Si yo contase sólo la mitad de lo que sé... ¡Mire!

Ahondaba febrilmente en su saco de mano, del que extraía cinco billetes de mil francos, arrugados.

—¡Mire lo que acaba de darme!... ¡Y hace dos años que vivía con él, que...!

Dirió los billetes sobre la alfombra, pero luego, pensándolo mejor, volvió a guardarlos.

Naturalmente, ha prometido enviarme un cheque... Pero ya se sabe lo que valen sus promesas... ¿Un cheque?... No tendrá ni siquiera el dinero necesario para llegar a Porquerolles... Pero eso no le impedirá emborracharse con whisky todos los días...

No lloraba, pero su voz estaba empapada de lágrimas. Era una extraña agitación la de aquella mujer, a la que Maigret había visto siempre confinada en una pereza beatífica, en una atmósfera de invernalado.

—Como su Vladimir... ¿Pues no ha osado decirme, tratando de besarme la mano: "Adios, madame!"... ¡Ja! ¡Ja! Tienen todo ese tuppé, pero cuando el coronel no estaba, Vladimir... ¿Pero eso no le importa a usted?... ¿Por qué está aquí?... ¿Qué espera?... ¿Es que cree usted que voy a decirle algo?... Pues nada de eso!... Y sin embargo, confiese que estaría en mi derecho...

No dejaba de circular, sacando objetos de la valija, los ponía en algún sitio, para recogerlos en seguida y llevarlos más allá.

—¡Dejarme en Epemay!... En este cochino agujero lleno de agua... Le supliqué que me llevara al menos a Niza, en donde tengo amigos... Amigos a los que dejé por su causa... Verdad es que debía estar contenta de que no me haya matado... Pero no diré nada, ¿lo oye usted?... Puede usted marcharse... ¡La policía me da asco!... ¡Tanto como los ingleses!...

Si es usted capaz de ello vaya a detenerme... Pero no, no se atreverá usted!... Sé muy bien lo que ocurre en este caso... ¡Pobre Mary!...

Sería todo lo que se quiera. Claro que tenía mal carácter, que hubiera hecho de todo por ese Willy, al que no he podido jamás tolerar...

Pero morir de ese modo... ¿Se han marchado?... ¿A quién va usted a detener al fin?... ¿Acaso a mí?... No?... ¡Pues bien, óigame!...

Voy a decirle una cosa, ¡sí!... ¡Sólo una cosa!... Y usted hará lo que quiera...

Esta mañana, cuando se vestía para comparecer ante el juez — ¡porque es necesario que impresione a la gente, que saque a relucir sus insignias! —, cuando se vestía, Walter le dijo a

Vladimir, en ruso, porque él cree que yo no entiendo esa lengua...

Hablaban tan velozmente que acababa por perder el aliento, se enredaba en sus palabras y comenzaba a mezclar de nuevo términos españoles.

—Le dijo que trataba de saber en dónde se encontraba *La Providencia*... ¿Comprende usted?... Es un barco que estaba cerca de nosotros, en Meaux... Quieren alcanzar ese barco y tienen miedo de mí... Yo hice como que no había entendido... Pero sé muy bien que usted no se atreverá...

Contempló sus valijas medio deshechas, la habitación que había logrado poner en completo desorden en pocos minutos e impregnado de su áspero perfume...

—¿Tiene usted, al menos, cigarrillos?... ¿Qué clase de hotel es éste... Los he pedido, y también kumel...!

—¿Vió usted en Meaux al coronel conversando con alguien de *La Providencia*?

—No vi absolutamente nada... Yo no me ocupaba de eso... Sólo he oído esta mañana... ¿Por qué se preocuparía de una chalana, si no...? ¿Es que nadie sabe siquiera de qué murió la primera mujer de Walter en la India?... Y si la otra se divorció es porque tendría sus razones...

Llamó un mozo travieso cigarrillos y licor. La Negretti tomó el paquete y lo echó a rodar por el pasillo, gritando:

—¡He pedido Abdul!

—Pero, madame...

Junto ambas manos, con un gesto que presagiaba un ataque de nervios, y rugió:

—¡Oh!... ¡Esa gente!... Esos...

Y volviéndose hacia Maigret, que la examinaba con interés, le apostrofó:

—¿Qué es lo que está usted esperando?... ¿No le diré nada más! No he dicho nada...

—¿Lo entiende?... ¡No quiero que me fastidien más con esa historia!... Ya es bastante desgracia haber perdido dos años de mi vida en...

El mozo, al retirarse, lanzó una mirada al comisario. Este, en tanto que la joven se dejaba caer sobre el lecho, con los nervios agotados, salió a su vez.

En la calle continuaba esperándole el panchero.

—¿Y entonces? ¿No la ha detenido? — preguntó decepcionado —. Yo creía...

Maigret tuvo que caminar hasta la estación para encontrar un taxi que le condujera de nuevo al puente de piedra.

VII

EL PEDAL DESCOMPUESTO

Cuando el comisario se adelantó al *Southern Cross*, muchos remolinos agitaban todavía los cafaverales mucho tiempo después de su paso, el coronel continuaba al timón y Vladimir manejaba en la proa una palanca.

Maigret esperó al yacht en la esclusa. La maniobra se efectuó correctamente una vez amarrado el barco, descendió a tierra para entregar sus papeles y una al encargado de la esclusa.

—¿Es suyo este gorro? — preguntó —, dirigiéndose al marinero.

Vladimir examinó el objeto, que era un pingajo sucio, y después a su hijo.

—¡Gracias! — dijo al fin apoderándose del gorro.

—¡Un momento! ¿Quiere usted cuándo lo perdió?

El coronel seguía la escena con sin dejar ver ninguna emoción.

—Se me cayó al agua, ayer por la noche — replicó Vladimir —, cuando inclinado...

Las bandas retiraba con un guinche que bloqueaban la hélice... Detrás otros había una chalana... La mujer, llas en su bote, lavaba su ropa... quien atrapé el gorro y yo lo del puente para que se secara...

—¿O sea, que estaba anoche sobre el yacho?

—Sí... Y esta mañana no me he dado cuenta de que ya no estaba allí...

—¿Estaba ya sucio ayer?

—¡No! La marinera, al atraparle, me lo limpió con la ropa que lavaba...

El yacht iba elevándose en la esclusa, encargado apretaba con las dos manos la palanca de la compuerta de salida.

—Si no recuerdo mal era el *Fénix*, ¿no? que estaba tras de ustedes, ¿no?

—Así lo creo... No volví a verle...

Maigret hizo un vago saludo y se encaminó a su bicicleta, en tanto que el coronel, embargado el motor e inclinado al pasar ante el encargado de la esclusa...

El comisario permaneció un largo tiempo mirándole partir, pensativo y turbado.

Extraordinaria sencillez con que pasaba a bordo del *Southern Cross*.

Seguía el yacht su ruta, sin inclinarse. Apenas sí, desde su puesto, lanzó una pregunta al ruso, quien contestó sola frase.

—¿Está el *Fénix* lejos? — inquirió Vladimir.

—Acaso en el tramo de Juvigny, a unos kilómetros de aquí... No es un barco como éste...

Maigret llegó al tramo algunos instantes que el *Southern Cross*, y Vladimir, desde lejos, haciendo preguntas y riendo.

Ernan exactos los detalles. La vispa, tras ella estaba lavando su ropa, estaba, hinchada por el viento, tendido un alambre en la chalana, había atrapeado del marinero. Este había dado unos pasos de francos a su chico.

Las cuatro de la tarde... El comisario vio a su bicicleta con la cabeza como un bo de confusas hipótesis. El camino

de cubierto de grava y los neumáticos rean, lanzando pequeños guijarros a ambos de la ruta.

Al llegar a la esclusa 99 Maigret llevaba un delante al inglés... ¿dónde se halla el momento La Providencia? muy lejos de Vitry-le-François... Ca a buena marcha, porque tienen caracientes, y sobre todo un carretero economiza su esfuerzo...

recen tener prisa? más ni menos que la de costumbre... prende usted que en el canal siempre prisa... Nunca se sabe lo que no es... Puede uno perder horas y horas en lusa, como puede pasarla en diez minutos, cuanto más de prisa se vaya, más se

ha oído usted nada de anormal esta ada!... ¿Por qué?... ¿Hubo alguna co-

et, sin contestar, partió de nuevo; y entonces se fué deteniendo en cada estante cada barco.

había tardado mucho en juzgar a Gloria... Mientras procuraba no decir cosa al tra el coronel había manifestado en todo lo que sabía.

era tan incapaz de contenerse comenir! De otra manera, habría inventado mucho más complicadas.

por tanto, cierto que había oído a sir en pedir a Vladimir que se informase de La Providencia.

so era que también el comisario se ha apurado ya de aquella chalana, que ha ido el domingo por la noche, poco

res de la muerte de Mary Lampton, de Meaux, y que, construida en pua, estaba protegida con un tamo de resina.

¿qué quería alcanzar el coronel? no existía entre el *Southern Cross* y el barco que caminaba al paso lento dos calabos?

as seguía rodando en su máquina en del monótono paisaje del canal, apocada vez más pensosamente los pies so pedales, Maigret hilaba razonamientos, los cuales sólo le conducían a conclusiones mentarías o inaceptables.

embargo, la historia de los tres indicios aclaraba con la rabiosa acusación de la

más de diez veces había tratado Maigret sustituir las idas y venidas de los personajes durante el curso de aquella noche, de nada se sabía, sino que Willy Marco sólo asesinado.

ada una de sus tentativas había sentido lusa, había tenido la impresión de que había un personaje, que no era ni el comi el muerto, ni Vladimir...

era resultaba que el *Southern Cross* iba a mostrar a alguna persona a bordo de La Providencia.

alguno que estaba a todas luces mezcla-

do a los acontecimientos! ¿No era dable suponer que esa persona había participado en el segundo drama, es decir, en la muerte de Willy, ni más ni menos que en el primero?

Pronto se franquaban las distancias, durante la noche, en bicicleta, a lo largo de un caminito.

—No oyó usted nada esta pasada noche? —No observó nada de anormal a bordo de La Providencia, cuando pasó por aquí?

Aquella era una abominable tara, decepcionante también, sobre todo en medio de la garúa que caía de las nubes bajas.

—Nada... Aumentaba el espacio que separaba a Maigret de *Southern Cross*, el cual debía perder un minimum de veinte minutos en cada esclusa. El comisario volvía a montar, cada vez con más trabajo, en su máquina, y obstinadamente volvía, en la soledad del nuevo tramo, a teanudar el hilo de sus razonamientos.

Había recorrido ya cuarenta kilómetros, cuando el encargado de la esclusa de Sarry, contestó así a su pregunta:

—Mi perro ladró... Creo que debió suceder algo en el camino... ¿Quizá cruzó un conejo?... Yo volví a dormirme en seguida...

—¿Sabe usted dónde le tomó la noche a La Providencia?

Hizo un cálculo mental su interlocutor.

—¡Espere usted! No me extrañaría que hubiese, llegado hasta Pogny... El patrón quería llegar esta noche a Vitry-le-François...

—Dos esclusas más! ¿Aquello no era nada! Maigret debía buscar a los encargados en las puertas de las esclusas, porque a medida que avanzaba, el tráfico se hacía más intenso. En Vesigneul había tres barcos esperando turno; en Pogny eran cinco.

—¡No, ruido no he oído! —masculló el encargado de esta esclusa—. Pero quisiera saber quién ha tenido la frescura de servirse de mi bicicleta...

El comisario se enjugó la frente con satisfacción, comenzando a entrever una apariencia de realidad. Respiraba trabajosamente. Acababa de recorrer cincuenta kilómetros sin beber siquiera un vaso de cerveza.

—¿En dónde está su bicicleta?

—¡Encárgate de abrir las compuertas, Francisco —gritó el encargado de la esclusa a un carretero.

Y se llevó a Maigret hasta su casa. En la cocina, que aparecía en seguida de la puerta, unos marineros bebían vino blanco que les servía una mujer, sin dejar el niño que llevaba en los brazos.

—No irá usted a dar parte, ¿verdad? Ya sé que está prohibido vender bebidas... Pero todos lo hacen... Lo hace uno más bien por prestar un servicio... ¡Mire usted!...

Designaba una pila de planchas de madera adosada a la muralla y que no tenía puerta.

—¡Ahí tiene la bicicleta... Es la de mi mujer... Piense usted que hay que ir a cuatro kilómetros de aquí para encontrar un almacén de comestibles... Yo le digo siempre que meta la máquina en casa por la noche, pero se empeña en que mancha la casa... Fíjese que el

Remite su nombre y dirección a las Escuelas Lúteras, Americanas, Bayce 932, Cantón, y a rue de conse recibro GRATIS Y SIN COMPROMISO LA "GUÍA DE ENSEMANZA", de 92 páginas ilustradas, con detalles de los 72 cursos que enseñamos por correo. Ver anuncio fope interior.

que ha hecho uso de ella es un rico tipo... Yo hubiera muy bien podido no enterarme de nada... Pero precisamente antes de ayer, mi sobrino, que es mecánico en Reims, vino aquí a pasar el día... la cadena de la bicicleta estaba rota...

La reparó, y aprovechó para limpiar la máquina a fondo y engrasarla... Ayer no la utilizamos... También se le había puesto nuevo el neumático de atrás...

—¡Pues bien!, esta mañana, el cacharro estaba limpio, por más que ha llovido durante toda la noche... Ya habrá usted visto el barro en el camino... Pero el pedal izquierdo está descompuesto y el neumático tiene trazas de haber recorrido lo menos cien kilómetros...

—Comprende usted algo de todo esto?... ¿Qué la bicicleta ha rodado, eso está claro! Y el que se la llevó y la ha devuelto tuvo buen cuidado de limpiarla...

—¿Qué barcos han pasado la noche cerca de aquí?

—¡Espere!... El *Magdalena* ha debido ir a La Chaussée, en donde el cuñado del patrón tiene un bar... El *Misericordia* ha permanecido más allá de mi esclusa...

—¿Venía de Dizy?

—¡No! Es un barco descendente que llega del Saône... Yo no veo más que *La Providencia*... que pasó ayer a las siete de la tarde...

Fué hasta Oniey, a dos kilómetros, en donde hay un buen puerto...

—¿Tiene usted otra bicicleta?

—No... Pero puede uno servirse de ésta, a pesar de todo...

—Nada de eso! La va usted a encerrar en un lugar seguro... alquilará una si es preciso... ¿Puedo contar con usted?

Los marineros salían de la cocina y uno de ellos gritó al encargado:

—¡Así es como te regalas, Deseado?... Un momento... Estoy con el señor...

—¿Dónde cree usted que pueda alcanzar a La Providencia?

—Lleva aún una buena marcha... Me extrañaría si la encontrase usted antes de Dizy...

lba a partir Maigret. Pero retrocediendo, sacó una llave inglesa de su bolso de herramientas y desmontó los dos pedales de la bicicleta del encargado de la esclusa.

Al proseguir su ruta, los pedales, que había metido en sus bolsillos, formaban dos salientes en los mismos.

El encargado de la esclusa de Dizy le había dicho bronceando:

—Cuando no llueve en ninguna otra parte, hay al menos dos sitios en que se puede estar

EL MONO SABIO

EL TAMBIEN

por TIM



seguro de ver caer agua: aquí y en Vitry-le-François...

Y al acercarse Maigret a esta última ciudad, comenzó de nuevo a llover; era una lluvia muy fina, perezoza, eterna.

Cambiaba el aspecto del canal; levantábanse fábricas en sus dos riberas; durante largo trecho el comisario pedaleó en medio de un enjambre de obreras que salían de una de las fábricas.

Aquí y allá había barcos, unos que descargaban y otros vacíos que esperaban.

Volvían a verse las casitas de barriada, con conejeras hechas de cajones, con jardincillos mezquinos.

Y a cada kilómetro, una fábrica de cemento, o una cantera, o un horno de cal. La lluvia mezclaba el barro del camino al polvillo blanco; el cemento lo agrisaba todo: los tejados de rojas tejas, los manzanos y las hierbas.

Comenzaba Maigret a adoptar el movimiento zigzagueante del ciclista fatigado. Pensaba ya sin querer pensar, iba poniendo, una tras otras, las ideas que no era posible aun reunir en un sólido haz.

Cuando entrevistó la esclusa de Vitry-le-François, caía ya la noche, cuya media oscuridad picaban los blancos faroles de unos sesenta barcos colocados en fila india.

Algunos se adelantaban a los otros, se atra-

que siguen llegando más. En principio, los de motor tienen derecho a adelantarse a los barcos-caballeriza... Pero esta vez el ingeniero ha resuelto que se dará paso alternativamente en la esclusa a una chalana de caballos y a un barco de motor...

Y el hombre, simpático, de rostro franco, tendió el brazo.

—¡Mirela!... precisamente frente a la grúa... Reconozco su palo pintado de blanco...

Al pasar por delante de las chalanas, se adelantaba a través de las escotillas, a los servidores de ellas, que comían a la luz amarillenta de las lámparas de petróleo.

Maigret encontró al patrón de *La Proviencia* en el muelle, en gran discusión con otros marineros.

—¡Claro que los de motor no debían tener mayores derechos!... Ahí tiene usted a la *Maria*, que es de motor, y a la que nosotros le ganamos un kilómetro en cada tramo de cinco... ¿Y ahora?... Pues ahora, con ese sistema de alternar, nos va a pasar por delante... ¡Mira!... ¡Si es el comisario!...

Y el hombre le tendía la mano como si fuera un camarada.

—Otra vez está usted con nosotros?... A bordo está la patrona... estará contenta de verle otra vez, porque dice que para ser un policía es usted un hombre muy bien...

—No puedo hacerme a la idea de bicicleta, con sus piernas cortas... Mi si tiene una, pero hace más de un año la emplea y creo que tiene rotas las...

—¡Pasaron ustedes la noche en Ome...

—¡Así fué! Siempre tratamos de en un sitio en donde podamos comprar siones... Porque si por acaso tiene detenerse durante el día, siempre hay barcos que se adelantan...

—¿A qué hora llegaron allí?

—A esta misma hora, poco más o menos otros tenemos más en cuenta el sol... ra, como comprenderá usted... ¿O no?

—Es la niebla que traemos de en cada viaje...

—¿Fué usted al almacén?

—Sí, mientras los hombres tomaban ritivo... Debían ser las ocho, poco menos, cuando nos acostamos...

—¿Estaba Juan en la cuadra?

—¿Y dónde iba a estar?... Si se encuentra bien con sus animales...

—No oyeron ustedes ruido alguno la noche?

—Absolutamente nada... A las de costumbre, Juan vino a preparar Es su tarea... Y luego nos pusimos...

—¿No observó usted nada de...

—¿Qué quiere usted decir?... chará usted del viejo, me imaginé el aire raro, como parece, cuando conoce...

—Pero hace ocho años que nosotros... Y francamente, si se se a *La Proviencia* no sería ya lo que...

—¿Duerme su marido con usted?

—La mujer se rió de nuevo, y como estaba junto a ella, le dió un costado.

—¿Pero, dígame! ¿Es que tengo ser tan vieja?...

—¿Puedo ir a dar una vuelta a lleriza?

—Si lo quiere... Tome la linterna en el puente... Los caballos...

—porque creemos que pasaremos la noche aquí... Y, una vez en Vitry...

—tranquillos... Casi todos los barcos canal del Marne al Rin... Han...

—está más tranquilo... aparte de los de ocho kilómetros, que siempre me...

—Maigret dirigióse, solo, hacia la chalana, donde estaba la caballería...

—la linterna de tormenta, que había de fanal, entró en los dominios de...

—pletamente llenos de un olor cálido y a cuero,

—Pero fué en vano que rebuscara...

—cuarto de hora, sin cesar de oír las ciones que continuaban en el...

—patrón de *La Proviencia* y...

—Cuando un poco más tarde llegó en la, para ganar el tiempo pe...

—trabajaban a la vez, en medio de manifiestas enmohecidas y, de...

—teante, vió al carretero junto a puertas, con su látigo, a guisa de...

—la nuca, que naniabraba en una...

—Estaba vestido como en Dizy, con pana y llevaba un sombrero gastado...

—perdido hacía tiempo la cinta.

—Salí una chalana de la esclusa con el guinche, porque era impos...

—de otro modo en medio de todos barcos aglutinados.

—Los gritos que se contestaban de a la otra eran roncós, irritados, y...

—iluminados a veces por un resplandor sellados por el cansancio.

—Todas aquellas gentes estaban en desde las tres o las cuatro de la...

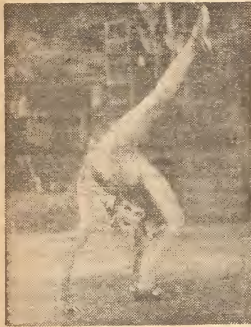
—soñaban sino con la boca de la ca...

—tirarse sobre la cama abotados por el...

—Pero cada uno de ellos quería primero la esclusa, emborrallada de...

—ciones, con el desco de iniciar en...

—dició la etapa del día siguiente,



LA MUJER ARANA

Es ella quien dice que es una araña, y cuenta cosas extraordinarias a quien quiere oírlo, es decir, a quien no la conoce.

—Ya bajó del cielo —relato— colgado de un finísimo hilo plateado. Tenía entonces cuatro brazos y cuatro piernas, a los que lo gente vulgar llama ocho potos. Lo recuerdo muy bien. Andaba sobre los árboles y por los rincones de los cuartos buscando agujeritos donde meterse. Hasta que me metí dentro de un zapato, luego de lo cual hubo una gran lucha... y me quedé dormido, creo que por obra de una suela que se me vino encima. Luego, cuando desperté, me encontré con un biberón en la boca ¡y con dos brazos y dos piernas menos!

Nosotros creamos, entonces, que los años hacen algo, un olmo reconcentra en un cuerpo humano. Como más típico que el que aquí nos ocupa no podría darse.

En la oscuridad brillaban la lumbre de los cigarros y las luces de todos los fanales de los barcos. Estos estaban tan cerca unos de otros que el comisario se preguntaba cómo podían circular aun.

Maigret se encontró con la gorda bruselesca en el momento en que sacaba la sopa; la mujer secóse la mano en el delantal antes de tenderse al comisario.

—¿No ha encontrado usted aun al asesino?...

—¡No!... Vengo otra vez a pedirle a usted una información...

—¿Sientes... ¿Un vasito?...

—¡Gracias!...

—¡Gracias... sí!... ¿No es eso? ¡Vamos! Con este tiempo eso no viene mal a nadie...

Me imaginó que no habrá usted venido en bicicleta desde Dizy...

—¿Pues sí, desde Dizy!...

—¿Pero si hay sesenta y ocho kilómetros!...

—¿Está aquí su carretero?

—Debe estar en la esclusa, discutiendo...

Quieren pasarnos, tomarnos la vez, y no podemos dejarnos manosear, porque ya hemos perdido bastante tiempo...

—¿Tiene una bicicleta?

—¿Quién? ¿Juan?... ¡No!...

Rióse ella, y le explicó, mientras volvía a su trabajo:

vesaban. Y cuando otro llegaba en dirección opuesta todo eran gritos y juramentos o informes lanzados a voloc.

—¡Eh! la *Sinuous*... ¡Tu cuñada, que está en Chalou-sur-Saône, te envía a decir que se encontrará contigo en el canal de Borgoña... Que te esperan para el bautizo... Recuerdos de Pedro!

En las puertas de la esclusa había diez siluetas que trabajaban ahusadamente.

Y sobre todo aquello, una niebla azulada, en medio de la cual se distinguían las formas de los caballos detenidos, de los hombres que iban de uno a otro barco.

Maigret leía los nombres en la popa de las chalanas. Una voz le gritó:

—¡Buenas tardes, señor!...

Tardó algunos segundos en reconocer al patrón del *Eco III*.

—¿Ya reparado?

—¡Sí no era casi nada!... Mi empleado es un imbecil... El mecánico que vino de Reims lo arregló en cinco minutos...

—¿No ha visto usted a *La Proviencia*?

—Está delante... Pero nosotros pasaremos mucho antes que ella... A causa del embotellamiento tendrán que quedarse aquí toda la noche y quizá la próxima... Tenga usted en cuenta que lo menos hay ya sesenta barcos y

encargado iba y venía, atrapaba al vuelo
letas de unos y otros, corría a su oficina,
de firmaba, ponía el sello, y se metía
adentro en el bolsillo,
¡Idón!...

¡Met había tocado en el brazo al carretero
volvió lentamente, le miró con ojos
mas si se veían tras del espejo matorral
cejas.

¡Usted otras botas, además de las
patas?

pareció no comprender en seguida,
se aún más su rostro y se miró a los
aire estupefacto.

¡Sacudió la cabeza, quitóse la pipa de
y murmuró simplemente:

¿así?...

¡Usted más que ese calzado?
un signo afirmativo y lento con la

usted montar en bicicleta?

¡Usted, intrigados por aquel coloquio, se
aron.

¡Usted por aquí—dijo Maigret—. Le

carretero le siguió en dirección hacia La
ciudad, que estaba amarrada a unos dos-
metros. Al pasar por delante de sus
ojos, que estaban con la cabeza baja y el
ruido de la lluvia, acarició el cuello
próximo.

¡Pequeño, pequeño, flacucho, estaba in-
sobre un guinche clavado en el fondo
y empujaba su barco acostándose con-
tra, para permitir el paso a una chala-
nante.

¡Distancia, a los dos hombres que en-
traba la cuadra, pero no tuvo tiempo de
ellos.

¡Usted aquí esta noche?

¡Un gruñido que significaba que sí,
la noche? ¿No hizo usted uso de
del encargado de la esclusa de

carretero ofrecía el aspecto desdichado de
¡Idiota al que se atormenta con bur-
na, pero que, no habiendo sido mal-
manera, se ve de pronto fustigado sin

¡Usted por atrás el sombrero y se frotó
mano el cráneo, de cabellos blancos,
como crines.

¡Usted las botas...

¡Usted ni se movió, lanzó una mirada
orilla, en la que se veían las patas de
los. Uno de ellos relinchaba, como
comprendido que el carretero esta-
en mal paso.

¡Usted... listo!...

¡Usted el gesto a la palabra, Maigret
¡Usted que se sentaba sobre una plancha
era que corría a lo largo de los muros
ballestería.

¡Usted entonces pareció obedecer el vicio,
¡Usted con su verdugo con ojos de reproche,
no a quitarse una de las botas.

¡Usted medidas, sino unas bandas de tela,
¡Usted con sebo, enrolladas en los pies
los, que parecían formar parte de la

¡Usted iluminaba mal. El patrón, una
¡Usted con su maniobra, vino a sentarse
puente para ver lo que pasaba en la

¡Usted que Junn, gruñendo, con la frente
¡Usted y el gesto amenazador, levantaba la
¡Usted, Maigret limpiaba con paja la suela
¡Usted que tenía en la mano,

¡Usted, sacando el pedal izquierdo de su
¡Usted, le aplicó a la bota,

¡Usted un espectáculo extraño el de aquel
¡Usted embutecido, que contemplaba sus pies
¡Usted. Sus pantalones, que habían sido he-
¡Usted en duda por un hombre aun más bajo,
¡Usted, pero no llegaban más que a la mi-
¡Usted de la pierna.

Y las vendas de tela enebada estaban ne-
gruzcas, grasientas y llenas de briznas de paja.
Cerca de la lámpara, Maigret confrontaba
el pedal, algunos de cuyos dientes estaban
rotos, con las huellas apenas visibles sobre
la suela.

—¡Usted utilizó esta noche en Pogny la bi-
cicleta del encargado de la esclusa! —acusó len-
tamente, sin separar los ojos de ambos objetos.
¿Hasta donde fué usted en ella?

—¡Ohé!... ¡La Providencia!... ¡Avancen!...
El Estornino renuncia a pasar y se queda en el
tramo...

¡Usted se volvió hacia las gentes que se agi-
taban fuera, y luego hacia el comisario.

—¡Puede usted preparar la salida de la es-
clusa!... dijo Maigret—. ¡Tenga, póngase las
botas!...

El patrón manejaba ya el guinche. Vino
corriendo la patrona.

—¡Juan! ¡Los caballos!... ¡Mire que si per-
demos la vez!...

El carretero había metido los pies en las
botas, se erguía sobre el puente y modulaba
de una manera extraña:

—¡Ho! ¡Hué!... ¡Hué!...

Y los caballos se ponían en marcha, en tanto
que él, saltando a tierra, se ponía a su paso,
torpemente, siempre con el látigo sobre la
espalda.

—¡Ho!... ¡Hué!...

La patrona, mientras su marido tiraba

PARA APRENDER A CONSTRUIR UNA CASA!

Tratado sencillísimo. Elección del terreno y
las distintas etapas de la construcción con
20 proyectos de viviendas económicas. Un
tomo ilustrado, \$ 6; filete, \$ 0.75. Mandamos
por contra reembolso. PEDIDOS:

A. WARD,

Sgo. DEL ESTERO 1519 - Bs. As.

cicleta asida de la guía, siguiendo con los ojos
las sombras que se agitaban en la oscuridad.
Los dos caballos habían ido a pararse a cin-
cuenta metros de las puertas de salida, sin
necesidad de que nadie les diera una voz.
Juan daba vueltas a una de las manivelas.

Penetró el agua en la esclusa, con un ruido
de torrente. Se la veía, blanca de espuma, en
los espacios dejados libres por la *Madazglena*.

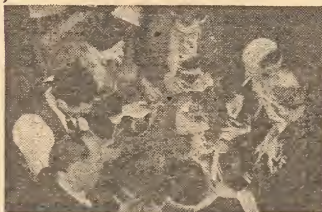
En el momento en que el agua se precipita-
ba con mayor fuerza, sintióse un grito ahoga-
do, seguido de un golpe en la proa de la cha-
lana y de un remolino confuso.

¡Adiviné, antes de comprender el drama, el
comisario. El carretero no estaba ya en su
puesto en la compuerta y los otros, corrian
a lo largo de los muros. Se gritaba por todas
partes a la vez.

Tan sólo iluminaban la escena dos lámparas:
una en medio del puente levadizo que pre-

LOS SOLTEROS SE LIBERAN

Son los tres de la mañana y nues-
tros tejedores continúan tejendo
desesperadamente. Es que se aproxi-
ma el invierno y ellos no quieren ver-
se en el trance humillante de tener
que recurrir a las mujeres. Humi-
llante, porque han jurado y rejurado
que jamás necesitarán de una mujer
para nada. Menos aun para procura-
rse buenos abrigos tejidos a ma-
no. Pues con aprender a tejerlos, ya
no. Pero, lo malo es que soplar no es hacer botellas, y con sólo tejer no apa-
rece el sweater deseado. Siempre aparece otra cosa; y por lo general,
eso otra cosa no sirve para nada, y hay que deshacerla para recomenzar. Fuman
y tejen de sol a sol y toda la noche. Hacen, deshacen y rehacen... ¡Lo que es el
ansia de liberación.



esto... Pero, lo malo es que soplar no es hacer botellas, y con sólo tejer no apa-
rece el sweater deseado. Siempre aparece otra cosa; y por lo general,
eso otra cosa no sirve para nada, y hay que deshacerla para recomenzar. Fuman
y tejen de sol a sol y toda la noche. Hacen, deshacen y rehacen... ¡Lo que es el
ansia de liberación.

del guinche, se apoyaba con toda su huma-
nidad sobre la barra, con el fin de evitar a
la chalana que venía en sentido opuesto, y de la
que se distinguía apenas la proa redondeada
por el halo del farol situado en la popa.

Oyóse la voz impaciente del encargado, que
gritaba:

—¡Vamos!... La Providencia... ¿Es para
hoy o para mañana?...

El barco que entraba se deslizaba sin ruido
sobre el agua negra. Pero por tres veces cho-
có contra el muro de piedra, antes de desli-
zarse en la esclusa, cuya anchura ocupó por
entero.

VIII

EN LA SALA 10

Habitualmente, las cuatro compuertas de
una esclusa se abren una tras otra y poco
a poco, con el fin de evitar los remolinos que
podía producir la rotura de las amarras del
barco.

Pero había sesenta chalanas esperando. Los
marineros, a quienes tocaría pronto la vez,
ayudaban a la maniobra, mientras que el en-
cargado sólo se ocupaba de visar los papeles.

Maigret estaba sobre el muelle, con su bici-

cedía la esclusa, y la otra sobre la chalana,
que continuaba elevándose a cadencia rápida.
—¡Cerrad las compuertas!...

—¡Abrid las compuertas!...

¡Usted que pasaba día... Maigret en la me-
jilla con un enorme guinche.

¡Usted de lejos los marineros y el en-
cargado de la esclusa salía de su casa, enlo-
quecido ante la idea de su responsabilidad.

—¿Qué ha ocurrido?...

—El vicio...

A ambos lados de la chalana, entre su borde
y el muro, no había más de treinta centímetros
de agua libre. Y esta agua, que llegaba de
las compuertas, se deslizaba vertiginosa por
el estrecho pasadizo, y rebotaba sobre sí mis-
ma, borbotante.

Hubo una serie de maniobras torpes. Entre
otras, alguno dio la vuelta a una de las com-
puertas de salida, y oyóse cómo la puerta
amenazaba saltar sobre sus goznes, mientras
que el encargado se precipitaba para reparar
el daño.

Sólo después supo el comisario que el tramo
entero pudo verse inundado por completo, y
hubieran sido averías cincuenta chalanas.

—¿Lo ves tú?...

—Algo negro hay allí abajo...
La chalana seguía subiendo, más lentamente cada vez. De las cuatro, tres de las compuertas estaban cerradas. Pero a cada instante el barco chocaba violentamente contra el muro de la esclusa, aplastando quizá al carretero.

—¿A qué profundidad?
—Un metro por lo menos, bajo el barco...
Era espantoso. A la débil luz de la linterna de la caballeriza veíase a la patrona de *La Providencia* que corría en todas direcciones con una boya de salvamento en la mano.

Con la mayor angustia clamó:
—¡Creo que no sabe nadar!...
Y Maigret oyó una voz grave que decía a su espalda:

—¡Tanto mejor! Así habrá sufrido menos...



Aquello duró un cuarto de hora. Por tres veces creyeron algunos ver un cuerpo que emergía, pero en vano hundieron los guinchos en aquella dirección.

La Magdalena salió lentamente de la esclusa, y un carretero viejo murmuró:

—Os apuesto cuanto queráis a que está enganchado al timón! Yo he visto eso una vez en Verdún...

Pero se engañaba. Apenas estuvo la chalana detenida a cincuenta metros de allí, cuando los hombres que, con ayuda de una perca tanteaban en las compuertas de salida, llamaron pidiendo ayuda.

Hubo que traer un bote. Se sentía la presencia de algo en el agua a un metro de profundidad. Y en el momento en que uno se decidía a tirarse al agua, mientras que su mujer trataba de retenerle con los ojos llenos de lágrimas, un cuerpo apareció bruscamente en la superficie.

Le izaron. Diez manos agarraron a la vez el saco de pana, que estaba destrozado, por haberse enganchado en uno de los pernos de la puerta.

Lo que siguió desarrollóse como una pesadilla. Se oía tintinear el teléfono en la casa del encargado. Un chico había salido en bicicleta para avisar al médico.

Pero todo era inútil. El cuerpo del viejo carretero fue depositado sobre la orilla, aparentemente sin vida, inmóvil; un marinero le quitó el chaleco, arrodillóse junto al ancho pecho del ahogado y comenzó a hacerle tracciones en la lengua.

Alguien trajo una linterna. El cuerpo parecía más corto, más macizo, más espeso que nunca, y el rostro rojizo, lleno de cieno de la esclusa, estaba descolorido.

—¡Se ha movido!... ¡Te digo que se mueve!...
Ya no había atortollamiento. El silencio era tal que la más leve palabra resonaba como en una catedral. Continuaba oyéndose la caída de agua por una compuerta mal cerrada.

—¿Y qué hay? —preguntó el encargado de la esclusa, que volvía.

—Se mueve un poco... No mucho...

—Haría falta un espejo...
El patrón de *La Magdalena* corrió a buscar uno a bordo. El hombre que practicaba la respiración artificial estaba ya completamente traspirado; otro ocupó su puesto, y comenzó a sacudir más vigorosamente al ahogado.

Cuando se anunció al doctor, que acudía en coche por una carretera lateral, todos podían distinguir claramente que el pecho del viejo Juan se agitaba lentamente.

Le habían quitado el chaleco. Por la entreabierta camisa se veía su pecho, tan velludo como el de una fiera. Bajo la tetilla derecha había una larga cicatriz, y Maigret creyó percibir vagamente un tatuaje en el hombro.

—¡El barco sigue! —gritó el encargado de la esclusa, haciendo correa con las manos—. De todos modos nada podéis hacer ya...

Y uno de los marineros se alejó al más con pesar, llamando a su mujer, que en unión de

otras, se lamentaba a alguna distancia.

—No habrás parado el motor, al menos?...

El médico hizo retroceder a los espectadores y frunció las cejas apenas hubo tocado el pecho.

—Vive, verdad? —preguntó con orgullo satisfecho el primero que le había atendido, —¡Policia judicial! —dijo Maigret interviniendo.

—¿Es cosa grave?

—Tiene la mayoría de las costillas hundidas... ¡Cierto que vive!... Pero me extrañaría que viviese mucho tiempo... ¿Ha sido apretado entre dos barcos?...

—Entre un barco y la esclusa, indudablemente...

—¡Mire!...
Y el médico hizo tocar al comisario el brazo izquierdo fracturado en dos sitios.

—¿Hay una camilla?

El moribundo lanzó un suspiro débil.

—Voy a enjazar por darle una inyección... Pero que preparen la camilla lo más aprisa posible... El hospital está a quinientos metros...

En la esclusa había una, según ordenaba el reglamento, pero estaba en el granero, donde se

Imposible



—Palabra de honor, señorita; en ninguna parte encontraré lo que usted desea. No hay zapatos chicos por fuera y grandes por dentro.



vió ir y venir, por la ventana de guillotina, la luz de una vela.

La brulesa sollozaba, lejos de Maigret, al que dirigía miradas de reproche.

Diez hombres se prestaron a levantar al carretero, que emitió un nuevo ronquido. Luego, una linterna se alejó en dirección a la carretera principal, cuya luz aureolaba a un compacto grupo, mientras que un barco de motor, alumbrado con sus dos faroles, verde y rojo, lanzaba tres silbidos de su sirena e iba a anarrarse en plena ciudad, para ser el primero en partir al día siguiente.

La sala ro. Maigret confrontó por casualidad el número. Tan sólo había allí dos enfermos, uno de los cuales lanzaba vagidos, como un bebé.

El comisario pasó la mayor parte de su tiempo recorriendo a zancadas el pasillo enlosado de blanco, por el que las enfermeras circulaban corriendo, transmitiéndose las órdenes a media voz.

En la frontera sala, a la, llena de mujeres, todas se interrogaban acerca del nuevo pensionista, y hacían pronósticos.

—Desde el momento en que le...
la 101...

El doctor era un hombre entrado en con gafas de carrey. Dos o tres veces se le veía en su blusa blanca por delante de Maigret, darle una palabra.

Eran cerca de las once cuando se fin a él.

—¿Quiere usted verle?

Fue un espectáculo desconcertante. El sario reconocía apenas al viejo Juan, bían afeitado, a fin de curarle los... se había hecho en la frente y en...

Allí estaba, limpio, en un blanco... la claridad tibia de una lámpara de...

El médico levantó la sábana.

—¡Mire usted esta armadura! Parec...

En mi vida le visto semejante a...

—¿Cómo ha podido liquidarse así?...

—Cayó desde la puerta en el... que estaban abiertas las compuertas...

—¡Me hago cargo... Ha debido ser entre el muro y el barco... Tiene literalmente hundido... Todas las...

—¿Y aparte de eso?...

—Será necesario que le examine mis colegas... si es que vive aún. Es delicada, porque un mal movimiento...

—¿Ha recobrado el conocimiento?

—¡No lo sé! Y eso es acaso lo... dente... Hace un instante, al sonar...

ridas, tuve la impresión clara de que...

ojos entreabiertos y que me seguía...

—Pero tan pronto como le... jaba los párpados... No ha de...

—¿Y el brazo?

—No es grave! La doble fractura...

reducida... Pero no se repara el...

el húmero... ¿De dónde procede?

—Lo ignora...

—Le pregunto, porque lleva...

muy raros... Yo conozco los de...

África, pero éstos no se les parec...

verá usted mañana, cuando se le...

cayola para la consulta...

Vino el portero a anunciar que...

que insistían en ver al herido.

Maigret en persona fue a ver de...

trataba y se encontró con los dos...

La Providencia que se habían vestido...

je de calle.

—Nosotros podremos verle, y...

sario?... ¿Usted tiene la culpa?

alteró con sus historias... ¿No es...

—Sí, está mejor... Los médicos...

tima palabra mañana...

—Dígame usted... ¿Siquiera de...

Formaba de tal modo parte del...

La patrona no decía de la *ma...*

barco, no era eso acaso aun más...

El marido desaparecía detrás de...

modo, dentro de su traje de sarga...

No se le podía traer nada?... ¿Una botella de champán?... ¿Uvas de España?... Se le le dará todo lo que necesite... El médico los empujaba hacia la portería. Él llegó a ella, la buena mujer sacó con esto furtivo un billete diez francos de su y lo puso en la mano del portero, que se fue con asombro.



Maigret acostóse a las doce de la noche, a haber telegrafiado a Dizy para que se hicieran las comunicaciones que llegasen a su dirección. En el último momento se enteró de que el Sr. Cross, pasando a la mayor parte de las horas, había llegado a Vitry-le-François, yéndose al final de los barcos que esperaban.

El comisario había tomado una habitación en el Hotel du Marne, de la ciudad, bastante lejos del canal, y en donde no hallaba nada que le molestara en lo que había vivido durante muchos días.

Los clientes que jugaban a las cartas eran pocos de comercio. Maigret se fue a su habitación, que llegó después que los otros, los

que hubo un ahogado en la esclusa... Maigret hizo el cuarto?... Lamperrière le dijo: «¿Es que el tipo murió?...»

«No sé...» fué todo. La patrona del hotel dominó la caja. El mozo echaba aserrín sobre el suelo y cargaba la estufa para que cadurcase la noche.

El hotel había un baño, uno solo, y Maigret no por eso dejó de hacer uso de él la siguiente, y a las ocho envió al mozo a comprarle una camisa nueva y un cuello

a medida que el tiempo pasaba, se sentía. Tenía prisa por volver a ver a Al. Al oír una sirena, preguntó: «¿Para la esclusa?»

«¿Para el puente levadizo... Hay tres...»

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

«¿Por qué era gris, hacía viento. No encontré al hospital y tuvo que preguntar a las varias veces, porque todas las camiones tomaba le llevaban inevitablemente a del Mercado.

Berta, ha pasado la noche en el cuerpo de guardia, como de costumbre... Y no ha oído nada... Hacia las tres, teniendo que prestar sus servicios en la sala 8, lanzó una ojeada a la... Las lámparas estaban apagadas y todo tranquilo... No puede decir si el hombre estaba todavía en su cama.

«¿Y los otros dos enfermos?»

«Uno de ellos debe ser trepando urgentemente... Estaban esperando al cirujano... El otro ha dormido sin despertarse...»

Maigret siguió con la mirada las huellas que conducían a un cantero, en el que un rosalia había sido trinchado.

«¿Queda la verja abierta siempre?»

«¿Esto no es una prisión! contestó el director... Aparte de que no puede preverse que un enfermo se lance por la ventana... Sólo la puerta del edificio estaba cerrada, como siempre...»

Afuera era inútil buscar huellas. El piso estaba pavimentado. Veías entre dos casas la doble hilera de árboles del canal.

«Y si he de decirlo todo —agregó el médico—, estaba yo seguro de que esta mañana nos

OJO POR OJO...

Por González Fossat



lo encontraríamos muerto... Pero como nada había que hacer... Por eso lo puse en la sala 10...

Se mostraba agresivo. Le costaba trabajo dirigir los reproches que le había hecho el director.

Maigret dió la vuelta por el jardín, como un caballo de pista, y, de repente, levantando el borde de su galería, a manera de saludo, dirigióse hacia la esclusa.

En aquel momento penetraba en ella el *Southern Cross*. Con su habilidad de marino, Vladimir, lanzando el nudo de una anarria sobre una borna, paraba en seco el barco.

En cuanto al coronel, vestido con un largo impermeable de hule, con la gorra blanca sobre la cabeza, permanecía impassible ante la rueda de su timón.

«¿Las puertas! —gritó el encargado de la esclusa.

No quedaban ya más que unos veinte barcos por pasar.

«¿Le toca ahora? —preguntó Maigret señalando al barco.

«Le toca y no le toca... Si se le considera como un barco de motor, tiene derecho de preferencia sobre los barcos-caballería... Pero como barco de recreo... ¡Bah! Pasan tan po-

Dr. ANIBAL O. de ROA (h)
ENFERMEDADES DE LA PIEL
VIA MONTE 830, Cén. Solicitar hora a 243-2305
Dr. ANGELE DI TULLIO
MEDICO CIRUJANO
Para enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta
NUEVA YORK 4020 U. T. 50 - 4273

cos de éstos, que no hay nada previsto en el reglamento... Pero como han dado la propina a los marineros...

Estos últimos estaban maniobrando ya las compuertas.

«¿Y La Providencia?»

«Estorbaba el paso... Esta mañana fué a amarrar al recordo, cien metros más arriba, delante del segundo puente... ¿Tiene usted noticias del viejo?... Es una historia que puede costarme cara... Pero vaya usted a verlo...»

En principio soy yo quien debe manejar la esclusa solo... Pero si lo hiciera así, habría todos los días cien barcos esperando... ¿Cuatro puertas!... ¿Ocho compuertas!... ¿Y sabe usted cuánto me pagan?...»

Tuvo que alejarse un momento porque Vladimir le tendía sus papeles y una propina.

Maigret aprovechó el momento para caminar a lo largo del canal. En el recordo vivió a *La Providencia*, que de ahora en adelante reconocería entre cien chalanas.

Salía un hilo de humo por el tubo de la chimenea; no se veía a nadie a bordo y todas las salidas estaban cerradas.

A punto estuvo de subir por la pasarela de detrás, que daba acceso al alojamiento de los patronos.

Pero, cambiando de opinión, tomó el ancho puente que servía para conducir a bordo a los caballos.

Se había retirado una de las tablas que cubrían la caballería. La cabeza de uno de los caballos asomaba por allí aspirando el aire.

Hundiendo su mirada en el interior, Maigret pudo entrever, tras de las patas del caballo, una forma oscura tendida sobre la paja. Y cerca de ella estaba la bruseles, en cucullas, con un tazón de café en la mano.

Con acento maternal, muy dulce, murmuraba: «¡Vamos, Juan... Beba ahora que está caliente!... ¡Le hará bien, viejo loco!... ¿Quiere que le levante la cabeza?»

Pero el hombre, tendido en el suelo, no se movía y miraba hacia arriba.

Sobre el trozo de cielo que entreveía, se recordaba la cabeza de Maigret, a quien debió ver.

Y el comisario tuvo la impresión de que sobre aquel rostro, cruzado por los tafetanes, flotaba una sonrisa satisfecha, irónica, incluso agresiva.

El viejo carretero trató de levantar la mano para rechazar la taza que la mujer lo acercaba a los labios. Pero volvió a caer en seguida: era una mano arrugada, callosa, picada de puntos azules que debían ser vestigios de antiguos tatuajes.

IX

EL DOCTOR

«¡Ya lo ve usted! Ha vuelto a su guardia, arrastrándose, como un perro herido...»

«¿Es que la marinería no se daba cuenta exacta del verdadero estado del herido?»

El caso es que no parecía alarmada. Estaba tan tranquila como si se tratara de cuidar a un niño atacado de gripe.

«Un poco de café no le puede hacerle daño, ¿verdad?... Pero no quiere tomar nada... Debían ser las cuatro de la madrugada cuando mi marido y yo nos despertamos sobresaltados por un gran ruido a bordo... Yo toné el revolver... le dije que me siguiera con la linterna... Me creyó usted o no, pero Juan estaba ahí, casi en el mismo estado en que ahora está... Ha debido caerse del puente... Casi

a dos metros de altura... Al principio no se daba una cuenta de nada... Por un momento creí que estuviera muerto... Mi marido quería llamar a los vecinos para que nos ayudaran a llevarle a un lecho... Pero Juan comprendió... Entonces se puso a apretarme la mano... Pero de un modo!... Parecía como si se agarrase a mí... Y yo le sentía llorar... Me di cuenta entonces... Porque hace ocho años que está con nosotros, ¿comprende?... No puede hablar... Pero creo que comprende lo que le digo... ¿No es así, Juan?... ¿Te duele?...

Difícil era saber si las pupilas del herido brillaban de comprensión o de fiebre.

La mujer apartó una pajita que le tocaba en la oreja.

—Para mí, mi vida está en mi casita, mis cobres, mis cuatro muebles... Creo que si me dieran un palacio en cambio, sería desgraciada... Pues para Juan es su caballería... ¡y sus animales!... ¡Mire usted!... Hay naturalmente días en que el barco no anda, porque desdichados... Juan no tiene entonces nada que hacer... Podía irse a la taberna... ¡Pues no! Se echó aquí, en este mismo sitio... Se las arregla para que entre un rayo de sol...

Maigret se situó en pensamiento en el lugar donde se encontraba el carretero; vio a la derecha la pared de planchas, untada de resina, con el látigo, que pendía de un clavo torcido, la taza de estaño, colgada de otro, un trozo del cable entre las planchas del techo, y a la dere-

—Van a venir los médicos. Es mejor esperar...

—¿Es necesario que vengan?... Van a amargarle los últimos momentos que...

—Es indispensable...

—¿Está tan bien aquí, con nosotros!... ¿Puede dejarle a usted ir un momento?... ¿No le atormentaba usted?...

Maigret hizo un signo tranquilizador con la cabeza; entró en la caballería y sacó de su bolsillo una caja de metal que contenía un tapón impregnado de tinta grasa.

Continuaba siendo imposible decir si el carretero estaba en su conocimiento. Sus párpados estaban entreabiertos. Salía por ellos una mirada, indiferente, serena.

Pero cuando el comisario levantó la mano derecha del herido y apoyó sus dedos, uno después que el otro, sobre el tapón, tuvo la impresión, en la fugacidad de apenas un décimo de segundo, de que por el rostro del hombre vagaba de nuevo la sombra de una sonrisa. Tomó las huellas digitales en una hoja de papel, observó un momento al moribundo, como si hubiera esperado alguna cosa, lanzó una última mirada a las paredes de madera, a la grupa de los caballos, que daban señales de impacientarse, y salió.

Junto a la barra, el marinero y su mujer tomaban su café con leche en el que mojaban pan, y miraban hacia él. A menos de cinco metros de la *Provincia* estaba amarrado el *Southern Cross*, que no tenía a nadie sobre el puente.

SE CANSÓ EL ARTISTA

Este cocinero dormido es W. C. Field; está descansando de uno de los más duros trabajos que le ha tocado realizar. Durante todo un día estuvo representando el papel de un cocinero que se pasaba la gran vida, trabajando poco y comiendo los platos más delicados. Pero en la realidad, tanto tuvo que "comer platos delicados" y que "trabajo poco", que al cabo cayó rendido y no le pareció dura esta "cama", donde permaneció dormido más de doce horas. ¡Qué rara resulta la vida de los artistas de cine!



cha del hombre la grupa de los caballos.

De aquel conjunto se desprendía un calor animal, una vida múltiple, espesa, que se agarraba a la garganta, como el viento áspero de algunas comarcas.

—Podrán dejarle aquí, ¿verdad?

La mujer hizo señal al comisario de seguir la al exterior. La esclusa funcionaba al mismo ritmo de la vispera. Y en torno, las calles de la ciudad tenían su propio ritmo extraño al canal.

—De todos modos, va a morir, ¿no?... ¿Qué es lo que ha hecho?... Ya puede usted decirme... Pero yo no podía hablar, comprendo usted!... Ante todo, porque no sé nada... Una vez, sólo una, mi marido sorprendió a Juan con el pecho desnudo... Vió los tatajes... No eran como los que tienen algunos marineros... Hemos supuesto lo que usted mismo habrá pensado... Creo que desde entonces le turbe más afecto... Me dije que no era sin duda lo que aparentaba, que se escondía... No le hubiera preguntado por todo el oro del mundo... ¿Usted no creerá que ha matado a la mujer?...

Pero en ese caso, ¿pólgame, si lo ha hecho, le pongo a usted que ella lo merced!... Juan es... Buscó una palabra que pudiera expresar su pensamiento y no la encontró.

—¿Bueno! Mi hombre se levanta... Yo le hice acostarse porque no fue nunca muy fuerte del pecho... ¿Cree usted que si yo preparase un caldo bien fuerte?...

Desde la esclusa púsose en comunicar el *Café de la Marina* de Dizy, desde dijeron que el inspector Lucas acababa, y que había alquilado un auto en para hacerse conducir a Vitry-le-François.

Transcurrió una hora completa. El marinero de la *Provincia* se para dar brea al bote que llevaba a Vladimir frotaba los cobres del *Southern Cross*.

En cuanto a la mujer, se la veía cesar sobre el puente, viendo de la caballería. Unas veces llevando un con funda blanquísima, otras un tazón de humeante, sin duda el caldo que obstinado en preparar.

Hacia las once, llegó Lucas al Hotel de la Marina, en donde le esperaba Maigret.

—¿Que tal va, viejo?

—¡Bien! Usted está fatigado, ¿no?

—¿Y su investigación?

—Poca cosa! En Ateux nada, pero el *yacht* hubo un pequeño escándalo. Los marineros, que no podían dormir a la música y los cantos, hablaban de perderlo todo...

—¿Estaba allí la *Provincia*?

—Estuvo cargando, a menos de tres metros del *Southern Cross*... Pero no nada especial.

—¿Y en París?

—Volvi a ver a las muchachitas... ¡Pero que no era Mary Lampon quien dado el collar, sino Willy Marquo!... firmaron la cosa en el hotel, en donde nacieron la fotografía del joven, en donde nadie había visto a Madame Lampon, estoy seguro, pero me parece que Le tein conocía a Willy más íntimamente que ella quiere confesar y que en ya ocasión de ayudarle...

—¿Y en Molins?

—¡Nada! He visitado a la panadería en efecto, la única María Dupin del mundo. Una buena mujer sin malicia, que prende una palabra de lo que oye... se lamenta, porque teme que todas las torlas perjudiquen... La certifica la partida de nacimiento data de 1880. Pero el secretario es nuevo desde 1900, y el anterior murió el año pasado. Pero he registrado los archivos sin encontrar referente a ese documento...

Después de un silencio, Lucas preguntó:

—¿Y usted?

—Aun no sé... ¡Nada!... ¡Otro caso! quedará decidido de un momento... ¿Qué se murmura por Dizy?...

—Que si el *Southern Cross* no un *yacht*, no se le habría dejado separarse, y recuerdan que no es la misma mujer del coronel...

Maigret calló, llevó a su compañía de las calles de la pequeña ciudad, oficina de telégrafo.

—Déme usted la Identidad Judicial.

El belinografo con las huellas del carretero debía haber llegado hasta a la Prefectura. A partir de ese momento era cuestión de suerte. Podían otras ochenta mil, la ficha correspondiente a las huellas, así como podía durar horas y horas...

—Tome uno de los anulares, ¿verdad?... ¡Bah!... ¿Quién está al teléfono?... ¡Benoit!... Aquí, Maigret... ¿Se comunican?... ¿Cómo?... ¿Qué me ha hecho la investigación?... Espere momento...

Siendo de la cabina dirigióse a la de correos.

—¿Necesita la línea durante un minuto? ¿Cuide usted de que no corra la cación, bajo ningún pretexto...

Cuando volvió a tonar el receptor, aire más animado.

—¡Síntese, Benoit, porque va usted todo el expediente... Lucas, que

mará las notas... Comience...
 "¿Qué iba a su interlocutor, con la misma
 que si hubiera estado junto a él, por
 oía el lobo, situado allí en los altos
 de Justicia, en donde unos anuarios
 contienen las fichas de todos los mal-
 de Francia y de buen número de
 extranjeros.

... todo, su nombre...
 Evaristo Darchambaux, nacido en
 actualmente de cincuenta y cinco

trataba maquinalemente de recordar
 criminal con el mismo nombre, pero
 indiferente de Benoit, que articulaba
 con minuciosidad, proseguía, mien-
 tras escribía:

... en medicina... Casado a los vein-
 años, con una tal Celina Morinet, de
 Instalado en Toulouse, en donde
 estudios... Vida muy agitada... ¿Me
 comiarlo?

... bastante! Prosigue...
 ... el expediente completo, porque
 dice casi nada... La pareja no tar-
 acerbilla de deudas... Dos años
 su matrimonio, Darchambaux es
 de haber envenenado a su tía, Julia
 aux, que había ido a reunirse con la
 Toulouse, y que reprochaba el género
 del matrimonio... La tía tenía for-
 los Darchambaux eran sus únicos

... rucción del proceso duró ocho me-
 no se encontraban pruebas formi-
 menos, el asesino pretendió... y lo
 ciertos expertos—que los medicamen-
 aptos, a la anciana no constituían
 por sí mismos y que sólo se tra-
 ensayo de cura audaz...

... polémicas... ¿No quería usted
 a todas las memorias médicas?...
 proceso fué tempestuoso y hubo nece-
 suspender muchas veces las audien-
 La mayor parte esperaba una declara-
 no culpabilidad, sobre todo después
 ración de la mujer del doctor, quien
 tribunal a jurar que su marido era ino-
 que si le enviaban a presidio ella
 reunirse con él...

... ¿dónde?... dijo Maigret.
 quince años de trabajos forzados... ¿Es-
 red! Eso es todo, en cuanto a nuestros
 tes... Pero envié a un ciclista al
 no del Interior... Y acabó de regresar...
 ele que hablaba con alguien que debía
 tris de él, y que revolvía papeles.
 ¿quién está?... No es gran cosa... El Di-
 de Saint-Laurent-du-Maroni quiso hacer
 de Darchambaux en uno de los hospi-
 de la colonia penitenciaria... El se ne-
 Sus notas son buenas... Un penado
 Tan sólo una tentativa de evasión
 de quince compañeros que le habían
 do...

... dos años después, un nuevo director in-
 vira vez lo que llama la rehabilitación
 Darchambaux, pero en seguida antes al
 de su comunicación que en el penado
 traen nada en absoluto recuerda ni al
 al de antes ni siquiera al hombre de
 educación...

... ¿Le interesa esto?...
 ... como enfermo en Saint-Laurent,
 ... solicita su regreso a la colonia...
 tranquilo, terco, silencioso. Uno de sus
 interesado por su caso, le examina des-
 pinto de vista mental y no puede pro-
 narse.

... como expresa, subrayando esas pala-
 con tinta roja, una especie de extinción
 va de las facultades intelectuales, para-
 una hipotrofia de la vida física.
 Darchambaux roba en dos ocasiones. Las
 baba comida, la segunda a un compañero
 baba, que le hiere en el pecho de una
 da con un silex afilado...

"Dos periodistas que pasan por allí le aconse-
 jaban en vano que pida el indulto.

"Una vez cumplidos sus cuarenta años de pe-
 na, queda allí relegado, se contrata como mozo
 en un aserradero y allí cuida los caballos.

"A los cuarenta y cinco años ha cumplido
 con la ley. Se pierde su rastro..."

—¿Es todo?

—Puede enviarse el expediente; no le he
 dado más que una síntesis...

—¿Ninguna información acerca de su mu-
 jer?... Me dijo que había nacido en Eram-
 pes, ¿no?... Muchas gracias, Benoit... No
 vale la pena enviar documentos... Con lo que
 me ha dicho basta...

... Cuando salió de la cabina, seguido de Lu-
 cas, estaba nadando en transpiración.

—Va usted a telefonar a la municipalidad de
 Erampes. Se enterará usted de si Celina Mo-
 net ha muerto; al menos si ha muerto bajo
 ese nombre... Entérese también en Moulins
 si Maria Dupin tiene familia en Erampes...

... Cruzó la ciudad sin ver nada, con las manos
 en los bolsillos; al borde del canal tuvo que
 aguardar unos minutos, porque el puente leva-
 dizo estaba levantado y avanzaba muy lenta
 una chalana cargada pesadamente, arrastrando
 su obra muerta plana sobre el fondo del lodo,
 que subía a la superficie con las burbujas del
 aire.

Al llegar ante La Providencia, acercóse al

Remita su nombre y dirección a: Los Escuelas Latín-
 Americanas, Bayona 932, Capital, y a vuelta de correo
 recibirá GRATIS Y SIN COMPROMISO LA "GUÍA DE
 E ISENANZA", de 92 páginas ilustradas, con detalles de
 los 72 países que enviamos por correo.
 Ver primera página interior.

él quiere también tenerlos allí...

"Le había tomado la mano..."

Lloraba la mujer, pero sin sollozar, conti-
 nuaba hablando, en medio de sus lágrimas flú-
 das, que le rodaban por las mejillas cortadas
 por el aire.

—No sé cómo ha sucedido la cosa... Yo
 no tengo hijos... Hasta tenemos decidido
 adoptar uno, cuando tengamos la edad que exi-
 ge la ley...

"Le decía que aquello no era nada, que se
 curaría, que trataríamos de obtener un carga-
 mento para Alsacia, en donde el país es muy
 bonito en verano..."

"He sentido que sus dedos estrechaban los
 míos... No podía decirle que me hacía daño..."

"Y entonces ha querido hablar..."

"Puede usted comprenderlo?... Un hombre
 como él, que ayer aun era fuerte como sus
 caballos... ¡Abría la boca... Hacía un es-
 fuerzo tal que sus venas se ponían moradas
 y se hinchaban en las sienes..."

"Y dejaba oír un ruido rono, como el grito
 de un animal..."

"Yo le suplicaba que se quedara tranquilo..."

RAYOS X

Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO



agente que había apostado en el camino de
 sirga.

—Puede usted marcharse...

Veía al coronel, que se paseaba sobre el
 puente de su yacht.

La patrona de la chalana corrió hacia él,
 mucho más turbada que por la mañana, con
 surcos de lágrimas en sus mejillas.

—¡Es horrible, comisario!

Maigret palideció, y lo preguntó con las fa-
 ciones endurecidas:

—¿Ha muerto?

—¡No! Calle usted... Hace un rato estaba
 yo a su lado, sola... Porque he de decirle
 que si también quería a mi marido, tenía una
 preferencia por mí...

"Aunque yo soy mucho más joven que él...
 vaya, que me miraba como a una mamá..."

"Se pasaban las semanas sin que hablásemos...
 Y sin embargo... ¡Por ejemplo!... La mayor
 parte del tiempo mi marido olvidaba la fecha
 de mi santo... Santa Hortensia... ¡Pues bien!
 Desde hace ocho años, Juan no dejó ni una
 vez de traerme flores... alguna vez, cuando
 estábamos en pleno campo; yo me preguntaba
 adónde iba a buscarlas..."

"Y ese día ponía una escarapela en las ore-
 jeras de sus caballos..."

"Bueno, prosiga... me había sentado a su
 lado... Son sin duda sus últimas horas...
 Mi marido quería hacer salir a los caballos,
 que no están acostumbrados a estar encerrados
 durante tanto tiempo..."

"Yo no quise, porque estoy segura de que

Pero él se obstinaba... Se sentó en la paja...
 no sé cómo... y no dejaba de abrir la boca..."

"De ella manaba sangre, que le corría por la
 barbilla..."

"Hubiera querido llamar a mi marido... Pe-
 ro Juan me tenía sujeta la mano... Me inspi-
 raba miedo..."

"No puede usted figurarse lo que era eso...
 Trataba de darme comprensión... le hacía pre-
 guntas..."

"¿Quería beber?... ¿No?... ¡Había que
 ir a buscar a alguien!..."

"Estaba tan desesperado de no poder decir
 nada!... ¡Yo debía haber adivinado!... He
 buscado en vano..."

"¿Dígame!... ¿Qué es lo que podía pedir-
 me?... Y ahora tiene algo destrozado en la
 garganta... No sé..."

"Ha tenido una hemorragia. Al fin acabó
 por volverse a acostar, con los dientes apre-
 tados, precisamente sobre su brazo roto...
 Eso debe causarle dolor, y, sin embargo, parece
 como si no sintiera nada..."

"¡Mira fijamente ante sí!..."

"¿Daría yo tanto por saber qué le sería agra-
 dable... antes de que fuera demasiado tar-
 de!..."

Maigret fué, sin hacer ruido, hacia la caba-
 llería, y miró por la plancha levantada.

Aquello era tan angustioso y punzante como
 la agonía de un animal, con el cual no hay
 medio de comunicarse.

El carretero estaba plegado sobre sí mismo.
 Se había en parte arrancado el aparato puesto

Método "casero"



—Buena, María; creo que los jamones han de estar ya bien abumados.

El ascenso al puente



—Mira qué lindo papá. ¿Por qué no me lo compras?

—Sí, hijo, te lo compraré.

En bancarrota



—Déjate de decirme cuán orgulloso te sientes de que te vean en mi compañía, y lláma un taxi.

la noche anterior por el médico en torno a su cuerpo.

Oíase el silbido muy espaciado de su respiración.

Uno de sus caballos se había enganchado la pata en su cabestro, pero permanecía inmóvil, como si hubiese comprendido que pasaba algo solemne.

Maigret también vacilaba. Evocaba a la mujer muerta, enterrada entre la paja de la caballería de Dizy, luego el cuerpo de Willy, flotando sobre el canal, y al que las gentes trataban de atrapar con un guinche, en medio de la bruma fría de la mañana.

Su mano, hundida en el bolsillo, manoseaba la insignia del *Yacht Club de Francia* y el gemelo de puño.

Y veía de nuevo al coronel, inclinándose ante el juez de instrucción, pidiendo, con una voz que no temblaba, autorización para proseguir su viaje.

En la morgue de Epernay, en una habitación glacial, llena de cajeros metálicos, como los subterráneos de un banco, esperaban dos cuerpos, cada uno en una caja numerada.

Y en París, dos muchachitas mal pintadas, debían arrastrar su angustia sorda de bar en bar.

Llegaba Lucas.

—¿Y bien?— gritó Maigret de lejos.

—Celina Mornet no ha dado señal de existencia en Etampes desde el día en que pidió los papeles necesarios para su matrimonio con Darchambaux...

El inspector observó curiosamente al comisario.

—¿Qué tiene usted?

—¿Christ!...

Pero en vano miraba Lucas en torno suyo: no veía nada que justificara la menor emoción. Entonces Maigret le condujo hasta la plancha levantada de la caballería y le mostró la forma extendida sobre la paja.

Preguntábase la marinera qué es lo que iban a hacer. Desde un barco de motor que pasaba, una voz gritó alegremente:

—¿Qué es eso?... ¿Con averías?...

Ella se echó a llorar, sin saber por qué. Su marido, que subía a bordo con un cubo de brea en una mano y una brocha en la otra, anunció de lejos:

—Algo se está quemando en la cocina...

Dirigióse allí maquinalmente, Maigret dijo a Lucas, como a pesar suyo:

—Entremos...

Uno de los caballos relinchó débilmente. El carretero no se movió.

El comisario había sacado de su cartera la fotografía de la mujer muerta, pero no quería mirarla.

X

LOS DOS MARIDOS

—Oyeme, Darchambaux...

Maigret había dicho aquello, en pie, escuchando el rostro del carretero. Sin darse siquiera cuenta había sacado la pipa del bolsillo, pero no pensaba en cargarla.

¿Es que la reacción no fué lo que él esperaba? El caso es que se dejó caer sobre el banco de la caballería, inclinóse hacia adelante, con la barbilla entre las manos, y repitió con distinto tono de voz:

—Escúcheme... No se agite... Yo sé que no puede hablar...

Una sombra insólita que pasaba por hízole levantar la cabeza y vio al carretero sobre el puente de la chalana, a la de la planchada abierta.

El inglés no se movió, continuó su escena con la mirada, de alto a bajo, pies más arriba que la cabeza de los sonajes.

Lucas se mantenía tan apartado como miría lo exiguo de la caballería. Más nervioso, Maigret prosiguió:

—No se le sacará de aquí... Darchambaux?... Dentro de poco charme... Madame Hortensia vendrá luego...

Era conmovedor, sin que pudiera por qué. Maigret hablaba, a pesar tan tiernamente como la bruseles.

Pero es necesario que antes con movimientos de los párpados preguntas... Hay varias personas ser acusadas, detenas de un otro... Eso no es lo que usted da?... Por eso necesito que me usted la verdad...

Mientras hablaba, el comisario no espía al hombre, de preguntarse a nía en ese momento ante sí, si al año, al penado obstinado, al brutecido o al asesino exasperado Lampson.

La silueta era ruda, las facciones ro, ¿no había en los ojos una nueva en la que había desaparecido toda

Sí, una expresión de infinita tristeza. Por dos veces trató de hablar dos se oyó un ruido que parecía de un animal, y asomó una saliva los labios del moribundo.

Maigret continuaba viendo la pierna del coronel.

—Cuando usted marchó hacia hace años, tenía usted la convicción su mujer mantendría su promesa, seguiría hasta allí... ¿Es ella la mató usted en Dizy!...

¡Ni un estremecimiento! ¡Nada tomaba un tono grisáceo.

—Pero ella no fué, y usted perdió Usted... usted quiso olvidarlo personalidad...

Maigret hablaba rápidamente, ciento. Tenía prisa por acabar de todo, tenía ver sucumbir a este espantoso interrogatorio.

—La encontró usted por azar, se había convertido en otro hombre en Meaux... ¿No es así?...

Tuvo que esperar un momento de que el carretero consintiera cerrar los párpados en señal de

El hombre de las piernas, se movió na osciló un momento al paso de de motor.

—¡Era la misma de siempre!... ¡Y coquet!... ¡Y alegre!... el puente del *yacht*. Usted no tamente en matarla... Si no, no haberla conducido primero hasta

¿Le oía el moribundo todavía? estaba, debía ver al coronel encima de su cabeza. ¡Pero sus presaban nada! Al menos nada que ser interpretado,

ella jurado seguirle a todas partes... había estado en presidio... ahora vivía caballeriza... Y entonces, tuvo usted de apoderarse de ella, así como estaba, alhajás, con su rostro pintado, con blanco, y compartió con ella la paja balleriza... ¿No es así, Darchambaud?... ¿apados no se bajaron, Pero el pecho y se oyó un nuevo ronquido. Lucas, podía más, se movió en su rincón.

¡fué! ¡Así lo veo! —silabéo Maigret, más de prisa, como atacado de vértigo—, mujer de antaño, Juan—el carretero—, la ido olvidando poco a poco al doctor baux, encontraba recuerdos, ráfagas tiempos... Y comenzaba a surgir un de venganza... ¿De venganza?... eso!... Una oscura necesidad de su mismo nivel a aquella que había ser suya para toda la vida...

Mary Lampson vivió tres días, oculta caballeriza, casi por su propia volun-

te tuvo miedo... ¡Miedo del apareci- se sentía dispuesto a todo, y que la seguirle!...

... más miedo, cuanto que tenía con- de la cobardía cometida...

... por su propio pie... Y usted, Juan, trajo carne en conserva, áspero vino. Usted pasó dos noches seguidas con qué de las interminables etapas a lo el Marne...

Dizy... evo se agitó el moribundo, que estaba s. Volvió a caer sobre la paja, des- en los nervios agotados.

... debió rebelarse... No podía soportar tiempo aquella vida... Y usted la es- en un momento de furor, antes que marcharse de nuevo... y llevó el ca- la caballeriza... ¿No es así? que repetit la pregunta cinco veces, se los párpados se bajaron.

... decían con indiferencia. un leve ruido en el puente. El coro- a la bruseles, que quería acercarse. obedeció, impresionada por su aire so-

camino de sirga... Otra vez su vida de lo largo del canal... Pero estaba usted

... Tenía miedo... Porque usted te- do a la muerte, Juan... Miedo de ser

... Miedo al presidio... Sobre todo do atroz de abandonar a sus caballos,

eriza, su paja, este pequeño rincón que convertido en su universo... Enton-

... noche tomó la bicicleta del encargado esclusa... Yo le había interrogado a

... Adivinaba usted mis sospechas...

... se fué usted a acaecer a Dizy, con la idea er algo, lo que fuera, para apartarlas de

... exacto?... "

... tenía ahora una calma tan absoluta que hubiera podido creer muerto. Su rostro

... creaba ya más que fastidio. No obstante, apados se bajaron una vez más.

... cuando usted llegó, el *Southern Cross* no iluminado. Podía usted creer que todos

... allí. Sobre el puente se secaba un go-marineiro... Se apoderó usted de él...

... a la caballeriza, para ocultarle bajo la Era el medio de cambiar el curso de

... rigación, de desviarla en contra de los les del yacht...

... podía usted saber que Willy Marco, que fuera, solo, le había visto tomar el gorro

... guía paso a paso... Le esperó a la pue- la caballeriza, en donde perdió un gemelo

... puños... siguió, intrigado, en tanto que usted vol- puente de piedra, en donde había dejado

... cleta...

"¿Es que se dirigió a usted?... ¿O es que usted oyó ruido tras de sí?... "

"Hubo lucha... Y usted le mató con sus terribles dedos, que habían ya estrangulado a Mary Lampson... Y arrastró su cuerpo hasta el canal..."

"Luego debió usted caminar, con la cabeza baja... En el camino vio algo que brillaba, la insignia del Y. C. F. Y, al azar, sabiendo que esta insignia pertenecía a alguien, habiéndola visto quizá en el ojal del saco del coronel, la tiró usted en el sitio en que tuvo lugar la lucha..."

Conteste, Darchambaux... ¿Es en efecto así como han ocurrido las cosas... "

—Esta averiada *La Providencia*?... —gritaba otra vez un marinero, cuya chalana pasó tan cerca, que se vio su cabeza deslizándose a la altura de la plancha.

Entonces, cosa extraña y turbadora: los ojos de Juan se humedecieron. Ojos de prisa sus párpados, como para admitirlo todo, para acabar de una vez. Oyó a la marinera, que con-

testaba, desde la popa, donde estaba:

—Es que Juan está herido...

Entonces Maigret se levantó, diciendo:

—Anoche, cuando yo exaniné sus botas, comprendí usted que llegaría fatalmente a la verdad... Y quiso usted matarse, tirándose a los remolinos de la esclusa..."

Pero el carretero estaba tan agotado, respiraba con tanta dificultad, que el comisario ni siquiera esperó su respuesta. Hizo una señal a Lucas, y miró por última vez en torno suyo.

En la caballeriza caía un rayo de sol oblicuo, que llegaba hasta la oreja izquierda del carretero y a la pezuña de uno de sus caballos.

Cuando ambos hombres salían, sin añadir una palabra más, Juan trató de nuevo de hablar, con vehemencia, sin preocuparse del dolor. Enderezóse a medias sobre la paja, con los ojos fuera de las órbitas.

Maigret no se ocupó en seguida del coronel. Hizo señales llamando a la mujer, que los observaba desde lejos,

"UN MARIDO EN LONDRES",

la famosa novela de MAX DU VEUZIT, el escritor preferido del público femenino, ha sido elegida para integrar el próximo número de la revista

C H A B E L A

CORRESPONDIENTE AL MES DE JULIO

Trátase de una de las más apreciadas creaciones del autor de "El autómata", "Sólo una noche", "La condesita", "Amor en las tinieblas", etc., cuya publicación solicitaran repetidamente las lectoras de "Maribel", donde apareciera en capítulos semanales. Pues.



Susana Montagnac

"UN MARIDO EN LONDRES"

pertenece a esa clase de obras que las mujeres desean conservar en sus bibliotecas, para saborearlas de nuevo con idéntico y vivísimo deleite.

Las lectoras de la revista



Walter Anderson

C H A B E L A

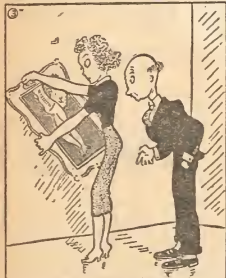
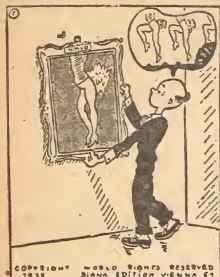
tendrán, pues, la ocasión de poseer y conservar otra obra de Max du Veuzit, el escritor que sabe proporcionarles gratos momentos de distracción, de los que no están excluidos ni la ternura ni la emoción humana y perdurable.

¡RECUERDELO!... "CHABELA" APARECERÁ EL LUNES 3 DE JULIO

AVENTURAS DE DON LINO

ERA AL REVES

Por BARTA



—¿Y bien?... ¿Cómo va?... —preguntó ella.
—Quédese a su lado...
—¿Puedo hacerlo?... No vendría ya a...
No se decidió a acabar la frase. Se había quedado suspensa al oír las llamadas ininteligibles de Juan, que parecía tener miedo a morir completamente solo.

Y, súbitamente, corrió hacia la caballeriza.

Vladimir, sentado sobre el cabestrante del yacht, con un cigarrillo entre los labios y su gorro blanco de través en la cabeza, estaba haciendo un empalme.

Un agente esperaba en el muelle a Maigret, que le preguntó desde la chalana:

—¿Qué ocurre?

—Hay respuesta de Moulins...

Y le tendió un pliego que decía sencillamente:

"La panadera María Dupin declara que tenía en Etampes una pítima lejana llamada Cecilia Morner."

Entonces Maigret miró al coronel de arriba abajo. Llevaba su gorra blanca de gran escudo. Tenía los ojos apenas enturbiados, lo que, sin duda, significaba que había bebido relativamente poco whisky.

—Usted tenía también sospechas de *La Providencia*? —le preguntó a quemarropa.

—Era tan evidente! ¿Es que Maigret no habría también sospechado de la chalana, si sus dudas no se hubieran dirigido algún tiempo sobre los huéspedes del yacht?

—¿Por qué no me dijo usted nada?

La respuesta fué digna del diálogo entre sir Lampson y el juez de Instrucción en Dizi.

—Yo quería *bacer* por mí mismo...

Y aquello bastaba para expresar el desprecio del coronel hacia la policía.

—¿Mi mujer?... —preguntó él casi a continuación.

—Como usted dijo, como lo dijo Willy Marco, era una mujer encantadora...

Maigret hablaba sin ironía. Por otra parte, estaba más atento a los ruidos que llegaban de la caballeriza que a la conversación.

Sólo se oía el rumor ahogado de una sola voz, la de la marinera, que parecía consolar a un niño enfermo.

—Cuando se casó con Darchambaux, ella tenía ya afán de lujo... Y, sin duda, a causa de ella, el médico pobre ayudó a morir a su tía... Yo no digo que ella fuese cómplice... ¡Digo que fué a causa de ella!... Y ella lo sabía tan bien, que juró ante el tribunal ir a reunirse con él...

"Una mujer encantadora... Lo que no es igual que ser una heroína..."

"El amor a la vida fué más fuerte en ella... Usted debe comprender eso, coronel..."

Había a la vez sol, viento y nubes amenazadoras. Una ráfaga podía caer de un momento a otro. La luz era equívoca.

—¡Se vuelve tan raramente del presidio!... Ella era linda... tenía a su alcance todas las satisfacciones... Tan sólo una cosa la molestaba, su nombre... Entonces, cuando encontró en la Costa Azul un primer admirador dispuesto a casarse con ella, hizo venir de Moulins

la partida de nacimiento de una prima de la que se acordaba...

—¡Es tan fácil! Tan fácil que en momentos se habla de tomar las imprentas de los recién nacidos y fijar partidas del Registro Civil.

"Se divorció y se convirtió en su..."

"Una mujer encantadora... No seguro... Pero amaba la vida, ¿no?"

Amaba la juventud, el amor, el lujo...

"Acaso algunas veces sentía como das de remordimientos que la empujaban a fuga inexplicable..."

"¡Mire! Estoy persuadido de que Juan, menos a causa de sus amenazas, necesitaba de hacerse perdonar..."

"Y el primer día, escondida en la..."

de este barco, en medio de estos olores, ha debido sentir una turbia ante la idea de que estaba expandiendo...

"Lo mismo que en tiempos pasado gritaba a los jurados que seguiría rido a la Guayana."

"Uno de esos seres encantadores, mer movimiento es siempre bueno, tral... Son seres empujados de buenas..."

"Sólo que la vida, con sus compromisos y sus imperiosas necesidades, más fuerte..."

Maigret había hablado con cierta sin cesar de estar atento a los ruidos de la caballeriza, a la vez que su mirada seguía vimientos de los barcos que entraban de la esclusa.

Ante él, el coronel tenía la Cuando la levantó fué para observar con evidente simpatía, acaso hasta nida emoción.

—¿Quiere usted venir a beber? cando su yacht.

Lucas se mantenía apartado. —¡Avíseme usted! —le gritó el

Entre ellos no se necesitaban el inspector comprendió, y se puso en torno a la caballeriza.

El *Southern Cross* estaba en orla nada hubiera pasado. No había ni de polvo en las paredes de caoba de

Sobre la mesa había un frasco de sifón y vasos.

—¡Quédese fuera, Vladimir!... La impresión de Maigret era nueva

traba allí para tratar de descubrir. Parecía menos pesado, menos bruto

Y el coronel le trataba como a M. de Calirfontaine de Lagmy.

—¿Va a morir, no es así?

—De un momento a otro, ¡sí!... sabe desde ayer...

Saltó el agua gaseosa del sifón. Se pronunció gravemente:

—¡Salud!... Y Maigret bebió con la misma

enfritión.

—¿Por qué se marchó del hospicio?

El ritmo de las réplicas era lento contestar, el comisario miró en torno

servando los menores detalles de la

—Porque...

Fin de "LOS ASESINATOS"

MIRIVAL EL DIFUNTO

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 7)

de las abejas... ¡Todo inútil! María Carlota callaba. Nada más infranqueable que la línea de sus labios.

El desánimo comenzaba entonces a gravitar sobre mí; emudecímos todos y el tic-tac del reloj se oía claramente, puntualizando el silencio. A las once, Gabriela bostezaba y se invitaba a sí misma a dormir.

Y Mme. Bilgert decía desconsoladamente: —María, hija, vamos... que hay que madrugar.

Nos dábamos las buenas noches desazonados, y yo subía cavilando a mi habitación. Mi sentir era complejo; había en él rencor y esperanza. Aguardaba cada noche con la ilusión de que la joven hubiese cambiado; y cada mañana con el temor de que el portazo que caracterizaba su marcha fuese definitivo. Pensaba en la tía Gervaise con miedo y rencor; aquel antecedente de familia me tenía obseso.

Una noche, después que Gabriela se retiró a dormir, nos quedamos casualmente solos, frente por frente, junto al pobre fuego recubierto de ceniza para que durase más. Sobre la chimenea colgaban los flecos enredados de una carpeta de arpillera bordada con lana roja y entre los floreros, sin flores, lucían los bigotes estupidamente tiesos de Bilgert, en una reproducción retocada a lápiz. Corté las páginas de un libro, suspiré, manifesté luego que estaba haciendo mucho frío, y opté al cabo por callarme. Entonces advertí que María Carlota se estaba riendo.

—¿Está usted contenta? —pregunté.

Ella extrajo costosamente su atención hacia mí.

—¿Qué?

—Si está usted contenta; como la he visto sonreír...

—Era muy divertido.

—¿Lo que usted pensaba?...

Me quedé mirándola, y advertí que su silencio estaba forzado por un imperioso deseo de comunicarme algo grave.

Fué un instante, y para explicarlo necesitaría llenar muchas páginas; la verdad es que tuve miedo de la revelación que presentaba. La temí, cual Jámblico y Plotino temieron las revelaciones del Anticristo; y más débil que los hierofantes de Eleusis, retrocedí espantado al sólo presentimiento de la prueba, y todo mi interés fundióse ante el miedo, como al calor se funde la forma inconsistente de la cera. Entonces, eché desesperadamente la vista a mi alrededor para refugiarme en algo y quedé enganchado en la enhiesta curva de los bigotes paternos.

—Se parece usted bastante a su papá, digo... salvo los bigotes, naturalmente.

Me sentí estúpido y rojo. Mi voz se me antojó una dura mano aplicada brutalmente a su boca en el momento en que subía ella el divino fluido revelador. Desviado, cuajó en el quicio de los lagrimales y los párpados ansiosos no lograron devorar dos pequeños diamantes efímeros. Pero reaccioné; no se trataba ya de mi curiosidad ni aun siquiera de atender el pedido de la madre; se trataba ahora de una necesidad de comunicarse, perentoria, que adiviné tardamente en ella. Juro que entonces toda idea egoísta desapareció de mi alma; con el egoísmo, esfumose mi cobardía, estúpida como todas las cobardías. María Carlota estaba en un peligro y yo había renunciado a saberlo como una histérica que se tapa los ojos para no ver resbalar al niño por el

precipicio, en vez de correr a detenerlo. Me maldije y comprendí mi error; aquella intimidad cordial, que tanto apetecía, se desangraba ante mi vista por mil arterias sentimentales. Yo mismo las había segado con el filo de mi observación banal y allí estaba muriendo, endureciéndose como un ramaje negro y helado.

Fué en aquel momento cuando oímos los gritos; partían del dormitorio de María Carlota; al acercarnos, vimos a madame Bilgert temblorosa, apoyada en la jamba, con un porrón de agua convulsamente asido.

—¡Señora!... ¿Pero, qué le ha ocurrido a usted?

—¡Dios mío!..., si no sé cómo decirlo... ¡Tras de que no la creen a la y la llaman ignorante!

—De todos modos, dígalos usted...

LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



—¿Un fenómeno? ¡Posen a verlo!..., gritó automáticamente un empresario de circo si viera de repente este espectáculo tan de su género. Pero no es así, no se trata de ningún fenómeno viviente, sino de la hermosa rubia que se ha propuesto recorrer todos los espejos en busca del que no miente. Ante éste, la amiga que está detrás de ella, también resulta espantosa. La rubia terminó por lanzar un alarido que hizo temblar la casa, y la amiga, creyendo que algo terrible ocurría, se desmayó. Cuando volvió en sí continuó su posico en procura del buen espejo.

La pobre mujer estaba pálida, con los labios secos y los ojos brillantes.

—¡Ba a poner esta botella en la cama de María, ¡sabe!, con este tiempo tan frío... y al volverme, en la oscuridad... ¡Dios mío!...

—¿Qué?

—Una mano, señor Pedro; me ha tocado una mano...; he sentido los dedos tan fríos que..., mire usted, el agua se ha helado.

—¡Alborotar por esas tonterías! —proferí—. ¡Parece mentira!

—Pero vea usted... —me hizo tocar

el grueso porrón de barro y, entonces, no pude menos que convenir en que estaba absolutamente frío.

CAPÍTULO III

DE COMO VI A MARIA CARLOTA EN SU CASA Y TOMÉ CERVEZA EN UNA TABERNA

Encendí mi pipa de cerezo y Adoré el rumor de la lluvia que de un país de lluvias sonoras del agua me encalma el espasmo despeja el cerebro. De niño, mozo bisoño, pasé horas enteras en la costa, oyendo el chapoteo de las olas en los acantilados de bonanza, y su bramar como un combate medioeval, que los llopan los mil corceles de la lluvia. El rumorcillo cursi de los arroyos, la tesonera de las rías, el murmullo de las gárgolas, son para mí como poemas bárbaros o alambicados.

Oyendo llover, pienso en una música, y la vida entera se me representa como un tablado de marionetas, debieron verla Brughel el Viejo y el mismo Bosch.

¡Habéis pasado un día lluvioso en la soledad de una estación; entonces, conocí la tristeza apacible que me pesa en la tarde. Es como un dolor que se duerme en el olvido; toda ansiedad amortiguada por una capa de vulgaridad. Una carencia de emociones os hace sentirlos viejos de años; y la desesperanza funda conocimiento como debe ser. Dios, os deja indiferentes aun en la catástrofe. El instinto asiente de la eternidad da el tiempo; y comprendéis que el sólo una numeración conversativa, misma, que a nadie cuenta en la creación. La vanidad que os hace mostrándoos agresivos o crucificados o amantes, personales, desaparece; y si sentís golpear en el pecho, sabéis que late el natural y mecánica a un tiempo pendiente del Todo, y que cuando tenga, ni amenguará la luz, ni el río su curso, ni temblarán las de hierba. Entonces, aniquilada la idea de vuestra importancia os veis en lo que realmente sois —de la eterna cadena, vuelta del espiral—, ni más ni menos que otros del pasado y de lo venidero, dados al propio destino inexorable.

No sé qué hora sería cuando abandoné el diván que ofrecía uno de los ángulos de mi estancia al anochecer, pero aquel día me anocheció con el alba. Una plomiza y fofa cubría el cielo con humedad; y la luz era un alfiler detenido entre las garras de la Hacia mediodía escamó, y estalló el cenit arrojado en nubes, y el horizonte una claridad fría; un peroroso que al embosarse se descubría los pies. Luego, París un chaparrón ceñido que los árboles y las capotas de los coches y una mano traviesa mezcló todos los del mundo, bárbaramente conduciéndolos al neutro, como lo el inexperto en la tabloza. Por mí mismo salí a la calle; andaba

y acudí al llamado de la iglesia Bonne Nouvelle, que cantaba las horas con su recia garganta de bronce, y la quietud de estas iglesias de noche, al anochecer, cuando al final de las llamas de los cirios ponen todo lagrimo de fuego, cuando las son frontales orantes y sombras los monaguillos. Iba a penetrar en sus capillas — dedicada a los — donde hay un altorrelieve cubierto de paganos dan de este horrible una idea placentera; pero me vino un susurro. La penuria verbal me a decir un susurro; tal expresión corresponde, sin embargo, al mas aquella conversación de infinita dulzura. Un encaje de palabras rico de emoción como si fuera de oro y perlas. Iba ya a retirarme cuando la charla cesó, y de la oscura salió una mujercita: María.

La dorra egoísta que como un pluma había cobijado todo el día, voló de mi indignación. Titubeé en ir a acudir a su amante y sorprenderlo; esto último me pareció más. Sí, el canalla (yo sabía que era así) se vería conmigo. Me sentí a me precipité tras de la reina. Una de las mamparas se alzaba y se contraía próxima a exponer un chisporroteo siniestro, usted! — cominé energicamente voz sorda por respeto al resaca me movió.

Usted, si no es un cobarde! Un silencio alucinante como el que anegó mis palabras. Un tanto me ardor combativo, registré mis. Nadie, allí no había alma. Confieso que tuve miedo, un infantil y que apetece la compañía y el movimiento de las calles. La capilla, abandoné la iglesia y me fui después, corría desahogado Boulevard, galanteaba a una dancista y la acompañaba a tomar cerveza en una brasserie de Montmartre.

CAPITULO IV

UN VIAJE A CAMBRAI Y ME ENTERO DE QUE EXISTEN FANTASMAS

El invierno, el frío fué desesperante. La noticia clásica del muerto en las gradas de una iglesia o junción de un parque, ocupó día tras día en las columnas del periódico parisense. Se habló de un hombre a quien se le habían helado las manos. Total, un aumento de gasto en calefacción, que aumentó las quejas de Bilgert, aunque acreciera tan sólo el alquiler de mi piso. Un hecho ocurrido en Cambrai puso a la ciudad de la Liga. Decían que, amontonándose sobre las cenizas, el fantasma de Masnieres, detenía mañana el primer tren; y que el helado pimiento que afectaba a la forma humana, había siempre frases escritas, revelaciones de espíritu, consejos y exhortaciones bromistas, probablemente. La curiosidad del público se excitó, y varios días, no se habló en los periódicos de otra cosa. Y hasta yo, que ya creído una pizca de cosas sobre el todo, decidí emprender el corto viaje a todo el mundo, y ver la maravilla.

advertir a ustedes, que por aque-
do, yo había hecho ya mi compo-
de lugar con respecto al caso de

María Carlota; por salvarla de las garras de su infame seductor, decidí casarme con ella. Mi heroico desdén por las conveniencias, me enaltecía a mis propios ojos; estaba orgulloso de mí. Comprenderán ustedes, que la más estricta lógica exigía que, a una proposición matrimonial de mi parte, María Carlota cayera en mis brazos anegada en llanto de gratitud. Lo

UN EXPERIMENTO DE CARUSO

El famoso tenor Caruso hizo un día un singular experimento.

Se encontraba entonces en Italia, donde realizaba una gira triunfal, después de haber logrado en América éxitos estruendosos.

Apenas aparecía en el escenario del Teatro de Milán, sobre todo en "Pagliacci", provocaba huracanes de aplausos en el público delirante. Y entusiastas admiradores, que lo esperaban a la salida del teatro, le gritaban, mientras lo llevaban en andas: "¡Reconoceríamos su voz entre mil, a tal punto es puro su cristal!"

Esta frase se había grabado en la mente de Caruso, y sin decir palabra a nadie resolvió un día intentar el experimento.

Pidió a su camarada que, entre bastidores cantara la serenata de Arlequín, en "Pagliacci", que le cediera su lugar, lo que el artista, buen tenor de segunda categoría, le acordó de buen grado. Y Caruso cantó, sin que nadie pudiera verlo, la célebre aria de la partitura de Leoncavallo.

Llegó de la sala el rumor de ecosos aplausos. Todo el mundo estaba persuadido de que era el tenor de costumbre el que había cantado; nadie reconoció la voz de Caruso que, pocos segundos después, reapareció en escena, donde era recibido con la habitual ovación.

Esta comprobación dejó pensativo a Caruso; sin embargo, su voz era única... Pero no hay que pedir a una cosa, demasiado espíritu crítico o sutileza.



tenía todo arreglado: nos casaríamos y nos iríamos a Matosinhos o a Lisboa, porque en París no quería quedarme; eso no. Lo único que me faltaba era decirselo a su madre y a ella.

Corría el tren de Cambrai arrullando mis pensamientos. En el campo espejaban los charcos helados y las viviendas, encapuzadas de nieve, destacaban en el cielo de acero. ¡Dobre María Carlota, iba a amarme mucho! Bien comprendería mi grandeza de alma... Lo único que yo sentía era su situación humillante, pero se la haría olvidar.

Las urracas trazaban en el pentagrama multiplicado del telégrafo, una melodía grave con su acompasado vaivén de péndulo; y el revoloteo de los gorriones, era como las florituras de una cavatina italiana.

Al acercarnos al kilómetro 187, hubo cierta expectación entre los viajeros: el tren pitó desesperado y retardó la marcha.

Frente a mí, un caballero anciano alzó el cristal, asomó la cabeza y volvió a entrarla para enjugarse las lágrimas que el frío había hecho brotar de sus ojos desgarrados. Un hombre gordo preguntó:

—¿Ha visto usted algo, caballero?
—No, señor — contestó el otro secamente.

—¡Parece mentira que haya tantos mentecatos! — profirió confidencialmente.
—¿Va usted a Cambrai? — dijo, mirándolo curiosamente, el viejo.

—Sí, asuntos...
—Yo vengo por el fantasma — confesó él.

—¡Oh, el fantasma!... Ya verá usted cómo no aparece; cuando tienen público no hay quien los convenza de mostrarse.

—¿Lo sabía usted? También lo había observado yo, pero no me atrevía a informar... Si no tuviera usted inconveniente en darme su nombre y autorizarme a...

El tren pasó el empalme sin inconveniente ni aparecido alguno, y pocos minutos después entró resollando bajo la claraboya de la estación. Tomé un coche, cuyo caballo llevaba las patas envueltas en arpilleras, y le mandé dar vueltas hasta la hora de almorzar. Estaba disgustado de mi curiosidad estúpida y comprendí que, en medio de mi escepticismo, me sentía defraudado como un crédulo vulgar.

Por fin, más muerto que vivo, me apeé a la puerta del "Hotel du Cigne et du Soleil d'Or". Mientras colgaba el gabán en el perchero, o detrás de mí una voz insinuante:

—Si no tuviese usted inconveniente en darme su nombre y autorizarme a... Me volví.

—¿Cómo? ¿Estaba usted ahí? — pregunté estupidamente, viendo a dos pasos al anciano respetable que me había hablado en el tren.

—Sí, señor; le he seguido; su observación confirma las mías, y ya sabe usted que en estas cosas intangibles, sólo la acumulación de observaciones les presta realidad.

Frente a una sopa roja de pimentón, sentí renacer mi optimismo.

—¡Vaya un viajecito de provecho!
—Cambrai es siempre interesante para un observador — apuntó el viejo, que se había sentado a mi propia mesa, sin pedirme siquiera permiso.

Entonces alardeé de erudito, y manifesté mi opinión sobre el estilo arquitectónico de la ciudad y sobre mi simpatía por los "jaquemarts" tradicionales; pero aquel sandio vejecedor no supo apreciar mis agudas observaciones.

—Es una ciudad muy visitada — dijo.
—Sobre todo ahora.

—Usted habrá observado ya, que todo es aquí propicio; un escenario...

—¿Para una pantomima de aparecidos y fantasmas? ¿De verdad cree usted en eso? — pregunté zumbón.

—¡Oh!... Creer, señor — repuso —, sería abrigar la posibilidad de una duda; creer en Dios, creer en el amor, es estar siempre dispuesto a negarles... Yo no creo en los fantasmas, sé que existen... ¡Fantasmas! Tampoco es esa la palabra correspondiente; lo que subsiste después de la muerte, caballero, es el alma inmaterial — inteligencia, sentimientos, voluntad —, y sólo cuando es necesario que un ser vivo lo perciba, crea en él su imagen inexistente en lo material, el ser muerto. ¿Comprende usted? Ahora, en este mismo instante en que le hablo, un espíritu, o diez o miles de ellos, nos rodean; acaso mis pala-

DON ZENON EL DISTRAIDO

Por JORGE



bras son su propia sugestión... ¿No ha oído usted hablar del *daemonium* de Sócrates? ¿Acaso Goethe no escribió su "Werther" en estado inconsciente, y todos los grandes artistas son guiados por la inspiración?... Sobre su cabeza, caballero, yo presiento ahora mismo una presencia sobrenatural y...

—Paparuchas —proferí, alzando involuntariamente el rostro.

El anciano respetable comió poco, tomó mucho café y rehusó los licores; y mientras yo encendía mi pipa, continuó:

—No me extraña, señor, su escepticismo, porque la desproporción entre nuestras facultades y la complejidad de la naturaleza es incommensurable. Todas sus ciencias son incongnitas, y la inteligencia humana, constreñida a la observación, conduce a darnos de ella normas casi siempre falsas, que se llaman ciencias. No obstante, si con insistencia me dirijo a usted, es porque no le siento extraño en un ambiente de especulación espiritual. Yo no soy un sensitivo, caballero, sino un estudioso; tengo tan sólo la experiencia que me da la observación constante, pero no la intuición de lo imperceptible para la vista del hombre. Sin embargo, cuarenta y siete años de prolijas investigaciones me han revelado importantes secretos que por desgracia entenebrecen más que alumbra las tinieblas del Más Allá. Pero que después de esta breve vida terrestre existe un algo superior y definitivo, sujeto a condiciones desconocidas, es innegable aunque sea todavía inexplicable.

La seriedad del viejo me produjo muy mal efecto.

Por fastidiarle, argüí:

—Las leyes de la naturaleza demuestran lo contrario.

—Las leyes de la naturaleza, ¿a cuáles se refiere usted?, ¿a las que regían el mundo según Aristóteles y Ptolomeo, según los alquimistas y Galeno, o bien a las de Galileo o de Curie? La infalibilidad de la ciencia, señor mío, es como la infalibilidad de los hombres, y sólo un simple prefijo la separa de la más completa falibilidad... Estudiamos la naturaleza asomándonos a las troneras de nuestros sentidos; vemos, pues, poco y vemos mal. Y si en vez de ser cual somos, no nos agitaríamos o nos redujéramos, nuestro concepto variaría con nuestra forma. Así se explica que, viviendo sumergidos en un océano de radiaciones vibratorias, sólo tengamos conciencia de una fracción de ellas. Por encima y por bajo de las gamas sensorias del hombre, existen vibraciones múltiples, demasiado débiles o tan intensas, que no nos es dado percibir. Esto es, por otra parte, el asiento de la más rudimentaria especulación filosófica, pero a estas verdades generales, he añadido yo un modesto acervo de observaciones personales que antes de morir quisiera dejar consignado en un libro.

—Sin embargo —dije— si esperase usted a morirse, podría disertar ya sobre seguro...

—Entonces, caballero, tendría que usar de la facultad material de crear de un vivo sensible a mi influencia y...

—¿Admite usted, pues, la posibilidad de confrontarlo?

—Si. Siempre han existido seres sensibles a las revelaciones espirituales. Las sibilas y los profetas percibieron el Más Allá como los santos del cristianismo y las brujas de la Edad Media. Pero sibilas, santos y brujas, fueron en toda época acusados de superchería por la soberbia humana, muro granítico que tropieza todo impulso superior... Pero me marchó, veo que usted no creará en estas cosas hasta el día en que sea usted presa de una experiencia... Entonces se retorcerá de angustia ante la incompreensión, ante la estulticia de sus semejantes, cual tantos y tantos seres dotados de especial virtud han padecido en este mundo orgulloso y vano. Adiós, quizá no volvamos a vernos; de cualquier manera, si alguna vez desea usted averiguar ciertas cosas...

—Es inútil —dije fríamente, rechazando la tarjeta del anciano, que comenzaba a parecerme menos respetable.

Nos separamos, y cuando había anda-

DE LOS CELOS

Las mujeres que nada perdonan, y que no nos ahorran ninguna ocasión de celos, no merecerían que fuésemos celosos de ellas, si no nos rigiéramos más por sus sentimientos y su conducta que por su corazón.

LA BRUYÈRE.

REFRAN ESPAÑOL

Cebó haya en el palomar, que palomos no faltarán.



SOBRE EL AMOR PROPIO

Cuando alguien nos descubre un defecto, nos ayuda a desprendernos de un mal, que es la ignorancia de esos imperfecciones.

PASCAL.

do un buen trecho, le vi de nuevo surgir a mi lado.

—Quería prevenirle a usted... que un espíritu le sigue... Un espíritu que se opondrá siempre a la realización de sus más queridas esperanzas.

—Gracias —repuse ya en franca hilaridad—. Mientras no sea más que un espíritu...

CAPITULO V

RECIBO UNA CARTA Y UNA

Madame Bilgert me esperaba en la sala, presa, sin duda, de una curiosidad. Dispuesto a cortar la conversación, me acerqué con cautela a los labios, pronto a ser como se arroja una pedruzca de impertinencia que maldad. El hombre moderno le está venciendo, mas aspiro a la ilusión por lo menos.

Pero la buena mujer, que me rostro radiante, me alargó la vista de cuyos sellos temblorosa gusladora amarilla habíase en la letra del sobre, en mi el temor: carta de amor, mi prima, la que apetece una alianza, con mi desheredada, nuestras lindantes tierras de de mi prima, que no ha de sarse, esperando que yo me que tal vez no hubiese podido quisiera, por las dificultades ponen una integridad moral estricta y un credo que se formulas contrarias a la higiene y el arte.

Madame Bilgert me embromentey haciéndome penetrar profíric:

—¡Grandes noticias, señor hijo se casa!...

Me quedé de una pieza. ¿María Carlota se casaba? ¿Udadora de calor inunda en el país, pues, se alejó hinchidome y la cabeza se me quedó hinchidome como un cuenco vacío.

—¡Felicitela usted! Gabriela a saludar al señor Pedro...

El curso de mi sangre torácica discurrir. Todo adquirió un peculiar atractivo. ¡Excelencia esa Gabriela! Estuve inconcienz, y prometí a la joven regalo el día de la boda.

Vi —a pesar de la necesidad— que los ojos se llenaban de lágrimas cuando tificqué ante su madre.

No, no es con ese... se me mozo, un molinero rico de la bló: la quería desde muy niña.

Adiviné una tragedia, o un en aquella boda, e inconscientemente propias intenciones, acusé a sacrificiar, en aras de la dicha de su hija. Luego me mi cuarto y abrí, resignado, la Lourença.

Venía primero, tras la comula, una prolija información de su salud, siempre parsimoniosa de sus tierras, prósperas siempre, pues un párrafo sobre mi persona me permito transcribir:

"Me han dicho que piensas que no te digo más, sino que más"

Para la Concepción cumples cuarenta años. Piensa que te llamas Pedro José Rodríguez Cardoso Cuedes el Lobo, y que aunque aquí al lado de la república ya vendrá el día en que vuelvan los reyes y la nobleza al puesto que merece y no ocupa." Era a esto varias cosas desagradables (desagradables por lo justas, gente), sacaba la cuenta de nuestras respectivas, diciéndose mayor dos meses y trece días y me propuso un viaje a Matosinhos.

Los dos meses y trece días dan, a la sazón D'Aviz, derechos insospechables sobre mi persona. Generalmente, desde lo encumbrado de su existencia comercial, con la condescendencia que un Ampère o un Arago a un niño de seis años en las de una tabla de multiplicación, añadía, aunque esto anegase el alma de mis lectores, que ante su expectación yo me siento un tanto cansado.

CAPITULO VI

PARO, Y COMIENZO A INICIARME EN LOS SECRETOS DEL ESPÍRITU

En la mañana María Carlota en mi estudio había rogado que viniera y acceder a las cinco con la emoción con que oírse cantar un número premiado en la lotería. Aquellas cinco campañitas breves la anunciaban como un premio mucho se había del sabor de los premios; os diré, en verdad, que tiene la esperanza.

¡Juventud! Era mi lejana juventud volvía, y para recibirla hubiera querido ocultar los estragos que me causaba la ausencia. ¡Juventud, juventud, como de los siete colores; violeta, azul, azul turquí del ensueño y la ilusión; verde de la esperanza, rojo del odio; anaranjado del placer de la pasión, tu simple fórmula en la transparencia de sus tres colores el secreto emocional de la vida. ¡Por fin! no podría decirlos si fué María Carlota o fué ella. Sus pasos se oyeron en mi oído y ambas hablaban la misma voz. Y en mi hablo de María Carlota, la amo a usted —gracias que es ridículo— añadí yo... ¿quiere... ¿quiere... ¿quiere...?

¡Eso mismo hace más difícil, más difícil lo que se propone usted. ¡Tan simple es la idea que tiene la compleja máquina sentimental de una joven— que sufriría escrúpulos de sus amores recientes, y prometo mi generoso olvido. Sus ojos

se filtraron en los míos sin brusquedad ni sorpresa.

—Oh, no; no es por eso! Entonces me pareció entender. María Carlota interpretaba mal mi declaración; confieso que sentí regocijo. Esperaba verla caer en mis brazos, porque sé que pocas mujeres resisten fríamente el atractivo de una oferta matrimonial; como que, en resumidas cuentas, es la única antigua y acreditada forma de demostrarles nues-

Dijo BARRETT:

La obra: ahí está nuestro destino. Separados de ella, no existimos.

PARA QUE DURE

—Quisiera que me adorne usted esta sala con unos "ponneux" del estilo que le parezca mejor, —pueden hacerse pompones a prerabolistas.
—Sí... —respondiendo al cliente, con gesto de duda... Pero, yo quisiera una pintura duradera... —Entonces... ¡el estilo Alberto Durero!



tro aprecio, aunque sea también la más segura de perderse.

—Nos casaremos cuando usted quiera, y nos marcharemos a Portugal (María Carlota no se movió), o... nos quedaremos en París, si usted lo prefiere.

—Yo se lo agradezco a usted mucho; pero no puede ser...

¡Juventud, juventud, no fuiste muy generosa! Como al caer el telón quedan los actores cara a la verdad de sus vidas mezquinas, así quedé yo frente a mi verdad. No lo toméis a broma; os digo que un amor desgraciado es, como los celos y la traición, un mal drama que deja indiferente al público y sólo conmueve a los actores...

—Yo querría explicarle, señor Pedro; pero usted no comprenderá.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que no puedo yo entender?...

—¡Está usted tan aferrado a la materia! Ya me lo había dicho...

—¿Quién? —proferí barnenado el corazón por el retorcido acero de los celos.

—Me lo había dicho Fernando, Fernando Keppler.

Apenas contuve un sarcasmo:

—No me hable usted de él; odio a ese hombre.

—No es un hombre —repuso dulcemente Carlota.

Sus palabras eran simples como las de un buen maestro que tratara de hacer comprender por la mente inferior de un niño, los oscuros problemas de la ciencia.

—Es otra cosa; una cosa... que no existe para usted, pero que yo siento... una cosa como un sueño, pero mejor... Fernando ha sido un hombre, en otras épocas, no sé cuándo; él me ha mostrado todos los países, todas las costumbres. En Holanda se dejó ver por mí: es alto, fuerte; fuimos juntos a los teatros y a los restaurantes; yo parecía ir sola, pero nadie se atrevía a molestarme. Cuando visité Portugal, vi su casa de usted; es muy bonita, Pedro, daría gusto ser allí una gran señora. Su sala con aquellos muebles tan viejos, el retrato de aquel general, o no sé qué, con la coraza de oro, y la Virgen del Rocío toda tallada... vale mucho todo eso... usted es muy rico y muy bueno y...

Yo la miraba estupefacto.

—Pero, ¿quién le ha contado a usted todo eso?

—Lo he visto, Pedro, lo he visto... Fernando hace salir mi espíritu de mi cuerpo, ¿entiende?, lo arranca; y es el espíritu el que puede volar. Claro que mi cuerpo no se mueve de París, ¡bonita se pondría mamá!, pero en mi alma no manda ella; mi alma es libre, libre... ¡Si viera usted cómo me asustaba al principio!... Fui acostumbrándome poquito a poco, y ahora hasta he ensayado a olvidarme del mundo, a comprender las cosas del más allá...

—Pero, en resumidas cuentas, ¿quién es ese Fernando que la ha trastornado a usted?

—El es un muerto, en el sentido material... pero vive para quienes scan capaces de comprenderle...

Entonces traté de indignarme, y proferí mil amenazas groseras contra aquel canalla que la estaba embaucando.

—Ya sabía yo que no me comprendería.

—¡Ah, sí! ¿Lo sabía?

—Sí, se nota en sus cuadros: hay tan poca espiritualización en esa pintura. Necesita usted ver las cosas desde otro plano, como se verán en el futuro...

Siguí dándole un curso de estética. Hablaba con la serena nobleza de la seguridad, empleando giros de pura elegancia; sin duda, el aborrecido Fernando Keppler condescendía a instruirme.

En la tenue claridad de la tarde —Rembrandt de ocaso— creí, por dos veces, percibir sobre mí una forma, pero me hubieran hecho papilla antes de darle a aquel aborrecido difunto el gustazo de que notara que estaba empezando a creer en él.

Después de mi furor, creí del caso ponermelo sentimental; en el fondo pensaba que era más fácil vencer a un muerto

MONO SABIO

PARA QUE SE CALLE

por TIM



que a un vivo en el corazón de Carlota; ¿cómo fué jamás difícil la conquista de una viuda?

—Pero, puesto que yo también he de morir, ¿por qué no me anticipa usted un poco de su amor? La muerte es lo único seguro que nos iguala... —formulé.— ¡Oh, no, Pedro! la muerte no nos iguala de ningún modo! No se forje usted esas ilusiones tan necias... ¿Cómo podría igualarnos la muerte si de la vida llevamos nuestro caudal para el Más Allá? Cada espíritu es lo que fué, pero en su verdad; y sólo los seres excepcionales por su inteligencia o su bondad gozan en la otra vida el privilegio de abarcarla por entero. Su vida, es entonces la eternidad misma, y la fiereza de todos los hechos, es cual la suma de una cifra a otra cifra... ¿Junto a ellos, ¿hallase también su porqué y su resultado...? Y puede apreciarse el objeto mezquino de la acción generosa, la vergüenza de la fealdad, que llaman pudor, la triste verdad, en fin, de todas las mentiras convencionales a que vivo se estuvo sujeto. De ese profundo conocimiento es de lo que emana la serenidad de la muerte..., su superioridad sobre la vida...

Cuando quise replicar, María Carlota se había marchado.

CAPITULO VII

TENGO UN ARRANQUE Y ME EMANCIPO

Durante varios meses sufrí la rivalidad de Fernando Keppler; y aun, decir la rivalidad, es conceder demasiado a mis relaciones con María Carlota. Ella me había propuesto "una amistad de los tres, siempre que yo fuese bueno y tratara de comprender", y los tres éramos algún tiempo por parques y museos, por cementerios y confiterías.

Siempre he admitido la posibilidad de tener un rival en mis relaciones amorosas, aunque no creo en la perfidia de las mujeres ni la mitad, o menos, de lo que por halagarlas fingen creer los hombres. Comprendo lo engorroso que es para un artista un rival acudado, para el acudado un guapo, para el encleque un deportista o para el sabio un frívolo; pero les aseguro a ustedes que mayor peligro que la rivalidad de un difunto no existe en la historia de los amores desgraciados. Su impunidad de ser intangible, los miramientos a que su estado obligan, le hacen participar de los privilegios de héroe de la caballería andante y de los de mujer embarazada; y libre como está, de los convencionalismos que la educación impone, no pierde ocasión de decirnos cosas desagradables. Debo en justicia consignar aquí, sin embargo, que Fernando Keppler era uno de los muertos más bien educados de quien se ha tenido noticia, aunque un poco pedante y un tanto altanero. Si yo hubiera seguido en la pintura, muchas de sus observaciones sobre perspectiva y dimensión (naturalmente, por boca de María Carlota), me hubieran valido cierto renombre.

Pero aquella situación en la que yo no participaba sino por condescendencia, empezó muy pronto a serme odiosa. Cuando hacía programa para un paseo, había que consultar a Fernando y saber si Fernando daba licencia, saber si eso no perjudicaría la finura perceptiva de María Carlota, de la sensitiva; además, imponía a ésta dietas prolongadas que la tenían en los huesos y le prohibía acercarse a los caloríferos y estufas. Para tratar con él había que anular el cuerpo lo más posible. Lo anulaba tanto la in-

feliz muchacha, que siempre supuse que se quedaría muerta en cualquier momento. Además, una confidencia de ésta puso fastial al frágil edificio de mi paciencia, y decidí mi partida.

—Fernando es muy exigente, ¿Sabe usted lo que dice? Pues, que el día en que yo quiera a alguien aquí, en la tierra, no me dejará volver. Claro que lo hace para que no sufra de la vulgaridad de un amor terrestre ni de sus desencantos... pero, de todos modos, estoy asustada porque yo no quisiera morir todavía.

Confieso que ya entonces no cabía en mí ni un adarme de incredulidad; todo, por absurdo que fuera, me parecía admisible.

Esa misma noche, al volver a casa, arreglé una valija, y pagando a la desolada madame Elgert el mes que entraba, le advertí que podía poner albarán en los balcones y disponer de mis muebles. Me marchaba a Portugal.

—Precisamente —dijo ella—, aquí ha llegado esta carta de allá. ¿No será alguna desgracia?

—Según —repliqué enigmático, metiéndome, sin abrirla, la carta en el bolsillo. Tomé un compartimiento en el Sud-

ULTIMAS PALABRAS

El gran soberano Carlos V murió con tranquilidad. Sus últimas palabras fueron:

—Yo es tiempo, ¡Jesús!

LA DESGRACIA DE MILTON

La mamá está dando una lección a su hijo:

—Te acordarás... El poeta Milton, autor de "El Paraíso Perdido", era ciego... Esto es fácil de retener en la memoria.

—Sí, mamá.

—Bueno, ahora, vamos a ver, ¿cuál era la desgracia de Milton?

—Era poeta.



Express, y cuando sentí el primer estremecimiento de los vagones, cuando al resollar de la máquina, la chimenea puso un siron de humo bajo la cristallada techumbre de la estación de Orsay, algo pareció quebrármese en el pecho, y sin darme cuenta contener rompí en sollozos.

Sólo debo viajar los que son dichosos. No sé cómo se recomiendan los viajes al que sufre un dolor moral. Hasta muy tarde velé esa noche, rumiando mi desdicha. ¡Al fin, María Carlota es la única mujer a quien yo he amado sinceramente!

Me distrajo un fuerte olor a resina. Los pinares de las Landas..., debíamos de pasar por Bayona. Un sueño feble, a través del que percibía el hipo de mi respiración entrecortada, me embobó el resto de aquella noche, la más larga y angustiosa de mi vida.

CAPITULO VIII

MANDO UN TELEGRAMA CON RESPUESTA PAGADA

Despertar en un aterido amanecer de comienzos de primavera en una ciudad donde nadie ni nada espera, cuando se

lleva enfermo el espíritu y de la inteligencia de tanto cavar, creyendo que a nadie le deseo. Y así yo llegué a Irún.

El tren que me había traído resoplando tras algunas evoluciones debía aguardar más de una hora del otro tren, un tren hispano conduciría a Portugal. Era y a pesar de lo temprano de la mañana, la ciudad y activa, habituada al trabajo, en pie. Tomé en la estación un ese mal café que le hace a uno en España desde que atraviesa la frontera, y eché a andar por las calles iguales, bárbaras, labradas en calcealinatas que tienen modo de tramo a tramo.

En el atrio de Nuestra Señora, los madrugadores irundenses, rígidos trajes negros de paño o boina calada, aguardaban a las mujeres llegaban por grupos, también de negro y penetrando iglesia, por un portillo forrado practicado en una de las paredes carcomido pórtico.

Al abrirse, rechinaban sus pesados un centelleo de luz salía del bocanada tibía, cargada de aroma e incienso. El sol iba desvelando bruma azulina. Un monago reluciente a avisar que empezaba la misa entraron. Yo entré también.

Poco después, un cura hueso, pequeños y nariz larga, subió y comenzó a arreglarnos. No diría, hablaba en vascuense, guaje rudo, onomatopéico, pero a hachazos, parecía chocar contra los de piedra del templo enredado, algunos hombres asentaban la cabeza rapada, y al fondo central, el otro cura hacía señas de la cruz.

¡Oh, mágico poder de la palabra, sin comprender el sentido de las palabras, alcancé el compendio: presión era un llamado a las almas, a la robusta integridad de la raza.

De súbito, el absurdo de lo que se me apareció en su tragedia, lo. ¿Era posible que una enfermedad sensata, un impedimento a la honestidad? ¿No le haría suponer a Carlota, mi marcha precipitada, la amaba?

Abandoné la iglesia resuelto a volver a la estación y mientras a que abrieran el despacho de hice mi composición de lugar a María Carlota mis sufrimientos y elocuentemente; le manifesté la sinceridad de mi amor y el abnegado. Ella debería responderme, minatamente, por telegrama.

Cuando vi mis palabras, iban ochenta y seis—, negligentes contadas con la punta del lápiz soñoliento telegrafista, no sé cómo movió en mi corazón.

Después me volví andando al Palace, pedí un cuarto, tomé dosis de veronal y me dormí profundamente. Confieso que era incapaz de permanecer despierto.

CAPITULO IX

DESPIERTO A LA REALIDAD

Me volvió a la vigilia un gruñido contra la puerta de la habitación, a eso de media tarde. Era lo y me precipité a ella. Era un

Maria Carlota, despachado a las la mañana; decía así: "Fernando

Salgo esta noche para reunirme en la frontera, llegaré a Hembais".

Alité el horario de trenes y, efectivamente, comprobé que el Sud-Express, la hora francesa, entraba en la estación a las seis de la mañana.

Estaba radiante; el sueño reparador, me daba de birlarle la novia a aquel insoportable, la certeza de reencontrarme con Maria Carlota y su muestra de confianza, me hicieron cortas las horas de aquella tarde. Por vez primera hacia dos días comí con apetito y normalmente después de meses de ayuno.

Mejor me pareció trasladarme a un lugar inmediatamente y me dirigí al hotel. En la plaza, al agrio sol de la mañana y con el estrépito de los tambores, un grupo de hombres y mujeres, con la gravedad y la rigidez de un rito. Pasé entre ellos sin verles una mirada y me alejé tarareando un antiguo zortzico. ¡Ay, su música me va a mis ojos, todavía!

Después aquella tarde estuve a punto de salir la carta de Lourença, pero como la agredulce, la dejé dormir en el bolsillo de mi gabán.

Al día siguiente bajó el último pasajero atrain, a la mañana siguiente, sin ver aparecer a Maria Carlota. Yo decir que estuve desesperado; una intensidad de mi dolor, pareció que me los nervios. Ni aun pregunté si aun se me ocurrió telegrafiar. Rígido y estúpido como un autómatas a un compartimiento vacío, y cuando, del que yo esperaba la felicidad, me dejé como el día anterior la frontera hispana.

En Irún ocho largos días. Esperaba una noticia, una justificación, una esperanza. ¡Ocho días! Al cabo escribí a Mme. Bilgert una carta con un saludo y mi dirección. Me dio una carta de Francia, olvida de me hizo reclinarse los dientes. Recliné el sobre la letra de los recibos. Era la infortunada Mme. Bilgert que escribía. A través de su estilo, de fórmulas, la atribulada mujer sus desdichas: Gabriela había de casa llevándose las pocas cosas que valor que tenían; se marchaba a casarse con un hombre a quien había aborrecido; y, naturalmente, marchaba con el que quería; lo había en una carta en que pedía el clásico perdón de "las malas maneras". Maria Carlota, a los dos días deirme yo, había muerto de un "ataque de nervios". Ella estaba, jella también, pre-un maletín de viaje.

Yo sé —terminaba la pobre mujer— que he sido tan desgraciada con mis cartas que maledicé los han hecho. A lo que escribo porque sé que siempre quisiera bien".

Al día siguiente, tan vivo, tan sincera me dio, que estuve a punto de volverme a ofrecer un hijo a aquella pobre mujer que acababa de perder a sus dos hijos. No lo hice; escribí para ella una carta, rogándole que aceptara un regalo por una cantidad que la cobijara siempre de las humillaciones de la vida y se la mandé; fui mi último acto de caridad. Después caí en un marasmo

intelectual y en una apatía que me amenazaba por horas. No sé cuántos días duró aquello, mas puedo asegurar a ustedes que cuentan una eternidad en mi vida. El hotelero me preguntó varias veces si llamaba un médico; dije que no. Consulté si avisaba a mis parientes.

—Está usted muy malito, señor; a lo mejor, si muere aquí... yo no quiero compromisos —dijo.

Yo me encogí de hombros sin responder.

CAPITULO X

LOURENÇA, HACE SU APARICION Y SE APODERA DE MI PERSONA

Una mañana, a eso de las once, fui brutalemente arrancado de mi sopor. La luz de los ventanales me deslumbró, y cuando, al cabo, pude abrir los ojos, fué el rostro bigotudo y energético de Lourença d'Aviz lo que percibieron. Traía aún la tierra del viaje subrayándole dos amplios surcos que le bajan desde la nariz al mentón, y encasquetada sobre su flequillo postizo, una gorra de viaje, forma plato, que compró en Lisboa en la última estada, creo que en 1912.

Os digo que esa visión no tenía nada de

—Supongo, Pedrin, que ya recibiréis una carta que te mandé hace veinte días...

—¡Claro!

—Entonces... ¿quiere decir que estás de acuerdo en todo?

Tomé otra pasta, me serví otro jarro... La verdad es que la tal carta se me había extraviado sin leerla.

Un revisor vino por los billetes; Lourença rebuscó en sus bolsillos. Luego, cuando se hubo marchado:

—Pedrin, estoy muy contenta. Ya sabía yo: que tarde o temprano... ¡Si estábamos destinados uno para el otro, más claro que el sol!... Lo tengo todo preparado; lo único que faltaba eres tú, y ya te he pillado; ¡mira, que si no acierto a ir, te mueres, con esas comidas!...

—Pero...

—Nos casaremos no más llegar... ¿verdad? Mosen João Yosé, el del Villar Formoso, lloraba de contento cuando se lo dije... Por las amonestaciones no te preocupes porque ya están echadas...

Después me mulló la almohada, me envolvió los pies en una manta escocesa y me aconsejó con una voz imperiosa que se ha reservado siempre para hablarme:

—Ahora duermes.

Y yo me dormí.

MOTOR EN SU MINIMA EXPRESION

Teniendo en cuenta que el tamaño y el peso son los dos factores más importantes, tratándose de piezas para aviación, ha sido creado en los Estados Unidos el motorcito que muestro el grabado. Por su tamaño reducido y por su peso excepcional, 35 milímetros de diámetro y 225 gramos de peso, puede ser instalado en cualquier rincón del avión para mover pequeños ventiladores y aparatos de protección.



CAPITULO XI

EN ESPERA DE LA LIBERACION

agradable. Y no obstante, el dolor de mi abandono era tal, que irreflexivamente le eché los brazos al cuello y apoyándome en su pecho (contemporáneo de la gorra) rompí a llorar.

Su mano áspera de labradora, halagó mi cabeza, y con la pizca de ternura de que es capaz, manifestó, separando los húmedos y escasos mechones de mi frente:

—Siempre serás un niño.

Después, abrió los cristales — que entrase el aire, picantillo de abril — y se retiró, para que me vistiese cómodamente.

Todo aquel día paseamos por la ciudad guipuzcoana. Yo me dejaba conducir, sintiendo que mi amor por la vida renacía al contacto con la naturaleza. Gusté una comida muy buena sin averiguar cómo podían haberla preparado en aquel hospedaje modestísimo, y reconocí el saborillo ahumado de los jamones de mi casa, el agrio de sus quesos y el jugo oloroso de sus melones... Lourença no me preguntó nada.

Al anochecer, tomamos el tren. Lourença no había pensado en apartar comparativos en el Wagón-Lits, así es que cabeceamos uno frente al otro. Ya alta la noche, al llegar a Salamanca, mi prima deshizo un paquete, sacó de él unos alfajores y destapando un porrón, me ofreció un jarro. Acepté.

—Este es de casa — dijo ella.

—Excelente Rortio — saboreé yo.

Aquí estoy ahora sentado junto a la chimenea, donde se quema, por darme gusto, con los recios troncos de encina, la poda del olivo, las ramas retorcidas de los manzanos y el renegrado sarmiento de las viñas. Por el encristalado del balcón entra un poco de claridad triste de anochecer lluvioso. Ya comienza a ser rojo el fuego de la chimenea antiartística — mármoles negros y latón dorado — y hay sombras densas en los rincones, prendidas como telarañas.

Desde que nos casamos —dieciocho meses para la Calendaría— paso mis días junto al fuego o a la ventana. En esta sala, la aparatos, decorada con muebles de caoba y damasco del estilo burgués de Luis Felipe, donde el tiempo se ha refugiado como en un remanso. El río que mana de su garganta de roca una baba amarillenta, el cielo casi siempre brumoso y por veces nitidamente azul, son mi panorama habitual. Ya no necesito pintar ni leer; dentro de mí ha brotado una fuente viva de ensueños: Castalia verdadera, manantial lírico y perenne, cuya linfa trae una música inacabable que me acaricia y me sostiene aun en medio del fragor doméstico.

No podría decirlos si son sueños o es



realidad, pero ¿qué importa? En mi gustosa soledad, aparecen los seres a quienes amé, fantasmas de sí mismos, depurados de su pequeñez humana. Y no ya María Carlota, más la pura esencia de su gracia me regocija en la promesa de esa comunión, de pensamientos, ese enlace de afectos que no ha menester ni la palabra torpe ni la unión carnal. En ella evoco mi reciente pasado, depurándolo a través de los filtros espirituales del dolor; y su figura acude a mi cerebro, con una ideal nobleza porque, si amada, no me fué familiar; la muerte prematura la dejó intacta a mi veneración. Allí está aguardándome, pero no puede acercarse.

De pronto la agresividad de la luz María Carlota huye de mí, la espanta la agria realidad de Lourença.

—Otra vez a oscuras? —grita ésta. Finjo dormir.

—¿No sabes que o Julio te tiene prohibido estar así a manos quietas? ¿Cómo andaría todo sin mi cuidado! Vamos, Pedrin, ayúdame a llevar estas cuentas... Pero no; te equivocaras... ¿A que no le descontabas a los jornaleros el vino que se beben en la semana?

La punta de su lápiz afilado recorre implaceable los torpes números con que cada hombre apunta su cuenta en una libreta gruesa. Hay pequeñas diferencias que indignan a mi prima:

—Mira éste, el rapaz de la Izabel María... ¡que se olvida de la onza que le di el domingo!...

—Dicen que la madre está enferma —intercedo.

—Es una holgazana. Me dejó la ropa en leña para irse a acostar. ¿Qué enfermedad tiene? Debilidad... ¡Vaya!... Criadas he tenido yo a quienes ni las viruelas impedían trabajar como Dios manda...

—Pero, ¿es que Dios manda trabajar?

—A los pobres, sí.

Un silencio.

—¿Es que yo no trabajo? ¿Es que te figuras que voy a regalar el dinero que mis padres ganaron?

—¿Tus padres ganaron dinero? Creí que los tuyos y los míos lo habían heredado...

—¡Pedrin! — Sus ojos negros me atravesaban. Lourença está insatisfecha de mí; no soy, ni remotamente, el marido que esperaba.

—¡Con tu fama! — me dice a veces sarcásticamente.

Y yo finjo no entender.

La noche es una cortina impenetrable tras el cristal de la ancha ventana; sólo las gotas de agua, deslizándose por la tersa superficie, dejan con su rastro brillante la constancia de que hay un mundo fuera; un mundo extraño y terrible, preñado de tristeza y de dolor.

—No es posible, no es posible que estés sin hacer nada!... —insiste Lourença.

Esbozo el ademán de cargar mi pipa; ella se opone enérgicamente, con esa energía inútil que malgasta en los actos más triviales.

—¡No! si es que quieres que me marche... ¡Qué humazo! ¡No puedo soportar esos olores, esas costumbres! Además, ya sabes que el médico te lo tiene prohibido...

Lourença me hace respetar estricta y cariñosamente las indicaciones del médico; así, por consejo de éste, ya no tomo café a cualquier hora, sino sólo una taza después de comer; no me sirven para el almuerzo ostras ni mejillones, ni chuletas, sino verduras; no hago traer mi tabaco especialmente, sino que me proveo en un estanco de Lega de Palmeira, y eso cuando algún criado va para Leixões. Así, me han trocado también las finas ropas de seda por las toscas camisas de lana y los calcetines de confección manual; pero cuando aconseja que debo viajar para distraerme, Lourença asegura que ya he viajado bastante y que además no es preciso seguir al pie de la letra las exageradas prescripciones facultativas.

Poco más de un año ha pasado desde que salí de París; si lo contare por segundos, quizá diera noción más exacta de lo que es para mí el tiempo transcurrido.

—¡Ya está! — Mi prima da un fuerte suspiro, aliviada de ese cotidiano trabajo que es ir mermando el jornal a cada vendimiador.

Rosendo viene a avisar que podemos pa-

sar a la mesa. Y en el comedor, con buena vajilla y pesados platos que traen un caldo que huele a las y me deja en la garganta la sensación que sabe a ese bravío aced...

Después, las visitas: el cura, cilla roja asomada por una boca como un botón de amapola por la boca, o Julio — caspa en las sordas y su marido... Y después, las noches de insomnio, en la cama matrimonial de los abuelos, llamada, que, en sus travesaños, como mérmara las horas como en Lourença. Lourença se da vuelta y pregunta: ¿duermes?

Yo finjo una respiración irregular. No duermo. No sé ya si a través de mi sueño, el más allá, la terna carnal va revelándoseme o no.

—¿Cómo comprendo ahora las cosas que rechazé groseramente un día, como aspirar a desligarme de este dolor de realidad con que mi cuerpo se el alma!

Allá, después de eso, me comprendo, la seguridad, el amor, el amor perfecto en fin, que rechazé un día; y aguardo la muerte de todos los segundos, la muerte de mi carne, que será vida para...

Por veces, lloro de impaciencia, despliega su voluntad hacia mi cuerpo se hiela, parece que canzarlo ya; pero Lourença me levanta afanosa, conmueve la cabeza, gritos; el olor a la mostaza de pismos me borra la visión espeluznante; eternidad; vuelve la sangre a la vida y mis oídos se abren a las venciones del ama:

—Esto no es sino que comes y te y te duermes muy pronto.

Me estremezo. María Carlota ella se burlará luego...

En invierno, me acompaña la lluvia; en verano, el canto de las ranas...

A SEÑORITA MIMI

(CONCLUSION DE LA PAGINA 23)

compañera de Rodolfo era una robusta de Normandía, de abundosa y rica carne, cuya rusticidad nativa se había arisado por el matrimonio con una mujer parisienne y de una vida ociosa. Llamábase así como Serafina, y a la sazón era hija de un reumático, par de Francia, que cincuenta lises al mes, dinero que le daba un gentilhomme de taberna para la misa que colgase, le permitían vivir, aun cuando no esperaba que se compensara, se lo llevó a su casa.

— dijo a su doncella —, no estoy en casa.

De pasar a su tocador, volvió a los autos vestida con traje especial. Rodolfo inmovil y mudo, porque se había entrado en la habitación se quedó, a pesar suyo, en tinieblas llenas de silenciosos.

— me miras ya, no me hablas ya? — preguntó Serafina sorprendida.

— dijo Rodolfo alzando la frente —, ¿cómo, pero sólo como artista!

— espectáculo se presentó entonces a sus ojos dice Raúl en los *Hugonotes*.

— estaba admirablemente bella. Sus formas, hábilmente realzadas por el vestido, se revelaban provocadoras de la transparencia del tejido. Todas las impresiones del deseo se despertaron en las

Rodolfo. Una cálida bruma se le subió a la cabeza.

— Miró a Serafina de muy distinto por amor a la estética, y estrechó miradas las de la hermosa joven. Eran sublimes, que parecían esculpidas en puros cincelos de la estatuaría griega.

— sintió que aquellas admirables manos, en las suyas y, cada vez más, atrajo junto a sí a Serafina, como el colorado sol atrae el rubor a la aurora de la voluptuosidad.

— La naturaleza es un verdadero instrumento un auténtico *stradivarius* del amor, de buena gana ejecutaria un aria

Rodolfo, escuchando distintamente el canto que se oía con repugnancia, en un momento se oyó un golpe violento a la puerta de la habitación.

— ¡Lucia! — gritó Serafina a su doncella: díle que no he vuelto.

— nombre de Lucia, pronunciado dos veces en pie Rodolfo se acordó de la

— estorbador de ninguna manera, se dijo. Además, es preciso que me marche y vivo muy lejos. Buenas noches!

— ¿Se va usted? — exclamó Serafina el relampago de sus ojos —. ¿Por qué se va usted? Estoy libre, puede irse.

— respondió Rodolfo —. Espero a un pariente de Tierra del Fuego, me daría si si me encontrase en mi

— recibirla. ¡Buenas noches!

— se precipitó hacia la criada fuera de la habitación. Rodolfo levantó los ojos para

— una muchacha delgada, de andar ligero muy pálido, que hacía encastillado con su cabellera negra y natural, y de ojos azules que parecían

— sus enfermas.

— ¡Buenas noches! — exclamó Rodolfo retrocediendo aquella que respondía al nombre y

— para de su querida —. ¡Atrás! ¿Qué quieres?

— a la escalera a toda prisa.

— señora — dijo la camarera, volviendo a la habitación de su amo —, ese joven.

— ¿bien que es tanto — repuso Serafina —. ¡Oh! — añadió —, esto me da ser buena. Si al menos se le ocurriera ahora a ese imbécil de León...

— era el gentilhomme cuya ternura gaseosa.

— corrió a su casa sin detenerse. Al

— escalera encontró a su gato rubio daneros aullidos. Llevaba dos noches

— vanamente a su amante infiel, que se había ido a la cama.

— ¿qué animal! — exclamó Rodolfo —. También he enengañado. Tu Mimi te ha

— pasada, como la mía a mí. ¡Buenas noches! Mira, pobre bichito mío, el

corazón de las mujeres y el de las gatas son animales insondables para los hombres y los gatos.

Cuando Rodolfo entró en su cuarto, a pesar de que hacía un calor espantoso, creyó que descendía sobre sus hombros una capa de hielo. Era el frío de la soledad, de la terrible soledad de la noche, que se le había echado encima. Rodolfo se bujó y advirtió entonces el cuarto devastado. Los muebles abrían sus cajones vacíos, y del techo al suelo una inmensa tristeza llenaba el cuartito que pareció a Rodolfo más grande que un desierto. Al andar tropezó con los paquetes de objetos pertenecientes a la señorita Mimi, y sintió una sensación de alegría al ver que no había venido aún para llevárselos, como le había dicho que lo haría por la mañana. A pesar de todas aquellas luchas, Rodolfo se daba cuenta de que se iba acercando a la hora de la reacción, y presentía que una noche atroz iba a expliar toda la amarga alegría que había derrochado durante la velada. Sin embargo, tenía, la esperanza de que su cuerpo, roto por la fatiga, se quedara dormido antes de que estallaran las angustias por tanto tiempo comprimidas en su corazón.

Acercóse a la cama, separó las colgaduras y al contemplarlas intactas desde hacía dos días con sus almohadas colocadas una junto a otra y medio oculto bajo una de ellas el encaje de un gorro de mujer. Rodolfo sintió que el corazón le pedía la lavanda que él no podía estar. Cayó al pie de la cama, tomó la frente entre las manos, y, después de haber echado una mirada a aquella habitación desolada, exclamó:

— ¡Oh, pequeña Mimi, alegría de mi casa! ¿Es, pues, verdad que te has ido? ¿Te has ido? ¿Y tú no te veré más? ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, linda cabeza morena que tanto tiempo has dormido en este sitio! ¿No volverás ya a hacerlo nunca? ¡Oh, voz caprichosa, cuyos arrullos me hacían delirar y cuyas cóleras me hacían llorar, ¿cómo volverás a olvidarme? ¡Oh, manecitas blancas de venas azules, vosotras que fuisteis las novias de mis labios, oh, pequeñas manos blancas, ¿habéis recibido ya mi último beso?

Y Rodolfo hundido con delirante embriaguez su cabeza en la almohada su impregnada de la cabellera de su amada. Del fondo de aquella alcoba le parecía ver surgir el fantasma de las hermosas noches que había pasado con su joven querida. Oía resonar, clara y sonora, en medio del silencio nocturno, la risa expansiva de la señorita Mimi, y la contagiosa alegría con que había sabido ella tartas veces hacerle olvidar todas las dificultades y todas las miserias de su existencia aventurera. Durante toda aquella noche pasó en revista Rodolfo los ocho meses que acababan de deslizarse al lado de aquella joven que él había querido nunca, pero cuyos tiernos halagos habían sabido devolver al corazón de Rodolfo su juventud y su virilidad primeras.

Le sorprendió el blanco amanecer en el instante en que, vencido por la fatiga, acababa de cerrar los ojos, enrojecidos por las lágrimas vertidas durante la noche. Vigilia dolorosa y terrible, que hasta los más mordaces y ecépticos podrían encontrar en el fondo de su pasado.

Por la mañana, cuando los amigos de Rodolfo le visitaron, quedaron asustados al ver aquel rostro estragado por todas las angustias que le habían atormentado en su velada en el Monte de los Olivos del Amor.

— ¡Bueno! — dijo Marcelo —. Ya estaba yo seguro de ello. Su alegría de ayer ha rebotado sobre su corazón. Esto no puede continuar así.

Y de acuerdo con dos o tres camareros comenzó a hacer un estudio de revelación indiscretas acerca de la señorita Mimi, de las que cada palabra se clavaba como una espina en el corazón de Rodolfo. Sus amigos le demostraron que en todo tiempo su querida le había enengañado como a un tonto, en su casa y fuera de ella, y que aquella criatura pálida como el ángel de la tisis, era una caja de malos sentimientos y de instintos crueles.

Alternaron los amigos en aquella tarea que habían emprendido con el objeto de llevar a Rodolfo al punto en que el amor exasperado se torna en desesperación, para sólo a la desesperación su propio. La desesperación del poeta se trocó en ira. Se precipitó con furia sobre los envoltorios que había preparado la víspera, y después de separar todos los objetos que su amante tenía al entrar en su casa, guardó lo que le había dado durante su convivencia, es

decir, la mayor parte, y, sobre todo, las cosas de tocador por las que la señorita Mimi tenía debilidad con todas las ansias de su coquetería, que se había vuelto insaciable en los últimos tiempos.

Al día siguiente la señorita Mimi se presentó a recoger sus efectos. Rodolfo estaba en su cuarto, pero no pudo pensar que todas las pasiones del amor propio le convulsionen para que no se lanzase al cuello de su querida. La recibió con injurias mudas, y la señorita Mimi le contestó con aquellos insultos fríos y punzantes que hacen sacar las uñas a los más débiles y tímidos. Ante el desdén con que su querida le flagelaba con firmeza insolente, la cólera de Rodolfo estalló brutal y espantosa. Por un instante, Mimi, blanca de terror, se preguntó si iba a escapar viva de sus manos. A los gritos que dio, acudieron algunos vecinos, y la sacaron del cuarto de Rodolfo.

Dos días después, una amiga de Mimi fué a casa de Rodolfo a preguntarle si quería entregarle los objetos que había guardado la joven en su casa.

— No — respondió él.

E hizo hablar a la mensajera de su amante. Aquella mujer le dijo que la joven Mimi se encontraba en una situación muy desgraciada, y que no tenía alojamiento.

— ¿Y su amante, por el que está tan loca?

— ¡Oh! — respondió Amelia, la mensajera en cuestión —. Es un hombre que al amor propio de tomarla por amiga. Tiene una hace mucho tiempo, y parece ocuparse poco de Mimi que está a mi cargo y me molesta mucho.

— Que se las arregle — repuso Rodolfo —. Ella lo ha querido. A mí, eso no me va ni me viene.

Y su padre, que había estado allí, se levantó diciéndole que era la mujer más hermosa de la tierra.

Amelia participó a Mimi la entrevista que tuvo con Rodolfo.

— ¿Qué dice? ¿Qué hace? — preguntó Mimi —. ¿Le ha habido la gatast de mí?

— De ningún modo. No se acuerda ya de usted para nada, querida mía. Rodolfo tiene una nueva amante, y le ha comprado un traje magnífico, porque ha recibido mucho dinero, y el mismo leiste como un príncipe. Es muy amable ese muchacho, y me ha dicho cosas lindas de ti.

— ¡Sabrá lo que esto quiera decir — pensó Mimi.

Diariamente, la señorita Amelia iba a ver a Rodolfo con un pretexto cualquiera, y aunque hiciese lo que hiciese, éste no dejaba de hablarle.

— ¡Está muy contenta — contestaba la amiga —, y no tiene aspecto de preocuparse de su posición. Por lo demás, asegura que volverá con usted cuando ella quiera, sin más preambulos y únicamente para que los amigos de usted rabin.

— ¡Muy bien — dijo Rodolfo —. Que venga, y veremos.

Y comenzó a hacer la corte a Amelia, la cual se fué con el cuento a Mimi, asegurando que Rodolfo estaba muy enamorado de ella.

— ¿Por qué le habías dicho que el cual? — decía —. Mire usted cómo me ha dejado toda colorada. Quiere llevarme al baile, mañana.

— Ya, ya — dijo Mimi, picada —, ya ve dónde quiere usted ir a parar. Al hacerme creer que Rodolfo está enamorado de usted y que no piensa ya en mí; pero pierde usted el tiempo con él y conmigo.

El hecho era que Rodolfo no se mostraba amable con Amelia más que para atraerla a su casa frecuentemente, y tener ocasión de hablarle de su amante; pero con un maquiavelismo que tenía tal vez su finalidad, y comprendiendo que Rodolfo amaba siempre a Mimi y que no estaba ésta lejos de volver con él, Amelia se esforzaba, con cuantos hábilmente fraguados, por evitar todo lo que pudiera acercar a los dos amantes.

El día en que Amelia iba a ir al baile, fué por la mañana a preguntar a Rodolfo si mantenía la promesa.

— ¡Sí — respondió éste —. No quiero perder la ocasión de ser el caballero de la más hermosa mujer de los tiempos modernos.

Amelia adoptó las maneras coquetas con que se había presentado la noche de su único estreno en un teatro de arrabal, en un papel de dama joven, y prometió que estaría pronta para la noche.

— ¡A propósito — dijo Rodolfo —. Diga usted

LAS AVENTURAS DE Chu-Man-fu



Por
J. CHRISTIE M.
(ESPECIAL PARA "LEOPLAN")

¡ESUJO LA MAGIA PARA HACER QUE
LOS ANIMALES PIENSEN Y HABLEN



¡AHÍ ESTÁ,
CHÚ

MUY BIEN.
¡LE HALE!
LA MAGIA
¡AHOLA MISMO



ADIÓS Y GRACIAS.
MI ESPOSA
ESTARÁ FELIZ



LA CONDESA
DE LOS TOPEROLES

SI VIENE A VISITAR
A SU SEÑORA
ESPOSA



VOY A LLAMARLA. SI OYE
HABLAR AL PERRITO, NO SE ASUS-
TE. ES UNA MAGIA QUE LE HIZO
CHU-MAN-FU

LINDO PERRITO
¿CÓMO TE
LLAMAS?



ME LLAMO TITÁN,
SEÑORA CONDESA.
QUIEN PUDIERA VI-
VIR EN SU CASA
¡AHÍ ME
MATARÍA DE
HAMBRE



AYER, NO MÁS, ELLA
SE COMO' EL HUESO
QUE ESTABA DESTINA-
DO A MÍ, Y EL BIFE
QUE PODÍA HABERMelo
COMIDO YO, SE LO PU-
SO EL VIEJO EN EL OJO,
POR QUE ELLA LE
ZUMBO UN PLATO
POR LLEGAR
TARDE



OTRO DÍA SACARON DEL TARRO DE LA
CASA DE LA CASA VECINA UN PEDAZO DE
PODRIDA PARA COCINARLA. COMO
NI ESO APROVECHO YO

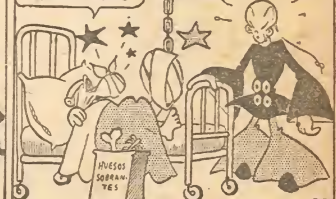


Por argu-chu-torrio, 1951-52, Curly M.

ME VOY... NO QUIERO TENER
AMISTAD CON GENTE DE ESTA
CALAÑA



SÍ, CHÚ. AQUÍ VE UD. EL RESULTADO
DE SU MAGIA, Y EL POBRE PERRITO
ESTÁ AHORA EN EL HOSPITAL
VETERINARIO



33

ESCRIBE EN ESE PAPEL TRES
NOMBRES, PELO EL QUE MÁS
TE INTELESE COLOCALO AL PE-
DIO, Y LUEGO CORTALO EN TRES



¡AHOLA, LEVÉLVVELO
Y MÉTELOS EN ESE
SOMBELO, Y YO SA-
CALE' EL NOMBRE
QUE INTELESA-
TE



ESTE ¡OH!
¡MARAVILLOSO



LA PARTE CENTRAL DEL PAPEL,
QUE ES DONDE SE ANOTO EL NOM-
BRE QUE INTERESABA, TENDRÁ DOS
BORDES MAL CORTADOS, PUES EL
RESTO DEL PAPEL ES PAREJO.
LOS OTROS PAPELES TENDRÁN UN
SOLO BORDE CORTADO DESPAREJO
EL TACTO DEL "MAGO" HACE EL "MI-
LAGRO"





JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

ME QQ

NEGRO

i

NEGRA

(Las soluciones en el próximo número)

CHARADAS

Llevaron ante el juez a un pobre todo, de ladrón acuciándole, y el juez le interrogó: —Segunda, ¿es cierto? —¡No! —replicó aquel sin inmutarse—. Si el *una-tercia* se me ve en la ropa, es porque soy, de oficio, caminante. —*Tercera-tercia* —al punto prorumpió la gente. —¡No *tercia-prima*! —dijo imperturbable el juez ante la turba acusadora. Y el todo en libertad quedó al instante.

Tercia cuarta prima dos, hermosa todo!

Mi primera es una planta; segunda es letra vocal; tercera la emite el que canta, pues es nota musical. Cuarta y quinta el potentado; *tercia prima* suele darse al hijo al mudar de estado, o mejor dicho, al casarse. Si *cuarta dos* ejercito, mi buen humor es completo; y otra aplicación no cito, pues ya sería indiscreto. Quinta tres, en cuerpo humano; y el todo, lector amigo, allá en tiempo muy lejano en España rey ha sido.

(Las soluciones en el próximo número)

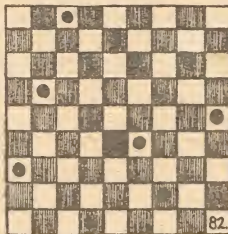
PROBLEMA: POLICIAS Y PISTOLEROS

Este hecho que aquí relatamos, sucedió hace ya bastante tiempo. Resulta que una vez 9 pistoleros, acorralados por los representantes de la autoridad, debieron buscar refugio en un gran galpón, en una tentativa desesperada para evitar caer en manos de la justicia. El galpón estaba lleno de unos grandes canastos, cuya capacidad era suficiente como para permitir que un hombre se introdujera en ellos. Los canastos se hallaban dispuestos en forma similar a las casillas de un tablero de ajedrez, aunque en número mayor que éstas.

Los pistoleros se ocultaron en los canastos en la forma que indica el grabado: cada punto es un pistolero oculto en una canasta. La disposición de los nueve hombres presenta la particularidad de que no hay dos en línea recta. Así podían anular la posibilidad de que un solo disparo hiriera a más de un hombre.

Lo más interesante del asunto fué que, poco antes de penetrar la policía en el galpón, tres pistoleros debieron cambiar de canasta y pasar a una de las inmediatas, con lo que, sin embargo, no se alteró la característica fundamental de la disposición; es decir, que a pesar de eso, no quedaron dos hombres en línea recta.

En el diagrama, cada casilla blanca o negra representa un canasto, y los puntos la ubicación primitiva de los pistoleros. Se trata, pues, de mover tres de ellos a casillas próximas y sin que queden dos en línea recta.



(La solución en el próximo número)

MAXIMA ENIGMATIC

Dos trozos de papel, recortados para que tengan la forma de un alfabeto cada uno, se cubren el presente cuadrado de casillas, una que entre los dos cubran sitios diecisiete casillas con pendientes letras, y entonces resta y siete letras que quedan, se tiene que leer, en zontales, una máxima muy Quilón, el sabio de Grecia.

C	O	M	O	O	N	T
N	I	E	D	V	U	E
T	O	B	R	A	L	E
O	L	T	A	E	N	E
E	S	T	A	B	C	L
I	N	E	N	T	O	E
N	L	O	S	F	I	E
T	I	N	E	S	T	A

(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO

DE LOS

"JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS"

PARDIEZ!

CAMILA

ES UNA CHICA

DE LAS "CHARADAS"

REMOLINO

JAEN

DE "PALABRAS CRUZADAS"

D	A					
O	V	O	N			
L	A	B	A	R	O	
O	I	R		C	O	E
R	A	S		A	S	A
E	R	E	S		T	R
				G	E	N
				H	U	M
				F	I	N
S	E	D		L	L	A
A	D	R	I	A	N	A
U	R	A	L			
G	O					

CHACARERO, San Pedro de Juy. — Si tiene usted que repartir \$ 153, proporcionalmente, entre cuatro oficiales panaderos que ganan respectivamente, y por bolsa de harina elaborada, \$ 120, 0.60, 0.60 y 0.55, le corresponde pagar: al primero, \$ 74.44; al segundo, \$ 37.22; al tercero, \$ 37.22, y al cuarto, \$ 34.11, quedando un saldo a su favor de \$ 0.01.

N. P., Lincoln. — En la actualidad, los escultores no trabajan directamente en yeso, sino que lo hacen en barro. Luego obtienen un molde de yeso común, al que llaman vaciado.

ANNIE Y MADEIRNE, Santa Teres. — Deben ustedes dirigirse a la secretaría de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Peró 222, Buenos Aires.



En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

¿CONOCE USTED NUESTRAS PLAZAS?

He aquí lo que representan los fotos de los págines 16 y 17.

1. Plaza de Mayo.
2. Plaza Colón.
3. Plaza Mitre.
4. Plaza Constitución.
5. Plaza Congreso.

JUAN N. BENICISCO. — Envióme LEOPLAN en el publicación a su gusto y con gusto evasulta.

R. J. V. SANCHEZ. — Argumento para el llevado a la pantalla por su a les, no ha sido publicado en LEOPLAN. CÉSAR A. ODETTO, Sastre. — cargo, incluida en la fórmula de la que nos envió, es conveniente la mayor o menor cantidad de dinero en cada caso. Por lo demás, debe ser interpretada en grado 2º: Lamentamos no poder contestar. XX, Mendoza. — Quizá logre las librerías de viejo. Nosotros a placerlo.